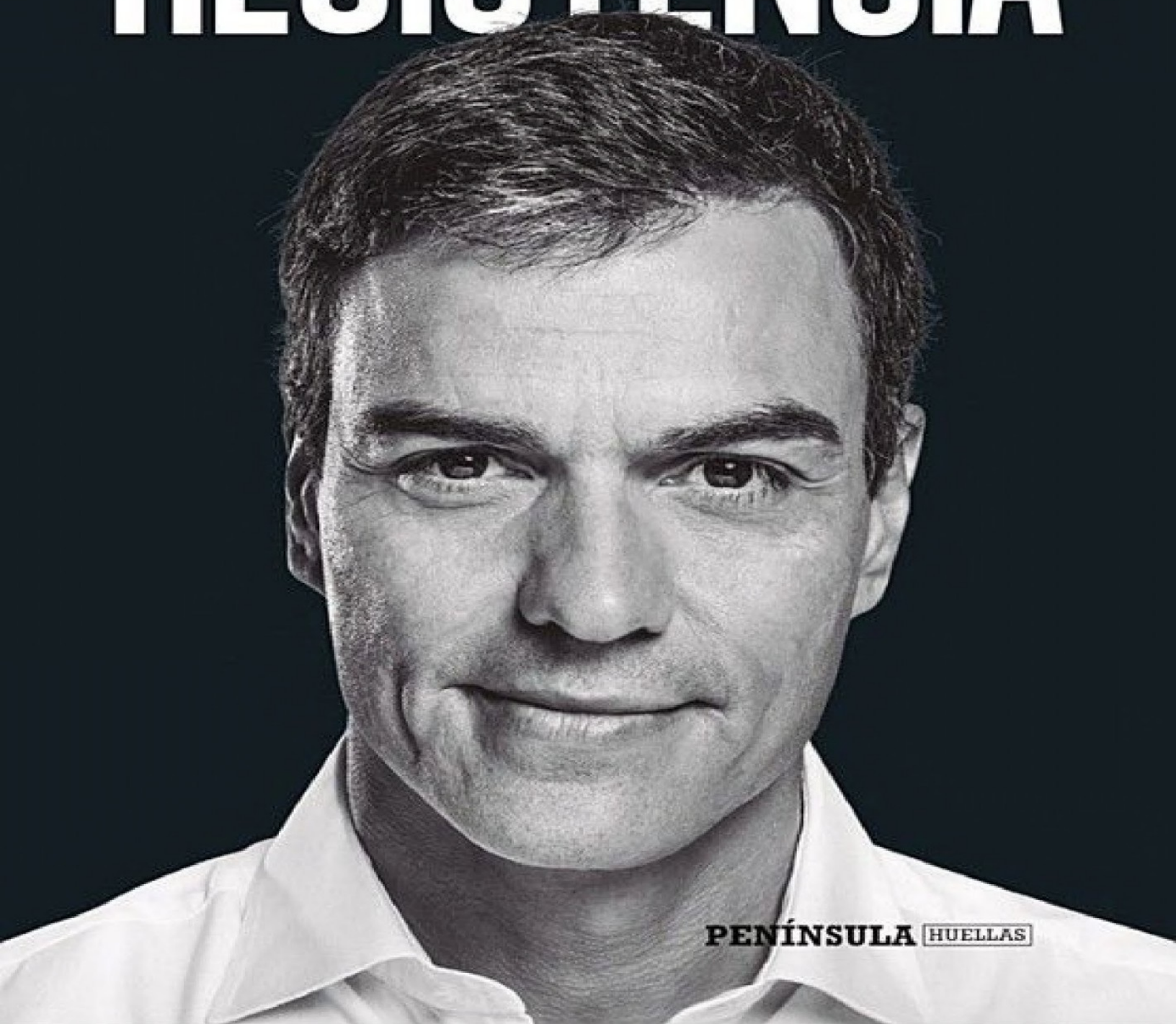


PEDRO SÁNCHEZ

MANUAL DE RESISTENCIA



PENÍNSULA HUELLAS

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Prólogo](#)

[1. MI PRIMERA DECISIÓN COMO PRESIDENTE](#)

[2. CAMBIO DE ÉPOCA: LA MOCIÓN DE CENSURA](#)

[3. REGRESO A FERRAZ](#)

[4. CUANDO NO FUE POSIBLE EL CAMBIO](#)

[5. 20-D: LAS ELECCIONES QUE NADIE GANÓ](#)

[6. EL CAMBIO MATÓ AL CAMBIO](#)

[7. LOS TRES ESCENARIOS DEL 26-J](#)

[8. LA CAÍDA](#)

[9. LA DECISIÓN](#)

[10. LAS PRIMARIAS DE LA MILITANCIA](#)

[11. LA CRISIS EN CATALUÑA](#)

[12. CONTINUAR LA HISTORIA](#)

[Láminas](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

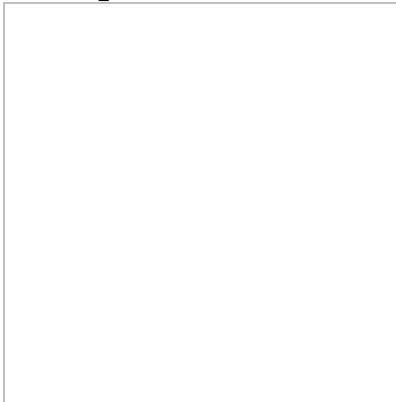
Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

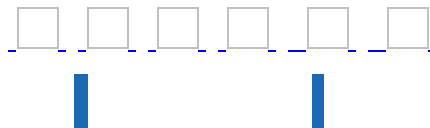
Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros



Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



SINOPSIS

«Nunca una moción de censura ha triunfado en España»; «es imposible ganarle unas primarias al aparato de un partido»; «aquí nadie dimite para ser fiel a su palabra»... Uno tras otro, los lugares comunes de nuestra vida política han sido derribados por un hombre: Pedro Sánchez.

Su llegada a la Secretaría General del PSOE en 2014, en plena crisis económica global, abrió una nueva época en la formación política. Transcurridos dos años, era expulsado del liderazgo de su partido, al que regresó, aupado por la militancia, para ser investido presidente del Gobierno un año después. En cuestión de meses ha situado a nuestro país en primera línea de la defensa de valores y políticas progresistas, la justicia, el europeísmo, el feminismo y el ecologismo.

Ese recorrido vital lo narra el autor en este libro —verdadero *Manual de resistencia*— como parte de un proceso personal de resiliencia, que no se entendería sin la fortaleza de sus convicciones. Ha sido un cuatrienio de aceleración en la política, donde todo se ha vuelto imprevisible.

Sin duda, el momento es histórico: la crisis catalana, los cambios en los partidos y el auge del autoritarismo otorgan a nuestro presente una dimensión trascendental. En estas páginas, entreveradas de reflexiones políticas, acción, traiciones y coraje, el lector descubrirá, además, el lado más desconocido del presidente del Gobierno.

Manual de resistencia

Pedro Sánchez

ediciones península

PRÓLOGO

No resulta frecuente entre los mandatarios europeos publicar sus memorias al acceder al cargo de primer ministro. Y sin embargo, estas memorias concluyen justo cuando fui elegido presidente del Gobierno. Como tantos aspectos de mi experiencia política, tampoco esto se ajusta a lo convencional. Cualquiera que haya seguido de cerca la política española en el último lustro sabe que estamos viviendo tiempos de cambios extraordinarios y, por tanto, nada hay más normal que aceptar que las prácticas y los acontecimientos vayan dejando de ser como eran.

Si algo me ha dado mi peripezia vital y política es una profunda empatía y la capacidad de identificarme con millones de españoles que durante la crisis cayeron y se volvieron a levantar. Exactamente como me ocurrió a mí. La década transcurrida desde 2008 hasta 2018 ha hecho que millones de españoles y europeos pasen por experiencias difíciles, a veces traumáticas.

No solo eso, sino que además todo ha adquirido una velocidad inusitada que a menudo desafía hasta a las personas más amantes del cambio. Nuestra época se caracteriza por esa aceleración de los tiempos en todos los campos. Desde luego en el terreno de la información: ahora estamos informados instantáneamente, o al menos, enterados, que no es lo mismo. Esos tiempos informativos están estrechamente ligados a los de la política y, a su vez, la aceleran también. Todo está determinado por esa velocidad, todo emerge rápido y se sumerge de nuevo con premura. Los líderes actuales estamos obligados por las circunstancias a tener siempre un ojo puesto en el hoy, sin dejar de mirar nunca al mañana, pues los destinos de los países se forjan sin duda en nuestra capacidad de imaginarnos juntos en un porvenir que valga la pena compartir.

En este contexto acelerado, y con la voluntad de hacer un ejercicio de sosiego y meditación sobre el pasado que nos ayude a proyectarnos hacia el futuro, se enmarcan estas memorias parciales. No pretenden arrojar un balance de mi vida política ni de mi Gobierno, sino ofrecer una crónica en

primera persona de cómo fueron esos años, tal como los viví, desde que fui elegido secretario general por primera vez, en 2014, hasta la llegada del Partido Socialista al Gobierno en 2018. Para explicar esos años y, en definitiva, lo que soy, también he relatado, si bien de forma más somera, episodios anteriores de mi vida familiar y profesional.

He mencionado más arriba cómo esas vivencias me hacen sentir vinculado a millones de ciudadanos y ciudadanas de a pie que sufrieron con la crisis, y que también podrían escribir un manual de resistencia sobre su propia vida. En términos políticos, hay otra vinculación que se vio con más claridad que nunca en la crisis socialista de 2016: el cómo los destinos del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) están ligados a los de España. En aquella encrucijada histórica quedó demostrado que las decisiones críticas a las que se veía abocado mi partido no solo eran muy relevantes para los socialistas, sino que determinarían el futuro de España. Así lo vimos algunos y así lo han demostrado los hechos.

En alguno de esos pliegues de mi actividad infatigable de estos años, comprendí que debía contar lo vivido. Pensé que ese ejercicio de memoria resultaría útil a la historia común de todos los españoles, pues, al ordenar mis recuerdos, ordeno a la vez un periodo especialmente intenso e importante de la vida política española.

Este libro es fruto de largas horas de conversación con Irene Lozano, escritora, pensadora, política y amiga. Ella les dio forma literaria a las grabaciones, prestándome una ayuda decisiva. Sirvan estas líneas de agradecimiento.

Por lo demás, son decenas los compañeros socialistas que me acompañaron en este camino, muchos de los cuales aparecen citados a lo largo del libro, no solo por fidelidad a la verdad de los hechos, sino asimismo por la inmensa gratitud que les debo.

También son millones los ciudadanos y ciudadanas que nos dan su aliento, porque confían en nosotros, el Partido Socialista, como el único que puede liderar la lucha contra la desigualdad y la precariedad, contra esa sensación general de incertidumbre que atenaza las vidas de muchos. En estos momentos en que se instila interesadamente el miedo irracional en los corazones de la gente, es más importante que nunca recordar a esa ciudadanía la lección política más importante que yo aprendí en estos años: la democracia siempre vence al miedo.

Por último, quiero dedicar este manual de resistencia a mi familia, mi verdadero apoyo y fuente de mi inspiración y resiliencia.

MI PRIMERA DECISIÓN COMO PRESIDENTE

La primera decisión de un presidente del Gobierno suele tenerse por crucial. No solo significa el inicio del ejercicio en el cargo, sino que además lleva consigo la fuerza simbólica de condensar una visión política y ejemplificarla con una sola acción, que trasladará un nuevo mensaje político. Siendo fiel a la verdad y a la cronología, debo decir que mi primera decisión como presidente del Gobierno la tomé con mi mujer, Begoña, porque las cuestiones de intendencia se anteponen a casi todo. Esa primera decisión fue renovar el colchón de la cama de matrimonio y pintar nuestra habitación del Palacio de la Moncloa. Decidimos no cambiar nada más, salvo colchón y pintura, por razones que entiende cualquiera que haya vivido en un piso amueblado. Además, el refranero asegura que «dos que duermen en el mismo colchón acaban siendo de la misma opinión», y yo quería mantener mi criterio alejado del de mi predecesor.

Nadie tenía dudas de las grandes diferencias políticas entre Rajoy y yo, motivadas por cuestiones ideológicas, pero también generacionales y quién sabe por cuántos motivos más. Las experiencias de la vida son fundamentales, especialmente las de la infancia, cuando nuestra familia nos inculca nuestros valores profundos, esos que nos acompañarán siempre, pero, sin duda, para quienes nos dedicamos a la política, el partido y los compañeros desempeñan un enorme papel. Del mismo modo lo hace la información que leemos. Otra decisión inmediata que hube de tomar fue la relativa a los periódicos que recibiría a diario. Cambié la prensa deportiva por la prensa internacional. Siempre me ha interesado mucho la actualidad del resto del mundo y tener sobre mi mesa esos grandes periódicos de referencia mundial me resultaba imprescindible, mucho más en estos tiempos de *fake news*, en los que el chisme se confunde con la noticia, y la charlatanería con lo relevante.

La mudanza, aunque rápida, requirió también algunas decisiones, y sobre todo lograr el consenso con mis hijas. Estaban acabando ya el curso y se las prometían muy felices imaginando el largo verano con sus amigas del que hasta entonces fue nuestro vecindario. No les dijimos de golpe que teníamos que mudarnos de casa, sino que lo hicimos poco a poco. Primero las llevamos un día al recinto residencial de Moncloa. Fuimos los cuatro y *Turka*, nuestra perra, a pasar una tarde, para que se fueran familiarizando con una forma de vivir sin duda extraña para unas niñas normales. Después, teníamos el plan de quedarnos una noche a dormir todos, para que se aclimataran, y ya a continuación hacer la mudanza completa. Cuando les expliqué el plan, mi hija mayor dijo: «Vale, pero nos mudamos en septiembre». Así comenzó mi primera negociación como presidente del Gobierno.

EL *AQUARIUS*, UNA EMERGENCIA HUMANITARIA

Bromas aparte, fue en los medios de comunicación internacionales, también en la BBC y la CNN, que son las cadenas de televisión que me gusta seguir, donde oí por primera vez las noticias relativas al riesgo de una crisis humanitaria en pleno mar Mediterráneo. Era el domingo 10 de junio de 2018, el primer Consejo de Ministros se había reunido tan solo un par de días antes. Apenas empezábamos a calentar motores como Gobierno.

El barco en apuros era el *Aquarius*, un buque de rescate gestionado por dos ONG, SOS Méditerranée y Médicos Sin Fronteras. Había rescatado a 630 inmigrantes del mar, desdichados que huían de la guerra o la miseria, procedentes de distintos lugares de África u Oriente Medio, y que desde las costas de Libia se habían lanzado al mar en una de esas embarcaciones que los hacen extremadamente vulnerables. No habían llegado a Italia, como pretendían, sino que habían tenido la enorme suerte de que el *Aquarius* los rescatara de los peligros de continuar en su frágil embarcación. Sin embargo, el barco iba sobrecargado: su máxima capacidad era de 550 personas y llevaba a más de 600. La situación era arriesgada. Además, había mujeres embarazadas a bordo, menores que no iban acompañados de ningún adulto... Algunos habían sufrido quemaduras o hipotermia. Enseguida los medios españoles comenzaron a hacerse eco de la noticia. La situación era grave

porque el nuevo Gobierno italiano se negaba a acogerlos y se hallaban detenidos en medio del Mediterráneo entre estos dos países, sin poder dirigirse a ningún puerto donde desembarcarlos. Conozco bien al primer ministro maltés, Joseph Muscat, laborista. Hemos coincidido varias veces en distintos foros europeos o internacionales y con frecuencia hemos podido hablar de la inmigración. Sé muy bien cuál es su posición, que es muy distinta de la del entonces recién estrenado Gobierno italiano. Sin embargo, ellos están también abrumados por su posición geográfica, como Italia. Lo que quería el Gobierno italiano era forzar a Malta a acogerlos y para lograrlo estaba planteando, de hecho, un enfrentamiento entre dos países europeos.

Entonces pensé: «Tenemos que hacer algo». Había 630 personas expuestas a una situación de enorme vulnerabilidad. Corrían el riesgo de morir. En una circunstancia tan crítica como esa, está claro que la prioridad es salvar vidas humanas, pero además en política resulta crucial darse cuenta de lo que está en juego en una crisis. En aquella del *Aquarius*, había una cuestión humanitaria y urgente que resolver, pero también se encontraban, ante los ojos de todos los ciudadanos, dos visiones de Europa enfrentadas. Una era la del Gobierno italiano, formado por la Liga Norte y el Movimiento Cinco Estrellas, partidario de simplemente cerrar las fronteras a los migrantes. La mano dura de Giuseppe Conte tiene, por desgracia, numerosos adeptos ya en distintos países de Europa. La otra era una visión europea, la nuestra. Y cuando digo «la nuestra» no me refiero a la del Gobierno, sino a la de la mayoría de los españoles. Estaba en juego la misma esencia de la Unión Europea, el derecho internacional, los derechos humanos, el humanismo, la democracia...

Estamos hablando de las fronteras, que son uno de los factores que históricamente definen a los Estados nación. La UE, como entidad supranacional, ha adquirido una responsabilidad común sobre ellas, por eso existe el Acuerdo de Schengen, por eso existe la Agencia Europea de la Guardia de Fronteras y Costas (Frontex). Por tanto, responder a la crisis humanitaria del *Aquarius* también era una forma de decir a todos nuestros amigos del continente: «Esto es un asunto europeo y hemos de responder desde la solidaridad de todos los países miembros de la UE, no podemos dejarlo solo en manos de uno, de aquel cuyas fronteras nacionales se ven afectadas».

Podíamos haber mirado para otro lado, como ocurre con demasiada

frecuencia respecto al tema de las migraciones. Podríamos haber dicho: «Que se las compongan Italia y Malta». Pero decidimos que nuestra responsabilidad como europeos era tomar una decisión que supusiera un aldabonazo en todas las cancillerías europeas y que involucrara a la Unión como un todo.

Nos pusimos en marcha. Hablé con la vicepresidenta Carmen Calvo, con las ministras Magdalena Valerio y Margarita Robles y los ministros José Luis Ábalos y Josep Borrell. Nos sentamos todos y tomamos la decisión que se convirtió en la primera de mi Gobierno: ofrecer un puerto seguro en España al *Aquarius*. Con ello salvábamos las vidas de los que viajaban en él evitábamos que se viera a dos países europeos peleando y además lográbamos que España diera un enfoque a la inmigración completamente distinto, europeo, solidario y basado en hechos y datos, no en los fantasmas que a tantos les gusta agitar. Tuvimos sobre la mesa muchos datos, sobre la inmigración que nos estaba llegando, por ejemplo. El número de personas que entonces llegaba a Europa cruzando el Mediterráneo se había reducido significativamente desde 2015. Nuestra respuesta interpelaba a todos los países en la UE, que debían comprometerse con el fenómeno de la migración.

EL MAYOR RETO DE EUROPA

Nuestra decisión, en primer lugar, ratificaba el espíritu humanitario europeo: «No vamos a permitir que muera gente en el Mediterráneo». Además, en el plano político, el doble mensaje que transmitimos a nuestros socios es: «Somos solidarios y somos responsables». Por tanto, vamos a pedir solidaridad y responsabilidad a todos los países. Así debería suceder siempre en Europa, esa es la dinámica subyacente bajo las políticas netamente europeas, una combinación de solidaridad y responsabilidad.

Lo cierto es que, en aquella reunión inicial, todos estábamos de antemano de acuerdo en que debíamos hacer algo y lo más práctico era ofrecer al *Aquarius* desembarcar en España. La cuestión era el cómo. Cuando finalmente se tomó la decisión de llamar al capitán del barco, lo hicieron desde el Ministerio de Fomento. Hablaron con él y le ofrecieron ese puerto seguro en nuestro país. A partir de ahí se pusieron en marcha los cauces oficiales para hacerlo. Barajamos ofrecer el puerto de Barcelona o el de

Valencia y finalmente optamos por Valencia por cuestiones logísticas. El viaje era muy largo hasta España y los responsables del *Aquarius* carecían del combustible, los víveres y, en general, los recursos necesarios para hacerlo. Tuvimos que hablar con Italia y con Malta —de eso se encargó Borrell— para que los aprovisionaran con lo más necesario: combustible y alimentos. Había migrantes a bordo que ya se encontraban mal y debían enfrentarse a una travesía de varios días para llegar a nuestro país. La situación era complicada.

Los italianos fletaron varias fragatas que escoltaron al *Aquarius*, y posteriormente los recibieron las fragatas de la Armada Española. Esto supuso una movilización del Ejército español, que se volcó absolutamente; su compromiso fue equiparable al de todas las instituciones y yo diría que toda la sociedad. El 11 de junio, a partir del momento en que se conoció la noticia de que había dado instrucciones para acoger al *Aquarius* empezaron a llamarnos ayuntamientos, comunidades autónomas, diputaciones provinciales, para decirnos que disponían de infraestructuras, que tenían medios y recursos para acoger a los rescatados del *Aquarius* y que querían contribuir. Resultó emocionante, no solo salvar sus vidas y lanzar un mensaje político a Europa, sino también que el Gobierno se convirtiera en catalizador de un sentimiento generalizado de la sociedad española, que quería y quiere acoger. Una inmensa mayoría de la ciudadanía se sintió reflejada en nuestra decisión, después de años de una política migratoria desgraciadamente cicatera por parte de nuestro país, que había acallado nuestra voz en Europa. De hecho, el Partido Popular (PP) siguió insistiendo en esa política y se negó, como hizo Ciudadanos (Cs), pero ninguno de los dos partidos de la derecha ofreció ninguna solución. Hubo otras instituciones, como la Xunta de Galicia, en cambio, que sí colaboraron pese a estar gobernadas por el PP. Además, hubieron de involucrarse varios ministerios, pues era una operación compleja. Fue un esfuerzo colectivo hermoso.

Deliberadamente quisimos evitar que su llegada se convirtiera en un *show*, como tiende a suceder en nuestra sociedad del espectáculo y, por eso, la llegada de los migrantes se previó en un lugar lo más discreto posible. Queríamos respetar al máximo la dignidad de cada una de esas 630 personas. Dos días después de nuestra decisión, las autoridades francesas se pusieron en contacto con nosotros para ofrecerse a recoger y trasladar a Francia a todos aquellos migrantes del *Aquarius* que quisieran dirigirse allí, además de

ofrecernos algunos medios técnicos. No fue nada casual. El Gobierno francés supo interpretar lo que había hecho España y su respuesta estuvo a la altura del europeísmo del presidente Emmanuel Macron y de las necesidades políticas del momento. Desde el punto de vista de la colaboración europea fue todo un ejemplo.

A mí personalmente, el haber salvado la vida a 630 personas hace que piense que vale la pena dedicarse a la política. Te das cuenta de la fuerza y la capacidad de transformación que tienes desde el poder político. Sí, sabemos que son 630 personas nada más, que el fenómeno de la migración involucra a millones y que, por desgracia, no lo podemos resolver ni abordar nosotros solos. Pero se trata de seres humanos cuyas vidas concretas hemos cambiado y hemos salvado. Esto compensa todos los sinsabores de la política.

Por eso me sabe mal oír comentarios diciendo que fue una acción de marketing, como se dijo también de mi decisión de incluir mujeres en el Gobierno. Eso nos llevó a ser portada del *Financial Times*, por haber formado el primer Gobierno en número de mujeres de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). No es lo mismo ser portada en la prensa internacional por estas razones que por casos de corrupción o por una crisis como la de Cataluña. ¿Marketing? Que se lo digan a los 630 migrantes del *Aquarius* o al movimiento feminista que tanto ha luchado por la igualdad real y efectiva, también en la representación política. Que les pregunten si es un gesto o si son decisiones políticas que cambian la realidad, por las que nos felicitó la comunidad internacional, desde Naciones Unidas a la propia Unión Europea. El comisario europeo de Migración, Dimitris Avramopoulos, agradeció la «solidaridad real» de nuestro país hacia personas desesperadas y vulnerables, y también hacia otros Estados miembros. Me gustó especialmente esa expresión: «solidaridad real». Porque describe con exactitud lo que ocurrió: eran personas reales y nosotros no respondimos con bellas palabras, sino con una decisión real.

El caso del *Aquarius* ha cambiado la política europea. Durante el verano tuvimos dos nuevos *Aquarius* y una misma respuesta por parte del Gobierno italiano, lo que exigió a distintos países, entre los que se encontraba España, articular un mecanismo solidario de acogida de los migrantes. Así lo hicimos. Estoy convencido de que, más pronto que tarde, este mecanismo se institucionalizará a nivel comunitario con el apoyo entusiasta de la Comisión Europea. Aquellos días se produjeron intensos contactos míos con el

presidente francés y otros líderes europeos, y también entre los respectivos ministros de Exteriores. Todos estuvimos de acuerdo en que el Consejo Europeo que ya teníamos a la vuelta de la esquina, para finales de junio, debía albergar un debate profundo sobre las cuestiones migratorias y, de hecho, se dio prioridad al asunto y tomamos decisiones adecuadas. Se trata de un desafío que exige una respuesta duradera y global, que cubra, a la vez, asilo, protección de las fronteras, readmisión, cooperación con terceros países y migración legal, tal como marcan los valores europeos.

Somos un país que, cuando quiere, hace muchas cosas, y yo tengo la ambición de que España lidere en la UE e internacionalmente las causas que defiende la sociedad española. Fuimos el primer país en aprobar una ley integral contra la violencia de género e, incluso, España planteó una directiva a nivel europeo sobre violencia de género, que al final no pudo materializarse. Me enorgullece pertenecer a un país cuya sociedad pide estar a la vanguardia en la ampliación de derechos y libertades, como lo estuvo al aprobar el matrimonio entre personas del mismo sexo.

La decisión del *Aquarius* me hizo sentir reconfortado con la política, por la capacidad de cambio que nos ofrece a quienes tenemos responsabilidades, sobre todo desde el Gobierno. Ahora España está actuando, no como ocurría antes, cuando había problemas y el Gobierno miraba hacia otro lado, como si de ese modo los migrantes no fueran a venir. Parecía que la política anterior pasaba por no hablar de migración, como si por no mencionarla fuera a desaparecer. Ahora estamos poniendo en práctica una política de inmigración realmente digna de ese nombre, porque, cuando llegamos al Gobierno, no existía. Pese a que las directivas de inteligencia de años anteriores estimaban un repunte del flujo migratorio de la ruta del Mediterráneo Occidental, esto es, la que afecta a España, no había implementada ninguna medida: no funcionaba la comisión interministerial de migraciones, la conferencia sectorial sobre migraciones no se convocaba desde hace años, no existían los fondos de integración y, por supuesto, no se había creado el Mando Único en el Estrecho y el mar de Alborán, experiencia exitosa de la llamada crisis de los cayucos que sufrió España a principios del 2000. Hay mucho que hacer aquí y en Europa, pero aquel día dimos un gran paso adelante porque pusimos el tema en lugar prioritario de la agenda y porque dejamos claro que debía haber una respuesta europea. Cuando apenas dos meses después se volvió a plantear un caso parecido con el mismo barco, pudimos decir: ahora

le toca a otro país. Nosotros hemos dado ejemplo, pero esto debe resolverse con la colaboración de todos. De este modo, la acogida se llevó a cabo entre seis países. España colaboró y se consumó la continuación de lo iniciado por nosotros en junio. La intervención decidida de nuestro país en la crisis de junio ha creado un método, «el método *Aquarius*», para colaborar los distintos países europeos bajo la dirección de Bruselas, que coordina y avala las operaciones.

Si lo seguimos aplicando a las emergencias que se dan con personas rescatadas en el mar evitaremos crisis humanitarias y, desde el punto de vista político, enfrentamientos entre socios que mandan un mensaje lamentable a nuestras sociedades y extienden la sensación de que se trata de un fenómeno inmanejable. No lo es. Europa cuenta con los recursos necesarios para afrontarlo, solo debemos coordinarnos y trabajar conjuntamente. Los movimientos autoritarios quieren transmitir que la inmigración es una avalancha, pero no es así. Se trata de abordarla con rigor y poner los medios para hacerlo. España lo hizo aquel día y yo me sentí profundamente orgulloso de la respuesta de nuestra sociedad, que marcó el camino en Europa.

Aquellos días, el hecho de que las circunstancias convirtieran el *Aquarius* en mi primera decisión y que adquiriera la envergadura europea que queríamos darle, me hizo darme cuenta de hasta qué punto han estado presentes en mi vida política los refugiados, esas personas que, como dijo Hannah Arendt, son apenas nada más que seres humanos. Las vidas de esas personas nos muestran cuán fácilmente cualquiera de nosotros podemos perder nuestro trabajo, nuestro país, nuestros seres queridos y los derechos más elementales. No ser nada más que seres humanos supone una vulnerabilidad extrema y lo cierto es que ver a los refugiados de cerca, conocerlos, tratarlos, no importa cuál sea su origen, te pone ante los ojos la esencia misma de la humanidad, la suya y la tuya. Mi estancia en Bosnia-Herzegovina y con los refugiados de Kosovo, siendo muy joven, influyó sobremanera en mi vida política. A lo largo del siglo xx el balance histórico de nuestro país ha pasado por expulsar refugiados políticos o migrantes económicos, pero luego se volvieron las tornas y España empezó a convertirse en país de acogida. Por un lado, llegaron los refugiados políticos de las dictaduras latinoamericanas a finales de las décadas de 1970 y 1980. Posteriormente nos convertimos en un destino deseado por numerosos migrantes económicos, tanto latinoamericanos como africanos. Lo cierto es

que nuestra sociedad ha sido generosa y acogedora. En pocos años la experiencia española, también determinada por nuestra posición geográfica, ha resultado buena y de ella se extraen lecciones para otros países. Eso fue lo que me pidieron que contara, cuando era líder la oposición, en diferentes universidades, una de ellas la Universidad de Nueva York (CUNY, por sus siglas en inglés), y así lo hice en el año 2016. Les expliqué la crisis de los cayucos y cómo se resolvió desde el Gobierno, presidido entonces por José Luis Rodríguez Zapatero.

Los gobernantes europeos debemos ser muy rigurosos con la migración. Se trata de un fenómeno que hemos de manejar desde la convicción de hacer valer el derecho internacional, los derechos a la protección de que gozan las personas, y eso es preciso hacerlo acompañado con nuestro derecho como país a regular los flujos migratorios, combatir a las mafias que trafican con seres humanos y controlar las fronteras. El auge del nacionalismo y el autoritarismo que estamos experimentando en Europa se alimenta del miedo a la migración. No es el único factor y, sin duda, la pérdida de bienestar material producida por la crisis ha exacerbado las incertidumbres respecto al futuro, que hoy son enormes. El nacionalismo parasita los miedos de las personas, sobre todo de las más desfavorecidas, a perder sus empleos o a sufrir una reducción de salarios, pero también otros miedos más intangibles, como el miedo a la pérdida de identidad cultural, a la disolución de la sociedad tal como la conocían muchas personas hace tres o cuatro décadas, porque en efecto todo está cambiando muy rápido.

Debemos tomárnoslo muy en serio porque lo que está en juego puede llegar a ser la esencia misma de la Unión Europea. Si el autoritarismo nacionalista triunfa, lo hará a costa de los valores de solidaridad, responsabilidad e integración que representa Europa. La UE significa, desde el punto de vista de las ideas e incluso de las mitologías sociales, superar las fronteras y todo el daño que estas han causado a lo largo de la historia. La voluntad europea de sobreponerse al sufrimiento y la destrucción de la Segunda Guerra Mundial no se entiende sin el esfuerzo por superar los particularismos de cada país. Cuando el nacionalismo cobra auge es siempre a costa de las ideas y los valores europeos, como nos hizo ver Stefan Zweig, que lo calificó como «la peor de todas las pestes, que envenena la flor de nuestra cultura europea». Retroceder en eso es algo que, sencillamente, no nos podemos permitir, como españoles y como europeos.

CAMBIO DE ÉPOCA: LA MOCIÓN DE CENSURA

Mucha gente, entre ellos algunos destacados líderes políticos, no quisieron darse cuenta. Han tardado en aceptarlo, algunos ni lo han hecho. Pero lo cierto es que la moción de censura que llevó al Partido Socialista al Gobierno supuso un cambio de época en la política española. En primer lugar, se puso fin al combate por la hegemonía dentro de la izquierda: esta cuestión quedó zanjada. A cambio, comenzó la pugna dentro de la derecha por esa misma preponderancia ideológica y, en el momento de escribir estas líneas, en 2018, no está ni mucho menos decidido quién va a ganar esa batalla que, a su vez, puede tener consecuencias muy relevantes dado el auge de cierta ultraderecha en Europa. En España hasta ahora los ultras estaban ubicados dentro del PP, y eso mantenía su actuación muy restringida, pero ahora Vox parece estar en auge. Veremos qué pasa. Un hecho muy relevante, no obstante, es que la izquierda ha estado fragmentada siempre, y los socialistas estamos acostumbrados, primero a competir electoralmente con otro partido de izquierdas y, a continuación, a negociar con ese mismo partido para sumar una vez que han pasado las elecciones. En cambio, la derecha española está desacostumbrada y no sabe desenvolverse en ese campo. Desde los tiempos de Aznar como presidente del PP, que logró aglutinarla, no ha tenido que volver a manejarse. Con Rajoy se pone fin a una era, a una forma de hacer política, pero también a una tranquilidad del PP respecto a la fidelidad de sus votantes: visto ahora en perspectiva, posiblemente la falta de competencia le ha perjudicado. Lo que sí es evidente es que el discurso de la ultraderecha está condicionando y extremando el de la derecha clásica. Pasa en Europa y comienza a ocurrir en España.

Nuestra moción también cambió por completo las tornas en Cataluña. El independentismo vivía mucho mejor contra Rajoy y tuvo que reubicarse en el nuevo escenario que significa para ellos que haya un Gobierno en Madrid

abierto al diálogo. Cada día abrimos nuevos espacios para el intercambio de opiniones y achicamos el escenario del enfrentamiento político. Desde luego, el problema de convivencia no se resuelve en unos meses, llevará tiempo, pero en el plano político nuestro objetivo es reducir el conflicto. Estoy convencido de que el problema catalán no es de independencia sino de convivencia.

Por último, el cambio de época que supuso la moción de censura se percibió en que, por primera vez en nuestros cuarenta años de democracia, una iniciativa así saliera adelante y se invistiera a un presidente del Gobierno sin acta de diputado —dimití de mi escaño por negarme a situar a Mariano Rajoy al frente del Ejecutivo—; por primera vez, gobierna la segunda fuerza en número de diputados —posible en nuestro sistema parlamentario—; por primera vez, los presidentes de las Cortes Generales, del Congreso y del Senado son de un partido político que no es el del Gobierno, lo que dificulta la acción gubernamental y parlamentaria por el bloqueo de los dos grupos parlamentarios conservadores: el Partido Popular y Ciudadanos, que tienen mayoría en las Mesas de ambas instituciones. En definitiva, muchas «primeras veces» que han supuesto una renovación en toda regla y que, pese a todas las complejidades, han abierto las puertas y las ventanas de la política española introduciendo el aire limpio que tanto se necesitaba.

Pero estoy abordando las consecuencias de la moción antes de relatar cómo ocurrió y, sobre todo, cómo se precipitaron los hechos de una forma tan sorprendente para todos, incluso para mí y para los socialistas mismos. Empecemos por el principio.

El 24 de mayo de 2018 acudí a primera hora de la mañana a la Cadena SER para realizar una entrevista con Pepa Bueno. Despuntaba un día soleado, que se preveía agradable desde el punto de vista meteorológico, con temperaturas primaverales en Madrid. Estábamos pendientes de que se constituyera el Gobierno en Cataluña porque Joaquim Torra había propuesto para *consellers* a algunos de los encarcelados, y Mariano Rajoy se había negado a firmar esos nombramientos. El bloqueo seguía dominando la relación.

Aún ese 24 de mayo por la mañana estaba yo apoyándole frente al independentismo. Quiero subrayarlo porque algunos tardaron medio minuto en acusarme (de nuevo) de traicionar España, y considero muy grave que se atribuyan ellos solos la única encarnación y la única interpretación posible de

lo que significa España. Esa mañana en la SER seguí defendiendo que Rajoy, en virtud del artículo 155 de la Constitución, hacía bien en no firmar esos nombramientos. Literalmente dije: «Hay un acuerdo en el Senado muy claro, meridianamente claro. El *Govern* se da por constituido no solo cuando toma posesión el *president* sino cuando se publica ese Gobierno en el Boletín Oficial y toman posesión los consejeros. El juez Llarena ya ha dicho que no cumplen los requisitos para tener esas responsabilidades políticas. El presidente del Gobierno, en virtud del 155 y de la excepcionalidad prorrogada por Torra y Puigdemont, sigue siendo el competente para publicar los nombres de los consejeros».

El caso es que, al concluir la entrevista, como suele ser habitual, me quedo a tomar un café con Pepa y el resto de periodistas, los tertulianos que han participado también en el programa. En esa conversación sale a colación la sentencia del caso Gürtel. En los cenáculos madrileños se decía que estaba a punto de hacerse pública. Alguien comenta que los rumores apuntan a que va a ser contundente. Otro periodista insiste: se espera una sentencia muy dura. Yo no tercio en ese punto porque, la verdad, no tengo en ese momento mucha información sobre cómo podía resultar la sentencia, más allá de las especulaciones publicadas en prensa.

La víspera he hablado con Rajoy sobre Cataluña, hemos comentado precisamente los últimos movimientos de Torra, pero él no me explica nada respecto de la sentencia. También el día anterior el Gobierno ha aprobado los presupuestos con el apoyo del PNV y Cs. La interpretación general, y la predominante en esa conversación con periodistas, es que Rajoy acaba de obtener dos años más y concluirá la legislatura. Probablemente satisfecho por esa sensación de seguridad, él espera que llegue el fin de semana para marcharse a Kiev a ver la final de la Champions, en la que juega el Real Madrid, plan que al final se le torció. En fin, al salir de la SER le digo a mi colaborador, Miguel Ángel Marfull: «Miguel Ángel, vámonos andando por la Gran Vía, que hace buen día». Se trataba de un paseo de menos de media hora. Comenzamos a caminar y, a los pocos minutos, recibo una llamada de Ferraz. Me informan de que la sentencia es inminente. «Va a salir hoy», me dicen. En el rato que tardamos en llegar caminando hasta Ferraz, se hace pública. Cuando llego a la sede del Partido Socialista, nos ponemos en marcha.

Lo primero que hago es llamar a Margarita Robles. No solo es la

portavoz del grupo parlamentario socialista, sino que además es jueza y yo quiero, antes de tomar ninguna decisión política, tener un análisis jurídico riguroso, extremadamente fino y preciso, de la sentencia. A aquella reunión asisten también Adriana Lastra, José Luis Ábalos, Carmen Calvo, Iván Redondo, Maritcha Ruiz, Juanma Serrano... Llamo a mi equipo más cercano, además de a compañeros de la ejecutiva, como Santos Cerdán, Paco Salazar, Patxi López y Alfonso Gómez de Celis.

En efecto, a medida que vamos conociendo los detalles y estudiándola, nos damos cuenta de que la sentencia de la Audiencia Nacional resulta demoledora para el Partido Popular. Al cabecilla de la trama Gürtel, Francisco Correa, le condenan a más de cincuenta años de cárcel; al tesorero del partido, Luis Bárcenas, le caen más de treinta años. ¿Cómo soporta un partido que su tesorero, designado directamente por Rajoy, reciba esa durísima pena?

Empezamos a analizar los detalles de la sentencia. La ristra de condenados es extensa y la sentencia establece la existencia de financiación irregular en el PP durante años. Por lo tanto, desde el punto de vista político, están claras las responsabilidades que debe asumir el PP. Pero debemos estudiar con detenimiento el voto particular para saber si hay algún defecto de fondo respecto a la legislación que se violentaba. Nos centramos, pues, enseguida en cómo se funda este voto particular, que resultó muy claro. Se objetaba un asunto técnico, pero no el fondo de la sentencia ni que hubiera existido financiación irregular en el PP. No cuestionaba lo mollar: existía una caja B en el PP que llevaba lustros funcionando. El cabecilla había constituido una trama societaria para obtener contratos públicos a cambio de entregar dinero al partido. El PP, como partido, era condenado como «partícipe a título lucrativo». La guinda del pastel la ponen los magistrados de la Audiencia cuando afirman que la palabra del presidente del Gobierno — que había declarado como testigo ante ellos algo menos de un año antes — no resulta creíble. Si la credibilidad de Rajoy estaba ya mermada, aquello terminaba de enterrarla.

La sentencia constituye una descarga eléctrica en los dos centros neurálgicos de la política española, así como en las redacciones de los medios. La información se acelera, como sucede casi siempre ahora, y no tarda mucho en comenzar la catarata de declaraciones políticas. Muchos empiezan a girar la cabeza hacia nosotros. Unidos Podemos sale enseguida

interpelándome personalmente: «Sánchez, presente usted una moción de censura». Sin embargo, yo tengo claro que lo primero que debemos hacer es esperar a ver cómo reacciona el Partido Popular y el propio Mariano Rajoy. Ante todo porque, por pura lógica política, las primeras palabras que importaban eran las suyas. Rajoy y la cúpula del PP se habían pasado años diciéndonos a todos los españoles que las únicas responsabilidades que importaban eran las judiciales. Pues bien, ahí estaba la sentencia, ¿qué iban a hacer? Tenían que estar a la altura de sus propios estándares, que ya eran muy bajos, porque habían decidido que la responsabilidad política no existe, lo cual ha resultado muy dañino para la democracia española. De la responsabilidad ética, algunos ni han oído hablar. Pero ahora se hallan ante la única responsabilidad que, según ellos, existe: la judicial. No caben dudas y les digo a los míos: «Vamos a esperar a ver qué dice el PP y el Gobierno».

EL DÍA QUE SE PROBÓ LA FINANCIACIÓN IRREGULAR DEL PP

Que Rajoy aprobara los presupuestos un miércoles sin saber nada de la sentencia y que esta saliera un jueves se puede atribuir a una gigantesca casualidad. Se puede, sin duda. Pero, en fin, la verdad es que, pese a los enfrentamientos tan duros que hemos tenido —y ellos a mí también me lo han hecho pasar mal—, en los últimos meses, con motivo de la crisis de Estado en Cataluña, nuestra relación se había estrechado. No me refiero ya a lo político, sino a lo personal. Habíamos creado un clima de confianza y respeto mutuo, basado en las muchas horas de conversación y, probablemente, en el compartir unos momentos muy difíciles para España. En aquel momento, se me hacía duro, desde el punto de vista personal, plantear una moción de censura.

La temperatura de las noticias iba en aumento por minutos en las redes. Todo el día están muy activas, criticándonos por ser el único partido que no ha dicho nada. Existe cierta desazón entre los nuestros por ese margen que estamos dando a la respuesta del Gobierno. Les insisto: «No podemos decir nada hasta que hable el Gobierno porque no sabemos si van a asumir algún tipo de responsabilidad política». Si lo hubieran hecho, el escenario habría cambiado por completo. Y aunque es verdad que no podía preverse que Rajoy lo hiciera, conociéndole, la sentencia suponía un golpe tan fuerte para

ellos que no se podía descartar que reconocieran que su huida hacia adelante de años había concluido. En aquellos momentos, en la planta cuarta de Ferraz empieza a cuajar la idea de que tenemos que presentar una moción de censura; probablemente yo soy el más remiso. Todos, en distinto grado, tienen claro que hemos de hacerlo: la sentencia es la gota que ha colmado el vaso de la corrupción y el deterioro democrático de nuestro país.

Se han publicado informaciones relativas a que veníamos planeando la moción desde meses antes. Nada de eso es verdad. Había gente que especulaba, y es verdad que dentro de la dirección socialista algunos tenían claro desde meses atrás que había que hacerlo. Sin embargo, yo opinaba lo contrario, sin asomo de duda. Mis interlocutores políticos, mediáticos y del mundo empresarial lo saben. Mi hoja de ruta no lo contemplaba, queríamos llegar al poder tras las elecciones. Estábamos llevando a cabo un intenso trabajo político, con vistas a las elecciones autonómicas y municipales, en las que contábamos con obtener un buen resultado. Habíamos redactado los «diez acuerdos de país», estábamos trabajando con intensidad y yo había estado viendo a muy diversa gente en los meses previos porque tenía mucho interés en atraer talento profesional y personal a la política. Se trataba de un trabajo de largo recorrido, pensando en el partido, en un futuro Gobierno y en las sucesivas elecciones. Nada urgente. Nos disponíamos a elegir a nuestros candidatos tranquilamente en septiembre de 2018, después del verano.

Todo aquel trabajo político, ese itinerario que nos habíamos diseñado hasta las elecciones municipales y autonómicas de 2019, salta por los aires. La sentencia nos cae sobre la mesa y lo cambia todo, aunque en realidad, para ser preciso, diré que no es la sentencia sino, una vez más, la política, esa política que Rajoy no creía que existiera. Cuando el PP sale por fin a explicarse, lo hace con una escueta nota de prensa, ni siquiera mediante un portavoz, lo cual ya indica que no perciben la gravedad de la situación. Para colmo, en esa nota se afirma que el PP no conocía los hechos. Pretenden que la sentencia no va con ellos; aducen también que no es firme y afirman su intención de recurrirla. La meta que ellos mismos se habían fijado desaparecía. Como esos tramposos que, justo antes de que les metan un gol, cambian la portería de sitio. Ya tampoco eran los jueces los que establecían la responsabilidad, ya no valía una sentencia, sino que había de ser una sentencia firme. De nuevo, aplazar y aplazar para eludir su responsabilidad. Aun así, yo quiero ver cuál es la respuesta del Gobierno. Pero la decepción

completa no se hace esperar: por la tarde hacen pública otra nota de prensa en la que vienen a decir lo mismo. Esa misma tarde, en la sede de Ferraz, ya hablo con Margarita Robles y le digo: «No sé si la voy a presentar, pero empieza a trabajar en la redacción de la moción de censura». Ella se pone manos a la obra: se marcha al Congreso y empieza a redactarla junto con el equipo del Grupo Parlamentario.

A lo largo de todo el día no dejo de recibir llamadas de presidentes autonómicos y gente destacada del partido. Hay una visión casi unánime del asunto y de las consecuencias políticas de la sentencia: el PP no tiene solución y debemos ir a una moción de censura. El PSOE saca una nota de prensa, reprochando al Gobierno su intolerable renuncia a asumir responsabilidades. Pero lo cierto es que en ese momento queremos ganar algo de tiempo. La política en estos tiempos va demasiado rápido y yo necesito meditarlo. Se trata de un paso con enorme trascendencia y numerosas consecuencias. Aquella noche no pego ojo. Por un lado, tengo claro que hay que hacerlo, prácticamente creo que el PP no nos deja opción con sus respuestas elusivas. Los tribunales han sido durísimos y el Gobierno tenía que haber reaccionado. Yo veo que el PSOE tiene que dar respuesta al deterioro democrático y a la ciudadanía, que no aguanta más.

Por otro lado, lo que me decía la historia y la costumbre es que nunca en la etapa democrática reciente de España la oposición ha ganado una moción de censura. A eso hay que añadirle el hecho de que yo ya me había presentado en una sesión de investidura en la que no había ganado. Si la moción no salía, como parecía previsible en aquel momento, sería la segunda derrota. Por último, se añadía un tercer factor: mi discurso de la moción significaba volver al hemiciclo por primera vez desde mi dimisión, con la carga emocional que contenía. Yo había dimitido como diputado para no votar una abstención que permitiera gobernar a Rajoy. La perspectiva ahora era regresar para plantear la censura de Rajoy. Entre todas las dudas e incógnitas de aquella noche, tenía claro que, si presentaba una moción, sería sin ningún tipo de negociación, porque no podía haberla. El consenso general en la Cámara era que Rajoy no podía seguir gobernando y en eso se basaría la moción si llegaba a presentarme.

Aquella noche, otros acontecimientos recientes se entremezclan con mis pensamientos, muy en especial lo ocurrido en la Comunidad de Madrid apenas unas semanas antes. A diferencia del Congreso de los Diputados, en la

Asamblea de Madrid, Ciudadanos sí había sido decisivo para sustentar al Gobierno de Cristina Cifuentes. En los procesos de moción de censura de Madrid y Murcia, Cs había sostenido al PP, siempre. Y era evidente que, si la habíamos presentado en Madrid o Murcia, a nivel nacional había que hacerlo también. Eso asimismo me presionaba. Pero, por otro lado, el día anterior, Cs y el PNV habían apoyado los presupuestos de Rajoy, lo cual hacía difícil un apoyo suyo a mi moción. Era muy complicado que saliera y para mí eran todo dudas... Por un lado, significaba ir otra vez al Congreso para perder, y eso no solo resultaba desagradable para mí, sino que también algunas personas de mi entorno me alertaban sobre cómo ese escenario podría reforzar a Rajoy: si el PSOE presentaba una moción y la perdíamos, casi equivalía a que viera renovada la confianza de la Cámara. Al mismo tiempo, lo que había sucedido en los dos años de legislatura me daba la razón: Rajoy no tenía que haber sido elegido presidente del Gobierno en primera instancia, en 2016; estos escasos dos años estaban siendo una agonía, no ya para él y para el PP, que también, sino para el país. Y al darme la razón, políticamente hablando, eso me legitimaba aún más para presentar la moción... Habían sido dos años perdidos, de desprestigio de la política, de vincularla a ese lodazal de la corrupción del PP y que, al final, salpicaba a todos los partidos sistémicos, como el PSOE, y a las instituciones, aunque no fuera nuestra corrupción. Porque la gente, cuando ya se pierde en la información sobre tramas, prevaricaciones y cohechos, simplemente se queda con la idea de que los políticos son todos unos corruptos. El mal que corroía al PP estaba afectando al sistema democrático en su conjunto.

Todo eso me animaba a presentar la moción, pero, la verdad, en política, como en la vida, las disyuntivas más complicadas son aquellas que tú no has buscado, sino que se dan por acontecimientos sobrevenidos, ajenos a uno mismo. A veces las circunstancias te salen al paso de la forma más imprevista, y entonces es cuando se nos plantean las decisiones más difíciles. Al final, la realidad es que uno hace lo que debe y no lo que quiere. Pero esto no solo valía para mí sino para todos. La moción obligaría a retratarse a todo el mundo, a los demás partidos y líderes políticos. El planteamiento debía girar en torno a una idea sencilla: Rajoy no debía seguir al frente del Gobierno de España. En el fondo, la realidad era así de rotunda y directa, aunque todo pareciera más complicado. Políticamente creo que también la mayoría de españoles lo entendía así: basta ya, no soportamos más la

corrupción y el deterioro institucional. A la mañana siguiente llamé a Margarita para que registrara el texto de la moción en que habían estado trabajando. Rajoy no esperaba que la presentáramos. Nadie, de hecho, lo hacía. Nos habían recriminado en redes nuestra tardanza en reaccionar, en parte porque el modo en que se ha acelerado la información, y por consiguiente la política, exige una capacidad de reacción que a veces resulta contraproducente. Fue una medida que hubimos de sopesar durante aquel día y aquella noche, para finalmente tomar la decisión política que cambiaría nuestro país en una semana.

LA NEGOCIACIÓN QUE NO FUE

Esa mañana nuestra moción entra en el registro del Congreso de los Diputados. A partir de ahí, el secretario de Organización del partido, José Luis Ábalos, inicia conversaciones con las organizaciones políticas y los grupos parlamentarios, con la premisa de que no se negocia nada. No hay por nuestra parte un planteamiento de *do ut des* —doy para que des—, porque expulsar a Rajoy del Gobierno, a esas alturas, no constituye un beneficio para el PSOE, en el sentido de que nosotros llegaríamos al Gobierno, sino un beneficio para el país. Necesitamos esa limpieza; por tanto, lo que ofrecemos es meridiano: encabezar el cambio que todos quieren. No negociamos nada con Unidos Podemos (UP), es decir, no les propondríamos entrar en el Gobierno. Tampoco negociamos con los nacionalistas vascos, simplemente les garantizamos —porque así creíamos que debía ser también con vistas a nuestra credibilidad en Europa— que los presupuestos aprobados se mantendrán y, con ellos, la estabilidad social y económica del país. Esto tranquiliza mucho al PNV porque al fin y al cabo son unos presupuestos que ellos han negociado, pero desconcierta ligeramente a UP. Sin embargo, son conscientes de que no hay mucho margen porque son unos presupuestos aprobados a mitad de año, con seis meses de retraso y apenas con otros seis de margen para ejecutar. También es muy importante para todos mandar a Europa esa señal de estabilidad.

Unidos Podemos se compromete muy rápidamente a prestar su apoyo a la moción. Con el PNV la cosa tarda más en cuajar porque ellos se habían hecho sus planes de estabilidad con el PP hasta el final de la legislatura.

Además necesitaban al Partido Popular en el País Vasco para sacar adelante sus presupuestos. Sin embargo, también son muy conscientes de la situación en la que queda el PP tras la sentencia y el coste que puede tener para ellos sostener a un Gobierno desprestigiado y agotado. Finalmente tardan casi una semana en tomar su decisión. También, todo hay que decirlo, porque son un partido serio, que tiene sus procesos de reflexión y de análisis, sus cauces y sus ritmos. Desde el primer momento nos dicen que necesitan su tiempo; no nos dicen que sí, pero tampoco lo contrario. En cambio, los soberanistas catalanes dicen que apoyan la moción, sin condiciones. Otra cosa es lo que pensarán algunos miembros relevantes del movimiento secesionista, pero en cuanto al grupo parlamentario de Madrid, no hubo dudas. A Carles Puigdemont le venía mejor seguir enfrentado a Mariano Rajoy, sin duda. En cambio, gran parte del Partit Demòcrata Europeu Català (PDeCAT) lo tenía claro y Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) también: Rajoy no podía continuar.

En aquellos días se engrandeció el parlamentarismo en nuestro país. La moción —y el que finalmente saliera adelante— servía para reivindicar el papel del Congreso, de los representantes directos de los ciudadanos, así como el del poder legislativo en una democracia seria. El mecanismo de división de poderes funcionó a la perfección. El poder judicial emitió su sentencia, dura para el Gobierno, de forma totalmente independiente. El poder ejecutivo se negó a extraer las consecuencias políticas de la sentencia. El poder legislativo actuó. Asumió su responsabilidad. Punto. Resulta fascinante el modo en que en los últimos años la democracia española ha dado muestras de estar mucho más viva de lo que algunos pensaban. Los controles y equilibrios funcionan. Nuestras instituciones y el sistema político se están poniendo a prueba en esta coyuntura, con gran éxito. Desde luego, hay mucho a mejorar, pero nadie puede decir que se trata de una democracia defectuosa. Las instituciones y las leyes están ahí y nos permiten mucho margen de mejora.

El debate con las llamadas fuerzas constitucionalistas no dejó de resultarme curioso. Sin duda, antepusieron sus intereses partidistas a los del país en un momento crítico para la vida pública española. Me explico. La moción de censura, regulada en el artículo 113 de nuestra Carta Magna, reconoce su naturaleza constructiva, esto es: el reproche debe ir acompañado de una propuesta alternativa de formación de Gobierno. Pero Cs se negó en

redondo a apoyar un Gobierno que no convocara inmediatamente las elecciones, vulnerando así el espíritu de nuestra Constitución. En el momento de escribir estas líneas, pasados ya unos meses de la moción de censura, aún no reconocen la legitimidad del Gobierno socialista y, con ello, ponen en cuestión la validez de un artículo de la Constitución. Recordando esos días, de nuevo fue el PSOE quien cumplió con la letra y el espíritu de nuestra ley de leyes, porque vehiculamos esa responsabilidad y propusimos un Gobierno, a diferencia de otros, que no ofrecieron alternativa y pretendieron desvirtuar el sentido constructivo de la moción que recoge nuestra Constitución.

El Parlamento, por tanto, cumplió su función y, con ello, prestó un servicio inmenso a la sociedad española y a la política. En primer lugar, porque durante los dos años anteriores el poder legislativo había sido vilipendiado, y finalmente se hacía oír y ponía sus exigencias de limpieza sobre la mesa. Pero más allá de eso, también hubo un grito en el sentido de que la política debía regenerarse, y había que elevar los estándares de ejemplaridad. Todo eso se sintetizó en una semana trepidante, desde el punto de vista político. Una semana en la que todo cambió.

Por supuesto, en las conversaciones de aquellos días previos hay peticiones de los partidos u obstáculos que nos plantean. Para el PNV, uno crucial es la fecha de las elecciones. Ellos no ven que deban celebrarse elecciones inmediatas, lo cual resulta entendible porque han aprobado los presupuestos unos días antes y quieren desarrollar las medidas contenidas en esos presupuestos. UP, por su parte, no pone pegas, ni siquiera respecto a posibles fechas de elecciones; los soberanistas catalanes, tampoco. Al fin, Rajoy cancela su viaje a Kiev, lo que también deja entrever lo que pensaba el Gobierno.

EL CAMBIO SE PRECIPITA

Nosotros empezamos a preparar los contenidos para el debate de la moción sin saber la fecha. Al final, el lunes siguiente, 28 de mayo, me llama la presidenta del Congreso, Ana Pastor, y me dice que el debate y la votación de la moción se celebrarán en el Congreso el jueves y el viernes de esa misma semana. Pese a lo que se ha dicho, no negociamos. Ella simplemente me informó de su decisión. A mí me pareció bien, pensé: «Lo que tenga que ser,

será». Cuanto antes, mejor.

Como ella quiso que el debate se celebrara apenas una semana después de la sentencia, se ha especulado mucho sobre de qué modo la premura con que sucedió todo influyó en el resultado. Francamente, creo que la coyuntura específica, la rapidez, la precipitación incluso, tuvo sus pros y sus contras, pero, sobre todo, fue algo coyuntural con escasa influencia. Lo realmente relevante es que la Gürtel era la gota que colmaba el vaso. La ola de la opinión pública era unánime: había que poner punto y final a esa situación, asumir responsabilidades políticas y cambiar el paso a la política española. Ese era el sentimiento general y predominante, lo demás equivale a coger el rábano por las hojas.

Aquel lunes hablo con Pablo Iglesias. Al mismo tiempo, le envío un mensaje a Albert Rivera para pedirle que hablemos de la moción. Él me responde que mejor que eso lo hablen su hombre de confianza, José Manuel Villegas, y José Luis Ábalos, y si hay algo más importante ya lo tratamos nosotros después. A mí me parecía que un cambio de Gobierno era el tipo de cuestión de primera magnitud que debíamos abordar los dos líderes de nuestros respectivos partidos, pero, en fin. Le dije a José Luis: habla con Villegas y le cuentas la historia, a ver cuál es la posición de Cs. Al mismo tiempo, Ábalos habla también con el resto de los partidos con menos representación parlamentaria. Ese mismo día, Rivera empieza a contar a la prensa que yo no le he llamado porque quiero pactar con los independentistas y romper España. Intoxicación pura y dura. Después de haberse negado a verse conmigo, me acusa de no haberle llamado: el tipo de comportamiento que convierte a las personas en no fiables. Entretanto, Ábalos se reúne con Villegas y este exige que haya elecciones pronto. José Luis le dice: «Pon la fecha». Villegas reconoce, sin decirlo, que lo que no quieren es que las convoque yo. Su principal objetivo en ese momento es evitar que el PSOE encarne la alternativa a Rajoy. A ellos les interesa que Rajoy siga de presidente porque a sus expensas ellos van creciendo, pero al precio de que España y la democracia se deterioren. Y calculan mal. La coyuntura que es buena para ti puede ser nefasta para el país y, si no antepones los intereses del país a los de tu partido, ya puedes luego clamar en contra de los que quieren romper España. Lo que ellos querían era el «cuanto peor, mejor» y, paradojas de la vida, en eso coincidían con Puigdemont. Empiezan a ponerle excusas a Ábalos, en definitiva porque no quieren que haya un presidente distinto de

Rajoy. En fin, a partir de ahí empiezan a hacer cosas raras: anuncian que promoverán su propia moción, cuando ni siquiera tenían los diputados, no ya para ganarla, sino siquiera para poder presentar la iniciativa. Daban muestras de desconocer el Reglamento del Congreso de los Diputados. Incluso plantearon como posible pedir diputados prestados al PSOE, ¿para qué? ¿Para boicotear nuestra moción con más fuerza? Era todo absurdo. Por último, salieron con la idea de un candidato independiente y propusieron a algunos socialistas históricos, sin siquiera consultarles. Estos, a su vez, tardaron poco en desmentir públicamente que quisieran participar en ninguna operación con Cs, lo que se acercó mucho al ridículo.

En fin, ideas soltadas como tinta de calamar, destinadas a distraer de lo principal: la contradicción de decir que quieres la regeneración política mientras sigues apoyando al PP sentenciado por la Gürtel. Mi conclusión es que Cs no sabe gestionar las situaciones de crisis, que en este momento de la política española son bastante cotidianas. Da la impresión de que, o bien no tienen personas que piensen o bien las tienen, pero no las escuchan...

El caso es que el lunes 28 de mayo ya está todo bastante claro. Solamente falta el PNV: nos pide estabilidad y que el proceso no acabe en unas elecciones precipitadas. El miércoles 30, con el apoyo del PNV, la moción cobra cuerpo. Los medios llevan toda la semana diciendo que no sale, que es una locura, una operación cosmética, qué se yo. Todo el mundo encuentra razones y muchos pronuncian la frase que, en estos tiempos de cambio, no se debe soltar con ligereza: esto no va a tener éxito porque nunca lo ha tenido antes. La historia de los últimos cuatro años nos demuestra que están ocurriendo muchos acontecimientos que no habían ocurrido antes. Es mejor tentarse la ropa antes de apostar.

Finalmente, el PNV anuncia su apoyo el mismo jueves 31, el día del debate, pero, desde la tarde antes, yo ya estoy convencido de que Rajoy presentará su dimisión en cuanto se confirme que la moción va a ganar. ¿Por qué no lo hizo? No lo sé, pero, en todo caso, fue su decisión. La mía es ofrecerle, hasta el último minuto, una salida digna, la que considero que se merece todo presidente del Gobierno de España. Por eso desde la tribuna del Congreso le pido que dimita y le digo que, de hacerlo, la moción se detiene en ese preciso momento. Realmente desconozco cuál es su estado de ánimo aquellos dos días de la moción. Todo está revestido de una enorme carga emocional. Él y yo habíamos pasado muchas horas juntos en los últimos

meses, habíamos debatido sobre la situación en Cataluña, y habíamos compartido las medidas ante el desafío y horas muy difíciles para España. Eso ha generado una buena relación entre nosotros. Para mí resulta duro desalojarle de la Presidencia mediante una moción, y hasta el último minuto deseo que él plantee la dimisión, por motivos personales, pero también por dignidad política, la suya y la del puesto que ocupa. También creo que es lo mejor para el país y para su propio partido. Yo no quería ser presidente a cualquier precio, pero sí tenía claro, por encima de todo, que de aquel trance saldríamos poniendo en marcha la regeneración de la vida política española. Si Rajoy hubiera comprendido que era el momento de salir del poder, lo podía haber hecho controlando los tiempos y los acontecimientos, por eso le interpelo desde la tribuna diciéndole: «Dimita, señor Rajoy, dimita y esta moción de censura habrá terminado hoy, aquí y ahora». Abría la puerta a que el Congreso no invistiera a un presidente socialista, pero también dejaba claro que si él bloqueaba el cambio, los socialistas lo promoveríamos. Para ello ofrecimos una nueva etapa política que se desarrollaría en tres fases: censura, estabilidad y elecciones. Toda la política del Gobierno encaminada a revertir los recortes, con medidas de tipo económico y social, estuvo desde el primer día encaminada a lograr esa estabilidad que la sociedad reclama desde el final de la crisis. Porque no se puede anunciar todos los días que la crisis ha terminado si los ciudadanos que lo escuchan no notan ese final.

Rajoy pasa aquella tarde reunido en un restaurante con sus colaboradores más cercanos, mientras sus diputados desconocen por completo qué está sucediendo. Hasta la imagen del bolso de la entonces vicepresidenta Soraya Sáenz de Santamaría en el escaño del presidente está cargada emocionalmente... En los minutos previos al desenlace, nadie sabía si Rajoy acudiría a votar o no. De improviso, irrumpió en el pleno del Congreso y solicitó intervenir desde la tribuna. Se palpaba la tensión, el dramatismo del momento. Al evocar esos instantes, recuerdo escuchar a Rajoy hablar con la voz quebrada. Al finalizar su emocionada intervención, la presidenta Ana Pastor se dirige a mí para saber si quiero o no intervenir. Le digo que no, porque entiendo que las últimas palabras de la moción deben ser las de Rajoy. Así queda registrado en el diario de sesiones. Fueron unas jornadas de pura política española: un debate intenso que provoca frustración en el PP y Cs, pero que al mismo tiempo genera una enorme ilusión en una mayoría parlamentaria y social que quería pasar página de la etapa Rajoy. Al

finalizar el debate, José Luis Ábalos hizo una acertada referencia a *Borgen* — una teleserie danesa muy recomendable para quien no la haya visto—: «*Borgen*... ¿qué *Borgen*? ¡La política española es mucho más emocionante y auténtica!».

Lo significativo, desde el punto de vista político, es apreciar que el 1 de junio de 2018 se hizo real un cambio que no había sido posible en marzo de 2016. El ciclo político de Rajoy estaba acabado ya desde dos años antes, y el país agonizaba, incluido el propio PP. Sin embargo, no pudo materializarse el cambio en el Gobierno hasta dos años después. ¿Por qué? Mi análisis es que Unidos Podemos aprendió del pasado y, por el contrario, Cs ha incurrido en el mismo error que UP entonces. Ambos se creyeron las encuestas y se equivocaron. El objetivo de UP en 2016 no era tanto echar a Rajoy como sobrepasar al PSOE, lograr el famoso *sorpasso* y convertirse en la fuerza hegemónica de la izquierda. Creo que entonces no veían la importancia histórica del PSOE e hicieron un análisis superficial de lo que representa nuestro partido. A veces, lo han identificado con el SPD alemán, otras con el Pasok griego, pero no se han esforzado en comprender nuestra propia naturaleza y nuestro arraigo en la sociedad española y en la historia de nuestro país. Por supuesto, hemos cometido errores, pero el balance es netamente positivo. El PSOE ha estado ligado a toda la imbricación de España en Europa, a la Transición a la democracia, a nuestra evolución política, económica y social en estos cuarenta años de democracia. Querían ser ellos mismos los que encarnaran el cambio y despreciaron en 2016 la idea de que el PSOE lo pudiera hacer. A Cs le ha pasado lo mismo en 2018: querían que la alternativa a Rajoy pasara por ellos, aunque con un discurso más contradictorio, porque en su día aseguraron que nunca iban a apoyar a Rajoy en el Gobierno, y lo han hecho hasta el final, aun cuando ya se conocía la sentencia de la Gürtel. Por mi parte, también las cosas han cambiado: el Partido Socialista ha tenido su propio proceso de madurez, culminado en las segundas primarias a las que yo me presenté. A partir de ahí he sido un líder autónomo, que podía defender mi propio proyecto político, que era el proyecto de la militancia. Eso no significa hacer lo que a uno le dé la gana, todo lo contrario. He acometido los cambios necesarios, primero en nuestro partido, después en España, para implicar a los militantes y a la ciudadanía, para abrir la organización y las instituciones.

Todo eso lo iré contando en las próximas páginas, pero de algún modo

comienza a culminar el día que llegamos al Gobierno. Cambiamos la política en muchos sentidos. En primer lugar, hemos elevado los estándares éticos, algo que resultaba imperioso hacer para que no nos perdimos el respeto a nosotros mismos como políticos y para que la sociedad española pueda estar moderadamente tranquila respecto a sus representantes. Además hemos cambiado nuestra posición en Europa en pocos días, no solo por el episodio del *Aquarius* que ya he relatado, sino también porque, al cobrar ese protagonismo nuestro país, hemos recibido un caudal de confianza de las instituciones europeas. Les hemos dicho a nuestros socios que, en estos momentos tan difíciles para la UE, España va a estar en la vanguardia del europeísmo. En tercer lugar, el día de la moción dio comienzo la batalla por la hegemonía en la derecha, que va a recrudecer la forma en que tanto Cs como el PP hacen oposición. No augura nada bueno el que hayan elegido la estrategia de la crispación y la polarización para lograr la atención política a base de ruido, pues este solo da alas a la extrema derecha. En la izquierda estamos acostumbrados a la fragmentación; la derecha, en cambio, no lo está. Veremos cómo acaba. Con todo, la pugna entre las derechas no deja de tener un único beneficiario: Vox, que engorda a costa del discurso extremista y recentralizador de PP y Cs. Por último, en esta nueva etapa comenzó a partir el último tren que permitirá al independentismo catalán reincorporarse al proceso constitucionalista español. También ellos tienen que saber qué van a hacer, porque es mucho lo que está en juego en Cataluña: nada menos que la convivencia.

REGRESO A FERRAZ

Todos los cambios de los que acabo de hablar se habían acelerado, ante todo, en el seno del Partido Socialista, especialmente a partir de las primarias que me llevaron a dirigirlo en 2017. Cuando planteamos la moción de censura hacía casi exactamente un año de aquellas elecciones internas que supusieron un giro de 180 grados, no solo para nuestro partido, sino para la política española.

Apenas un año antes, el 22 de mayo de 2017, yo abría por segunda vez la puerta del despacho del secretario general del PSOE, en la cuarta planta de la madrileña calle de Ferraz. Todo permanecía intacto, tal como lo había dejado el día de mi dimisión ocho meses antes. Parecía como si allí dentro se hubiera detenido el tiempo: nadie de la Comisión Gestora —la dirección provisional del PSOE tras mi dimisión— había ocupado el despacho en aquellos meses. A decir verdad, en mi primera etapa como líder del partido yo tampoco lo había sentido nunca mío del todo. Aquellos tonos oscuros en la decoración, aquellas cortinas grises... Del mismo modo que al llegar al Palacio de la Moncloa enseguida pensé en abrirla a las visitas de los ciudadanos, aquella mañana, al sentarme de nuevo en mi escritorio pensé que necesitábamos luz y transparencia en aquella casa nuestra del socialismo. Necesitábamos deshacernos de aquellos cortinajes grises, pesados y opacos, llenar de plantas toda la casa, que entrara la luz y el aire fresco. Necesitábamos respirar más oxígeno.

Las sensaciones de aquella mañana, justo al día siguiente de ganar las primarias, eran intensas. Todos los miembros de mi equipo y mi candidatura teníamos plena conciencia de que lo que habíamos logrado era una hazaña a los ojos de los militantes socialistas, los votantes y los ciudadanos en general. Mi teléfono estaba saturado, no dejaba de recibir felicitaciones por WhatsApp y llamadas, además de atender a los medios de comunicación. Pero hay

muchas reacciones que la gente no ve. Mis conductores, Pablo y Fernando, trabajadores y militantes del partido, me recogieron en la puerta de casa, como habían estado haciendo durante los dos años y medio de mi primera etapa como secretario general. Sin embargo, al contrario de lo que suelen hacer, estaban esperándome fuera, de pie junto al coche. Al verme me dieron un abrazo. No dijeron nada, solo «buenos días» y un abrazo. Se subieron al coche y me preguntaron: «¿A Ferraz?». Me acordé de Fray Luis de León en Salamanca: «Como decíamos ayer...».

Yo, en cambio, era plenamente consciente de que nada iba a ser igual que el día anterior. Las primarias de 2017 habían cambiado el Partido Socialista para siempre. Para mí significaba repetir en el cargo con más experiencia, pero para el partido representaba algo completamente distinto; por eso todo el mundo empezó a hablar con naturalidad del «nuevo PSOE». No era solo un cambio en la Secretaría General del Partido Socialista. Había tenido lugar un cambio de época, y eso se iba a trasladar a las formas y los trabajos desde el primer día. Mi experiencia nos iba a ayudar a acelerar los ritmos. Yo ya sabía lo que implicaba ser secretario general del PSOE, me había estado preparando mentalmente para ese momento, sabía qué necesitábamos hacer como organización, en esta ocasión sí tenía un verdadero equipo con el que contar. Lo primero, había que ejecutar la planificación de esas semanas hasta el 39.º Congreso. Teníamos que diseñar la comisión ejecutiva federal, que aún no estaba nombrada, poner en marcha el Congreso, elegir el lema... Todo.

Supe que, en primer lugar, debía dirigirme a los trabajadores del partido. Los últimos meses habían sido durísimos, la organización había sufrido muchas tensiones. Los trabajadores son a la vez militantes, y esa dualidad había puesto difícil el día a día de muchos de ellos. Por un lado, tenían su propia opinión sobre su candidato en primarias y el rumbo que debía tomar el partido, algo totalmente legítimo, pero al mismo tiempo habían seguido desempeñando su trabajo con gran profesionalidad, sin escoger bandos. Había que cerrar las heridas y acabar con la división; el lugar por donde había que empezar eran ellos. Los convoqué en la sala Ramón Rubial, la más grande que tenemos en la sede de Ferraz, aquella misma mañana, y me dirigí a ellos. En el proceso de primarias, como sucede siempre, el sostén del trabajo lo habían llevado los trabajadores. Sin ellos hubiera sido imposible que todo saliera bien. Había sido un éxito, habíamos vuelto a dar una lección

de democracia interna impecable. Y ellos eran partícipes de ese éxito de la organización. Ahora había que seguir adelante y así se lo transmití:

—Compañeros, acabamos de concluir un proceso de primarias, os doy las gracias a todos por vuestro trabajo en él, que ha sido fundamental, imprescindible. Todos hemos pasado momentos muy difíciles, pero ahora lo que debemos hacer es remar todos a una y ponernos detrás del partido. Somos una gran organización, un partido centenario. La gente nos está mirando y no podemos permitirnos volver a fallar. Nuestro partido se merece ese esfuerzo de generosidad de nuestra parte. Cuento con todos vosotros para seguir trabajando por el socialismo y por nuestro país.

No se oyó, pero sentí un suspiro de alivio recorrer la sala. La batalla interna había sido durísima, sin duda la más cruenta que había vivido el socialismo en los últimos cuarenta años. Los trabajadores habían padecido esa presión, por un lado, de todas las candidaturas en su conjunto, y por otro, de la dirección interina, la gestora, sus jefes en aquel momento. Es complicado conjugar ambas cosas y trabajar bien en medio de esa tensión. Y ellos lo habían hecho. Además, hay que aceptar los resultados, ganas o pérdidas. Arrancar la nueva etapa tenía complicaciones y traté de ponerlo fácil para todos, rebajar tensión y que los trabajadores se sintieran cómodos. Palpé el ambiente para decirles a todos que respiraran a gusto, que empezábamos una nueva etapa en la que predominarían la estabilidad y la certeza. Proseguí con estas palabras:

—Hemos vivido una situación muy traumática, pero ha triunfado la democracia. Ahora, con la fuerza de esta ilusión, volquémonos todos en seguir adelante. Hemos demostrado nuestra capacidad de transformarnos y de resolver una grave crisis interna con más democracia. Sintámonos orgullosos de ser socialistas y pongámonos a trabajar. ¡Adelante!

Les impresionó, no se lo esperaban. Recibí un cerrado aplauso, pero sobre todo sentí la distensión del ambiente. Muchas de sus incertidumbres quedaron aplacadas con aquellas palabras. Todos sabían que mi candidatura había sufrido, que nos habíamos enfrentado a todo, que no habíamos contado con apoyos en el partido, tampoco en los medios de comunicación, y que habíamos tenido enemigos muy poderosos incluso en ciertas estructuras del Estado. A pesar de todo, habíamos ganado, y eso generaba una enorme admiración hacia el heroísmo de la candidatura. Quienes mejor conocían lo que había ocurrido eran los trabajadores.

Se produjo un alivio general, en mí el primero. Ahora teníamos todos claro que había que ponerse a trabajar. Y nos pusimos. Había que preparar el 39.º Congreso y apenas teníamos tres semanas. Desde las cuestiones operativas hasta la ponencia, había que rehacerlo todo. Si el acto central estaba pensado para albergar a unas 2.000 personas, de repente había que hacerlo para 8.000 porque todo se había desbordado y ahora gente de toda España, delegados, pero también asociaciones y representantes de la sociedad civil nos llamaban para participar. Había una energía poderosa que circulaba casi por su cuenta y que nosotros, de la mano de la militancia socialista, habíamos movilizado. Esa energía iba más allá del partido y contagiaba a la sociedad, y nosotros queríamos que todo eso tuviera cabida en el Congreso. Habían cambiado mucho las cosas respecto a mi primera elección, pese a que solo habían transcurrido tres años.

Las primarias nos hacían sentirnos orgullosos de nuestra organización a todos los socialistas y me consta que también a los de las restantes candidaturas. Había un triunfo indiscutible: el de la democracia. Y los socialistas sabemos, por nuestra propia historia, que la democracia siempre vence al miedo.

Sin embargo, llegar hasta ahí no había resultado fácil. No se cambian las dinámicas internas de un partido de la noche a la mañana y sin pasar por momentos verdaderamente complicados. En realidad, visto ahora con perspectiva, me doy cuenta de que todo empezó a cambiar la primera vez que decidí presentarme a las primarias, aunque en aquel momento poco podía imaginar yo que las cosas iban a evolucionar como lo hicieron en tan solo tres años.

LA DEMOCRACIA EN EL PSOE

La historia de esos tres años, mi historia, es, en realidad, la del triunfo de la democracia dentro del PSOE. Comenzó en aquellas primarias de 2014 en las que fui elegido secretario general por primera vez, por el voto de la militancia. Se ha escrito mucho sobre aquellas primarias. Entonces empezó todo, pero lo cierto es que nada ocurrió según estaba previsto, ni por mí ni por nadie. Y al mismo tiempo, casi podría decirse que todo lo que ocurrió era previsible, pues cuando los mecanismos democráticos se desencadenan —sea

en una organización o en un país—, cobran vida propia y siguen su curso al margen de las decisiones de nadie, ni siquiera de quienes los desencadenaron. Esa es la magia de la democracia: su fuerza imparable arrolla a quien no cree en ella o la utiliza como coartada para ejercer el poder. Yo creo en ella, y en aquellas primarias de 2014 creía que era imprescindible más democracia para nuestro país, pero también para nuestro partido. Los socialistas habíamos sido los primeros en tomar decisiones en asambleas de militantes, allá por los años treinta del siglo pasado. Pero más recientemente, habíamos sido los primeros en regular las corrientes internas de opinión, en implantar las listas abiertas, en celebrar congresos en los que se elige de forma separada al secretario general. Habíamos sido el primer partido en elegir a nuestros candidatos por primarias y en implantar la igualdad de género interna. ¿Qué nos estaba ocurriendo? ¿Por qué parecíamos haber perdido ese impulso democrático y participativo?

En aquel entonces, estaba convencido de que recuperar a nuestro electorado pasaba forzosamente por recobrar ese espíritu socialista participativo. Lo creía de verdad e intuía que, cuando impulsáramos esos cambios democráticos, el PSOE se transformaría tal como necesitábamos.

Para cualquiera que acercara su oído a lo que sucedía en el partido, sin prejuicios ni intereses propios, en 2014 estaba claro que nuestros problemas internos, los de democracia y los de liderazgo, persistían desde 2011 a pesar de los esfuerzos por llevar a cabo cambios en la organización. Habíamos salido del Gobierno en plena crisis económica y financiera, que derivaba ya en crisis social: sus consecuencias para las clases trabajadoras y medias estaban siendo devastadoras. Habíamos perdido numerosos apoyos entre la ciudadanía, y el PSOE seguía sin poder conectar con la sociedad.

Algunos teníamos muy claro que no podíamos seguir con el *business as usual*. En aquellas elecciones de 2011 sacamos solo diez diputados por Madrid. Mi nombre ocupaba el puesto undécimo de la lista, así que me quedé fuera. Ya me había ocurrido en 2008. Es una incertidumbre difícil de manejar, pero ya tenía experiencia: consiste en encontrar un trabajo con la suficiente flexibilidad como para poder dejarlo si un buen día corre la lista y eres llamado a ocupar el escaño. Decidí que terminaría la tesis doctoral y continuaría dando clases de Economía, como profesor universitario. Había llevado a cabo ya la investigación para mi tesis, había recopilado todos los datos y realizado gran parte del trabajo, pero debía rematarlo. Durante ese

tiempo estuve trabajando en la Universidad Camilo José Cela, volcado por completo en la investigación y la docencia. Fue un año de mucho trabajo, pero muy gratificante y, si alguna vez puedo, me daría mucha satisfacción volver a impartir clase, porque ser profesor universitario es una experiencia magnífica. En esos meses en los que permanecí en el dique seco de la política, sentí el apoyo de toda mi familia, en especial de mi mujer, Begoña, y de mis hijas. Ellas son, junto con mis padres y mi hermano, mi hogar, las raíces que afirman y asientan mi carácter.

El caso es que solo duró un año porque, a finales de 2012, me llamaron del grupo parlamentario socialista para decirme que Cristina Narbona dejaba el Congreso y, por tanto, tenía la opción de entrar de nuevo como diputado. Al llegar a casa aquel día recuerdo que mantuve una conversación con Begoña. Le dije: «Me apetece volver a la política, pero no para seguir haciendo lo que hacía».

Hasta ese momento, además de ser concejal por Madrid, en el partido me había limitado a ayudar a Trinidad Jiménez, entonces en la Secretaría de Internacional; y posteriormente, a Jordi Sevilla, en la de Economía, y a José Blanco, en temas de Organización. Obviamente había aprendido muchísimo de ellos, pero sentía que quería involucrarme más. Al mismo tiempo veía que, para cambiar España, debíamos cambiar el partido. En 2012 no se hablaba de la nueva política, pero los socialistas percibíamos un agotamiento de la participación de la militancia dentro de la organización. Yo quería agitar el patio, sentía que había mucho que hacer.

Un tiempo antes había leído *La audacia de la esperanza*, de un Barack Obama todavía senador, y me sorprendía cómo muchos de los retos políticos que él identificaba en Estados Unidos existían en España. Decía que le preocupaba «la enorme distancia entre los grandes desafíos a los que nos enfrentamos y la pequeñez de nuestros políticos». Eso estaba ocurriendo también en nuestro país y en nuestro partido. Había una aparente incapacidad para enfrentarse a decisiones importantes. La gente percibe esa incapacidad y acaba viendo la política como una pelea muy ruidosa en la que nunca se abordan sus problemas reales. De ahí el divorcio entre política y ciudadanía, y la pérdida de credibilidad que sufría la primera. Todo eso era lo que yo quería cambiar. A Begoña le pareció lógico. Ella está muy familiarizada con la política, por su cercanía a mí, pero al mismo tiempo conserva la mirada de una ciudadana de a pie, no excesivamente contaminada por la vida de una

organización o una institución. Por eso su punto de vista siempre me interesa en este tipo de reflexiones.

Todo ese anquilosamiento, esa fatiga de la participación, se percibía en nuestra organización, y yo mismo tuve la oportunidad de comprobarlo. Cuando nuestro secretario general, Alfredo Pérez Rubalcaba, convocó la Conferencia Política para principios de 2013, el objetivo declarado era debatir sobre la situación de la socialdemocracia en Europa, aún al precio de obviar otros debates internos que necesitábamos. En los trabajos preparatorios de la Conferencia me asignaron, junto con otras personas, el trabajo de redactar el documento económico. Me estimulaba hacerlo: no solo la economía es mi área de conocimiento, sino que además sentía que, sumidos aún en el maremágnum de la crisis, había mucho que decir desde la perspectiva de la socialdemocracia. Pero enseguida me di cuenta de que además del trabajo teórico y de reflexión, había que hacer un trabajo de partido; había que remangarse y recorrer las agrupaciones para compartir con nuestra gente las preocupaciones del momento. La militancia estaba deseosa de participar, pero no encontraba los cauces, pese a que la situación política en España era muy crítica. Dos años antes, había estallado el 15-M. No resulta difícil imaginar que, si en la población general se había agudizado el sentimiento político y las ganas de participar, en gente ya de naturaleza política, como es la militancia socialista, ese afán se multiplicaba por diez.

Así lo percibí en cuanto comencé una andadura que me llevó durante meses por toda España, recorriendo multitud de agrupaciones socialistas. Como diputado y como miembro redactor de aquella ponencia de la Conferencia Política, cogí mi coche y empecé a viajar por las sedes socialistas. Era la primera vez que lo hacía, y poco intuía yo entonces que lo haría otras cuantas más en pocos años. Aquellos viajes me suponían un esfuerzo extraordinario porque a menudo regresaba a casa a las tres o las cuatro de la mañana, y a las siete ya estaba en pie para ir al Congreso, donde podía tener un Pleno o una intervención en una Comisión. Sin duda, valió la pena. Las charlas funcionaban bien, y las agrupaciones me pedían incansablemente. A mí me sirvió para palpar el estado real del partido, y comprobé de primera mano el distanciamiento que sentían las bases respecto de la cúpula. Me gustaba esa sensación de remover las aguas, en un momento tan difícil como el que vivíamos, como país y como partido, y compartir con ellos mis reflexiones sobre hacia dónde debía ir el socialismo. Les contaba

que la socialdemocracia debía dar la batalla de las ideas económicas, pues habíamos renunciado a la confrontación ideológica en ese terreno y era fundamental recuperarla. En general, encontré una enorme receptividad a mis análisis.

Por mi parte, no había ninguna intención más allá de agitar un poco las aguas, acercarme a la militancia y difundir las ideas económicas que formarían parte de la ponencia. Sin embargo, de forma inevitable, por aquella actividad interna mía tan intensa mi nombre empezó a sonar en ciertos círculos... Los «grandes» nombres, por así decirlo, que se barajaban para sustituir a Alfredo Pérez Rubalcaba, en un futuro que aún se veía lejano —su mandato duraba hasta 2016—, eran los de Eduardo Madina, Susana Díaz y Carme Chacón, cuya determinación, coraje y capacidad política siempre echaremos de menos los socialistas. Lo cierto es que no emergía con claridad un liderazgo alternativo al de Rubalcaba. En ese contexto, mucha gente veía las condiciones propicias para que alguien totalmente desconocido, como era yo, pudiera presentar su candidatura con posibilidades. Muchos empezaron a animarme a hacerlo. Los primeros en proponérmelo fueron compañeros que luego se convirtieron en personas a las que quiero en lo personal y valoro en lo político: Juanma Serrano, Isaura Leal, Carlos Daniel Casares, Sofía Hernanz, Pilar Lucio, Daniel Viondi, José Luis Quintana, Alfonso Rodríguez Gómez de Celis, Manolo González y Maritcha Ruiz.

La cuestión es que Rubalcaba había sido elegido secretario general del partido en 2012, en un congreso en que el 51 % de los delegados lo votó frente a Carme Chacón. Eso le garantizaba un mandato de cuatro años, y entretanto, las primarias que debíamos celebrar eran para elegir candidato a presidente del Gobierno. Cuando en las Navidades de 2012, y a principios de 2013, yo empiezo a considerar seriamente el presentar mi candidatura, lo hago pensando en unas primarias a candidato para presidente del Gobierno. Como a miles de militantes, me dolía lo que veía en el partido, nuestra desorientación respecto a la sociedad. Al mismo tiempo, mi madurez profesional y política y mi conocimiento de la vida interna me daban las herramientas para hacerlo. Algunos medios de comunicación empezaban a hablar de mí, pero esa élite del partido que creía saber cómo funcionaba el PSOE no me tomaba en serio, pensaban que quería hacerme notar para entrar en la dirección del partido —de eso se me acusó alguna vez— o que quería dividir el voto de tal candidatura o de tal otra. Cuando me llegaban

comentarios de esos, yo les decía:

—Os estáis equivocando. Yo no he dicho que me vaya a presentar, pero si lo hago iré a por todas.

Poco después, Carme Chacón se autodescartó, y entonces solo quedaron en el alero Susana Díaz y Eduardo Madina. Mi nombre empezó a emerger como tercero en discordia, pero muchos en el partido seguían pensando que yo no tenía fuerza para esa batalla, a pesar de que cada vez iba aglutinando más gente tras de mí, dispuesta a dar la cara. En aquellos momentos, me doctoré: terminé mi tesis y posteriormente la desarrollé en forma de libro, un trabajo que me hizo sentir muy orgulloso. En un intento torticero de emplear bulos y rabia a partes iguales, ha sido cuestionado sin ningún fundamento. El libro que escribí, junto con Carlos Ocaña, se tituló *La nueva diplomacia económica española*. Contenía parte de mi tesis y otros capítulos redactados por ambos. Lo presenté en Madrid en diciembre de 2013. El acto público se desarrolló en la librería Blanquerna, un lugar acogedor y con solera intelectual y política, en los alrededores del Congreso. Mucha gente me acompañó en la presentación, más como amigos y compañeros que por darme apoyo político explícito. Públicamente supuso un punto de inflexión, no tanto por cómo se concibiera el acto por mi parte, ya que no había tomado ninguna decisión al respecto, como por el modo en que se interpretó. Aquello me colocó de forma oficiosa en la órbita de los aspirantes.

EL TERREMOTO DE 2014

En aquellos comienzos del año 2014 había dos cosas claras. Ambas se daban por la fuerza de los hechos, y no por acuerdos o pactos entre hipotéticos contendientes futuros en unas primarias. La primera es que las primarias serían para candidato a presidente del Gobierno, porque la Secretaría General no estaba vacante. La segunda, que Susana Díaz no se podía presentar en ese momento. De hecho, de una forma bastante espontánea, Susana y yo mantuvimos una conversación franca y honesta. Entonces ella tenía muchos activos a su favor. Yo era plenamente consciente de sus cualidades y de los apoyos que concitaba entre los territorios, gran parte de la militancia y líderes

autonómicos. Era una mujer con fuerza y empuje. Se lo dije con claridad:

—Si tú te presentas, yo no tengo ningún problema en dar un paso atrás y no competir.

Sin embargo, ella rechazó hacerlo. Su argumentación tenía sentido en términos políticos:

—Mi compromiso es con Andalucía. Soy presidenta de esta comunidad y no puedo irme de aquí. La gente no lo entendería.

Me pareció razonable. Hacía apenas unos meses, en septiembre de 2013, había ocupado el puesto de presidenta de la Junta, y no mediante elecciones, sino por la marcha de José Antonio Griñán. Por legitimidad democrática, primero debía presentarse a unas elecciones en las que pudiera ser votada por los andaluces. Después, con el tiempo, podría ofrecerse como candidata a presidenta del Gobierno de todos los españoles. No tenía sentido precipitar esa carrera ni alterar su orden lógico.

Poco después se puso de manifiesto que la Conferencia Política de 2013, que habíamos concluido al grito de «el Partido Socialista ha vuelto», solo había cerrado en falso nuestras limitaciones de entonces como partido. Así se vio cuando un acontecimiento imprevisto cambió los planes de todos. El 25 de mayo de 2014 se celebraron elecciones al Parlamento Europeo, las primeras después de la gran crisis económica y financiera que había sacudido al mundo. Revestían un gran interés para Europa, pues el populismo de derechas ya estaba en auge en varios lugares del continente, si bien no en España. También revestían interés nacional, pues nos hallábamos en el ecuador de la legislatura de la mayoría absoluta de Rajoy, y los resultados constituirían el primer veredicto de la ciudadanía sobre sus implacables políticas de austeridad y recortes.

Lo que ocurrió tuvo consecuencias en España. Un partido político constituido por un equipo de profesores universitarios cuyo líder se había dado a conocer en las tertulias televisivas, irrumpe con cinco escaños en el Europarlamento. Cinco escaños no es mucho, pero en los medios el partido político de Podemos parece haber ganado las elecciones: una organización montada en cuatro meses había logrado penetrar en el imaginario político de una población frustrada y empobrecida, que además se daba el lujo de gritar sus frustraciones en unas elecciones consideradas, por desgracia, menores. El sistema dominado por dos grandes partidos que ha permanecido estable durante cuarenta años sufre un duro golpe. Las instituciones ligadas a la

continuidad sienten necesidad de renovarse: el rey Juan Carlos I abdica en su hijo y en el mes de junio lo coronamos como rey Felipe VI en el Congreso. No es que una cosa tenga que ver con la otra, pero es evidente que la coyuntura acelera renovaciones necesarias y que estaban pendientes desde hacía tiempo.

En nuestra organización, muchos comprendemos en aquellos días la imperiosa necesidad de cambiar. Susana llama a Alfredo por teléfono y lo convence de la necesidad de dar un paso atrás. Rubalcaba ve entonces claro que no va a poder ser el candidato del PSOE en unas elecciones generales y, forzado por esa llamada, toma la decisión de dimitir y convocar un congreso extraordinario para elegir un nuevo secretario general.

Esto significa varias cosas desde el punto de vista orgánico. En primer lugar, su mandato se acortaba bruscamente a dos años, reflejando un agotamiento anunciado. En segundo término, la competición interna cambia por completo: ya no hay que elegir un candidato a presidente del Gobierno, sino un secretario general. Esto deja fuera de la carrera a Susana doblemente. Si se sentía obligada a renovar su legitimidad al frente de la Junta de Andalucía antes de ser candidata, no tenía sentido que dejara de sentir esa obligación para ser secretaria general primero y, previsiblemente, candidata después. En tercer lugar, Rubalcaba decide también que toda la militancia vote al secretario general, cuyo nombramiento ratificaría un congreso celebrado poco después. Eduardo Madina se encarga de anunciarlo. Aquel representa un hito democrático en nuestro partido, del que todos nos sentimos orgullosos. Además, quien quiera presentarse se ve obligado a competir, no serían unas primarias por aclamación. En aquel momento Madina contaba con numerosos apoyos entre la militancia, y el voto directo lo beneficiaba, del mismo modo que fortalecía a sus mentores.

En un principio, esas decisiones me cambiaron el paso, porque la elección a secretario general modificaba sustancialmente las cosas. Ellos seguían viéndome como un adversario poco creíble y con escasa fuerza, pero el voto de toda la afiliación para mí no suponía una dificultad; antes al contrario, me abría la puerta, porque yo contaba con numerosos apoyos entre ella. Sin embargo, era la primera vez que íbamos a elegir al secretario general por voto universal de la militancia, y los aparatos regionales aún tenían mucho peso. Cuando Susana decidió apoyarme, sumé la fuerza de la Federación andaluza.

En contra de lo que se ha contado, yo mantengo entonces distintas conversaciones, entre ellas con la propia Susana, en las que dejo claro que, en mi visión, el liderazgo orgánico va unido a la candidatura a presidente del Gobierno. Por tanto, puesto que ella decide no presentarse, no habría tenido sentido que hubiéramos pactado —como se ha dicho— que ella iba a ser la candidata a presidenta del Gobierno posteriormente. La obligación que ella tenía con Andalucía no se extinguiría en un año: si en 2014 no podía hacerlo, en 2015 tampoco. Susana no se presentó en aquel momento por su razonable compromiso con Andalucía, no por ningún pacto conmigo. Ni yo me comprometí a no presentarme a las primarias, ni ese pacto hubiera tenido sentido. Se ha explicado así, pero nunca ocurrió así. Las cosas en política tienen sus tiempos y su lógica: sencillamente no era su momento. Aun así, utilizó su influencia y la del socialismo andaluz para apoyar mi candidatura.

Yo entendí siempre que uno de los principales problemas que había tenido el partido, desde nuestra salida del Gobierno en 2011, se relacionaba con que el poder del PSOE se había desplazado al ámbito territorial, a las autonomías, lo que hacía que al partido le faltara un proyecto nacional creíble. Esto no significa solamente tener una buena ponencia de renovación ideológica —se hizo en la Conferencia Política—, sino tener una visión de país, disponer de los equipos y la sensibilidad política para dar respuesta al estado emocional de la ciudadanía de entonces y a sus necesidades materiales, que reclamaban una urgente regeneración y renovación en el PSOE.

LA CRISIS DE REPRESENTACIÓN

Esa renovación de nuestro propio proyecto no era la única cuestión a la que debíamos atender. La crisis financiera y económica había desencadenado una crisis de representación democrática, que en gran medida sigue aquejando a España y al continente europeo. Por un lado, los ciudadanos tienen la sensación de haber perdido el poder que les corresponde en un régimen democrático, y eso está relacionado con la globalización y la crisis del Estado nación. Por otro lado, la corrupción, la escasa respuesta frente a ella y la sensación de que la política es un juego endogámico en el que los de dentro solo se preocupan por sus intereses y no por la ciudadanía, sin duda ha

contribuido a agravar la crisis de representación en España.

Los ciudadanos sienten que los procesos de decisión política se han vuelto tecnocráticos, farragosos y sin alma, distantes. Por muchas razones. En primer lugar, la globalización y la propia crisis financiera se han saldado de forma desfavorable a la población y favorable a las entidades financieras. La gente no entiende bien lo que ha ocurrido, probablemente sigue sin entenderlo, pero la disrupción se plasma en el surgimiento de movimientos atípicos en toda Europa.

Predomina la sensación de que el Estado nación ha sido privado de gran parte de su poder. Los sistemas de representación han perdido parte de su legitimidad y los ciudadanos sienten que ya no pueden influir en las grandes decisiones políticas. Este es el embrión de una crisis profunda de nuestros sistemas democráticos, probablemente la mayor que se ha dado en Europa desde la Segunda Guerra Mundial. Los ciudadanos sienten que, pese a elegir a sus representantes políticos directamente, ya no tienen capacidad para resolver las desigualdades e injusticias generadas por la crisis, e incluso la forma en que la propia crisis se ha resuelto. Para muchos ciudadanos votar en democracia significa un simple cambio de capitán y tripulación, pero sin un verdadero cambio de rumbo y sin planteamientos nuevos.

En un contexto de enormes retos, como la desigualdad, la revolución robótica o el cambio climático, todo esto nos obliga a romper hábitos viejos y construir un nuevo proyecto. Para ese nuevo proyecto, el Estado nación cuenta con enormes limitaciones, que son también acusadas por la ciudadanía. Esa es la disyuntiva en la que estábamos como país y que nos obliga a democratizar la globalización. ¿Qué significa eso? Es complicado de llevar a cabo, pero se formula políticamente de forma sencilla: la ciudadanía ha de recuperar su poder a través de sus representantes para que sea la política quien marque el paso a la economía y no al revés. Solo así se podrá responder a los grandes retos en los que nos jugamos el futuro de la humanidad: el cambio climático, el hambre y la pobreza, la desigualdad, las migraciones y la revolución tecnológica.

En estos momentos nos encontramos en los albores de los enormes cambios que la robotización y la inteligencia artificial traerán consigo. Sin embargo, la mayor parte de la ciudadanía no ve este futuro con esperanza, sino con miedo, por una razón: si esa revolución tecnológica se desarrolla políticamente como lo ha hecho la globalización, habrá grandes avances, pero

no se beneficiará de ellos toda la sociedad, sino solo unos pocos. Que esto se haga de otra forma y que la revolución robótica beneficie a toda la sociedad no es un problema que vaya a resolver la tecnología: ha de hacerlo la política. Lo mismo sucede con los problemas medioambientales o la discriminación de las mujeres: hace falta poner el feminismo y el ecologismo en el centro de las políticas, pues solo de ellas vendrán las soluciones. Democratizar la globalización y la tecnología, garantizar la igualdad y tomar medidas para frenar el deterioro medioambiental son los requisitos para que nuestra sociedad siga manteniendo altos niveles de bienestar y estabilidad política de cara a la próxima generación.

Aquel año de 2014 se visualizó, pues, la crisis de representación, que en España se vio agravada por la corrupción. Si los ciudadanos habían perdido la confianza en las instituciones y en sus representantes, debido a la merma de poder que imponía la globalización, el hecho de que, un día sí y otro no, se conociera un nuevo escándalo de corrupción no hacía más que reforzar esa imagen. A ojos de la ciudadanía, los políticos constituían una «casta», término que el 15-M importó de la política italiana con gran éxito en aquellos años, alejada de la realidad ciudadana, preocupada solo de mantener su cómoda supervivencia, y que sin recato robaba dinero público cuando le venía en gana. Lo cierto es que la mayoría abrumadora de los escándalos de corrupción salpicaban al PP; sin embargo, el deterioro institucional nos afectaba a ambos. La ciudadanía no solo estaba escandalizada de los casos de prevaricación, malversación de fondos, clientelismo, conflictos de intereses, puertas giratorias y todas las modalidades en que lo público se usaba en beneficio propio, ya fuera de partido o personal. Creo que una parte considerable de la indignación se debió a la falta de respuesta institucional frente a la corrupción. No se trataba solo de que se supiera que Ignacio González, o el Bigotes, o Correa, o Granados, habían utilizado las instituciones en su beneficio, vulnerando la ley si era necesario. Lo más irritante era que, cuando estallaba el escándalo, sus compañeros de partido los defendían, haciendo al mismo tiempo una apología permanente de la corrupción y del abuso de lo público en beneficio propio. Aquello indignaba aún más a la gente, pues ratificaba su opinión de que estaban gobernados por una panda de sinvergüenzas egoístas que se habían desentendido de los problemas ciudadanos hacía tiempo.

Si Hobbes aseguraba que la misión del Estado consiste en aliviar los

temores profundos que acechan a la sociedad, lo que estábamos viviendo era justamente lo contrario. Los representantes del Estado, los cargos públicos, los representantes democráticos, se habían convertido, a ojos de la población, no en un alivio de los temores de la crisis, sino en el factor que los agravaba. La pérdida de credibilidad de los políticos era preocupante, y así lo reflejaban las encuestas del CIS mes a mes. Lo sigue siendo, aunque se haya recuperado un tanto, pero aún habrá de pasar tiempo para que los ciudadanos vuelvan a valorar todo lo que tiene de noble la política, lo que apreciamos quienes nos dedicamos a ella: el servicio público, el deseo de mejorar la sociedad y las vidas de nuestros compatriotas, la voluntad de luchar contra las injusticias.

En 2014, no obstante, a la mayoría de los españoles le costaba asociar algún fin noble a la actividad política. Buena parte de los que nos dedicábamos a ella también estábamos indignados. En ese contexto tan adverso, muchos pensábamos que había que reivindicar la política más que nunca. Y entonces decidí presentarme a las primarias. Nos encontrábamos ante un fin de ciclo que exigía regenerar la democracia. De hecho, hasta el momento de la moción de censura, cuatro años después, nos seguíamos encontrando en el mismo sitio debido a la parálisis del Partido Popular y a su incapacidad de impulsar las iniciativas necesarias para reformar nuestras instituciones.

La exigencia de regeneración institucional no parecía en aquel momento hallar eco en los dos grandes partidos tradicionales. Muchos votantes de Podemos lo habían sido nuestros: mis conversaciones con la militancia en los últimos años me habían hecho ver que no éramos capaces de ofrecer una salida a la situación. No nos percibían de forma diferente al PP, nos metían en el mismo saco, pero paradójicamente tampoco veían una disposición a pactar entre los dos grandes partidos los asuntos importantes de futuro, como la educación, cuya reforma se frustró en los últimos tiempos de Zapatero solo por los intereses electoralistas del PP.

Los partidos sistémicos habíamos decepcionado a la gente y esta no parecía dispuesta a confiar en nosotros porque sí. La imagen de los políticos de toda la vida se hallaba en sus horas más bajas, la ciudadanía nos veía como corruptos, poco cualificados profesionalmente, miembros de esa «casta» de nuevo cuño sin credibilidad. Desde 2014, los votantes tenían otras opciones para elegir. Y debíamos preocuparnos por ellas.

Por si todo esto no fuera suficiente, estaba ya sobre la mesa la amenaza

rupturista del independentismo catalán. Siempre he dicho que creo más en la convivencia de Azaña que en la conllevancia de Ortega. Necesitábamos ofrecer alguna salida al inmovilismo que practicaba el PP y al aventurerismo de Artur Mas en la Generalitat catalana.

Se mirara desde donde se mirara, era obvio que, mediado aquel año de 2014, había que plantear un proyecto cohesionado a nivel nacional, que sintonizara con los valores progresistas mayoritarios de nuestra sociedad, un proyecto reformista —que no rupturista—, con coraje, que mirara hacia el futuro y supiera desembarazarse de los malos hábitos del pasado; que aportara cercanía al ciudadano y ejemplaridad en el comportamiento público; que se enfrentara a los retos de la globalización y la robotización.

Todo estaba por hacer y, desde luego, no se trataba de desafíos que fuéramos a solucionar de la noche a la mañana. No obstante, tenía claro cuál era el camino por el que tirar, y lo habíamos marcado ya en nuestros cónclaves políticos. Solo faltaba pasar a la acción, tomar medidas concretas que nos hicieran recuperar la confianza de la gente, empezando por nuestros propios votantes: medidas de calidad democrática que incluyeran reformar el sistema parlamentario y electoral, aumentar la participación ciudadana e impulsar la transparencia y el Gobierno abierto en las instituciones.

El tema más peliagudo, pese a todo, seguíamos siendo nosotros mismos, los partidos. Debíamos cambiar, abrirnos a la sociedad, hacernos más transparentes y útiles. Ya lo habían hecho otras muchas formaciones europeas. No había ningún secreto: para mejorar la calidad de la democracia había que mejorar la calidad de nuestro propio partido. Ciertamente, existían muchos intereses en juego. Una propuesta tan revolucionaria como celebrar primarias abiertas a toda la sociedad para elegir al candidato a presidente del Gobierno ya había sido puesta en práctica en otros países, con gran éxito de participación ciudadana. Sin embargo, los más viejos del lugar sabían que regenerar el partido desde dentro significaba cambiar las reglas que habían regido las últimas décadas y, por tanto, el reparto del poder. No estaban dispuestos a perder el control, y mucho menos a hacerlo sin presentar batalla.

EL CONGRESO EXTRAORDINARIO DE 2014

Finalmente, Rubalcaba vio la conveniencia de celebrar aquel Congreso

Extraordinario del Partido Socialista en el verano de 2014. Susana decidió no presentarse y Eduardo se presentó, aunque a mi parecer con escasa convicción. Siempre he tenido la impresión de que él realmente no quería, como diría después el propio Felipe González, pero el hecho fue que, además de José Antonio Pérez Tapias, quedamos él y yo como candidatos con posibilidades.

Desde el principio tuve claro que quería hacer la presentación de mi candidatura en una agrupación local de mi federación, Madrid. El Partido Socialista de Madrid siempre ha sido una federación compleja, pero con una gran militancia. Convocamos a los afiliados y a los medios en la agrupación de Alcorcón, que se abarrotó gracias al trabajo de compañeros como Miguel Arranz, veterano socialista que siempre creyó en mí. A la presentación acudió mi familia y muchos militantes de base esperanzados con la puerta que estábamos abriendo. Fue todo un éxito. En cambio, Madina presentó su candidatura al día siguiente en el Senado, lo que me demostró la improvisación de su planteamiento de campaña.

Con todo, aquellas fueron unas primarias entre estructuras, y en ese proceso, unas estructuras me apoyaron a mí y otras a Eduardo. En aquella campaña salió a la luz todo el trabajo soterrado que había venido haciendo en los últimos años: aquellos meses de patearme las agrupaciones, hablar con unos y con otros, trabajar sobre el terreno, dieron su fruto por la sintonía que yo había generado con la militancia. Disponía de un apoyo pequeño pero sólido, y con eso tiré para adelante.

Logré la victoria en aquellas primarias y, al día siguiente, comencé a poner en práctica internamente lo que veía claro que había que hacer: tener una dirección federal fuerte, abrir el partido, hacerlo transparente, aligerarlo. Habíamos de aprovechar lo que significaba la elección directa del secretario general —aunque ratificado por el Congreso— por primera vez en nuestra historia. Aquello tenía una enorme fuerza y redoblaba mi legitimidad: yo era plenamente consciente de esa importancia histórica.

Enseguida empecé a ejercer esas funciones, a fortalecer la dirección federal, teniendo en cuenta por supuesto las opiniones de unos y de otros. Pero el hecho de ejercer esa autonomía evidentemente me empezó a crear problemas enseguida. Tengo claro que el PSOE es un partido municipalista, con fuertes anclajes autonómicos. Pero es también un partido con estructura federal y, en consecuencia, tiene que haber una dirección nacional fuerte.

Enseguida vi que iba a encontrarme con una resistencia interna para llevar a cabo esos cambios. A pesar de todo, mantuve lo que yo creía que era una prioridad: unir al partido.

Por otro lado, era consciente de que había muchísimo trabajo que hacer de cara a la sociedad. Una de las primeras cosas que necesitaba era darme a conocer, por dos razones. La primera es que había llegado a secretario general siendo escasamente conocido y el PSOE necesitaba que su líder fuera un rostro familiar para el cien por cien de la sociedad. La segunda era, de nuevo, interna. Dado que mis detractores empezaron enseguida a hacerse notar, me encontré frente a la desagradable sensación de estar siendo juzgado antes de tiempo. El hecho fue que mis críticos empezaron enseguida a aventar sus discrepancias y mis supuestas incapacidades.

DARME A CONOCER

Aquella fue la época de «Pedro el guapo», cuyo mensaje implícito decía: como es guapo, es frívolo. O algo así. Para combatir esos juicios sobre mí — que eran, estrictamente hablando, prejuicios—, no tenía más remedio que darme a conocer. De ahí mis apariciones en programas de televisión donde hasta entonces los políticos no entraban, como *El Hormiguero*. Visto ahora, con la perspectiva del tiempo, y tras ver que todos los demás líderes han pasado por ellos, creo que resultaron innovadoras y que se hicieron en un momento clave. Además, tuvieron su lado gracioso. Hay algo que no se ha contado de la famosa irrupción mía en el programa *Sálvame*, de Jorge Javier Vázquez, en Telecinco. Mucha gente pensó que se trataba de algo premeditado, de la gran idea de algún *spin doctor* de mi equipo, pero la realidad, como suele suceder, es mucho más sencilla.

En aquella época, a finales de 2014, al PSOE se le cuestionaba todo. No estábamos en nuestro mejor momento, y el empuje de Podemos y las simpatías que despertaba en todos los sectores de la sociedad nos situaban permanente a la defensiva. Uno de aquellos días, yo estaba reunido con varios miembros de mi equipo en mi despacho de Ferraz, y de repente entró uno de ellos y exclamó:

—¡Joder, hasta Jorge Javier!

—¿Qué le pasa a Jorge Javier? —le pregunté yo.

Me contó lo que estaba ocurriendo. Aquel año el asunto de la prohibición del Toro de la Vega fue un tema muy candente en los medios. De hecho, incluso fue portada en *El País*. Los detractores estaban muy organizados y protestaban constantemente, había mucho ruido con el Toro de la Vega, y en fin, se convirtió en una polémica de primer orden. El caso es que Jorge Javier, una persona muy vinculada a la protección de los animales —preocupación que comparto—, desde su programa y con su enorme audiencia, nos daba la espalda. Así me lo explicó mi colaboradora:

—Pues acaba de decir en directo que va a dejar de votar al PSOE.

—¿Por qué?

—Porque el alcalde de Tordesillas, que es socialista, defiende el Toro de la Vega, y le parece una atrocidad.

Sin pensarlo, dije:

—Pásame con él.

Y así fue como, en cuestión de minutos, estaba hablando con él por teléfono en directo. Soy un gran amante de los animales —tengo una perrita y dos tortugas—, desprecio el maltrato animal y soy partidario de erradicarlo, no solo porque detesto ver sufrir cualquier ser vivo, sino también porque creo que maltratarlos nos deshumaniza como personas. Por otro lado, a los políticos siempre nos disgusta perder votantes, y más aun perderlos por una discrepancia que en realidad no existe. Era absurdo. Al mismo tiempo, yo era consciente de que aquellas afirmaciones generales no servían en aquel momento. Los detractores del Toro de la Vega querían realidades tangibles contra una tradición que consideraban salvaje. De manera que adopté un compromiso concreto con Jorge Javier: presentar una proposición de ley de protección animal a nivel nacional que obligara a unos mínimos. En España hay leyes autonómicas, y eso hace que la protección varíe mucho de una Comunidad a otra. A las dos semanas la presentamos en el Congreso. El PP la rechazó, claro.

Así de espontánea fue la cosa, tanto que incluso al principio de nuestra conversación no sabía que estábamos en directo en la televisión. Yo estaba hablando con él, pensando que era una conversación privada, hasta que de pronto me di cuenta de que estábamos en directo. El caso es que cuando terminamos, enseguida percibí el impacto que había tenido aquella irrupción televisiva, porque me llamó mi mujer, que estaba trabajando:

—¿Qué has hecho? —me dijo—. ¿Has entrado en *Sálvame*?

—Sí, por teléfono. ¿Por qué?

—Porque me está llamando gente a mi oficina, a mi empresa, sobre todo mujeres, para felicitarme por lo que has dicho... Que dicen que, si vas a una manifestación contra el Toro de la Vega, ellas van también.

Los dos soltamos una carcajada. Aquello era divertido de puro inaudito. La gente buscaba en Google «Pedro Sánchez», les salía la empresa de mi mujer, y allí llamaban para transmitirle a Begoña, o a quien cogiera el teléfono, su respaldo a la protección de los animales y al compromiso que yo acababa de adquirir en directo.

También por aquellos meses fui a *El Hormiguero* y —más sonado aún— hice *Planeta Calleja*, en el que Jesús Calleja me planteó dos retos realmente innovadores para un político: primero, descender de un aerogenerador de 70 metros; después, escalar el peñón de Ifach. Me lo pasé muy bien, y de hecho, de aquella época conservo una buena amistad con Jesús Calleja.

Pero hay algo más trascendente, desde el punto de vista político y social, que no quiero dejar de comentar, pues supera la anécdota de mis apariciones en estos programas e incluso el propósito de darme a conocer. Por un lado, había un componente elitista e incluso clasista, según el cual ciertos programas, y ahora estoy pensando en *Sálvame*, tienen un público de mujeres mayores e incultas. Esto se traducía, políticamente, en que se suponía que eran programas a los que un político no debía ir. Pero, si pensamos en las implicaciones profundas de esto, resulta que rozan lo antidemocrático. En primer lugar, se trata de un prejuicio. Yo tengo amigos, y digo amigos varones, profesionales de reconocido prestigio en sus ámbitos, que ven ese programa. En segundo lugar, aunque fuera verdad que solo lo ven mujeres mayores e incultas, ¿cuánto vale su voto? ¿No es el principio de la democracia el de «una persona, un voto»? Y si los políticos no despreciamos a ningún ciudadano ni ningún voto el día de las elecciones, ¿por qué ese desprecio cuando los ciudadanos son audiencia? Si en ese programa se hablaba de política —y aquel día se habló porque eran tiempos convulsos, y la política estaba presente en todas partes—, los políticos debíamos ir. Punto. Más aún si se hablaba de nosotros, del PSOE: yo tenía que estar allí, dejando clara nuestra posición y negándome a que se nos asociara con la tolerancia con el maltrato animal cuando nuestra visión era radicalmente contraria.

Hay una segunda cuestión más sutil. En aquel momento la comunicación

política estaba de moda: después de mucho tiempo de distanciamiento entre los políticos y la gente, había necesidad de acercarlos. Los ciudadanos veían a los políticos muy lejos, en sus instituciones, ahí arriba en la tribuna del Congreso, pero nunca en primer plano, por así decirlo. Por tanto, había una necesidad de la gente de tenerlos cerca, casi de agarrarlos de las solapas, acercarlos y charlar con ellos de tú a tú. Esto es imposible en un país de 46 millones de habitantes, y quizá lo más parecido que podemos hacer los políticos es participar en programas de televisión que ven millones de personas. Todos esos millones, en aquel momento, necesitaban humanizar al político, necesitaban ver que detrás había una persona de carne y hueso. Eso lo hicimos bien y en poco tiempo mucha gente me conoció y logramos empatizar con muchos ciudadanos. No era fácil hacerlo desde un partido tradicional; de hecho, también sufrí críticas de algunos compañeros del partido, que pensaban que el político tiene que mantenerse en ese lugar elevado, distante y casi inmaculado. Son dos concepciones distintas de la figura del político. La mía, desde luego, es cercana. La puse en práctica y funcionó. Mucha gente me lo agradeció y muchos políticos pasaron después de mí por todos esos programas.

El caso es que yo llego a la Secretaría General en julio de 2014, con Podemos en su momento de auge, y no podemos hacer gran cosa porque necesitábamos datos aquilatados de lo que estaba ocurriendo. He de decir que me sentía y me siento cercano a los votantes de Podemos, comprendía su frustración con la política, y creo justo decir que, en mis años al frente del PSOE, he demostrado esa afinidad y he tratado de darle respuesta. Sin embargo, más allá de nuestro olfato y nuestra empatía con esos ciudadanos, lo riguroso era encargar un estudio para basar en datos nuestra comprensión de lo que ocurría. Algo que no pudimos hacer: no se encargan estudios cualitativos en agosto.

Por tanto, salimos a ciegas a lidiar con un fenómeno insólito en la política española pertrechados con mi instinto, el de mi equipo y poco más. Cuando, por fin, unas semanas después, ya pudimos encargar estudios demoscópicos, comenzamos a trabajar con datos ciertos sobre el estado de ánimo de buena parte de la sociedad española. Lo que decía la gente en esas encuestas era sencillo y contundente: habían dejado de creer en los socialistas. Veían que ya no liderábamos causas ni enarbolábamos la bandera de las políticas sociales. Nos preguntábamos cómo podía ser, teniendo en

cuenta que ha sido el PSOE quien más medidas de carácter social ha tomado en España en los últimos treinta años, que nosotros hemos puesto en pie el Estado de bienestar en España, la universalización de la sanidad, la educación, etc. La crisis había borrado todo eso de un plumazo. Había sido tan devastadora y profunda que nos había dejado desdibujados. Mucha gente estaba dispuesta a confiar en partidos nuevos, que lo único que habían hecho para lograr esa confianza era ejercer de cámara de resonancia del estado de ánimo de la ciudadanía en aquel momento.

Sin duda, un elemento esencial del liderazgo es conectar con las emociones de la gente, y, eso lo supieron hacer. El segundo paso consiste en saber canalizar esa energía hacia elementos constructivos: eso es lo que ellos tardaron en aprender a administrar, probablemente porque su naturaleza no es reformista, como sí lo es la naturaleza de la socialdemocracia. Querían ocupar el espacio del PSOE, tanto en el aspecto político como en el sentimental, y lo hacían usando las canciones, la estética e incluso la memoria personal de nuestra militancia. Pero sus raíces eran otras.

Recuerdo una anécdota de los primeros meses de mi primer mandato como secretario general. El entonces presidente francés, François Hollande, hizo un viaje oficial a España y tuvo interés en conocerme. Nos reunimos en Madrid y me preguntó por la situación política española. Recuerdo haberle respondido:

—Teniendo en cuenta que, durante los próximos dos años, hay convocadas cinco elecciones —municipales, autonómicas, generales, catalanas y, de forma imprevista, andaluzas— se puede decir que la situación política es líquida. —Luego añadí, para distender el ambiente —: Lo que sí tengo claro, presidente, es que cuando termine esta etapa escribiré un libro que se titulará *El hombre que sobrevivió a cinco elecciones en dos años*.

Hollande, como político experimentado que era, respondió:

—¡No vendas la piel del oso antes de cazarla!

Cuánta razón tenía.

En fin, el PSOE vivía una crisis de representación, algo que para mí fue un acicate: yo sabía que los ciudadanos que simpatizaban con Podemos nos estaban enviando un mensaje y que había que escucharlo. Justo cuando pusimos todo el esfuerzo en entender, cayó en el vaso la gota que lo desbordó todo: el escándalo de las tarjetas *black*.

LAS TARJETAS *BLACK*

El estallido del escándalo de las *black* fue, sin duda, uno de los momentos más difíciles de mi primera etapa como secretario general. Hacía apenas tres meses que había llegado al cargo, en una situación interna complicada, por los conflictos no resueltos que dejó el Congreso Extraordinario, y también externa, por el auge creciente de Podemos, nuestro directo competidor. Por si eso no fuera suficiente, estalló el escándalo de corrupción que, si bien no ha sido ni mucho menos el más grave, sí fue el que todo el mundo entendió y que retrató a los políticos como auténticos enemigos del pueblo, por así decirlo.

Recuerdo perfectamente cómo me enteré. Yo estaba en mi despacho de Ferraz; era última hora de la tarde, casi ya de noche. Entró uno de mis colaboradores con una lista en la mano, la de la gente que inicialmente se conoció a través de los medios de comunicación. Eran los que podían ser imputados por las tarjetas de crédito que se habían repartido entre directivos de Caja Madrid para que las usaran a discreción. Ese día hablábamos de tarjetas de directivos, aún no se les había puesto el apelativo de «tarjetas *black*». Pero la noticia nos conmocionó. Era un asunto del que yo no sabía nada, y era el secretario general. No tenía ni idea de quién podía estar ahí metido ni de cómo había llegado alguno de los nuestros ahí.

Había puesto en marcha los primeros mecanismos para responder a la crisis de representación. Apenas me había dado tiempo a implantarlos, pero estaba convencido de que debíamos adoptar iniciativas de regeneración democrática, y de que estas debían empezar por nuestra propia formación. Los partidos, la forma en que se habían anquilosado y se habían ido desconectando de la sociedad, eran el lugar donde la regeneración debía empezar, puesto que ellos son uno de los centros neurálgicos de la vida política en España. Decidí que el PSOE diera pasos firmes en esa dirección. Estaba ya en vigor, y lo anuncié esos días, un endurecimiento del régimen de incompatibilidades de los diputados y cargos públicos. Esto sentó mal entre ciertos miembros del grupo parlamentario, pero había que hacerlo. Además, me iba dando cuenta de que esa iba a ser la tónica en muchos de los cambios que quería implementar: encontraría resistencia en mis propias filas, y tendría que vencerla.

La mayor parte de los diputados y senadores, no obstante, aceptaron

bien las restricciones, y muchos se sintieron orgullosos de que nos aplicáramos autolimitaciones de las que carecen partidos como Podemos o Ciudadanos. Aprobamos un Código Ético muy estricto, que debían firmar todos los candidatos y cargos públicos. Entre las exigencias que figuraban en él, fijábamos el momento de la apertura de juicio oral —es lo que nos pedían las organizaciones vinculadas con la regeneración— como el momento en el que los cargos públicos asumirían responsabilidades políticas si se veían involucrados en un caso de corrupción. Todo eso estaba ya en marcha en el partido.

Además, en noviembre de 2014, apenas un mes después del estallido de las *black*, y menos de cuatro meses después de llegar yo a la Secretaría General, firmamos un acuerdo con Transparencia Internacional que hizo que de una puntuación de seis sobre diez en transparencia pasáramos en poco tiempo a más de un nueve. Nos pusimos al mismo nivel que los partidos nuevos, lo cual tenía doble mérito tratándose del PSOE, por las resistencias internas, y porque cuando tienes un pasado de 140 años, transparentar tus decisiones requiere mucha más valentía. Pero era así: no había nada que ocultar, no temíamos ser un edificio diáfano ante los ciudadanos. Tenía claro que, si debían aflorar más trapos sucios que yo ignorara —como me había ocurrido con las tarjetas *black*— los afrontaríamos. Lo que en ningún caso podíamos permitirnos era quedarnos estancados en la vieja política de la opacidad, el secretismo y la ocultación.

Todas estas medidas, el impulso a esa regeneración del partido que yo había dado, estaba empezando a cambiar la cultura de la organización en general, y en concreto, la transparencia, la gobernanza, las exigencias éticas, los estándares de limpieza. Las cosas empezaban a hacerse de forma diferente y era visible para todos internamente que estábamos cambiando...

El escándalo de las tarjetas *black* involucró al conjunto del viejo sistema: los partidos tradicionales, los sindicatos, la patronal... Aquello constituyó el punto más bajo de credibilidad del sistema democrático español, el grado cero del prestigio de la política. El mecanismo era tan simple que todo el mundo lo entendió. No había tramas complejas ni herramientas sofisticadas, no había mordidas, comisiones, testaferros, nada de eso. Había unos tipos que sacaban dinero del cajero para quedárselo. Que se compraban un televisor con cargo a la Caja de Ahorros de los madrileños. Punto. Eso lo entiende cualquiera como un robo. Y así se entendió. La indignación general

contribuyó al auge de Podemos en los meses siguientes.

Como secretario general, todo aquello me sorprendía como un torbellino en el que no tenía nada que ver. No quería involucrarme para nada y, por supuesto, quería sacar al partido de ese lodazal lo más rápido posible. Por eso pusimos en marcha un procedimiento veloz, pero con todas las garantías. Había que actuar enseguida porque hoy en día el juicio más rápido se da en los medios de comunicación. Y si un mes después de que se publicaran los nombres de socialistas involucrados en eso se descubre que son inocentes, da igual. Le van a dedicar 10 segundos en una noticia de quinta fila. Por eso hay que actuar rápido. No pude evitar acordarme de Harold Macmillan, que fue primer ministro británico. Cuando en cierta ocasión le preguntó un periodista qué puede derribar un Gobierno, contestó: «Los acontecimientos, muchacho, los acontecimientos». Tuve esa misma sensación: la de estar viviendo y sufriendo algo muy grave, cuya génesis y estallido no tenía nada que ver conmigo, pero que iba a tener consecuencias duraderas en la política española.

Yo no sabía quién estaba involucrado. Me pasaron una lista y me quedé perplejo. No teníamos la menor idea. No daba crédito ni siquiera a la forma en que me estaba enterando: ¿cómo podía el secretario general del PSOE enterarse de esto por los medios, al mismo tiempo que toda España? Recuerdo que era una tarde de perros, había anochecido ya, estaba lloviendo fuera, y nos reunimos de urgencia, porque me di cuenta al instante de que aquello revestía una gravedad extrema.

Le dije a mi secretario de Organización, César Luena, que debíamos actuar inmediatamente y de forma expeditiva. El partido tiene unos procedimientos garantistas: no se puede expulsar a cualquiera sin que la persona concernida tenga derecho a defenderse y posteriormente a un recurso ante la Comisión de Ética y Garantías. No puedes llegar y decir: «Tú, ¡fuera!». El PSOE no funciona así. Y, sin embargo, parecía que ese tipo de juicios sumarios era lo que demandaba una ciudadanía harta y asqueada de la corrupción. En el proceso actuó como instructora Susana Sumelzo, que contactó a todos los que figuraban en aquella lista. Se les abrió un expediente, se les dio la ocasión de defenderse y, a la vista de los hechos, se los expulsó. En la lista figuraba gente que había representado muchas cosas buenas para el partido, por ejemplo, Virgilio Zapatero. Por supuesto, recibí presiones de antiguos dirigentes del partido para que no actuáramos de forma tan

contundente contra las personas involucradas, pero hice caso omiso. Primero, porque las acusaciones eran muy graves; segundo, porque me daba cuenta de que estábamos tocando fondo con el tema de la corrupción, el clientelismo, la opacidad... Nosotros como partido y el sistema democrático, los dos, estábamos tocando fondo y teníamos que dar una respuesta a la altura de las circunstancias o la ciudadanía no nos lo perdonaría. Eso fue lo que hicimos. Algunos me llamaron, me insistieron, me presionaron, pero me mantuve firme: había que romper los vínculos con toda aquella podredumbre de inmediato. Teníamos que trazar una línea infranqueable; no por mí, por el partido.

Para colmo, hubo gente que trató de vincularme con el escándalo porque yo había sido concejal de Madrid entre 2005 y 2009. La realidad es que todos los concejales forman parte de la asamblea de Caja Madrid, pero esa asamblea no tiene poder de decisión en casi nada, ni en las preferentes ni en las tarjetas ni en nada de eso. Es el Consejo de Dirección el que toma esas decisiones, y yo nunca formé parte de él. Otra cosa es cuestionar si los políticos tendríamos que estar o no en la Asamblea, y yo lo cuestiono. Pero como concejal yo iba en representación de la corporación municipal, que era titular de la Caja, la propietaria. Iba como los 55 concejales del Ayuntamiento de Madrid. De repente, Podemos utilizó todo eso contra mí. No podía creerlo, pero parecía la tormenta perfecta de acontecimientos de la que hablaba Macmillan. Iba a resultar que yo, un mero concejal en la oposición del Ayuntamiento, poco menos que había emitido las tarjetas *black*.

Fue terrible. El escándalo de las tarjetas *black* cambió la historia política de este país; más aún, cambió el sistema. Consolidó el auge de las formaciones nuevas y debilitó, con no poca razón, la credibilidad de los partidos tradicionales. Yo estaba en medio de todo aquello. Era el líder de una organización histórica, pero un dirigente joven, que llevaba apenas tres meses al frente de la organización y repudiaba los comportamientos corruptos. Mi contundencia me granjeó el rechazo de antiguos dirigentes, entonces aún con peso, que mantenían afinidades personales con los afectados. Pero creo que es ahí, en esos momentos terribles y convulsos, cuando tienes que tomar decisiones y cuando realmente te la juegas. La crisis de las *black* fue un terremoto de primera magnitud que dejó muchas grietas en el suelo.

Pese a la rapidez con que respondimos, resultó imposible contener la ola

que siguió a aquello. En ese momento el PSOE bajó al 22 % en las encuestas, cifra que no logramos remontar hasta mi victoria en las primarias de 2017, con mi reelección como secretario general y la renovación del partido. En el CIS de enero de 2015 se reflejaba que Podemos nos sobrepasaba e incluso, en otros estudios, se llegaba a situar como primera fuerza política. En aquellos meses prevalecía la sensación de hallarnos inmersos en un torbellino imparable. Sabíamos que España no era Grecia, pero el efecto halo que provocaba aquella sucesión de incidentes que Podemos capitalizaba como éxitos propios nos complicaba cada vez más las cosas, pese a todo.

Lo cierto es que levantaron un movimiento político transversal que planteaba una enmienda a la totalidad del sistema. Y muchas víctimas de la crisis querían que se diera una patada sobre el tablero y saltaran las fichas. Había un hartazgo general y, según ellos, la ciudadanía ya no creía en la dicotomía izquierda-derecha, sino que era transversal, con elementos no ideológicos, como por ejemplo la regeneración democrática versus el inmovilismo. Después nosotros nos movimos y ellos quedaron anclados en la protesta, sin pasar a la propuesta. Finalmente se ha acompasado el paso. Nuestro gran acierto ha sido plantear como elemento central la reforma. España quiere —y necesita— reformas, no rupturas. Ahora, visto con perspectiva, resulta meridiano, pero en aquel momento la tentación de la ruptura era enorme. Todo ocurría muy deprisa, el aprendizaje resultaba muy intenso, y se complicó cuando posteriormente entró en escena Cs, aunque como partido de derecha su irrupción nos afectaba menos.

Yo nunca pensé que se pudiera dar la «pasokización» con la que tanto les gustaba coquetear a ciertos analistas. Decir eso era desconocer el PSOE y desconocer España o tener muchas ganas de confundir sus deseos con la realidad. El PSOE no era el Pasok y España no era Grecia. Por mi parte, yo no tenía ninguna duda de que el partido iba a aguantar: nuestras raíces son fuertes y sólidas, tanto como 140 años de la historia de España.

Con todo, también me daba cuenta de que teníamos lecciones que aprender: la regeneración, la participación y la inclusión de los jóvenes en política se convertían en elementos clave tras la crisis económica y financiera que había pasado por Europa como un vendaval. El lenguaje político había cambiado y nosotros teníamos que aprender ese nuevo lenguaje. Hubo gente dentro del PSOE que quiso ver una nueva reedición de la pugna histórica entre socialistas y comunistas, pero en aquel momento eso no era así. El

Podemos de entonces no era comunista, era totalmente transversal y eso explicaba los apoyos que concitaba. Su dialéctica era de impugnación al sistema como un todo, y se apoyaba en la gran ola de desconfianza que la crisis ha generado en la gente común hacia las instituciones. El auge del populismo en muchos países europeos se debe a esa desconfianza alimentada por la sensación de que, en la crisis, las instituciones no han respondido.

El riesgo es imponer una dialéctica de amigo-enemigo, sistema-antisistema, nosotros-ellos. Puede funcionar al principio, pero ahora en España sucede lo contrario. Hay una angustia en la ciudadanía —también lo vemos en Cataluña— por un enfrentamiento entre bloques que, si no se deshiela mediante labor política, no solo nos conduce a la parálisis y la ingobernabilidad, sino a una crisis de convivencia de gran magnitud. Se trata de un fenómeno muy relacionado con la polarización, así como con la madurez de una formación política y sus líderes.

LA HISTORIA DEL ARTÍCULO 135

En aquellos primeros meses al frente del PSOE, saber convivir y manejar el fenómeno de los partidos jóvenes consumió una parte importante de la energía de la organización. No resultaba fácil: todo lo que estaba ocurriendo era nuevo. Además, había gente del propio partido que no ayudaba. Eso pensé el día en que me enteré de que José Luis Rodríguez Zapatero, Pepe Bono y Emiliano García Page habían cenado con Pablo Iglesias. No me lo contaron ellos, me enteré por un amigo ajeno a la política, al que se lo había contado una periodista. La verdad es que me lo tomé a broma, pero poco después en una conversación telefónica con José Luis le pregunté:

—Oye, me han contado que habéis cenado con los dirigentes de Podemos.

Silencio de radio. O sea que sí. Tras unos segundos, me explicó que tenían curiosidad por conocerlos. En fin. En aquel momento, Pablo Iglesias desplegaba una hostilidad terrible hacia el PSOE y eso condicionaba nuestras respuestas, o al menos las mías. Ocupar cargos de responsabilidad en el partido obliga a ser elegante. Fuera hay menos presión.

En noviembre de aquel año planteé la necesidad de reformar el artículo 135 de la Constitución, el que priorizaba el pago de la deuda, que el anterior

Gobierno socialista pactó con el PP. Se convirtió en una polémica, pese a que nuestra posición sobre el 135 se había marcado ya en la Conferencia Política de 2013, siendo Rubalcaba secretario general, y con el beneplácito de anteriores líderes socialistas.

La reforma del artículo 135 del año 2011 había causado una enorme convulsión entre los socialistas. No hubo un Comité Federal que lo aprobara, ni tan siquiera una Ejecutiva federal. No hubo debate. El partido tenía esa espina clavada y la discusión pendiente. En la Conferencia Política de 2013 se sustanció ese debate. Yo participé en él, como miembro de las ponencias, y se habló de modificar el artículo 135 —no de suprimirlo— para incorporar un suelo mínimo de gasto social. Por supuesto que éramos, y somos, partidarios de la estabilidad presupuestaria: es un principio socialdemócrata porque esa estabilidad es la que hace que las cuentas cuadren y asegura la atención de las prestaciones, de la sanidad, de la educación y de las pensiones.

Nosotros somos los primeros en defender la estabilidad presupuestaria. En rigor, los primeros fueron los socialdemócratas suecos, en la década de 1940. ¿Cuál es el quid de la cuestión? Que se debe garantizar un suelo mínimo de gasto social. Esa fue la enmienda que hicimos al artículo 135 en la Conferencia Política. Yo mismo lo planteé entonces. Había dos posiciones dentro del partido: una, derogar el artículo 135, defendida por Susana al principio; y otra, modificarlo. Por lo tanto, el moderado era yo. En cambio, José Luis se molestó conmigo. Es cierto que yo no le avisé cuando anuncié que votaríamos por reformarlo en el Congreso. Debí haberlo hecho y solo se lo dije una hora antes de anunciarlo. Pero en cuanto al fondo de la cuestión, el partido había asumido esa rectificación desde hacía ya mucho tiempo, desde el año 2013. De modo que aquel no fue el motivo por el que nos distanciamos, que, por cierto, fue solo durante una temporada. Hace ya tiempo que mantenemos una comunicación muy fluida, comemos de vez en cuando y me interesa siempre mucho el intercambio de puntos de vista con él.

En aquel momento, no obstante, yo sufría desaires de figuras socialistas con cierta frecuencia, y no solían ocurrir en el ámbito interno del partido. En aquellos meses se comenzaron a filtrar a la prensa nombres de posibles rivales míos para unas primarias de candidatos a la presidencia del Gobierno. También filtraron que si en las elecciones que ya se acercaban —las

municipales y autonómicas de mayo de 2015— no subíamos del 20 % iban a pedir mi dimisión. Por supuesto cada cual tenía derecho a presentarse a primarias o pedir dimisiones, pero estaba claro que eran maniobras mediáticas destinadas a erosionarme, a minar mi confianza, pero también a dificultar que yo consolidara mi liderazgo al frente del PSOE.

La política es una carrera de fondo, y aquellos meses fueron además una llena de auténticos obstáculos en la que yo me fui curtiendo día a día. Ahora, pasados los años, cuando veo fotos mías de ese tiempo y las comparo con las de ahora, me doy cuenta de que viví esos tres años de mi primer mandato como si hubieran sido diez. El proceso de maduración fue intenso y veloz. Recuerdo que un viejo militante socialista malagueño, ya en mi «segunda vida» como secretario general, me comentó:

—Te veo más hecho políticamente. Esta vez sí estás preparado.

A lo cual le respondí:

—Tienes razón, he aprendido, y mucho, ¡la pena es que haya sido por el método educativo antiguo: la letra con sangre entra!

Volviendo a aquellos años de mi primera etapa, el caso es que celebramos una convención autonómica en Valencia el mismo fin de semana de la manifestación de Podemos en la Puerta del Sol. Constituía nuestra puesta de largo del programa autonómico para las elecciones que teníamos a escasos meses vista. Susana Díaz no asistió porque estaba enferma, y su ausencia se convirtió en la noticia más importante de nuestra convención autonómica. El lunes la vi en un acto público y me alegré mucho de su rápida recuperación. También por aquellas fechas leí en la prensa la noticia del adelanto de las elecciones andaluzas. Algunos de mis colaboradores me habían dicho que ella lo estaba considerando y yo daba por seguro que me llamaría, cosa que no ocurrió. Unos meses después, cuando comenzaron sus dificultades para formar Gobierno en Andalucía, me ofrecí para gestionar con Pablo Iglesias lo que fuera necesario, pero ella prefirió hablarlo personalmente con él.

Hubo numerosos desplantes, en público y en privado, destinados a mí, pero que hacían un daño enorme al partido. Hasta tal punto fue así que el propio Felipe González hubo de intervenir. Yo no se lo pedí, pero se lo agradecí mucho. Fue allá por abril de 2015, cuando salió diciendo:

—Yo no voté a este secretario general en las primarias. Pero ganó y es mi secretario general. Tiene todo mi apoyo y debería tener el de todo el

partido.

Felipe intervino para llamar la atención a quienes debilitaban al partido. Faltaban dos meses para las elecciones autonómicas y municipales. Todo el tablero estaba patas arriba porque habían irrumpido partidos nuevos cuya aceptación por la ciudadanía era una incógnita, y muchos de los nuestros no dedicaban toda su energía a esas elecciones, sino a mí. No tenía sentido.

Felipe vino a poner orden y yo se lo agradecí. En el fondo, él recogió el sentir de la militancia, que, por un lado, quería que se resolviera la crisis de liderazgo del partido y por otro, estaba de acuerdo con muchas de las cosas que yo estaba haciendo. Este partido es muy exigente con sus líderes y a mí me parece bien que así sea. No es lo mismo ser líder de UP o de Cs que del Partido Socialista. Te exigen el triple, y a mí se me exigía en cada acontecimiento: la convención autonómica era una prueba, la convención municipal era una prueba, las elecciones eran una prueba, el debate del estado de la nación era una prueba...

Precisamente aquel debate del estado de la nación, el de 2015, fue el primero que celebré: quedé muy satisfecho con el resultado y lo que significaba, porque un líder de la oposición se consolida, entre otros momentos, en los debates importantes, como ese o el de presupuestos. Ambos me salieron bien, pero no había muchos dispuestos a reconocerlo porque sabían que me fortalecía. Como organización, no capitalizábamos los éxitos del secretario general, sino que tirábamos por tierra nuestro propio trabajo, además de someter a la militancia a un gran estrés. Eso fue lo que Felipe González quiso subrayar: nos estamos disparando en el pie.

Seguro que yo también cometí errores en aquel año tan difícil de 2015, probablemente debí abordar esa división mucho antes y tejer alianzas fuertes. A lo mejor podía haber sembrado más confianza; tal vez no hubiera servido para nada, pero sin duda, todos lo pudimos haber hecho mejor. Había problemas personales, pero también un problema de reparto del poder interno. Nuestro partido se había descentralizado tanto que los líderes territoriales tenían un poder superior al del secretario general nacional y eso no era un problema para mí, sino para la organización. Era necesario fortalecer la dirección federal, algo que no agradaba a todo el mundo. Había discrepancias de fondo en cuanto a la organización que se han solventado para bien. Ahora todo fluye mucho mejor y cada uno tiene su papel más claro.

En medio de tantos obstáculos hubo un gesto que agradecí muchísimo, el de Manuel Chaves y José Antonio Griñán. Cuando tuvieron que asumir responsabilidades políticas, lo hicieron. Fue suya la iniciativa, y no tuve que decirles nada. Simplemente me llamaron, me dijeron que renunciaban al acta y lo hicieron, como dos señores. No han vuelto a hacer declaraciones, han protegido al partido y han tratado de mantenerlo al margen, incluso sabiendo, como sabemos todos, que ellos no han obtenido ningún lucro personal en todo el tema de los ERE. Pero son dos personas muy conscientes de su figura, de lo que representan en el socialismo andaluz, y cumplieron nuestro código ético escrupulosamente: cuando a alguien se le abre juicio oral, debe dimitir. Lo hicieron y asumieron su responsabilidad sin ruido.

CUANDO NO FUE POSIBLE EL CAMBIO

Gestionar la crisis en el Partido Socialista de Madrid fue otro de los grandes desafíos a los que me enfrenté en aquel momento. No me lo pusieron fácil. El problema que teníamos en la capital de España era profundo y urgía resolverlo. Podemos y Cs resultaban atractivos para el voto urbano, y para competir con ellos ¿qué ofrecíamos nosotros? Una organización secuestrada por Tomas Gómez. Yo iba por las sedes, las agrupaciones, los actos, y nadie estaba satisfecho; hablaba en privado con la gente y me decían que debíamos renovarnos, que necesitábamos, en fin, un nuevo candidato.

Se publicaban cada cierto tiempo noticias que lo comprometían, pero en público yo siempre lo defendí. Sin embargo, me daba cuenta de que la organización en Madrid estaba desmoralizada y de que eso iba a tener un coste altísimo para nosotros en términos electorales. Por otra parte, en lo orgánico se podía constatar un gran deterioro en algunos lugares, como Parla. Había enfrentamientos, gestoras, la vida de la organización estaba viciada y la crisis de liderazgo era evidente: necesitábamos un candidato ganador y respaldado por la militancia, que generara entusiasmo en las bases para así contagiarlo a los votantes.

Todos los apoyos internos de los que él había disfrutado en el pasado los había ido perdiendo. El problema es que nadie se atrevía a plantar cara a la situación. Zapatero lo había intentado en un proceso de primarias encabezado por Trinidad Jiménez, sin éxito. Lo había intentado también Rubalcaba, que tampoco había podido. Para aquellas autonómicas de 2015 que se acercaban, ni siquiera se habían celebrado primarias realmente. Formalmente las convocó, pero nadie se presentó, por las exigencias en avales. Hemos cambiado ese mecanismo —como luego explicaré—, pero su candidatura presentó avales que equivalían al 77 % de la militancia, lo cual impedía materialmente que se presentara otra persona, ya que con el antiguo

mecanismo hacían falta al menos el 10 % de los avales y no se puede avalar a más de un candidato.

Me encontraba con esta situación de deterioro interno, con la necesidad de presentar un mejor candidato, y encima con que, como mi federación era Madrid, mucha gente me decía que, si obteníamos malos resultados en Madrid, me lo iban a imputar a mí como un fracaso personal, sobre todo si no hacía nada para evitar el descalabro que se avecinaba. No les faltaba razón. La obligación de un líder es prever las crisis y solucionar los problemas antes de que estallen. En Madrid teníamos un problema y mi deber era resolverlo.

En aquellos meses, distintos actores relevantes del partido en Madrid hablan conmigo, me alertan, me llaman preocupados. Veo que hay un malestar real, y yo conozco bien el partido en Madrid. Hay exalcaldes y alcaldes que en público dicen una cosa, pero a mí en privado me dicen lo contrario: me confirman esa crisis y ese deterioro orgánico.

Al mismo tiempo, en paralelo, todo el mundo mira a Ángel Gabilondo. La ecuación está clara y entonces yo tengo una conversación con él:

—Mira, Ángel, creo que tú eres la persona, eres el candidato que necesitamos en Madrid. Tu honestidad, tu solidez, son las cualidades que mejor representan el proyecto que defendemos para esta comunidad y para España.

Él me manifiesta muchísimas dudas, no lo ve claro. Pero solamente me pone una condición: que cualquier decisión que se tome sea refrendada por las bases.

—No hay tiempo para unas primarias, Ángel —le dije yo—. No hay tiempo material, y además no eres afiliado. De todos modos, podemos hacer un proceso de votación en asambleas en las agrupaciones para que tú veas que la gente del partido está muy a favor de que seas nuestro candidato y para que la militancia participe en la elección de tu candidatura.

Ángel aceptó y la operación resultó un éxito, que se materializó en un gran apoyo de los ciudadanos. De hecho, nuestros votos en la Comunidad de Madrid superaron con mucho a los que obtuvimos en el Ayuntamiento, lo cual ya indica el peso que tuvo el excelente candidato que era Gabilondo. Sin embargo, fue duro internamente. Hay momentos en los que un grupo de personas puede capturar a una organización y atenazarla, porque lo primero que logra un buen liderazgo es hacer florecer a la organización y generar una cultura constructiva. En cambio, allí donde un liderazgo implanta una cultura

de organización temerosa y negativa, todo se deteriora. Yo tenía dos opciones: una, mirar para otro lado, esperar a que nos diéramos el batacazo electoral y actuar posteriormente; o dos, actuar antes, frenarlo y ver hasta dónde podíamos llegar. Opté por lo segundo.

Lo traté de gestionar con Tomás Gómez de buenas maneras. Un día le llamé para tener una conversación. Le pedí que viniera a verme al despacho y no vino. Sencillamente no apareció porque sabía lo que le iba a decir: que diera un paso atrás. Nos vimos obligados a hacerlo de forma expeditiva, y lo cierto es que la organización enseguida comprendió cuál era nuestro objetivo y nos apoyó. En cuanto entró Ángel en escena, el partido se entusiasmó con él. En las asambleas recibió un apoyo masivo.

Poco después celebramos el primer acto los dos juntos. En las caras se veía la ilusión y el alivio de la gente, las sonrisas. Habíamos pasado, en poco tiempo, de una resignación triste y gris a tener un candidato espléndido que ilusionaba a los militantes. Muchos se acercaban a darme su apoyo por las medidas que habíamos tomado, no solo ya por esas elecciones, sino por haber destaponado la organización, que llevaba demasiado tiempo congestionada. El éxito electoral corroboró nuestra decisión: en solo tres meses nos quedamos a un escaño de arrebatarle la mayoría absoluta al PP.

La operación resultó ruidosa en términos mediáticos, porque nada de lo que ocurre en el PSOE deja indiferentes a los medios. Sin embargo, en la organización fue como la seda, como si todo el partido en Madrid hubiera estado deseando desatascar las cosas desde hacía tiempo. Y así ocurrió. En mayo de 2015 recuperamos todo el cinturón rojo de Madrid, excepto Parla y Alcorcón, y ahora gobernamos en toda esa zona. Recuperamos poder institucional en numerosos ayuntamientos y eso se logró gracias al resurgir de la organización en Madrid, después de muchos años de declive. Tenemos un liderazgo como el de Ángel Gabilondo, que no solo es una referencia política, sino moral e intelectual para los madrileños.

SREBRENICA OTRA VEZ

Después de estos sinsabores, las elecciones autonómicas y municipales de 2015 constituyeron un punto de inflexión. Es cierto que perdimos voto, lo cual resultaba totalmente previsible en el contexto absolutamente disyuntivo

que planteaba la entrada de dos partidos nuevos, ambos compartiendo frontera con el Partido Socialista. Sin embargo, tras esas elecciones el PSOE recuperó el poder en numerosos enclaves de primer orden: la Comunidad Valenciana resultó el más emblemático. Políticas como recuperar la sanidad pública comenzaron allí antes que en ningún otro lugar y eso permitió aliviar mucho —o al menos parte— del sufrimiento causado por la crisis.

Cuando llegó el verano de 2015, al cumplir un intenso año como secretario general, un viaje al centro del dolor europeo me hizo salir brevemente del maremágnum de la política española y recordar mis viejos tiempos en Bosnia y algunos de los referentes de mi educación política. Fue un viaje a Srebrenica, el lugar donde veinte años antes miembros del ejército serbobosnio bajo la dirección de Ratko Mladic habían asesinado a 8.000 bosnios musulmanes. Fue la mayor masacre en suelo europeo desde la Segunda Guerra Mundial, catalogada como genocidio por el Tribunal Penal Internacional para la Antigua Yugoslavia.

Se recordaba a las víctimas de aquella masacre en un acto solemne en el que quedó claro que las heridas seguían abiertas, y con ese motivo yo regresé a Bosnia, dieciséis años después de haber trabajado allí, en Sarajevo, pero esta vez como secretario general del socialismo español. También allí había visto por última vez a Bill Clinton, entonces aún presidente de Estados Unidos. En 2015 me volvió a impresionar. A sus casi setenta años, estaba canoso y envejecido. Sin embargo, su compromiso con la paz en los Balcanes, que equivale a decir con Europa, seguía intacto. En su día hizo todo lo que pudo por poner fin a la guerra de Bosnia-Herzegovina. Tomó una decisión arriesgada —propia de un líder político de primera categoría— como fue embarcar a Estados Unidos en aquella guerra, pese a las escasas simpatías que la idea despertaba en su propia población.

Recuerdo escuchar su discurso con fascinación: habían pasado veinte años de la matanza de Srebrenica y las 8.000 víctimas le seguían doliendo. Se disculpó por no haber logrado acabar antes con aquella guerra, y tenía sentido que lo hiciera: cuatro meses después de la masacre se firmaron los Acuerdos de Dayton. En aquel cementerio, un mar interminable de lápidas blancas, resultaba inevitable pensar que si él y su negociador, Richard Holbrooke, hubieran cerrado los acuerdos seis meses antes, aquellas 8.000 personas seguirían vivas.

Dieciséis años antes Clinton me había impresionado igualmente cuando

lo vi por primera vez en Sarajevo, con el mismo compromiso y el mismo liderazgo. En aquella época yo trabajaba en Sarajevo, en el gabinete de Carlos Westendorp, Alto Representante de la ONU para Bosnia-Herzegovina. Una de las últimas tareas que tuvimos que hacer allí fue organizar el Pacto de Estabilidad de los Balcanes, una especie de Plan Marshall para la antigua Yugoslavia, muy ambicioso. Milosevic había salido ya de la escena y se buscaba traspasar de algún modo el liderazgo político a la Unión Europea, pues el liderazgo militar lo había llevado Estados Unidos. Toda la preparación de la conferencia fue apasionante, teníamos que montar desde la parte logística y operativa hasta la política, redactando los documentos preparatorios de la cumbre así como las resoluciones que iban a salir de aquel gran encuentro.

Cuando llegó el momento, a finales de julio de 1999, allí aparecieron los líderes más relevantes de medio mundo, incluidos José María Aznar, entonces presidente del Gobierno español, y la gran mayoría de los mandatarios europeos. Sarajevo se blindó entero durante los tres días que duró la cumbre. Y al tercero los dirigentes europeos regresaron a sus países. Quienes trabajábamos allí tuvimos el privilegio de ver al líder que permaneció cuando las cámaras se habían ido: Bill Clinton. Se quedó durante una semana, hablando con los colectivos, con la sociedad civil, con todo el mundo.

Lo admiré por aquello que casi nadie supo, pero yo vi en primera fila. Pensándolo con la perspectiva de ahora, comparándolo con la retirada de Estados Unidos del acuerdo contra el cambio climático decidida por Donald Trump, me hace reflexionar también sobre el exceso de cinismo que a veces aqueja a la política. Yo vi a un hombre, Bill Clinton, que había embarcado a su país en una guerra por convicción, sabiendo que no tenía casi nada que ganar. Él lo decía entonces: «Hay que estabilizar los Balcanes, hay que involucrarse, hay que comprometerse con la paz en Europa». En Sarajevo había comenzado la Primera Guerra Mundial, y él estaba firmemente convencido de que había que acabar con esa nueva guerra, por el sufrimiento real y por su simbolismo. ¿Qué hizo con su convicción? Llevarla a la práctica hasta sus últimas consecuencias, incluso muchos años después de ser presidente, porque se implicó política y personalmente, porque empatizó con el sufrimiento de la población civil, y porque se quedó a escucharlos cuando la prensa ya no grababa.

Lo recuerdo aquellos días con Hillary y con Madeleine Albright, su secretaria de Estado. Vi su auténtica preocupación por la zona y por las víctimas, y no puedo dejar de juzgar injusto ese cinismo desde el que se dice que todos los políticos son iguales. No, Trump no es Clinton. Allí vi a un hombre involucrado hasta los tuétanos, que realmente comprometió su persona, su presidencia y su país en poner fin a una guerra mortífera y siguió interesado por los destinos de la gente que se benefició de sus políticas el resto de su vida.

Aquellos años en Bosnia-Herzegovina conocí a numerosas figuras políticas, algunas muy siniestras, como los líderes serbios que luego acabaron ante el Tribunal Penal Internacional. Fue un aprendizaje enorme para mí, cuando apenas había cumplido los veintiocho años, en un trabajo que acepté sin pensar, por instinto, en cuestión de días. Eran las Navidades de 1997 y Carlos Westendorp ocupaba el puesto de Alto Representante de la ONU para Bosnia-Herzegovina y me llamó. Casualmente yo acababa de terminar mi trabajo en el Parlamento Europeo, donde había colaborado con Bárbara Dührkop, y estaba en esa encrucijada pensando qué hacer justo cuando llegó su llamada.

Conocía a Westendorp de mi época neoyorquina, pues, justo al terminar la carrera, me había ido allí a trabajar en una consultora, y de vez en cuando los españoles que vivíamos en Nueva York recalábamos en la Embajada de España ante Naciones Unidas. Que me llamara años después para formar parte de su gabinete me hizo sentir muy honrado: acepté al instante. A principios de enero de 1999, tras empaquetar todas mis cosas y montar la mudanza más rápida de la historia, llegué a un Sarajevo nevado que ofrecía un idílico paisaje blanco desde el cielo. Minutos después, aterrizamos en la dura realidad: un aeropuerto militarizado y un país en el que unos pocos años antes había tenido lugar una cruenta guerra.

Caminabas por las calles y en todos los edificios había rastros de tiroteos, en todos los portales veías las cicatrices de las balas, había socavones en las calles, en fin, las huellas de la guerra permanecían por todas partes. Aquellos días leí con fruición *To End a War* (publicado en España por la editorial Biblioteca Nueva con el título *Para acabar una guerra*), de Richard Holbrooke, gracias a cuyas dotes negociadoras y diplomáticas se habían firmado los Acuerdos de Dayton. Carlos Westendorp, en nombre de la comunidad internacional, tenía la misión de vigilar su cumplimiento.

Westendorp llevó a cabo una labor crucial para consolidar la paz, previendo crisis antes de que estallaran y tomando en ocasiones medidas drásticas, como cuando destituyó a Nikola Poplasen, líder ultranacionalista y presidente entonces de la República serbobosnia. Este tipo peligroso incumplía o amenazaba con incumplir los Acuerdos de Dayton un día sí y el otro también. En sus bravatas aseguraba que iba a separar de Bosnia la República Srpska —la entidad política de los serbios de Bosnia— para integrarse en Serbia y así hacer crecer la madre patria. Toda esa verborrea nacionalista representaba una auténtica amenaza para la frágil paz, porque además él tenía el apoyo de Milosevic, aunque este lo negara.

Antes de que pudiera llevar a cabo sus amenazas, Westendorp decidió su cese. Tomó todas las cautelas, porque Poplasen era un líder elegido democráticamente por los serbios, y había que evitar el choque de legitimidades. Pero Westendorp contaba con el respaldo de la comunidad internacional, además obtuvo previamente un dictamen de la Comisión de Venecia, y lo destituyó. Aquello probablemente evitó que saltaran por los aires los Acuerdos de Dayton o, al menos, que descarrilaran. Suele recordarse la labor de Westendorp porque él diseñó la bandera, la moneda..., que también fueron grandes retos, pero su valentía política para tomar decisiones drásticas fue muy relevante en un momento muy difícil.

Su trabajo consistía en garantizar los Acuerdos de Dayton y, por tanto, en constantes reuniones con los principales actores políticos de Bosnia-Herzegovina, de las dos entidades reconocidas. Conocer de cerca a aquellos políticos fue un contraste absoluto con lo que luego me transmitiría Clinton. Se trataba de políticos, en su mayoría, y salvo honrosas excepciones, mediocres, que vivían a costa de su pueblo, a los que no les importaba su país para nada, salvo para vivir de sus gentes. Algunos de ellos, por desgracia, continúan ocupando puestos de responsabilidad. El pueblo serbio me impresionó, es un pueblo trabajador y humilde que ha sido instrumentalizado por sus dirigentes, adoctrinado en el nacionalismo para, bajo esa excusa, ocultar toda la mediocridad de sus dirigentes, cuando no su trayectoria criminal.

Mi experiencia en Sarajevo me vacunó contra los destrozos del nacionalismo y la política identitaria. Vi a políticos sin escrúpulos, que no calibran las consecuencias de sus discursos de odio, ni las sociales ni las políticas ni las económicas. Mejor dicho, no es que no las calibren, es que

alimentan lo peor de sus pueblos, porque ellos viven a costa de esa confrontación. Cuando hablaba allí con la gente de a pie, me decían que hasta la guerra civil ellos no habían tenido conciencia de tener una determinada identidad.

A día de hoy los bosnios están peor, porque las diferencias étnicas se han consolidado y están presentes en el día a día de la convivencia. Fue tal el odio que se sembró que ha dejado un país roto, espero que no para siempre. En la antigua Yugoslavia como en ningún sitio se ve el poder perturbador de la idea nacionalista. La historia demuestra que el nacionalismo es una ideología muy poderosa, pero destructiva, que siempre juega en contra de los intereses de los ciudadanos y, en los casos más extremos, incluso de sus vidas.

La paradoja es que los más perjudicados son esos ciudadanos ensalzados por sus líderes nacionalistas: les hacen sentirse diferentes, exaltan esa diferencia, que luego se torna superioridad, incluso supremacismo. Convencen al pueblo de alejarse del otro y odiarlo, y en los casos extremos, como allí, aquello acaba en crímenes de guerra. El sedimento que ha dejado en la sociedad aquel nacionalismo excluyente y brutal es nefasto y durará generaciones. Por un lado, ha homogeneizado a las sociedades, que han perdido pluralismo y libertad y se han vuelto más cerradas; por otro lado, odian al diferente, no quieren convivir con otros, no ha habido reconciliación. Ya no se matan, pero no hay convivencia real de los distintos grupos étnicos. Esa es la herencia del nacionalismo exacerbado por políticos corruptos y mediocres. Resulta asombroso cómo la historia repite ciertos patrones.

También resulta impresionante ver cómo, veinte años después, en aquella guerra se hallaban ya problemas que hoy constituyen los grandes retos europeos. No me refiero solo al nacionalismo, que sin duda es hoy la principal amenaza para la Unión Europea y para las sociedades abiertas en general, sino también a las crisis de refugiados. Ya nos hemos olvidado, pero con motivo de las guerras en la antigua Yugoslavia, en Europa padecimos una crisis migratoria, si bien no de la dimensión de la actual, desde luego. Pero en mis primeros días como presidente del Gobierno —cuando abordábamos la crisis humanitaria del *Aquarius*— no pude evitar recordar cómo los refugiados son un elemento constante en mi vida política, a propósito de mi experiencia bosnia. Aquello lo viví en primera fila y me sensibilizó para siempre con el problema.

Cuando comenzó la limpieza étnica de Milosevic en Kosovo, paradójicamente el lugar más seguro de los Balcanes era Bosnia-Herzegovina, porque estaba ocupada por la fuerza multinacional de la SFOR. Los refugiados kosovares empezaron a llegar a Bosnia. De pronto teníamos otra tarea urgente que atender: levantar campos de refugiados para ubicar a toda aquella gente que huía de los bombardeos en Kosovo. Aquellos campos los montamos nosotros, la ONU, y vimos situaciones muy dramáticas, familias con niños, niñas, huyendo de un terrible presente y con la angustia de no saber qué les depararía el futuro.

En aquella época, las noches en Sarajevo eran muy largas. No podíamos dormir porque los cazas y bombarderos de Estados Unidos sobrevolaban la ciudad en su camino hacia Serbia y Kosovo. El estruendo que hacían era inconfundible, es un sonido característico. Yo pasaba horas en vela. No sentía miedo, a decir verdad. Miedo había sentido cuando íbamos a Mostar, en la zona croata de Bosnia-Herzegovina, y se oían los sonidos lejanos de disparos producto de refriegas aún sin resolver. Volviendo a esas noches en vela, los cazas de la OTAN no me desvelaban por miedo, sino que no podía evitar pensar en las nuevas oleadas de refugiados diarias, en las dificultades que tendrían y en cómo los ayudaríamos. Las crisis de refugiados fueron traumáticas para todos.

Ya antes de aquello había vivido en Sarajevo las dificultades de los refugiados bosnios para retornar a su ciudad. Una vez terminada la guerra, muchos intentaban regresar, pero los dirigentes habían cambiado el nombre a las calles para que no encontraran el lugar donde vivían. Te contaban que habían llegado a un mostrador de la administración, les habían preguntado: «¿Tú en qué calle vives?», y al dar el nombre les decían: «Esa calle no existe». Todo con el objetivo de consolidar la separación étnica, impedir el regreso de los refugiados a sus verdaderos hogares. Otras veces tenían auténticos problemas de reubicación porque la casa que dejaron al huir había sido ocupada por otra gente, y había que buscarles otro lugar. En fin, cuando un refugiado deja su casa y su país, ni sabe adónde va ni dónde acabará ni tiene la menor idea de cómo será algún día su retorno si lo consigue. Nosotros estábamos allí, montando tiendas para los refugiados, y yo no podía evitar pensar en el futuro tan complicado que tenían por delante, en especial los menores.

En aquel momento me sentí orgulloso de mi país, porque España acogió

a muchos refugiados de la guerra civil bosnia. Mis vecinos en mi casa de Sarajevo, sin ir más lejos, habían sido refugiados en España y me lo agradecían siempre. Hicimos un ejercicio de solidaridad como país, al contrario que ahora con la guerra en Siria, y eso la gente no lo olvida. No era raro encontrar en Sarajevo a gente que hablara español: algunos habían vivido unos años en España, y lo dominaban. Con la telenovela de moda entonces, *Cristal*, reforzaban lo aprendido y adquirirían un simpático acento venezolano.

En cambio, dieciséis años después de todo aquello nos habíamos convertido en un país insolidario con los refugiados, para ser exactos, un Gobierno insolidario, que nunca estuvo a la altura de la generosidad de la sociedad española. Justo aquel verano en que regresé a Bosnia, el cuerpo de Aylan, el niño sirio refugiado que apareció muerto en una playa griega, nos conmovió a todos. Menos al Gobierno de Mariano Rajoy. En aquel 2015, y pese a las peticiones políticas y de la sociedad civil, el Gobierno español decidió ponernos en el grupo de países egoístas y cicateros con los refugiados.

Desde el punto de vista humano, la experiencia bosnia resultó intensa y conmovedora. En términos de mi aprendizaje y de mi formación, extremadamente enriquecedora. Además del trabajo que hacíamos sobre el terreno, cada cierto tiempo teníamos que ir a reportar al Consejo de Seguridad, como misión de Naciones Unidas que éramos. Todo aquel trabajo político de preparar los informes, realizar el balance de las acciones realizadas y las inconclusas, explicar los siguientes pasos a dar... Dotar a aquellos documentos de orientación política fue uno de los trabajos que más me interesó. Sobre la base de esos informes, Westendorp explicaba la situación a todos los países miembros del Consejo.

Aquello me permitió también conocer la ONU por dentro y a una inmensa figura política, como fue Kofi Annan. De los líderes políticos que he conocido, el antiguo secretario general de Naciones Unidas es la personalidad más cautivadora, brillante y elegante que he tratado. Se trata de un puesto, el de secretario general de la ONU, en el que recibes mucha información de calidad, así como una perspectiva global de los asuntos facilitada por los magníficos equipos de gente preparada y sensible que trabajan allí. Kofi Annan entonces, como António Guterres ahora, procesan y destilan esa información adecuadamente para convertirla en acción. Ambos son ese tipo

de buenos líderes globales que necesitamos más que nunca.

Todo aquello me estaba ocurriendo con menos de treinta años y marcó mi sentido global de la política, así como mi confianza en las instituciones internacionales y mi preocupación por los más vulnerables en las crisis. Con todas sus dificultades y sinsabores, lo disfruté. Fue duro, pero aquel medio político, aquel trabajo que requería pensamiento y acción me exigió mucho, me moldeó y me definió para siempre. Me di cuenta de que era mi vocación, de que yo quería estar donde se tomaban las decisiones políticas, porque era la forma más eficaz de cambiar las cosas en pro de los que sufren. En aquel momento, yo podría haber continuado una carrera en la ONU y haberme convertido en funcionario internacional. Había adquirido una posición relevante y había aprendido mucho en poco tiempo, como parte del gabinete de un Alto Representante de la ONU. Podría haber enlazado con otra misión internacional. Sin embargo, vi claro que ese no era mi camino. Decidí que quería ser la persona que toma las decisiones; el que, ante el sufrimiento de la gente vulnerable, pone a la sociedad en rumbo a la justicia o, al menos, a algo más de justicia de la que arroja el desigual mundo de hoy. Decidí que quería comprometerme a fondo, como Bill Clinton, de una manera duradera y permanente, con esa naturaleza especial del compromiso político que le lleva a uno a dejar en el empeño no solo su tiempo y su esfuerzo material o intelectual, sino su cuerpo, sus días y, en suma, su vida. Como uno solo puede hacer política en su país, volví a España para hacerla. Regresar también tenía un precio que pagué el primer día, apuntándome a la lista del paro.

20-D: LAS ELECCIONES QUE NADIE GANÓ

Enseguida el verano concluyó y nos puso en el ritmo frenético de una nueva campaña electoral, si es que habíamos dejado de estar en una. Las elecciones del 20 de diciembre de 2015 se presentaban como las más inciertas de cuantas se habían celebrado en España desde el año 1977. El presidente Rajoy anunció que las convocaría unos días después de las elecciones catalanas del 27 de septiembre de aquel mismo año porque, según sus propias palabras, que oídas en la distancia suenan a ironía o a ceguera, «el riesgo de que Cataluña se independice es hoy menor que nunca». Estaba satisfecho y citó a los españoles a las urnas en vísperas de las Navidades, un par de días antes de la lotería, como si buscara que el azar y la incertidumbre terminaran de envolver aquellos atípicos comicios.

La primera estación por la que pasamos fue la presentación formal de mi candidatura a la presidencia del Gobierno, una presentación no exenta de cierta polémica. El lector recordará que oficialicé mi candidatura con la imagen de una bandera de España de grandes proporciones. El caso es que, días antes, en una conversación con el primer ministro portugués António Costa, le pregunté si era habitual para un líder de izquierdas en su país presentarse con la bandera. La respuesta fue que sí. Esto me convenció definitivamente para tomar una decisión a la que llevaba dando vueltas mucho tiempo, la de que, en España, un líder socialista se presentara por primera vez con la bandera de España.

Siempre he creído que la bandera y los símbolos constitucionales son de todos, que no pertenecen a ninguna ideología, pues representan nuestros derechos y libertades. El error de la izquierda española es no haber lucido esos símbolos como sí lo ha hecho la derecha. Además, se da otra paradoja y es que, como partido autonomista que también somos, los candidatos socialistas sí presentan sus candidaturas luciendo las banderas de sus

autonomías. Sin embargo, se trataba de algo que nunca habíamos hecho a nivel nacional. Decidí acabar con esa mala costumbre. Una noche, en casa, abrí el ordenador, me conecté a internet y encontré la bandera que proyectaríamos en el acto de oficialización de mi candidatura. Tal cual imaginé, el acto generó polémica. Por un lado, positiva, puesto que se abrió el debate de por qué la izquierda había renunciado durante tanto tiempo a lucir públicamente los símbolos nacionales. Pero, por otro, provocó una polémica negativa, porque mis adversarios internos lo utilizaron para tratar nuevamente de desgastarme. Quien me conoce sabe que no soy una persona de símbolos. Nunca me he puesto una pulsera con la bandera de España ni nada por el estilo. Sin embargo, como líder de izquierdas sí me creí en la obligación de lucir nuestra bandera constitucional. Primero, por el puesto al que aspiraba, la presidencia del Gobierno de España. Y, segundo, porque alguien debía reivindicar un espacio que también nos pertenecía a nosotros, la izquierda española, que siempre luchó por los valores, derechos y libertades inscritos en nuestra Carta Magna y simbolizados por la bandera.

La segunda estación fue la elaboración de las listas al Congreso y el Senado. En todos los partidos se trata de un proceso que genera frustraciones, pues siempre hay gente cuyas aspiraciones se ven incumplidas, sea porque tuvieran motivos fundados para albergarlas o no. Sin embargo, el ruido mediático que generaron mis intentos de abrir el partido resultó claramente perjudicial para las expectativas electorales del PSOE. De nuevo afloraron las discrepancias internas, con el rechazo que eso genera en los votantes, y también desmoralizó un tanto a la militancia, que no entendía por qué la organización no se concentraba en hacer un buen trabajo de preparación de la crucial cita electoral.

Soy un convencido de que incluir independientes en las listas enriquece una candidatura electoral y un proyecto político. Los socialistas con carné son imprescindibles, sin ellos el partido sencillamente no funcionaría y, de existir, tendría enormes dificultades; pero los socialistas sin carné son muchos más, millones de españoles de todas las profesiones y niveles socioeconómicos que se identifican con nuestro proyecto y desean que ganemos porque creen que es lo mejor para el país. En un momento de reivindicación de participación política y de la necesidad del país de aportar lo mejor de su inteligencia a la política, abrir la puerta a esas personas no solo resulta coherente sino necesario. Mi modelo es el de un partido conectado

con la sociedad civil, en el que las personas de talento puedan entrar para aportar su granito de arena y permanecer unos años en política contribuyendo al proyecto político del PSOE. A quienes no lo veían así, y se lanzaron de nuevo a cuestionar mi liderazgo, el tiempo les ha quitado la razón. De hecho, uno de los mayores aciertos del Gobierno que constituí en 2018 fue no crear un gabinete de partido, sino atraer independientes para involucrar a la sociedad en nuestro proyecto y para que un Gobierno inclusivo permita a toda la sociedad verse reflejada en él.

Todos teníamos claro que el tablero político estaba cambiando, caminábamos sobre arenas movedizas, como las que reflejaba el barómetro del CIS de noviembre de 2015. El 67 % quería un cambio de Gobierno. Sin embargo, hasta un 75 % pensaba que el PSOE en el Gobierno hubiera hecho más o menos lo mismo. El estado de ánimo que aquello indicaba era complejo. Por un lado, el hartazgo con las medidas de Rajoy y sus cuatro años de recortes y mayoría, más que absoluta, absolutista, habían dejado exhausta e indignada a la población. Al mismo tiempo, nosotros veníamos de una experiencia de Gobierno y esto crea contradicciones insalvables, que nos restaban credibilidad. Los partidos nuevos no sufrían ese fenómeno: representaban a ese algo nuevo que se quería, aunque no se supiera muy bien qué.

Podemos y Ciudadanos eran aquel «no se sabe bien qué». Desconocidos, acaparaban la enorme atención mediática que se dispensa a lo nuevo. En el imaginario ciudadano, constituían la pizarra en blanco perfecta para que la gente expresara su malestar y pudiera anotar en ella lo que quisieran, confiando en que solucionarían todos los problemas que había creado la crisis.

Sus discursos apelaban a cuestiones generales para concitar el máximo consenso social. Deliberadamente evitaban ubicarse en exceso a la izquierda o a la derecha, pese a que la trayectoria personal y política de sus líderes los situaba con claridad a sendos lados del espectro político. Mientras líderes como Iglesias o Monedero procedían de Izquierda Unida, Rivera había militado en las Nuevas Generaciones del PP. Compartían un pragmatismo rotundo.

Con esa misma estrategia, ambos fueron sumando a una amalgama de partidos y agrupaciones locales o provinciales, movimientos y mareas capaces de aglutinar voto, pero sin ninguna cohesión interna. En poco tiempo, eso empezaría a acarrearles problemas, pero, en aquel momento, su

estrategia de incorporar a su paso, de forma torrencial, todo lo que constituyera una expresión de descontento les beneficiaba electoralmente. El objetivo de Podemos se centró en superarnos en votos, una estrategia alentada por numerosos comentaristas y tertulianos de derechas para quienes el mejor escenario posible para el PP lo constituía la debilidad del PSOE. ¿Por qué? Porque sabían, como cualquiera con una cierta experiencia política, que los socialistas somos la izquierda que sabe y puede gobernar.

En cuanto a Cs, su principal objetivo pasaba por convertirse en un partido nacional, pues hasta entonces eran un partido autonómico, sobre todo de ámbito catalán, aunque también su apoyo a un Gobierno socialista en Andalucía les daba un papel relevante allí. Ambos explotaban deliberadamente el eje nuevo-viejo, mientras que en lo ideológico preferían mostrarse mucho más centristas de lo que luego han resultado ser. De este modo, con ambos partidos nuevos tendiendo hacia el centro, el espacio del PSOE se estrechaba considerablemente.

UTILIZAR LAS ENCUESTAS

Sumidos todos en la ceguera de la incertidumbre ante la que nos encontrábamos, las encuestas se convirtieron a lo largo de la campaña en un arma de propaganda masiva: estaban claramente orientadas y la intencionalidad era nítida. Aquellos presuntos resultados —que no llegaron a traducirse en realidad y que algunos tildaron de «históricos» sin que llegaran a producirse— centraban semana tras semana el debate político. Tal y como el PP había calculado, el auge de Podemos y la posibilidad de que se convirtieran en la fuerza hegemónica de progreso, asustaban a los votantes más moderados —que corrían a echarse en sus brazos—, al tiempo que debilitaban al PSOE.

La campaña fue dura y difícil, pese a que siempre estuve convencido de que el Partido Socialista seguiría ocupando la posición de principal partido de la izquierda. Bien es verdad que lo que yo creyera poco importaba, puesto que muchos ciudadanos veían posible el *sorpasso* y eso condicionó enormemente el voto. Lo más frustrante de aquellas expectativas creadas artificialmente era la imposibilidad de luchar contra ellas. Por más convencidos que estuviéramos de que los resultados serían mejores de lo que

se aventuraba, no podíamos hacer nada más que seguir con la tarea: en la calle y en los medios. Aquel año de 2015 fue una campaña permanente: no salimos de la noria electoral desde que comenzamos con las andaluzas hasta las generales, pasando por las municipales y autonómicas de mayo.

La del 20-D fue una campaña marcada por la certeza de que el mapa político iba a cambiar radicalmente y, por ello, se dio una coalición de intereses atípica. Por un lado, estaban los poderes de trazas conservadoras, que habían dejado de defender al PP porque se habían dado cuenta de que el lastre de la corrupción lo hacía indefendible. Por tanto, y puesto que Cs estaba demasiado verde, en aquel momento solo tenían una opción, que consistía en atacar la alternativa, es decir a nosotros, el PSOE.

Al PP le venía bien debilitarnos porque estaba claro que iba a perder millones de votos. Su cálculo era: mientras Podemos le reste votos al PSOE, seguimos en el poder. En ese coqueteo que mantuvo el PP con Podemos, aspiraban a lograr dos por el precio de uno: primero, pasar, de un sistema bipartidista, no a uno pluripartidista, sino al monopartidismo. Y segundo, eliminar la alternativa al Gobierno del PP, que somos los socialistas, como los hechos han demostrado con la moción de censura de junio de 2018. Por su parte, a Podemos le favorecía todo esto porque su objetivo era lograr la hegemonía de la izquierda. Aunque en campaña consiguieron mantener a duras penas las apariencias, se veía que su enemigo no era la derecha, sino el PSOE. De hecho, Pablo Iglesias lo dijo en alguna entrevista: quería pasar del bipartidismo PP-PSOE al bipartidismo PP-Podemos. Unos meses antes había publicado un artículo en la *New Left Review* en el que teorizó todo esto: escribió que su objetivo era el *sorpasso* al PSOE para quebrarnos y así imponer un sistema bipartidista en el que ellos fueran el partido de la izquierda.

El planteamiento blanco versus negro, o PP o Podemos, beneficiaba a ambos extremos. Se acabó trasladando la idea de que los ciudadanos debían elegir entre que todo siguiera como estaba, incluyendo mantener a los corruptos en el poder, o una revolución, la que preconizaba Podemos. Mucha gente siente aversión al cambio, dada la historia de nuestro siglo xx. Sobre todo a los cambios radicales. Nosotros ofrecíamos lo que la socialdemocracia ha ofrecido siempre: el cambio seguro. Está en nuestro ADN y además es lo que necesitaba España, entonces y ahora. Pero dada la tensión política del momento, ese mensaje se desdibujaba. Mucha gente dio entonces su voto a

ciertos partidos pensando, honestamente, que iban a cambiar las cosas, aunque el tiempo demostró que aquello no iba a resultar fácil.

Las encuestas constituyeron una herramienta fundamental en aquella campaña. Sirviéndose de ellas, el PP deslizaba que si hubiera un debate a dos debía celebrarse entre Rajoy e Iglesias; trataban de obviarnos constantemente, incluso en nuestras propuestas de campaña, lo que nos impedía hablar de nuestras preocupaciones sociales y de la forma en que nuestras medidas de Gobierno ayudarían a aminorar el sufrimiento causado por la crisis. Esa ventaja mediática resultó, en su momento, tan visible como para que lo reconocieran incluso los editoriales de *El País*: «El PP no dudó en mirar en su día con simpatía a Podemos, y las televisiones de la derecha, generosamente recompensadas por el Gobierno de Rajoy, se han dedicado durante años a promover a ese partido como una alternativa que perjudicara a los socialistas».

A esto venía a sumarse el fantasma de Grecia y lo que representaba en aquel momento. Tan solo unos meses antes, en enero, Syriza había ganado con mayoría absoluta las elecciones en Grecia. Era un partido antiausteridad, que salía del ámbito de la izquierda y había derrotado al Pasok hasta dejarlo reducido a la irrelevancia. Rajoy se fue a hacer campaña con los conservadores de Andonis Samarás e Iglesias con Alexis Tsipras. De algún modo la política española se quería asimilar a la griega, pese a que no había relación alguna, como luego han demostrado los hechos. Ni España era Grecia ni el PSOE era el Pasok ni aquí se había dado una gran coalición, que fue lo que provocó el descrédito del Pasok griego. Solo había un interés partidista en asimilar situaciones tremendamente dispares entre sí.

Si en todo eso se introduce un cuarto partido como Cs, que competía por el centro y, en aquel entonces, se situaba en un espectro progresista —si bien luego lo abandonó—, nuestro espacio se reducía aún más. Resultaba endiablado, los ataques a nosotros venían por todos los frentes y nos resultaba muy complicado hacer oír nuestro relato. En aquella campaña, las encuestas marcaron el paso, pese a que no debe ser así, no ya por imponer o no dificultades a los partidos, sino porque los ciudadanos tienen derecho a conocer las propuestas de los candidatos, y eso es lo que debe centrar el debate. Pero en aquella campaña se les hurtó a los ciudadanos esa posibilidad. El debate público se centraba en si habría o no *sorpasso*.

La política en democracia, por supuesto, tiene un componente de batalla

por los votos, que es no solo legítimo y razonable, sino imprescindible para que se pueda hablar de una democracia plena. Pero tiene también otro componente, más importante, que pasa por responder a la pregunta: ¿para qué queremos los partidos el voto de los ciudadanos? Esto quedó oscurecido durante la campaña. Las encuestas tienen una cierta relevancia —mermada en momentos de gran volatilidad como aquellos de 2015—, pero no pueden marcar el paso informativo de una campaña, porque se desvirtúa su sentido. A las proyecciones de las encuestas se sumaba siempre la consiguiente duda sobre los pactos: yo me pasé la campaña respondiendo a preguntas de los periodistas sobre qué pactos iba a hacer, con quién iba a pactar si quedaba por detrás de tal o por delante de cual. El tiempo demostró que era una pregunta irrelevante, pero, durante la campaña, contribuyó a debilitar nuestra posición y a impedirnos dar a conocer nuestra visión de España y nuestras propuestas a los ciudadanos.

Todos en mi equipo llevábamos encima el agotamiento acumulado. La presión interna y externa era enorme; la incertidumbre, máxima. Sin embargo, además de lo macro que todo el mundo ve —los titulares, los medios, las entrevistas, las tertulias—, las campañas tienen un lado micro que apenas aflora y que a mí siempre me ha resultado especialmente satisfactorio: la calle. Aquel año, en las sucesivas campañas, me pateé España de arriba abajo para responder a las inquietudes de la gente y demostrar que estábamos ahí. Existía esa necesidad de ver a los políticos de cerca y también yo sentía la exigencia de estar con la gente, pues no me satisfacía nada el reflejo en los medios de nuestras propuestas. Por un lado, quería que me conocieran: los políticos no respondemos a ese retrato grotesco de seres insensibles y lejanos, y quería demostrarlo. La esencia de la democracia pasa por que cualquier ciudadano puede ser político, y el político sale de la ciudadanía misma, no de élites predestinadas por sus apellidos o sus riquezas a ocupar un cargo. Por otro lado, deseaba escuchar sus demandas y ayudarles a resolver sus problemas. En el tú a tú con la gente sientes la enorme responsabilidad de representarlos; te das cuenta de cómo realmente los políticos podemos cambiar la vida de la gente, mejorarla. En un acto del partido en Murcia se me abrazó un chaval joven, tendría veintitantos años, y me dijo:

—Mira, Pedro, yo quería venir a verte. Mañana me marcho de Murcia, me voy al extranjero, pero quería venir a verte. Me voy con mucha pena, me encantaría quedarme, pero no tengo trabajo, no tengo nada, no hay futuro,

mis padres no me pueden sostener y me tengo que marchar.

No sé qué habrá sido de él, se marchaba a Alemania o a Inglaterra, como tantos otros. Su historia me dejó helado porque es la de tantísimos jóvenes que han tenido que abandonar España porque carecían de futuro. Aquel hombre joven, en su última noche en España, decidió ir a un acto político para contarme eso, se me acercó solo para contármelo y yo no pude hacer nada. En la calle ves la realidad más descarnada, te mira a los ojos gente que realmente sufre, como otro hombre, un vigilante jurado que me contó que trabajaba 60 horas a la semana y cobraba menos de seis euros la hora.

La situación de los jóvenes en España es dramática y ha contribuido a la desafección con la política, por la sensación de que la política se ha desentendido de ellos. Los bajos salarios, la imposibilidad de emanciparse, la precariedad en los contratos y el altísimo nivel de paro juvenil son situaciones que las reformas del PP han producido o agravado y que están taponando nuestro desarrollo como país, además de impedir vivir una vida plena a millones de personas. España está llena de jóvenes profesionales, investigadores cuyos programas se cancelaron durante la crisis y que poco después encontraron trabajo en una universidad o centro investigador en el extranjero; médicos que aquí trabajan a destajo cobrando poco, de forma interina, sin ninguna seguridad, y que en otros países ganan un buen salario. A esos jóvenes los hemos formado nosotros, con una buena educación pública y su esfuerzo, pero los estamos perdiendo. Todo ese talento se estaba dejando escapar y era algo que a mí me dolía especialmente: un país que pierde a su juventud es un país sin futuro. Una de las grandes quiebras de nuestro tiempo es que se está incumpliendo la promesa según la cual cada generación viviría mejor que la anterior. Esa promesa no solo responde a la idea básica ilustrada del progreso, sino que también forma parte del contrato social. Si no restablecemos ese contrato, si convivir no significa ningún compromiso intergeneracional, corremos el riesgo de que la sociedad se fragmente hasta tal punto que no sea sostenible. Hoy día ser joven en España implica tener un salario bajo, un trabajo precario y una extrema incertidumbre respecto al futuro. Por eso una de las primeras medidas en las que nos pusimos a trabajar como Gobierno fue un plan contra la explotación laboral.

A PIE DE CALLE EN NOU BARRIS

Otras veces, aun desde la oposición, puedes hacer algo, y en esos momentos es cuando la política te ofrece las mayores gratificaciones. Hay una mujer cuya historia conocí en aquella campaña y me llegó al corazón. Es la de Cristina Cabrera.

Transcurría mediados de diciembre y yo estaba en Nou Barris, un barrio al norte de Barcelona, grabando la primera entrevista que me hizo Jordi Évole. Él se acercó a una mujer que pasaba por allí en ese momento y le preguntó:

—¿Qué piensa usted de Pedro Sánchez?

—No, yo no creo en los políticos —dijo ella—, lo estoy pasando muy mal, muy mal.

En ese momento yo tercié en la conversación:

—¿Qué te pasa? —le dije.

Ella se volvió y quiso zanjar la conversación:

—No, no quiero que me graben.

Le pedí al equipo de Évole que detuviera la grabación y me fui a hablar con ella. Le pregunté qué problema tenía y me dijo:

—Mi marido me pega palizas, estoy en paro, quiero salir de esto, pero no puedo...

Son muchas las mujeres que se me han acercado al final de un acto público a contarme que padecen la violencia machista. Saben que los socialistas somos especialmente sensibles en eso y conocen nuestro compromiso incondicional con las víctimas de la violencia de género: no en vano fue un Gobierno socialista quien desarrolló la legislación que las protege. Sigue siendo un problema terrible, en cualquier caso, y es mucho lo que se puede hacer. Pero en un momento así, cuando una persona te cuenta una situación dramática porque está desesperada, sabes que la ayuda que le puedes prestar es la de la pequeña política. En dos minutos me contó su historia, estaba al borde del desahucio, realmente tenía una situación límite. Le dije:

—Dame tu número de teléfono. Te vamos a llamar y a ayudarte en lo que podamos.

Lo grabé en mi móvil. Noté su perplejidad ante el interés que me estaba tomando por su caso. Nos despedimos con ese compromiso mío de intentar ayudarla. Después ella ha contado, porque su historia sí acabó constituyendo una noticia en *El Periódico de Catalunya* dos años más tarde, que no creyó

que fuéramos a hacer nada, que me olvidaría de su caso en cuanto ella desapareciera. Pero yo le pasé el teléfono a Carmen Andrés, nuestra concejala allí en Nou Barris, que se puso en contacto con ella en cuanto pasó la Navidad. Y Cristina no se lo podía creer, la desconfianza en los políticos es enorme, pero yo le había dado mi palabra y la ayudamos. Carmen la puso en contacto con instituciones locales, y Cristina aprendió a hacer un plan de empresa y a financiar su propio proyecto. Al cabo de un tiempo abrió su propio negocio, un centro de estética. Ha conseguido independencia económica y eso le ha permitido salir del infierno de los malos tratos, reconocerse como persona, mejorar su autoestima. Me consta que me está muy agradecida, porque gracias a aquel encuentro fortuito conmigo —y desde luego a su coraje y su fortaleza— arrancó su proceso personal para cambiar de vida, con la ayuda de nuestro equipo local y otras instituciones.

Sin embargo, la parte visible de la política no es esta, sino la que reflejan los medios. Aquella campaña estuvo especialmente marcada por los debates. Hubo una intensa discusión sobre cómo debían celebrarse. Hasta entonces, el debate siempre había sido a dos, el candidato del PP versus el del PSOE. Rajoy se negó a participar en ningún debate a cuatro, cosa que yo no hice. Mantuve tres debates a distintas bandas. El de *El País TV*, en el que nadie representó al PP; el de Atresmedia, en el que compareció la vicepresidenta Soraya Sáenz de Santamaría, y el cara a cara con Rajoy, que me permitió distanciarme de aquel odioso sambenito del *PPSOE*, incierto y dañino. En la recta final de la campaña, cuando tuvo lugar el debate, y pese a ciertas críticas que recibí, conseguí distanciar al partido de esa imagen y dejar claro que nosotros seríamos implacables con la corrupción, como así ha sido. Los estándares éticos del Gobierno de España se han elevado y nos hemos colocado en un nivel de máxima exigencia. A veces es duro e incluso injusto pero ha de ser así: la función pública y la política deben ser ejemplares en términos éticos. Si no, no recuperaremos la confianza de los ciudadanos, no digo ya en un partido, sino en el sistema democrático.

LA IZQUIERDA Y LA DERECHA SIGUEN EXISTIENDO

En aquel momento, el eje nuevo-viejo lo dominaba todo. A nosotros nos costaba que se visualizara el cambio, a pesar de todas las innovaciones que ya

habíamos puesto en marcha dentro del partido y al ambicioso programa de regeneración democrática que tenía. Había habido una renovación en el liderazgo, y yo pertenecía a otra generación, distinta de la de Rajoy y próxima a la de Rivera e Iglesias. Sin embargo, nuestra salida del Gobierno estaba aún demasiado cercana y muchos votantes aún nos criticaban nuestra respuesta a la crisis. Además, la corrupción del PP afectaba de forma sistémica a todos, porque el deterioro institucional merma la credibilidad del sistema de partidos en su conjunto. Resultaba un terreno de juego enormemente complicado en el que nunca se había desenvuelto la política española, vertebrada, como en la tradición occidental, en torno al eje izquierda-derecha. Como partido nunca nos habíamos desenvuelto en ese eje nuevo-viejo o arriba-abajo, ni lo había hecho la política española, cuyos debates siempre se habían articulado en torno al eje clásico. Los partidos de nuevo cuño dejaron de lado la cuestión ideológica durante la campaña, aunque unos días después se declararían incompatibles por ese motivo y harían desaparecer todo el programa común que por momentos parecieron tener en sus encuentros televisivos.

Estos fenómenos nos permiten extraer una interesante lección política: por mucho que se diga que las ideologías han muerto, que ya no tienen sentido y no nos ayudan a comprender el mundo, lo cierto es que las ideologías siguen estando presentes y pesando en los procesos de decisión. Dejando de lado sus aspectos más dogmáticos, en el fondo las ideologías constituyen una forma de interpretar el mundo y de posicionarse ante él. Esto implica unos valores, una cosmovisión: no es lo mismo creer que la igualdad es buena para la sociedad, como creemos los socialistas, y luchar por conseguirla, que pensar que un sexo o un grupo social debe detentar privilegios sobre los demás. Si crees en la igualdad eres de izquierdas, como nos recordaba Norberto Bobbio. Al margen de que los cambios en el mundo actual nos hagan preguntarnos cada día cuáles son las mejores herramientas para luchar por nuestros ideales, nuestros objetivos están dictados por los principios socialistas de siempre. No solo está ocurriendo en la política española, sino globalmente. Hay muchos candidatos que dicen estar por encima de las fronteras de la izquierda y la derecha porque buscan encarnar algo nuevo, fuera del sistema, e inclasificable de acuerdo a los viejos patrones. Todos ellos, al final, cuando llegan al poder acaban poniendo en marcha políticas conservadoras. Lo primero que intentó Donald Trump fue

destruir el sistema sanitario que puso en marcha Barack Obama, y eso obedece a razones ideológicas: simplemente, no cree en un sistema sanitario público.

UN RESULTADO QUE NO CONTENTÓ A NADIE

Las encuestas marcaron la agenda política de la campaña hasta el final. En alguno de los últimos pronósticos, nos atribuían menos de 75 escaños. En otros, el PSOE descendía a tercera fuerza ¡e incluso a cuarta!, y se producía el *sorpasso* deseado tanto por PP como por Podemos, que llegaría a hablar de un nuevo bipartidismo de esas dos organizaciones. En ocasiones, quien nos superaba era Ciudadanos. Ni las apuestas más negativas se cumplieron en nuestro caso ni las más optimistas en el caso de otros, si es que alguna vez fueron ciertas. Con las expectativas inevitablemente bajas, incluso deprimentes, creadas de forma artificiosa por las encuestas, el resultado del 20-D se acogió aquella noche con alivio e incluso con ilusión por parte de la militancia del PSOE en la sede de Ferraz.

Cuando concluyó el escrutinio, me di cuenta de que lo que había sucedido realmente es que, por primera vez en la historia reciente de España, nadie había ganado. Lo expresó muy bien la viceportavoz del Gobierno alemán, Christiane Wirtz, cuando explicó a la prensa por qué Angela Merkel no había felicitado a Rajoy: «La situación en este momento nos permite solo felicitar al pueblo español por la alta participación, pero no tengo claro todavía a quién se puede felicitar en esta situación». Por su parte, un portavoz de la Comisión Europea aseguró que felicitaban a Rajoy, pero solo por haber conseguido el mayor número de escaños, y deseaban suerte a España para que pudiera resolver la situación y ofrecer una solución estable. Muchas veces desde donde mejor se ven las cosas es desde fuera, y un embajador extranjero me lo dijo en los días posteriores: «Ha ganado el cambio y, dentro del cambio, ha ganado la izquierda».

En mi despacho de Ferraz, con mis colaboradores más cercanos, vimos enseguida que efectivamente el resultado era muy complejo, pero al mismo tiempo abría la puerta al cambio con claridad. Por un lado, estábamos en un

escenario totalmente nuevo y paradójico, porque el vencedor había sido el gran derrotado, con la pérdida de más de sesenta escaños. Nunca antes el primer partido en unas elecciones había logrado apenas el 28 % de los votos. Nadie había ganado las elecciones, ¿cómo debíamos los partidos interpretar esto? El mandato ciudadano era evidente: cambio y diálogo. Y solo podían encargarse de cumplirlo las fuerzas del cambio, que éramos tres, siempre que fuéramos capaces de negociar entre nosotros.

Por otro lado, el segundo partido seguía siendo el PSOE, pero no habíamos capitalizado el descontento. Nuestros noventa escaños —veinte menos que en 2011— tenían distintos significados. Por un lado, se trataba de un resultado mucho mejor del previsto por las encuestas; por otro, cualquier combinación posible de Gobierno exigía la participación de tres partidos, y nosotros éramos uno de ellos en cualquier caso, por lo que íbamos a estar en el centro del diálogo que debía producirse.

Por último, se trataba de nuestro peor resultado, sin duda, pero no era malo en la medida en que nos dejaba margen para intentar formar un Gobierno de cambio. Con ello atendíamos las dos demandas expresadas por los ciudadanos: diálogo y cambio para expulsar a la derecha de los recortes y la corrupción.

Se me ha criticado mucho por afirmar aquella noche: «Hemos hecho historia, hemos hecho presente y el futuro es nuestro». Quizá la forma de expresarlo no fue la más afortunada, pero me refería a dos cuestiones. La primera, a cómo en ese escenario de vuelco histórico la confianza ciudadana nos seguía manteniendo como segunda fuerza política del país, a pesar de todas las dificultades a las que nos habíamos enfrentado desde la salida de Zapatero del Gobierno. Y la segunda, al papel clave que desempeñaríamos en el futuro inmediato, puesto que todas las combinaciones pasaban por nosotros.

Más de diez millones de personas habían votado cambio y el PSOE tenía la responsabilidad de liderar ese cambio. Aquella noche, hablando con mi equipo, llegamos a la conclusión de que el PSOE debía intentarlo, aunque en primer lugar correspondía a Rajoy, como líder del partido más votado, iniciar un diálogo y agotar sus opciones. Esa fue la postura que planteé a la Ejecutiva al día siguiente.

Todo resultaba paradójico. El primer partido en votos había sido el gran derrotado. Esto nos situaba en un escenario nuevo, porque la fuerza del

aparente vencedor estaba muy debilitada. Esto, unido a la desidia endémica de Rajoy y al aislamiento político en que el PP se había ubicado por abusar de sus cuatro años de mayoría absoluta, le llevó a no hacer nada. En otro tiempo hubiera podido gobernar con el apoyo de los nacionalistas catalanes o los vascos, pero ya tampoco estaba en condiciones de hacerlo, dada la evolución del nacionalismo catalán.

El PP había perdido el poder en muchos ámbitos municipales y autonómicos, porque su debilidad había abierto la puerta a pactos en Valencia, Madrid, Barcelona... La secuencia lógica llevaba a pensar que esa dinámica de pactos debía culminar en lo nacional. Pero al PP le espantaba esa posibilidad, por eso solo reclamaba o bien que se le dejara gobernar porque sí, sin siquiera molestarse en iniciar un diálogo, o bien que se repitieran las elecciones. Rajoy, ya nos tenía acostumbrados, optó por no hacer nada.

En esos días se empieza a vislumbrar la idea de que nos vemos abocados a otras elecciones. Iglesias pensaba que, como a Tsipras en Grecia, una repetición le consagraría como partido hegemónico de la izquierda. Rajoy, por su parte, tira la toalla desde el primer momento y encuentra un aliado circunstancial de nuevo en Podemos. El PP obvió abiertamente lo demandado por los ciudadanos: ni podía encarnar el cambio, porque representaba la continuidad, ni tenía la más mínima voluntad de diálogo.

El nacionalismo y el independentismo habían obtenido 53 escaños, la mayor representación desde 1977. Esto significaba que el asunto nacional iba a cobrar fuerza en esa legislatura e imponía restricciones añadidas al diálogo. Por un lado, Rajoy no podía contar con la derecha nacionalista, pero tampoco nosotros podíamos contar con el apoyo de la izquierda nacionalista, si imponía —como parecía— unas contrapartidas inaceptables. Las declaraciones de Iglesias aquella misma noche electoral vinieron a confirmar este extremo y nos sumieron en la perplejidad. Salió enarbolando el derecho a decidir de los catalanes, un tema que deliberadamente habían obviado en campaña, pues sabían de su impopularidad en el resto de España, y que imposibilitaba cualquier acuerdo con nosotros. Fue el primer portazo de varios que daría en 24 horas.

En cuanto a lo interno, la oposición latente que había venido padeciendo se fortaleció y vio la ocasión de acabar con mi mandato como secretario general interpretando torticeramente los resultados. No cabe duda de que, como máximo líder del partido, era yo quien debía rendir cuentas y quien

ostentaba la responsabilidad última de todo cuanto ocurriera, incluidos los resultados electorales. Sin embargo, a nadie que hiciera un análisis desapasionado de la situación se le podía escapar la multiplicidad de factores que nos habían llevado a esos noventa escaños. Llevaba un año y medio al frente del PSOE y nuestros problemas se remontaban a mucho antes. En primer lugar, nos hallábamos ante una necesidad de fortalecimiento de la socialdemocracia europea y era necesario ver nuestra evolución en ese contexto, paralelo al que tiene lugar en Alemania, Francia y otros países europeos. En segundo lugar, el escenario español había cambiado por completo: para interpretar los resultados del 20-D no se puede obviar que la irrupción de dos partidos nuevos se había dado porque ocupaban un espacio que tradicionalmente ocupábamos nosotros, tanto por la izquierda como por el centro. Por último, el gran declive electoral había empezado en 2011, cuando perdimos 4,3 millones de votos y 16 puntos porcentuales. Estaba claro que nuestro desempeño en la crisis había decepcionado a muchos electores, pero aquel 20-D perdíamos un 6 % de los votos, un descenso mucho menos acusado, y eso con dos partidos nuevos que ampliaban la oferta electoral.

Para un líder político resulta muy peligroso dejarse llevar por sus filias y sus fobias a la hora de interpretar los resultados electorales, pues el fenómeno preocupante que está teniendo lugar —no solo en España, sino en toda Europa— es el auge del populismo y un deterioro visible de los partidos tradicionales. Si no comprendemos bien este fenómeno, sin duda ligado a la crisis, así como a los cambios radicales que la globalización y la tecnología imponen a nuestros conciudadanos, no sabremos darles una respuesta acertada. Por desgracia esta no resulta tan sencilla como cambiar un líder por otro. Tenemos la obligación de comprender el deterioro social que ha causado la crisis y entender las demandas de los damnificados, que se sienten defraudados por la respuesta política, porque ven a los políticos incapaces o corruptos. Debemos atender esas preocupaciones, antes de que los ciudadanos se echen definitivamente en brazos del populismo.

Que nuestro resultado tenía múltiples interpretaciones se vio claro en la prensa del día siguiente. *El País* aseguraba: «En la sede del PSOE se hizo la luz al conocer los resultados», y «a pesar de las dificultades ha sido la primera fuerza política de la izquierda». Mientras, *El Mundo* escribía: «Pedro Sánchez se mantuvo segundo. Contra las encuestas, contra los pronósticos,

contra las previsiones de la mayoría de los medios de comunicación y en contra de la opinión de muchos en su propio partido». Algo parecido, en parte, apuntaba en portada *La Vanguardia*: «Sánchez aguanta segundo, pero apenas le separan de Iglesias 350.000 votos».

Mi análisis de los resultados en la comparecencia de aquella noche dejaba constancia de la complejidad que se abría ante nosotros, pero también de lo apasionante que podía ser esa etapa de cambio si sabíamos aprovecharla. Comenzaba una nueva época, marcada por el diálogo, por el fin de la imposición y la mayoría absoluta, por la negociación constante. Acabada la competición electoral, debíamos empezar a colaborar y fijarnos, como dije ante los militantes en Ferraz, no en lo que nos separa sino en lo que nos une.

No obstante, también dejé claro que comenzaba el tiempo de Rajoy. Como primera fuerza era él quien primero debía intentar formar Gobierno. En aquello parecíamos estar ambos de acuerdo; creo que fue en lo único. Desde la sede del Partido Popular, la misma noche del 20-D, Rajoy aseguró que intentaría gobernar.

Teniendo claro el planteamiento que el partido debía hacer a los españoles y, por tanto, el que propondría al Comité Federal, me tomé un día de descanso con Begoña para reponer fuerzas. Nos fuimos a La Granja (Segovia), donde hacía ya un frío helador, pero dimos un largo paseo por el campo, revitalizador después de un año de intenso e incesante trabajo. Los dos somos muy deportistas y la actividad física nos gusta. Fue un día de recargar las pilas después del larguísimo año de campaña permanente que apenas nos había permitido pasar tiempo juntos. Era muy consciente de que 2016 sería un año igualmente duro —aunque no imaginaba todo lo que ocurriría—, y teníamos ganas de que llegaran las vacaciones de Navidad para irnos cuatro o cinco días al Pirineo.

NEGOCIAR EN EL DESFILADERO

Antes, no obstante, acudí al Comité Federal del 28 de diciembre para obtener allí la resolución que terminara de clarificar nuestra posición en la nueva etapa que comenzaba: no facilitaríamos, con nuestra abstención, que gobernara Rajoy, pero le dejaríamos un margen de tiempo para que tratara de

formar Gobierno, tras el cual los socialistas probaríamos a hacerlo también.

En la resolución votada y aprobada en aquel Comité Federal el camino que nos trazamos a nosotros mismos era ciertamente angosto y difícil de transitar. Después nos referiríamos a él como un desfiladero. El punto fundamental rezaba: «El PSOE votará en contra de la investidura de Rajoy y de un nuevo Gobierno del PP, porque ese es el mandato de nuestros votantes y de la mayoría de los españoles». Al mismo tiempo, cuando llegara el momento de que lo intentara el PSOE, algo que, en gran medida, estaba en nuestra mano, también tendíamos nuestras líneas rojas, pues Podemos había insistido, desde la misma noche electoral, en algo que había estado completamente ausente durante la campaña: el referéndum de autodeterminación para Cataluña, que se convirtió en irrenunciable para ellos de la noche a la mañana. Para que no quedaran dudas, decíamos: «La autodeterminación, el separatismo y las consultas que buscan el enfrentamiento solo traerán mayor fractura a una sociedad ya dividida y, por tanto, son innegociables para el PSOE. La renuncia a esos planteamientos es una condición indispensable para que el PSOE inicie un diálogo con el resto de las formaciones políticas».

Nos lo pusimos francamente difícil a nosotros mismos, pues obligar a un partido a retirar sus posiciones, antes incluso de sentarse a una mesa de negociación, no parecía una actitud demasiado abierta al diálogo. En toda negociación, las posiciones de partida son distintas a las de llegada y nada está cerrado. Por su parte, Podemos tampoco facilitaba la posible negociación antes de que comenzara siquiera, con declaraciones de líderes suyos no precisamente destinadas a hacer amigos en el PSOE.

A pesar de que, pocos meses antes, yo había dado a los distintos líderes autonómicos plena autonomía para negociar, gracias a lo cual habían constituido sus respectivos Gobiernos, ya fuera con el apoyo de Podemos o de Cs, por desgracia no tardé en darme cuenta de que realmente no confiaban en mí y algunos de ellos estaban ya trabajando para que nos abstuviéramos ante la investidura de Rajoy y permitiéramos gobernar al PP. Algunos no estaban convencidos de que debíamos siquiera intentar formar Gobierno. Paradójicamente, el momento de mi intervención ante el Comité Federal que recibió una ovación cerrada fue cuando afirmé que jamás permitiríamos la investidura de Rajoy con nuestra abstención. Comenzaba a aflorar ya una contradicción insalvable, pues algunos parecían querer que nos

abstuviéramos frente a Rajoy sin decirlo, como por descuido. Eran conscientes de que, ante muchos de nuestros votantes y toda la militancia, la abstención era una posición indefendible. Sin embargo, querían hacerlo y que otro —yo, para ser exactos— asumiera esa responsabilidad. En el fondo de aquellos debates internos percibí una clara desconfianza hacia mí, que me dolió, porque unos meses antes yo había confiado en todos ellos dándoles carta blanca para que, en sus respectivos territorios, dirigieran las negociaciones con el resto de fuerzas políticas como ellos consideraran que debían hacer.

El agitado año electoral de 2015 se cerraba pues en un compás de espera y con la iniciativa en manos de Rajoy, aunque la presión para que nos abstuviéramos iba creciendo, tanto en los medios de comunicación como en ciertos sectores empresariales y entre ciertos líderes históricos del PSOE. Aquellos últimos días de diciembre tuve una interesante conversación telefónica con António Costa, el primer ministro portugués. La situación de nuestro país revestía semejanzas con la de nuestro vecino, pues se abría la posibilidad de formar un Gobierno de izquierdas que hiciera que, por primera vez en la historia reciente, no gobernara el partido más votado. Costa me dio su punto de vista: «Lo que hagas, que se pueda explicar y sea entendido por la ciudadanía», me dijo. Había algo que resultaría difícil de explicar, pero todavía resultaba inadvertido para la ciudadanía: algunos de mis más ilustres compañeros de partido daban la impresión de resistirse a que gobernáramos.

COMIENZA EL AÑO EN LISBOA

António Costa me invitó a visitarle en Lisboa, lo que hice a principios de enero de 2016, tras las vacaciones navideñas. Tal y como había prometido, respetaría el tiempo de Rajoy y no emprendería diálogo alguno con ninguna fuerza parlamentaria. En aquellos días se rumoreaba que ya estaba en conversaciones con Podemos, pero no era cierto. Podemos me lo pedía, pero yo le confirmé a Pablo que respetaría escrupulosamente el tiempo de Rajoy.

Entretanto, viajé a Lisboa. Aquel viaje tuvo un impacto enorme en la opinión pública española y dentro del PSOE. Se vio de una manera muy nítida un entendimiento entre las izquierdas. Esto desconcertó a Podemos: no previeron el impacto positivo que la visualización de ese Gobierno de

izquierdas tendría en la opinión pública. Representaba la esperanza para las izquierdas progresistas que querían cambiar las cosas. Es evidente que ni los números coincidían con los portugueses ni los partidos éramos los mismos... Pero la visita a António Costa demostraba que en Europa hay Gobiernos surgidos de una mayoría parlamentaria cuyo partido principal no tiene por qué ser la primera fuerza política. Y funcionan.

Portugal es un ejemplo muy elocuente, aquí a nuestro lado. Usé muy deliberadamente el término progresista para referirme a la opción portuguesa: un Gobierno progresista, porque de eso se trataba, no de hacer políticas revolucionarias, sino de implementar medidas que revirtieran el deterioro social de la crisis. Portugal lo ha hecho y, además, ha controlado el déficit tal como le pide Bruselas, pero sin poner todo el coste de las medidas en la población. Eso significaba «Gobierno progresista»: sustituir a una derecha corrupta e insensible por un Ejecutivo dialogante y social.

Se trata de un debate que debemos afrontar sin miedo, para responder a una pregunta muy clara: ¿qué debe hacer la izquierda de Gobierno en este país? ¿Entenderse o no con la izquierda radical? Esa es la pregunta: ¿debemos volver a cometer el error de dividir a la izquierda o buscamos sinergias que nos permitan propiciar los cambios que el país necesita y la ciudadanía demanda? Yo creo que debemos ir más por el segundo camino que por el primero. Lo creía entonces y lo creo ahora, por eso viajé a Lisboa, para que se visualizara lo que significa un acuerdo entre partidos, para que quedara claro que no equivale a que cada uno pierda su esencia o cambie sus objetivos últimos. Podemos podía seguir defendiendo el referéndum catalán si así lo deseaba, se trataba solo de aparcarlo para conseguir acuerdos concretos sobre temas urgentes que beneficiarían a mucha gente, a los perdedores de la crisis.

Como consecuencia de aquel viaje, en los días siguientes Podemos estuvo muy desubicado, no sabía muy bien cómo enfocar la esperanza que yo puse sobre la mesa. Estuve con António Costa en la sede del partido socialista portugués y él me dio buenas ideas sobre cómo abordar la negociación. También me explicó cómo funciona el acuerdo de Gobierno allí: todas las semanas celebraban una mesa de coordinación parlamentaria entre las distintas fuerzas políticas. En aquel país, el acuerdo se firmó entre el Partido Comunista, el Bloque de Izquierdas (el equivalente a Podemos) y el Partido Socialista. Me contó que, cuando él consiguió cerrar el acuerdo entre

esas tres fuerzas de izquierdas, quien, en realidad, lo desbloqueó todo y lo hizo primer ministro de Portugal fue el Partido Comunista, que, paradójicamente, había sido durante cuarenta años la bestia negra del Partido Socialista. Eso creó mucho debate dentro del Partido Socialista portugués, pues hubo dirigentes dentro de la organización posicionados en contra del Partido Comunista y dispuestos a apoyar a la derecha antes que pactar con los comunistas.

El resultado del pacto ha sido muy positivo para Portugal. En 2015, cuando António Costa llegó al poder, había casi dos millones de personas en riesgo de pobreza, un 20 % de la población. Desde entonces, el Gobierno de izquierdas ha aumentado el salario mínimo, ha tomado medidas contra la pobreza energética, ha reducido el IVA para el sector hostelero y ha puesto fin a los recortes salariales a los funcionarios y a la privatización de la aerolínea TAP. Portugal sigue mejorando en todos sus indicadores y el más importante, el paro, cerró el año 2017 con una tasa del 7,8 %. El crecimiento del PIB puede resultar más discreto que el español, pero el déficit público se situó en 2016 en el 2 %. Esto no solo significa cumplir ampliamente lo exigido por Bruselas, sino que además fue la constatación empírica de que hay formas de alcanzar el equilibrio presupuestario menos dolorosas socialmente que la austeridad impuesta por la troika.

Todo esto lo podíamos haber conseguido entonces en España. En Portugal lo lograron gracias al pragmatismo de los comunistas: todo se desbloqueó cuando estuvieron dispuestos a dejar de lado su reclamación histórica de salir de la zona euro, entre otros temas centrales para ellos. Fueron muy pragmáticos. En España, si IU y Podemos hubieran actuado del mismo modo, la realidad política y social española habría resultado muy diferente. Lo paradójico es que al final quienes de verdad intentamos el cambio fuimos los socialistas, a los que nos criticaban porque no íbamos a cambiar. Sin embargo, aquellos que aseguraban venir a cambiarlo todo, acabaron bloqueando el cambio en aquel momento. Y ha sido cuando Podemos ha actuado como el Partido Comunista portugués cuando se ha logrado el cambio. Entonces no fue posible. En aquel momento me di cuenta de que las confluencias tienen mucho ascendente en Podemos, en particular la catalana, que determinó de manera decisiva los límites de la negociación e impuso desde la misma noche electoral líneas rojas sobre el referéndum del derecho a decidir que resultaron decepcionantes para todos. Los portugueses

fueron más pragmáticos: para ellos el objetivo era el cambio. Aquí hubo más dogmatismo por parte de quienes vinieron a cambiar las cosas. Jugaron desde el primer momento a repetir las elecciones, porque tenían la bala de plata de Izquierda Unida.

En realidad, lo que nosotros planteábamos significaba continuar la apuesta por lo nuevo que había dominado la campaña y, por tanto, el estado de ánimo y el voto de los ciudadanos. Lo nuevo lo representábamos los tres partidos que podíamos juntos plantear una alternativa a Rajoy. Sin embargo, los supuestamente más nuevos acabaron finalmente planteando las cosas en el eje más clásico, el de derecha-izquierda, lo que menos se esperaba de ellos.

En todas las conversaciones que mantenía en aquellos meses, y a lo largo de todo el año 2016, se veía el miedo al cambio, una resistencia, casi aversión a él, por parte de gente que vive muy bien pero que desconoce la realidad de los españoles que lo están demandando. También en ese proceso de cambio los propios ciudadanos han madurado, porque han visto cómo partidos políticos a los que dieron su confianza porque creían que realmente iban a cambiar las cosas de repente han demostrado que no son útiles para llevar a cabo ese cambio. El PSOE vio que la gente quería cambiar las cosas y hacerlo de manera segura.

EL CAMBIO MATÓ AL CAMBIO

Aquellas semanas de íterin que Rajoy aprovechó para no hacer nada, yo constituí mi equipo negociador, pues debíamos estar preparados, y quedé a la espera. De los análisis que hacíamos en la Ejecutiva, enmarcados en la resolución del Comité Federal, quedaba claro que cualquier combinación posible para formar Gobierno, cuando se consumara el fracaso de Rajoy, pasaba por Ciudadanos y Podemos. No nos bastaría uno solo, sino que necesitábamos a los dos partidos. Tampoco a Rajoy le bastaba con el apoyo de Cs: cualquier opción de Gobierno necesitaba tres partidos. Por tanto, debíamos trabajar con esas dos fuerzas políticas de manera simultánea para llegar a acuerdos de investidura. En el PSOE teníamos a las personas idóneas para hacerlo y albergábamos la esperanza de que ese propósito de querer entenderse, manifestado por los líderes de ambas formaciones, se materializara.

El día 13 de enero de 2016 quedó constituido el Congreso más atípico de nuestra historia parlamentaria reciente y comenzaron a verse las posibilidades del cambio y la disposición de las dos fuerzas políticas con las que queríamos negociar. Fue posible por primera vez en ese período elegir un presidente del Congreso, Patxi López, no perteneciente al partido que más votos había obtenido en las urnas, pero quien lo hizo posible no fue Podemos, que presentó a su candidata Carolina Bescansa, sino Ciudadanos. La coyuntura y los hitos de la nueva legislatura iban dándonos indicaciones del terreno en el que nos movíamos.

Apenas cinco días después, el rey comenzó el periodo de consultas con los partidos políticos en busca de un candidato a presidente del Gobierno. Como es sabido, el ciclo de consultas en la Zarzuela se inicia con el grupo parlamentario más pequeño y se concluye con el mayor, un ritual lento, pues lo lógico sería comenzar por el que más votos tiene y despejar las dudas con

rapidez y agilidad.

Sin haber negociado con los portavoces de los grupos, en los primeros contactos hubo un posicionamiento de la mayoría de ellos hacia una investidura liderada por el Partido Socialista y por mí mismo. Sin duda, este hecho metió presión a Iglesias porque le obligaba a posicionarse al respecto en su audiencia con el jefe del Estado.

El caso era que, según los procedimientos, el último día de las consultas acudiríamos primero Pablo Iglesias; después, yo mismo, y por último, Mariano Rajoy. Cuando llegó mi turno entré al salón de tapices sin saber, por supuesto, qué había hablado Iglesias con Felipe VI. Allí hicimos el saludo correspondiente, las fotos para la prensa y después nos dirigimos al despacho del rey.

Aún no habíamos terminado de sentarnos, estábamos entrando al despacho, cuando Felipe VI me dice:

—Tengo que contarte una noticia.

—Dígame, señor.

—Iglesias va a proponerte formar Gobierno.

Mi cara de asombro lo debió de dejar más estupefacto aún que la propuesta del líder de Podemos, porque me preguntó:

—¿Sabías algo?

—Nada, primera noticia —fue mi respuesta.

A partir de ahí, la conversación con el rey tomó un cauce completamente inesperado y extraño. Mi intención era analizar con él los planes de Rajoy y explicarle los pasos que íbamos a dar los socialistas. A cambio, lo esperable era que él me contara cómo había visto a los demás grupos, las expectativas que tenía... De hecho, en la última semana, había ido aflorando por sí sola, como he dicho, y pese a que no habíamos mantenido contactos con nadie, una predisposición a apoyar mi candidatura a la presidencia del Gobierno. Cada uno de los líderes de partidos pequeños que iban dando su rueda de prensa tras la reunión con el rey, desde Compromís a Nueva Canarias, había contestado, a preguntas de los periodistas, que no verían mal mi investidura. Esta extendida predisposición, favorecida por mi viaje a Lisboa, desató los nervios de algunos. Por extraño que parezca fue el rey quien me desgranó la propuesta de Iglesias: quería formar un Gobierno de coalición conmigo. Él no estaba al tanto de los detalles: que el propio Iglesias se atribuía la vicepresidencia, que quería también el Centro Nacional de Inteligencia

(CNI), nombramientos de jueces... Esos aspectos no los conocíamos aún ninguno de los dos. Los revelaría en rueda de prensa. Yo solo pude contestarle:

—Con toda honestidad, no tengo la menor idea. Tendré que enterarme primero.

Aquello me pillaba totalmente por sorpresa, lo cual también causó perplejidad en el rey. Me preguntó si me había llamado y le contesté que no. «Imagino que te llamará luego», añadió.

El rey también había sido informado de que, mientras él estaba reunido conmigo, Iglesias daría una rueda de prensa para describir su propuesta con todos los pormenores, rodeado por la plana mayor de su grupo parlamentario. En ella no solo se atribuía a sí mismo la vicepresidencia, sino que adelantaba la necesidad de otorgar a Alberto Garzón, líder de IU, un ministerio; se reservaba para alguien de su partido el mando sobre el CNI; anunciaba la creación de un Ministerio de la Plurinacionalidad, que sobre la marcha adjudicó también a Xavier Domènech, líder de los Comunes catalanes, y seguía insistiendo en que habría de celebrarse un referéndum de autodeterminación de todos los pueblos de España que así lo desearan. Las confluencias en Galicia se apuntaron con rapidez.

Con todo, lo peor de aquel plan no lo constituían las propuestas concretas, más centradas en las personas y el reparto de ministerios que en las medidas de gobierno, sino el tono general de la rueda de prensa, deliberadamente ofensivo hacia mí y hacia los socialistas. No hacía falta ser muy perspicaz para darse cuenta de que aquella propuesta imposibilitaba un acuerdo: casi parecía destinada a ello. En realidad, fue una propuesta imposible que pretendía frenar el posicionamiento previo de sus confluencias, favorables a mi investidura. Los planes de Iglesias no pasaban por formar un Gobierno alternativo a Rajoy, sino por ir a segundas elecciones. Aseguraba que nos proponía un Gobierno de coalición, pero sus motivos para entrar en él, según sus propias palabras, se fundaban en que no confiaban en el PSOE. Es por lo menos contradictorio gobernar con alguien de quien no te fías, y en el peor caso se puede interpretar que quieres formar parte del Ejecutivo para controlar al otro partido. No es el mejor planteamiento para iniciar una negociación encaminada a colaborar con alguien en una coalición, algo ya particularmente difícil en nuestro país, donde no tenemos tradición de este tipo de ejecutivos. Sin duda, lo más hiriente fue el tono empleado al referirse

a mi persona: si yo llegaba a presidente del Gobierno sería una «sonrisa del destino», que yo le tendría que agradecer.

Los periodistas le preguntaron si había hablado conmigo de todo aquello. Su respuesta fue que no, porque se hubiera filtrado. De modo que no depositaba en mí ni siquiera confianza para compartir sus planes, pero quería compartir Gobierno.

Por otro lado, desde la misma noche electoral, sus intervenciones, destinadas a la militancia socialista, distaban de ser amables hacia nosotros. Había afirmado públicamente que iniciaría él mismo una ronda de conversaciones, pese a ser la tercera fuerza política y a no corresponderle esa iniciativa. También había sugerido que yo estaba prisionero —no se sabe de quién— y que un independiente podría ser presidente del Gobierno. La rueda de prensa posterior a su reunión con el rey era la guinda de las dificultades que él había ido sembrando en el camino de un posible acuerdo.

No pude ver su rueda de prensa porque estaba reunido con el rey. Sin embargo, yo mismo debía comparecer ante los medios al salir de la Zarzuela. Alguna gente me reprochó que no fuera mucho más duro con Podemos, a la vista del tono y del espectáculo que Pablo Iglesias había dado en su comparecencia, pero lo cierto es que yo no lo había visto. Al salir de la Zarzuela recibí distintas llamadas, de gente de mi equipo y otros líderes del partido. Estaban indignados por el tono de las palabras de Iglesias. Decidí no escuchar lo que había dicho hasta después de comparecer yo mismo ante los periodistas; era todo tan surrealista que no quería dejarme condicionar por el espectáculo táctico que Pablo Iglesias había planteado. Gracias a eso evité dedicar mi tiempo a hablar de él, cosa que probablemente buscaba. Mi rueda de prensa tenía que relatar mi reunión con el rey. Contestar a sus soflamas hubiera equivalido a un desplante a la Corona.

Por supuesto, los periodistas me preguntaron y contesté irónico, sin salir de mi asombro, que había entrado en la Zarzuela sin un Gobierno y había salido con un Gobierno. No quise abundar más y me alegro: quizá muchos de los nuestros se quedaron con ganas de que contestara con dureza a Iglesias, pero creo que fue más inteligente no hacerlo. Pienso que la ciudadanía progresista me lo agradeció. Lo capeé como pude y ya por la tarde con tranquilidad vi las imágenes, que eran lo que muchos me habían advertido: una provocación. Yo estaba dispuesto a hablar de tú a tú cuando concluyera el tiempo de Rajoy, que estaba a punto. Nunca negué la legitimidad de

Podemos, ni que pudiera haber un Gobierno de coalición, pero no fue inteligente tratar de dictar los términos. Millones de ciudadanos que le habían entregado su confianza vieron cuál era su preparación real para administrarla.

La tarde se vio perturbada enseguida por la espantada de Rajoy: otro sobresalto que no nos esperábamos. Alguien de mi equipo había mencionado en los días previos la posibilidad de que Rajoy abdicara de su responsabilidad, pero a mí me parecía que las bravatas de Iglesias se lo ponían aún más difícil. Fue todo lo contrario: él utilizó el presunto pacto entre Podemos y PSOE, que era obviamente inexistente, para decir que declinaba el ofrecimiento del rey de formar Gobierno. Por segunda vez en un mismo día, no daba crédito a la irresponsabilidad de un líder político nacional. No me creía lo que estaba viendo, que el presidente en funciones dijera que no al rey. Muchas veces los socialistas hemos criticado al PP por instrumentalizar las instituciones a su favor, pero aquello resultaba demasiado: era una última vuelta de tuerca que superaba todo lo que había hecho hasta entonces, que bloqueaba las instituciones parlamentarias y de Gobierno y colocaba a la Corona en una posición imposible.

Esa misma noche el rey me llama con la preocupación lógica. La situación en que quedaba el país era de bloqueo absoluto, pero además endosaba a la Corona la resolución de un escenario muy complejo. La función del rey es la de arbitrar, en ese preciso momento de la investidura, el diálogo y las distintas opciones para configurar un Gobierno. Rajoy, al romper el patrón de lo esperado, obligaba a Felipe VI a buscar una solución. Una vez más, abdicaba de su responsabilidad y, por omisión, dejaba a otros encargados de buscar las soluciones que él debía encontrar.

En ese momento salieron a la luz numerosos defectos del protocolo parlamentario que sería bueno revisar, pues queda de manifiesto que los procedimientos condicionan los resultados. Si hubiera habido un mecanismo para activar la cuenta atrás hacia la repetición de elecciones, Rajoy no habría puesto a la Corona en un brete con su decisión de renunciar a ser candidato.

El Reglamento del Congreso de los Diputados, de hecho, otorga una fuerza enorme a las minorías de bloqueo. Es posible —y a la vista de los hechos, sería conveniente— arbitrar otros mecanismos, como el que existe en la cámara autonómica vasca; evita este bloqueo y constituye, de hecho, un antídoto contra la repetición de elecciones. A veces —todos lo hicimos entonces— se dice alegremente que el hecho de que acabaran repitiéndose las

elecciones fue un fracaso colectivo, pero los procedimientos pueden solucionar estas situaciones complejas con facilidad. En el Parlamento autonómico vasco se exige mayoría absoluta en la primera vuelta, como en el Congreso, además de poder concurrir varios candidatos para confrontar sus programas de gobierno. Sin embargo, si de esa primera votación no sale elegido nadie con mayoría absoluta, en 24 horas se celebra una segunda votación, de la que sale elegido el candidato que más síes obtiene, sin posibilidad de bloqueo, no como en el Congreso, donde hacen falta más síes que noes. De este modo, el bloqueo solo se da, en el Parlamento vasco, si los dos candidatos presentados empatan a votos, lo cual es una posibilidad mucho más remota que, en todo caso, se vence con una tercera votación de nuevo 24 horas más tarde.

Pero aquel viernes aciago, los procedimientos de que disponíamos para la investidura eran los que eran; y el liderazgo de Mariano Rajoy había corrido a esconderse. En su llamada, el rey me planteó sin circunloquios lo endiablado de la situación en la que nos encontrábamos todos.

No dudé en cuál debía de ser nuestra respuesta:

—No se preocupe, señor. Los socialistas vamos a asumir nuestra responsabilidad.

A partir de ahí, y despejada la cuestión más preocupante, le detallé mi intención de empezar a trabajar para hablar con unos y con otros y ver qué podía surgir de aquellas conversaciones. Sentí que mi obligación era otorgarle certezas, pues esa constituía la mejor prueba de lealtad y rigor institucional que podíamos dar. Los socialistas, pese a las reservas de parte de nuestra militancia con la institución monárquica, siempre hemos entendido que la colaboración con la Corona resulta fundamental, y más en el delicado momento en que se encontraba nuestro país. Hay gente en nuestras filas, sin duda, que cuestiona, desde posiciones políticas, la monarquía, pero no la lealtad a las instituciones. En numerosas ocasiones hemos demostrado, paradójicamente más que la derecha, una colaboración con la Corona racional y productiva para España. Al ofrecerle la seguridad de presentarme yo mismo a la investidura como socialista, tenía claro que solo proseguía en esa continuidad de cooperación institucional y lealtad, todo lo contrario de lo que esa misma tarde había hecho el líder del Partido Popular.

Mi compromiso con él fue inequívoco: me presentaría a la investidura. Y lo cumplí. Saliera o no elegido presidente, el acto de presentarme como

candidato era el único que garantizaba la activación del mecanismo por el cual, dos meses después, se disolverían automáticamente las cámaras. Le daba por tanto mi palabra de desbloquear las instituciones. Me lo agradeció sinceramente y nos comprometimos a seguir hablando en los días siguientes.

UN FIN DE SEMANA INFERNAL

El rey, tan decidido como yo a romper el bloqueo institucional en que nos situaba el presidente del Gobierno, convocó esa misma tarde del 22 de enero de 2016 a Patxi López para el lunes siguiente, de manera que se pusiera en marcha una segunda ronda de contactos. Para mí, aquel viernes por la tarde daba comienzo el que probablemente fue uno de los peores fines de semana de mi vida. Que Rajoy no iba a conseguir los apoyos ya venía haciéndose evidente, pues no daba el menor paso hacia el diálogo. En los días previos, lo más parecido a una propuesta de acuerdo que nos había hecho había sido un genérico pacto que incluyera ciertas comunidades autónomas, algo que nadie se tomó en serio.

Lo extraño de aquel viernes no era, por tanto, que recayera sobre los socialistas la responsabilidad de presentar un candidato, sino la manera en que se había llegado a esa situación. Todo resultaba estrafalario y a la vez inverosímil. Vi la rueda de prensa de Rajoy desde mi despacho en Ferraz, y ya empezó mal. Primero porque tardó mucho en comparecer; segundo, porque lo hizo desde la Moncloa, en un nuevo desprecio a la institución que encarna, ya que él no comparecía como presidente del Gobierno, sino como líder de un grupo político. Anunció su espantada y yo lo vi en directo, pero aun así no terminaba de creermelo lo que estaba haciendo. No podía hacerlo, sencillamente no podía decir que no al rey, pero lo había hecho.

Sin salir de la perplejidad, llegué a casa y comencé a darle vueltas a todo. Cómo quedaban las instituciones, en qué posición nos situaba a los socialistas y a mí en particular. Resultaba todo tan surrealista que, por momentos, en medio de la tensión de aquel fin de semana, pensé que no podía ser casual. Obviamente no lo era, sino que buscaban su interés: Iglesias le puso en bandeja a Rajoy el no hacer nada y Rajoy cogió el guante, con la excusa de que el PSOE y Podemos ya tenían un pacto, cosa que él sabía perfectamente, como toda España, que no era cierta: lo único sobre la mesa

era una propuesta de Podemos, unilateral e inaceptable. De manera que yo debía presentarme a la investidura, aun sin saber si reuniría los apoyos. ¿Qué ocurriría si no lo lograba? ¿Desistía de presentarme, como Rajoy? Pero entonces se consumaría el bloqueo del país que Rajoy había provocado. Y si lograba el apoyo de Iglesias, para ir con él a la investidura, ¿a dónde íbamos en realidad? El panorama, desde luego, no resultaba prometedor. Ante mí solo se abrían incógnitas, incertidumbres. Sabía que estaba en juego algo mucho más grande que mi persona: el colapso de la institución parlamentaria y gubernamental, más el daño a la Jefatura del Estado.

A partir de esos escombros, yo debía empezar a construir, pero ¿cómo? Lo lógico para nosotros era comenzar a dialogar con Podemos, pero mi partido estaba en ese momento sumido en una ola de indignación por la forma en que ese mismo día Iglesias había descalificado a los socialistas y había puesto murallas insalvables al acuerdo. Difícilmente podría comenzar el camino por ahí. Con Cs tampoco resultaba fácil. Aunque había participado en el acuerdo para la presidencia del Congreso, Rivera seguía diciendo en aquel momento que Rajoy debía intentarlo, pues era su momento y su responsabilidad. Nadie parecía dispuesto a un diálogo que desatascara aquella situación, pero yo tenía la tarea de llevarlo a cabo.

Aquel fin de semana apenas pude conciliar el sueño. Estuve en casa digiriendo lo que se me venía encima, sin poder evitar las peores interpretaciones de los hechos. Recuerdo un dolor de cabeza fortísimo, martilleante, que no se me quitó en los dos días. Me preguntaba cómo podía articular todo aquello, cómo, después de que otros habían pisoteado la hierba, iba yo a sembrar de nuevo la tierra para que creciera algo positivo.

Me pareció un paso más en el intento de acabar con el PSOE, en la misma línea que ya habíamos experimentado en campaña. Nos colocaban en una situación imposible, como si buscaran que el partido se partiera por dentro, que no se pudiera hacer cargo de la situación. Por otro lado, no podía hacer otra cosa que intentar la investidura. Primero por responsabilidad institucional; segundo porque nosotros, como alternativa de Gobierno, lo somos con todas las consecuencias. Y en tercer lugar porque si no me presentaba, el país entraba en una fase de bloqueo, en territorio completamente desconocido, en una situación que nunca se había dado y de la que nadie sabía cómo podríamos salir. Los dos meses hasta la convocatoria de elecciones empiezan a contar en el momento en que alguien fracasa en una

investidura. Si no la hay, constitucionalmente no está reconocido cómo se convocan elecciones de nuevo o cómo se sale de ese laberinto. Toda la responsabilidad de que eso no ocurriera recaía en los socialistas.

Alguien se tenía que presentar, y la situación era tan esperpéntica que en aquellos días se habló incluso de cualquier diputado, el más desconocido, solo para activar el mecanismo. Todo era inédito. Por primera vez el segundo partido tenía que presentarse a una investidura; por primera vez un presidente del Gobierno en ejercicio y candidato más votado había rechazado la encomienda del rey; por primera vez teníamos que negociar con dos partidos políticos que entraban de nuevas y que no habían dejado de competir electoralmente, como se había demostrado esa misma mañana en las declaraciones de Iglesias, más pensadas para una campaña electoral que para una negociación.

En esas circunstancias la única forma en que puedes crecer es con mucho sentido común, siendo consciente de la responsabilidad que tienes, sin perder la calma y confiando en personas con gran capacidad de análisis y experiencia, que estén dispuestas a vivir esa aventura con generosidad y responsabilidad, como hicieron todos los miembros de mi equipo negociador. Puede sonar presuntuoso, pero me doy cuenta de que me crezco en las situaciones difíciles. Convertí aquel lodazal en una enorme oportunidad, que finalmente no cuajó, pero no porque los socialistas no pusiéramos todo de nuestra parte. Es algo de lo que siempre estaré orgulloso.

Iglesias me había emplazado a hablar ese fin de semana, pero, después de su puesta en escena, pensé que yo elegiría con quien hablar primero. La opción de Rivera era la obvia, aunque solo fuera porque nos había mostrado respeto. Ese fin de semana que pasé encerrado en casa, solo hablamos brevemente, para quedar.

Con el rey también me veo esos días. La conversación con él fue absolutamente franca. En ella me explicó su decisión de hacer una nueva ronda de consultas, al final de la cual me encomendaría la tarea de intentar formar Gobierno. Naturalmente, y tal como me había comprometido a hacer, aquello tendría lugar en el plazo de un mes. Fui yo mismo quien me puse ese límite de tiempo. Por supuesto, el PP, que no había hecho nada durante el mes de enero, salvo exigir que no se les apremiara con los tiempos, corrió a apremiarme a mí. Un mes era el tiempo mínimo que necesitaba para hablar con unos y con otros, además de hacer una consulta a la militancia, algo que

para mí también resultaba imprescindible.

Aquellas semanas de infarto se fraguó entre Felipe VI y yo una relación de complicidad que superó, y sigue superando a día de hoy, lo institucional. Él estaba francamente preocupado por la situación, me llamaba con frecuencia y yo le iba contando los avances que tenían lugar en las negociaciones. Hablábamos con toda sinceridad, él en su papel y yo en el mío, que en aquel momento era resolver la crisis institucional. Nos habíamos conocido con anterioridad, pues, en esas reuniones que él celebra en ocasiones con diputados para tener información de la situación política de primera mano, ya había participado años antes. Naturalmente, me había llamado por teléfono cuando fui elegido secretario general, y a continuación nos habíamos reunido en su despacho, aún en el de príncipe, porque llevaba apenas unas semanas como rey. La reina Letizia se acercó para saludarme también; ella estudió en el Instituto Ramiro de Maeztu, como yo, y quería conocerme personalmente, un gesto que agradecí. Con todo, hasta entonces había sido una relación dentro de los cauces institucionales y protocolarios previsibles.

Suele decirse que en los momentos difíciles es cuando se conoce verdaderamente a las personas. En aquellos días intensos, don Felipe y yo tuvimos la oportunidad de conocernos de verdad, en lo más personal, en una situación que ninguno de los dos buscábamos ni esperábamos, y en la que nos colocó la irresponsabilidad de otros. Enseguida nos reconocimos mutuamente como las personas que íbamos a sacar al país del riesgo de bloqueo. Conectamos de forma especial, confiamos el uno en el otro y se estableció una relación muy franca. Hablábamos por teléfono de manera regular. Una corriente de confianza mutua se estableció entre nosotros. Me consta que más de una vez ha explicado a interlocutores amantes de la cizaña que aquello a lo que me comprometí con él lo hice. En efecto, cumplí mi palabra.

La prueba de la relación estrecha que tejimos aquellas semanas me la dio unos meses después, cuando dimití como secretario general. Me llamó para darme ánimos. Es un gesto que lo humaniza como persona y que revela esa complicidad especial que tejimos aquellos días de enero y febrero de 2016. El hecho de pertenecer a la misma generación también nos acerca. Ahora solemos hablar de manera regular, su preocupación por Cataluña es enorme, pero a él le apasiona la política internacional y especialmente la latinoamericana. Siempre que nos vemos, conversamos sobre la situación en

el mundo.

LOS JÓVENES LÍDERES NOS CONOCEMOS

El aspecto personal es tan importante en política como lo es en la vida en general, y esto también sirve para la relación, apenas existente, que yo tenía con Pablo Iglesias y Albert Rivera. Los había tratado fugazmente, al comienzo de los debates que habíamos mantenido en campaña, es decir, en una coyuntura marcada por la tensión, las prisas y la competición propias de la campaña. Sin embargo, comenzaba el tiempo de la negociación y necesitábamos conocernos con más tranquilidad: el contexto requería que colaboráramos, no que compitiéramos.

En aquellos momentos, saliera lo que saliera —algo que no estaba predeterminado, sino en nuestras manos—, parecía claro que necesitábamos ir construyendo la confianza entre nosotros. En aquel entonces, la verdad, un tono más pausado de Pablo Iglesias nos hubiera ayudado mucho. Claro que teníamos nuestras heridas internas, pero no necesitábamos que nos echaran sal en ellas y, en general, es mejor para un político no inmiscuirse en los problemas orgánicos de los otros. Sin embargo, por encima de todos los obstáculos, era consciente de que nuestras responsabilidades respectivas nos obligaban a tratar de construir una relación personal y, como dijo Einstein, solo hay una forma de saber si puedes confiar en una persona: confiar. Detrás de todos los acuerdos políticos hay personas que negocian y confían las unas en las otras. Sin ese trato personal, y sin cultivar la confianza, resulta muy difícil que una negociación política llegue a buen puerto.

En aquellos días comenzamos a conocernos. En principio, hubiera sido más esperable, desde el punto de vista político, una mejor sintonía entre Pablo Iglesias y yo; sin embargo, nuestras relaciones casi nacieron ya marcadas por el desencuentro. Él había manifestado abiertamente su desconfianza hacia el PSOE y eso se trasladaba al plano personal. Dijo ese día que esperaba mi llamada, pero decidí responder al trato que había dado a los socialistas y a mí mismo empezando por Albert Rivera. Con él todo fue más fácil, porque me vi en la tesitura de comenzar las negociaciones tras la espantada de Rajoy que nadie esperaba, y él tampoco. Yo quería y debía entenderme con Iglesias, pero sus desplantes, la tensión interna que me

generó, me hizo recordar aquel proverbio árabe: puedes arrastrar a un caballo hasta la orilla del río, pero ni cincuenta hombres podrán obligarlo a beber.

Rivera y yo quedamos por primera vez en un hotel. Nuestra relación resultó fluida y buena desde el primer momento. Enseguida lo vi como un hombre muy pragmático —en las sucesivas reuniones, cuando ya estaban en marcha las negociaciones, apenas habría introducción en nuestros encuentros e iríamos siempre al grano—, pero aquel día me contó algunos de sus avatares en Madrid. Él venía de Cataluña en lo político —con un partido creado para luchar contra el nacionalismo allí— y también en lo personal. Me contó cómo le había cambiado la vida, había estado buscando casa de alquiler en Madrid y acababa de hacer la mudanza. Aún estaba acostumbrándose a la casa, que se ubicaba en el mismo edificio donde vivía entonces Alberto Garzón. Casualidades de la política. Nos reímos.

Enseguida comenzó la conversación política. Fue general, sobre la situación, los resultados electorales, lo que demandaban los ciudadanos... Su actitud fue constructiva; vi su interpretación de los hechos y cómo comprendía la necesidad de cambio en aquel momento. Después, ya en el punto crítico de la moción de censura, olvidó lo que había comprendido. Creo que Rivera ha dudado en algún momento entre dos opciones: crear algo así como un «PP limpio», o crear un partido liberal, a la manera de los existentes en otros países de Europa. Hoy en día su fórmula es la primera, pero en aquel momento no se había rechazado y estaba más cercano a nosotros.

Con Pablo Iglesias las cosas fueron muy distintas. Quedamos por primera vez a cenar. La verdad es que no conseguimos superar la barrera de la desconfianza. Gestionar el caudal de confianza ciudadana resulta crucial para un líder político, pero hay que saber interpretarlo. El sentir mayoritario nos pedía formar una mayoría a las dos izquierdas y crear una suerte de cooperación competitiva en la que ambas se retroalimentaran. En ese delicado equilibrio, si se antepone la competición a la colaboración no es difícil que todo se vaya al traste.

Iniciamos la conversación comentando los libros que estábamos leyendo y las series que habíamos visto últimamente. Me habló de sus perros: es un gran amante de los animales, algo que compartimos. Después ya entramos en materia política, primero a partir de la situación en general. Su análisis en aquellos meses estaba muy influido por la Syriza de Tsipras, por la idea de ganar al PSOE y ser ellos la alternativa a la derecha. Toda esa épica griega

estaba siempre en su cabeza y se transparentaba. También hablamos de sus confluencias en Valencia, de los Comunes en Cataluña, y repasamos la actualidad política para intentar crear una cercanía. Pero siempre estaba sobrevolándonos el fantasma de la desconfianza. La esencia competitiva de la democracia se plasma en las elecciones, y así deber ser: de lo contrario no habría una oferta electoral libre, rica y plural. Pero las elecciones ya habían quedado atrás: urgía cambiar de registro, adaptarlo al papel institucional que todos teníamos, como grupos parlamentarios en el Congreso, y cooperar para impulsar el cambio.

Pese a todo, abordé nuestra primera reunión desde un sincero respeto por él como persona y como político. En ese momento, se trataba de pasar de la calle al Gobierno. Enseguida me di cuenta de que no sería fácil. Tenía claro qué debíamos y podíamos hacer juntos. Para ilustrárselo, le conté una cena mía con Ricardo Lagos, presidente de Chile, en el contexto de una gira que había hecho por México, Perú, Chile y Colombia. Había estado con Michelle Bachelet y después cené con Lagos. Se trataba del primer presidente socialdemócrata después de la dictadura de Pinochet y el derrocamiento trágico de Salvador Allende. Lagos me contó un episodio de su llegada al poder:

—Cuando llegué a la Presidencia estaba preparando mi discurso de investidura. Me reuní con todos mis ministros y les dije: vamos a enfocar este discurso inaugural como si fuera el discurso de despedida después de cuatro años de mandato. ¿Cómo queréis ser recordados?

Esa es la pregunta que él formuló a su equipo. La ministra de Sanidad le contestó que quería ser recordada como la ministra que universalizó la sanidad; la de Educación, que los colegios llegaran al último rincón de Chile... Así fueron contestándole uno tras otro, refiriéndose a logros específicos de sus carteras. Cuando terminaron, les dijo: os estáis equivocando, dentro de cuatro años tenemos que ser recordados como la izquierda que pudo y supo gobernar el país.

Esa reflexión de Lagos se la hice a Iglesias. Creo que nuestro objetivo era el mismo, ser la izquierda que sabe y puede gobernar. Tan sencillo y tan complejo al mismo tiempo. En aquella primera reunión y en las siguientes, le dije que nosotros nos queríamos entender con ellos.

Pero también le hice ver que, si nos entendíamos, tenía que ser para demostrar que somos capaces de gobernar el país. No se trataba solo de ganar

el poder y comenzar un tiempo nuevo de nombre, sino realmente de saber gobernar, con una hoja de ruta para el cambio político real. También asumiendo, como país, nuestro compromiso europeo. Traté de convencerle:

—Vamos a abrir un tiempo nuevo —le dije—. Vamos a mandar al PP a la oposición para regenerar la vida democrática del país y vamos a devolver a la gente esa deuda social contraída con ellos durante la crisis, la generada por los recortes, la austeridad, la reforma laboral... Vamos a establecer dinámicas de cooperación entre los dos partidos.

Esa fue mi propuesta, pero en aquel momento Pablo Iglesias no lo supo o no lo quiso ver y, por desgracia, se perdió esa oportunidad. Él insistió en las reclamaciones que hizo públicas cuando salió de la Zarzuela.

La historia de España habría sido distinta si el líder de Podemos hubiera interpretado bien la fabulosa demanda de cambio que había. En lo ideológico los dos teníamos nuestra posición; en lo político debía imperar el cambio. De hecho, España ha cambiado cuando ambos hemos coincidido en darle prioridad absoluta al cambio.

Nosotros no queríamos renunciar a nuestro papel de fuerza transformadora. Las otras dos fuerzas, Podemos y Ciudadanos, no veían esa prioridad. Su sobrevenido antagonismo, y las ansias de Podemos por sobrepasar al PSOE, bloquearon el cambio.

Con el escollo de una interpretación de la realidad no compartida, comenzamos el proceso de negociación.

NEGOCIAR PARA CAMBIAR ESPAÑA

Yo ya había constituido mi equipo. Todos estaban preparados y enseguida demostraron sus habilidades negociadoras. Antonio Hernando coordinó muy bien el equipo. Meritxell Batet dirigía la negociación en la cuestión catalana, las administraciones públicas y en general los temas territoriales; José Enrique Serrano, en los asuntos de Estado (lo referido a Interior y Defensa); María Luisa Carcedo, en los temas sociales; Rodolfo Ares aportó su gran experiencia en Euskadi, y Jordi Sevilla llevó todos los aspectos económicos. Cada vez que hablábamos, Ares me decía: «Estos de Podemos no quieren pactar»; y eso parecía: se quejaban de Jordi Sevilla, con la excusa de que no era socialdemócrata. Pero aquella negociación no trataba de los carnés que

tuviéramos cada uno, sino de las medidas que íbamos a plasmar sobre un papel: eso era lo que debíamos acordar, no si nos gustábamos los unos a los otros.

Mi equipo estaba muy equilibrado. Había dos perfiles de gente que para mí era importante que quedaran bien representados. Por un lado, gente con experiencia de Gobierno y parlamentaria, como Carcedo, Sevilla y Serrano. Con este último, aunque no le había tratado mucho, el trabajo fluyó enseguida. Su experiencia de la Administración, su conocimiento del Estado, resultaban cruciales. El PSOE tiene mucha gente así, personas que hacen que al día siguiente de entrar a gobernar tengamos claro por dónde hay que empezar a trabajar y cómo es el Estado por dentro. José Enrique sabe, como Sevilla y Carcedo, el poder real de transformación que tienes en el Gobierno, y eso hay que ponerlo a trabajar desde el principio en una negociación, porque nuestros interlocutores no tenían la menor idea de esto. Por otro lado, quise incluir gente de mi generación, como Meritxell o Antonio. Ares tenía una gran experiencia negociadora y mucha credibilidad interna. Experiencia, renovación y mi confianza plena: esas eran las fortalezas del equipo. Soy consciente de que su composición gustó dentro del partido. En la opinión publicada también fue bien recibido. *El País* habló de un grupo «caracterizado por su experiencia en manejar asuntos complejos»; *El Mundo* los calificó como «personas con talante moderado, huyendo de extremismos». *El Periódico de Cataluña* enfatizó lo que yo había perseguido, gente que «tiene experiencia y está rodada [...]. Son un equipo sénior que inspira confianza. Ni tributarios del conformismo ni ingenuos inexpertos».

El día siguiente a mi designación por el rey, en mi intervención ante el grupo parlamentario en el Congreso, ya dejé claras algunas de las premisas con las que abordábamos aquella negociación incipiente: el cambio debía ser no solo de políticas, sino de la forma de hacer política; insistí en que tendiéramos puentes y habláramos no de lo que nos separa, sino de lo que nos une. Y lo que nos unía estaba claro, por eso hablé de un Gobierno transversal que satisficiera las aspiraciones de los tres partidos que nos sentábamos a la mesa, las fuerzas del cambio.

Las primeras reuniones con partidos minoritarios fueron bien, pero la primera con Podemos se complicó. Ellos plantearon, de inicio, que debíamos elegir entre negociar con ellos o con Cs, pero negaban la posibilidad de mantener una negociación a tres, a pesar de que era obvio que hacían falta al

menos tres fuerzas para que salieran los números. Así que el primer día recibimos un ultimátum para que no nos sentáramos con Cs. Estaba claro que era algo que no podíamos aceptar, de manera que proseguimos negociando con Cs. Luego quisieron hacer ver que nosotros habíamos elegido a Cs como socio prioritario, pero no es cierto, fueron ellos los que se autodescartaron al declarar imposible un acuerdo a tres. Era yo quien lideraba la negociación y debía decidir su dirección, no en vano tenía el encargo del rey: mi objetivo era un pacto a tres de las fuerzas del cambio.

Por supuesto, en aquella ronda de contactos me reuní con todos los partidos que tenían representación parlamentaria, incluidos los independentistas. Les dejé claro que para nosotros la integridad territorial de España constituía una línea roja: nunca la íbamos a poner en cuestión. No solo eso: desde un punto de vista socialista la igualdad de todos los ciudadanos es irrenunciable; por tanto, no aceptaríamos privilegios. En aquellas conversaciones me revelaron algo que refleja hasta qué punto fue equivocada la estrategia de Iglesias. Me dijeron que hubieran podido abstenerse o incluso apoyar la investidura sin obtener nada a cambio, pero que, al insistir Iglesias en el referéndum, los había forzado a ellos a plantearlo también. Fue su insistencia en ese tema lo que propició nuestro desencuentro desde el primer momento. Curioso: dos temas que en campaña habían pasado totalmente inadvertidos se convirtieron en el principal escollo para un Gobierno del cambio.

Por el contrario, con Cs se fueron produciendo avances a medida que las reuniones de trabajo iban profundizando en los distintos asuntos. Como ocurre en toda negociación, cuanto más avanzas más es posible seguir avanzando, pues el sentimiento de que hay puntos en común ya acordados, así como el trabajo realizado, constituyen alicientes para seguir por el camino del acuerdo y no de la ruptura. Esa fue la dinámica positiva que se generó con Cs. Rivera se esforzaba por incluir al PP, pero yo le insistía en que jamás nos apoyaría. Los dos partidos interesados en la repetición de elecciones estaban fuera de la negociación por autodescarte. Todos los demás, incluyendo a muchos minoritarios, como Compromís, mostraron su buena disposición.

La negociación alcanzó velocidad de crucero con Ciudadanos. Con mi confianza plena, el equipo se pasaba el día reunido con sus interlocutores y, a última hora, nos reuníamos en el despacho de Hernando. Encargábamos pizzas para cenar y así, mientras aumentaban nuestros niveles de colesterol

noche tras noche, comentábamos los avances de la jornada. Cada tres o cuatro días, Rivera y yo mismo nos veíamos para pulir aspectos de la negociación que viéramos más difíciles o encallados.

Enseguida aparecieron las dificultades con ellos en temas de igualdad, económicos y en la concepción que tenían del Estado de bienestar. Esos fueron los tres principales problemas con Cs. En lo económico por su propuesta del contrato único. Teníamos un planteamiento semejante respecto a la competencia y a la necesidad de luchar contra oligopolios y monopolios, pero había discrepancias serias en cuanto a las relaciones sociolaborales y el valor que se le da al trabajo por parte de Cs. En eso tienen un sesgo claro de derechas. En cuanto a la igualdad de género estaban muy posicionados en espacios muy conservadores: hubo discrepancias en torno a la custodia compartida o el asunto de las cuotas, todo lo relacionado con la acción positiva. En relación con el Estado de bienestar, hacían propuestas que no compartíamos, como el complemento salarial. En aquel momento no, pero ahora han sufrido una regresión conservadora en todos los planteamientos políticos, sobre todo en el ámbito territorial. Rivera y yo hablamos entonces de una reforma constitucional para alumbrar una España federal y eso entraba en su visión de España, mucho más progresista que donde se ha situado ahora. Es cierto que había un intento de recentralizar ciertas competencias, pero en un marco federal. Estas discrepancias son normales en una negociación, claro; si hubiéramos estado de acuerdo en todo no habríamos tenido que discutir nada. Lo crucial en ese momento es justamente tener la capacidad de lograr compromisos que, aun no satisfaciendo por completo a ninguno, permiten sentir a ambos que avanzan sus posiciones. Rivera y yo teníamos buena sintonía en aquel momento y en las ocasiones en las que la negociación de los equipos estaba totalmente atascada, él y yo la desatascamos. Los temas más espinosos fueron la inmersión lingüística, las cuestiones de género, las diputaciones y el contrato único.

Sin embargo, la dinámica con Podemos fue a peor. Mientras con Rivera el diálogo fluía, con Podemos solo nos comunicábamos a través de los medios de comunicación. Los socialistas teníamos la determinación absoluta de que el acuerdo saliera. Recuerdo que para Rivera su gran referente intelectual y político era Luis Garicano; siempre consultaba con él, y el equipo llegó a celebrar alguna reunión por Skype porque él estaba en Asia. No había obstáculos por nuestra parte, estábamos dispuestos a dejarnos la

piel en esa mesa porque sabíamos que era nada menos que el futuro de España lo que estaba en juego. Y nadie podrá decirnos que no lo intentamos.

De hecho, eso es algo que la ciudadanía ha reconocido, entonces y después. El ambiente era de ilusión por el cambio. Salíamos a la calle y la gente lo decía. No solo a mí: la experiencia de todos los miembros del equipo negociador fue la misma aquellos días. Se empezó a crear una ilusión, una esperanza de cambio, que en realidad era la culminación lógica de toda la energía política que hubo en las calles en aquellos años. Nos paraban, nos decían que siguiéramos, que teníamos que conseguirlo... Cuando se vio que se desatascaban las cosas y el acuerdo estaba al alcance de la mano se generó una esperanza nacional hermosa.

Recuerdo un día que entré a comprar pan en una panadería cercana a mi casa. Al verme, los trabajadores se pusieron a debatir entre ellos sobre el acuerdo, sobre cómo debía cambiar España. Me hicieron partícipe de su conversación y yo les dije que estábamos poniendo todo nuestro esfuerzo y trabajo en lograrlo. Esa ilusión se encontraba por todas partes.

También la percibí en Europa. En ese ínterin yo hablaba mucho con líderes políticos europeos, hablé también con miembros de la Comisión Europea y me di cuenta de que en Bruselas gustaba la idea de un Gobierno diferente en España, con gente nueva y orientado al cambio como el que estábamos planteando. Cuando viajaba a Bruselas les explicaba por dónde iríamos en caso de lograr un Gobierno, y lo que les decía les gustaba. Francia estaba de acuerdo, Matteo Renzi también, incluso Tsipras me decía: «Para nosotros es fundamental que haya un socialista más sentado en las reuniones del Consejo». Se seguía con enorme interés lo que ocurría en España, y en las reuniones previas de la familia socialista yo tenía intercambios muy alentadores con nuestros colegas europeos. España es un país crucial en Europa, muy importante, a veces no somos conscientes del papel que podríamos desempeñar: nuestro destino importa allí más de lo que creemos.

Al mismo tiempo, estábamos fomentando debates políticos muy interesantes y enriqueciendo la discusión pública, que también es otra de las funciones de los partidos. Se discutía, por ejemplo, qué hay que hacer con la ciencia y la investigación, luchar contra la precariedad... Podíamos no estar de acuerdo Cs y nosotros, pero ya eran debates de trabajos concretos, de políticas transformadoras. Cuando el equipo negociador abordó el tema de las diputaciones, desde la supresión absoluta preconizada por ellos conseguimos

llegar a una fórmula en la que se sustituirían por un órgano —administrativo y no político— que ofreciera las prestaciones a los municipios pequeños que actualmente dan estas. Con el contrato único no estábamos de acuerdo, pero podemos hablar de un nuevo estatuto de los trabajadores, y reducir a tres el número de contratos. Todo esto resultaba enriquecedor, es el lado más creativo y útil de la política, y es lo que nos gusta a los socialistas; ahí estamos en nuestra salsa, cuando podemos hablar de políticas específicas que cambien la realidad y transformen la vida de la gente que más dificultades tiene. Eso es lo que da sentido a la acción política y lo que nos daba energía cada día para seguir trabajando con la intensidad y el ritmo de aquellas semanas, que fue frenético.

Entretanto, el equipo negociador seguía multiplicándose en otras reuniones, con Compromís, con Izquierda Unida y, desde luego, con Podemos. Resultó muy difícil, pero finalmente se logró sentar a Podemos a la mesa, aunque después de un par de reuniones fugaces volvieron a dar un portazo. Los plazos, no obstante, corrían, y la fecha del debate de investidura estaba fijada para el 1 y el 2 de marzo. Por tanto, teníamos que seguir avanzando. Así lo hicimos, hasta que finalmente logramos un pacto con Cs que se presentó públicamente en el Congreso el 24 de febrero.

A continuación, organizamos la consulta a las bases. Lo había hecho dos años antes el Partido Socialdemócrata Alemán, y me parecía imprescindible hacer lo mismo en la nueva etapa, es decir, ampliar la participación de la militancia e involucrarla en los cambios que queríamos llevar a cabo. La gran duda que nos suscitaba era hasta qué punto iba a llegar la participación, que acabó superando el 50 %, todo un éxito si tenemos en cuenta la media de las consultas internas en los partidos políticos y que lo organizamos en tiempo récord. Cuando los militantes están de acuerdo con lo que hace la dirección de su partido, suele bajar la participación. Sin embargo, la ilusión general del cambio también se extendía entre nuestras bases, por eso quisieron acercarse a las agrupaciones a votar, para manifestar su entusiasmo por las posibilidades de cambio que se abrían ante nosotros. El 79 % lo apoyó.

Aquella consulta constituyó un elemento innovador dentro del partido. Nunca antes se había sometido a las bases algo así y, desde luego, suponía una complicación. Hubiera resultado más sencillo ir directamente al Comité Federal a que diera su ratificación política; de hecho, es algo que tuve que hacer también porque, formalmente, en los estatutos no estaba regulado cómo

hacer vinculante una consulta a las bases. Fue una prueba de madurez enorme, para mí y para el partido, y en cada uno de esos retos fuimos consolidando la participación y la apertura de la organización, tal como yo quería.

En aquellos días, diversos cargos públicos de Podemos, entre ellos el fiscal Carlos Jiménez Villarejo, que había sido eurodiputado con ellos, o la alcaldesa de Madrid, Manuela Carmena, se pronunciaron públicamente en favor de que Podemos suscribiera ese pacto y permitiera mi investidura. En realidad, ni siquiera le hacía falta estar de acuerdo en todo, hubiera bastado con la abstención, que nunca llegó.

A menudo me he preguntado si cometí algún error que hubiera podido cambiar el curso de los acontecimientos. Estoy bastante convencido de que aquella negociación era fallida desde antes de empezar. Quizá pude esperar a anunciar el acuerdo con Cs a que Podemos también lo suscribiera, pero ahora sé que no lo habrían hecho. Seguro que cometimos errores. Las presiones fueron enormes sobre mí y llegaban de todas partes. Necesitaba a los dos partidos, y pensaba que Podemos, al menos, se abstendría finalmente en mi investidura. Honestamente creía que lo haría. No era necesario que votaran a favor, y las medidas introducían tales cambios que resultaba difícil idear argumentos para oponerse a ellas. En el equipo negociador, algunos estaban convencidos desde el principio de que no habría abstención de Podemos, mientras otros seguían achacando los desplantes a la inexperiencia política. Fuimos comprensivos, pusimos sobre la mesa muchas oportunidades. Pero el hecho es que la abstención nunca llegó.

LO MEJOR DE LA POLÍTICA

Pese a que no la hubo y aquel acuerdo no tuvo la oportunidad de llevarse a la práctica, sigo pensando que fue el mejor posible en aquel momento. Contenía medidas importantes de regeneración democrática y de carácter social, además de ajustarse a las exigencias presupuestarias europeas. Hubiéramos cambiado la dinámica, la forma de hacer las cosas, pero, aunque no se lograra, en aquel pacto afloró lo mejor de la política. Fue un proceso interesante, y además hermoso. Fue posible porque Cs tuvo claro en ese momento que con su número de diputados su papel consistía en acompañar el

cambio y no podía ser otro. Éramos dos partidos completamente distintos, pero comprometidos con desbloquear las instituciones. Supimos encontrar lo que teníamos en común y hacer lo que era posible en ese preciso instante.

Hubo un esfuerzo serio y riguroso por cambiar las cosas, con momentos de mucha nobleza. Fue un acto de generosidad por ambas partes poco común en la política española. En realidad, más allá de si iba a haber un Gobierno de coalición o no, es evidente que la formulación de Gobierno iba ser completamente novedosa. Las acciones iban a descansar en el Parlamento y eso, viniendo de una legislatura de mayoría absoluta, de rodillo, significaba conectar con el voto de los ciudadanos y con su ilusión, que habían manifestado en las urnas, por el cambio y el diálogo. También significaba romper un tabú político, el de hacer un gran pacto de Gobierno entre un partido de izquierdas en España, como el PSOE, y un partido como Ciudadanos, entonces más ubicado en el centro derecha y no en la derecha, como ahora.

Además, significó la demostración de que no tenemos nada en contra de entendernos con todos, y que nuestro veto a Rajoy no era fruto del sectarismo. No es un problema ideológico sino de higiene democrática. En el Comité Federal del 30 de enero había expuesto ante mis compañeros con toda claridad las tres razones por las que no podíamos entendernos con ese Partido Popular. La primera, por la instrumentalización de las instituciones que ha hecho; la segunda, por lo que llamé el «absolutismo», una forma de hacer política basada en el atropello de derechos ciudadanos sin dar explicaciones y apoyado en una mayoría absoluta ejercida de forma abusiva; por último, lo más importante, por la corrupción. En este país la regeneración política ha comenzado cuando el PP ha pasado a la oposición y ha comenzado a intentar regenerarse a sí mismo. Por tanto, mandarlos a la oposición era el primer paso para comenzar a limpiar la vida pública y ayudarlos a ellos mismos a reinventarse como un partido decente y limpio. Se trató de un acuerdo de contenidos que hubiera cambiado el país radicalmente. En lugar de ello, nos instalamos de nuevo en la apatía de Rajoy y la parálisis que caracterizó su segunda legislatura, hasta que, por fin, fue posible el cambio.

Entre las líneas de ese acuerdo, entre sus contenidos concretos, figuraban, sin estar escritos, algunos de los aspectos más nobles de la política: la cooperación entre distintas fuerzas y el diálogo como base para generar dinámicas políticas nuevas. Aunque en el día a día a veces no resulta

fácil verlo, la política está impregnada de valores. En estos tiempos no es fácil defender sus rasgos más nobles, pero yo los vivo cada día. Hay numerosos ciudadanos, con cargos más o menos relevantes, en mi partido y en otros, que realmente quieren hacer de su país un lugar mejor. No es justo ese retrato que a menudo se dibuja de los políticos como quintaesencia del cinismo y el oportunismo. Muchos tienen convicciones y sienten la necesidad de trabajar por ellas, porque creen en ellas. Hay un componente de idealismo, necesariamente aliado con el pragmatismo, que ennoblece a quienes luchan por causas difíciles, a lo largo de los años, y consiguen mejoras tangibles para sus conciudadanos. Y son muy conscientes de que eso debemos hacerlo a base de diálogo y cooperación entre las fuerzas políticas, porque el dogmatismo no conduce a nada.

Muchos de esos elementos se manifestaron en aquellas negociaciones y se dejaban ver en el acuerdo, que resumía el esfuerzo de generosidad de dos partidos realmente convencidos de que el mandato recibido de las urnas era el del diálogo y que los ciudadanos nos pedían que nos pusiéramos de acuerdo entre varios, por eso votaron un Parlamento tan fragmentado.

Por supuesto, la exigencia de limpieza y decencia en la vida pública, que presidía y estructuraba todo el acuerdo, es también un valor, quizá el más necesario en estos momentos. La tolerancia del PP con la corrupción, sus cargos bajo sospecha judicial o política, todo ello corroe la confianza de los ciudadanos en el sistema político. Eso les ha hecho perder votos, pero el coste que pagamos todos en deterioro institucional es enorme. Porque si la democracia llega a verse como un sistema corrupto que no sirve a los ciudadanos, sino solo a quienes viven de la política, no sabemos lo que vendrá después, pero por lo que estamos viendo en países como Estados Unidos, con un populismo feroz y rampante, no augura nada bueno. Luchar por la limpieza pública y la decencia es luchar por la democracia, y significa también reivindicar la política como un terreno de juego con valores, con principios, en el que no todo es posible.

Por último, los miembros de los equipos negociadores, de ambos partidos, ejemplificaron aquellos días también lo mejor de los políticos: trabajaron hasta la madrugada durante días y días, solo por vocación de servicio a nuestro país, en un acto de generosidad y renuncia, al servicio de una causa mayor: España. También constituía la oportunidad de elevar esa forma de hacer política a las principales instituciones y al Gobierno, en lugar

de seguir con las dinámicas nocivas del PP. Por desgracia, no fue posible sacarlo adelante.

LA INVESTIDURA FALLIDA

Con la certeza de haber dado lo mejor de nosotros, todo cuanto estuvo en nuestras manos, y la satisfacción de haber hecho un buen trabajo, me presenté a la investidura los días 1 y 2 de marzo de 2016. No tenía el apoyo de Podemos, pero la mayoría precaria obtenida gracias al apoyo de Cs significaba que ya éramos la minoría mayoritaria.

Estábamos preparados para gobernar, y no solo con las políticas pactadas en ese acuerdo, sino con todo. Las medidas del acuerdo entraban en detalles concretos para asegurar su implementación, no en vano en esa mesa de negociación había estado un exministro y una exconsejera autonómica. Además, por mi parte y sin que lo supiera el resto del equipo, pues algunos de ellos podrían verse afectados si llegábamos a buen puerto, le encargué a José Enrique Serrano incluso una arquitectura de Gobierno. La decisión de nombrar un Ejecutivo es la más trascendente de un presidente. Rodearse de un buen equipo es la condición esencial para poder llevar a cabo un buen trabajo. Era consciente de que esa decisión mía debía de estar bien trabajada y, sin entrar en ponerle nombres, sí quise tener claro cómo se estructuraría mi ejecutivo. Tendrían un peso específico la transición ecológica y el cambio climático y recuperaríamos ministerios independientes para la Sanidad, para la Educación, para la Industria y para la Cultura, una seña de identidad de los Gobiernos socialistas, pues, por más que las Comunidades Autónomas tengan competencias muy amplias en estas materias, siempre tiene que haber políticas de Estado que favorezcan la igualdad de los españoles y la aplicación de las políticas sociales. Fue una discusión importante cuando aprobamos la Ley de Dependencia, pues se cuestionaba que el Estado pudiera hacer política en temas sociales. Entonces demostramos que sí y lo seguimos haciendo ahora desde el Gobierno.

Tenía claro —y lo sigo pensando— que ha de cambiarse la selección de ciertos altos cargos que son clave en instituciones de control y organismos e instituciones públicas. Esto ha de hacerse con un modelo de selección, y no de nombramiento. Mi idea es dar mayor protagonismo al Congreso de los

Diputados en esa elección, para el Consejo del Poder Judicial, el Tribunal Constitucional, Radio Televisión Española (RTVE), organismos autónomos que son fundamentales para la competencia, como la Comisión Nacional de los Mercados y la Competencia (CNMC), el Banco de España y la Comisión Nacional del Mercado de Valores (CNMV). Necesitamos implantar un modelo de selección acorde con nuestra legislación y que no pueda ser boicoteado por el propio Congreso, como ocurrió con RTVE cuando llegamos al Gobierno en 2018.

Los portugueses han puesto en marcha un mecanismo que sí puede encajar en nuestra legislación porque es, efectivamente, de selección de los mejores candidatos. Consiste en una primera fase abierta, donde presentan su currículum cuantos quieran hacerlo, seguida de un proceso de examen en el Congreso. Hay que cambiar radicalmente ese proceso de selección. También sabía que, desde el punto de vista de las personas concretas, era necesario incorporar experiencia e innovación. No lo pude hacer entonces, pero sí dos años después.

Hubo una resistencia enorme de la derecha, ataques contra el acuerdo que llegaban de todos lados. Uno de los argumentos que la derecha mediática y política empleaba contra mí era mi supuesta ambición para llegar a ser presidente del Gobierno. Resultaba absurdo, en primer lugar, porque los cuatro nos habíamos presentado apenas dos meses antes a las elecciones diciéndoles a los ciudadanos que queríamos ser presidentes. Es algo que no puede sorprender a nadie: lo extraño sería lo contrario.

Además, creo que es un grave error descalificar, como a menudo hacen desde Cs, la aspiración de gobernar, que es, ni más ni menos, el deseo que mueve a mucha gente en política para transformar la sociedad. Esa pulsión de transformación y cambio es la que nos estimula a quienes estamos en política. Degradar eso diciendo que se quieren «sillones» es una forma de negar la responsabilidad propia. Gobernar supone una enorme responsabilidad, pero es lo que se debe hacer cuando los ciudadanos te han elegido para hacerlo, y en aquel Congreso quedaba claro que nos habían elegido para que, dialogando, llegáramos al Gobierno. Eso fue lo que hicimos, ni más ni menos. Creo que todos deberíamos querer un presidente con ambición, de país y de transformar la realidad. Eso es gobernar. No quiero un administrador que se limite a no hacer nada. Porque entonces el país retrocede, como nos ha ocurrido en los últimos años.

El debate sobre mi investidura tuvo lugar los días 1 y 2 de marzo. Mis padres y Begoña asistieron desde la tribuna. Sé que estaban muy orgullosos. Por supuesto, sabían que no iba a salir elegido, pero estaban convencidos de que había hecho lo correcto, y por eso se sentían orgullosos. Lo que mis padres me han enseñado siempre es justamente eso: si tú haces lo que crees que debes hacer en cada momento, podrás no obtener el mejor resultado —de hecho, así ocurre en política—, pero habrás cumplido contigo mismo y con tus conciudadanos. Como dicen mis hijas, a veces no ganan los buenos. Pero yo estaba convencido de haber cumplido con mi deber y, por supuesto, de haber cumplido mi palabra. En realidad, podría haberme comportado como Rajoy. Al llegar el 1 de marzo podría haberme justificado por carecer de apoyos suficientes y haberme negado a presentarme. Pero me había comprometido con el rey, con mis socios parlamentarios y con las bases del partido, que habían apoyado el acuerdo. Cuando vi a mis padres allí arriba, pensé en los apenas dos meses que habían transcurrido, con todas sus dificultades, desde la visita a António Costa en Lisboa hasta las negociaciones con sus últimos detalles. Me sentí satisfecho. No iba a haber cambio, pero nadie podría decir que el Partido Socialista no lo intentó. Había hecho lo correcto.

Así lo expliqué en mi discurso, que giró en torno al cambio. En efecto, millones de personas habían votado por él en las elecciones y mi pregunta no podía ser otra. Si nos han pedido cambio y diálogo, ¿por qué no lo llevamos a cabo? Era una invitación a sumarse a todas las fuerzas políticas, salvo el PP, porque hubiera sido una contradicción en sus términos. Mi planteamiento se estructuraba en torno a la regeneración democrática, la lucha contra la corrupción, el empleo con derechos, la reconstrucción del Estado de bienestar, y la imprescindible reactivación y modernización económica. Había una mayoría de cambio.

Mi oferta de cambiar la forma de hacer política seguía en pie: en aquellas cuestiones en las que hubiera acuerdo, pondríamos en marcha las medidas oportunas. En las que no, el Congreso sería el centro del debate político y allí resolveríamos las discrepancias. Se trataba de recuperar el diálogo, no solo en ese momento de la investidura, sino como eje fundamental de la política para toda la legislatura. «No tenemos líneas rojas, tan solo firmes convicciones. Ofrezco gobernar mediante pactos que cuenten con el mayor apoyo parlamentario posible.» Esa fue mi propuesta, que

recibió no solo el voto en contra de Podemos, sino también invectivas gratuitas, difíciles de comprender. La responsabilidad de que Rajoy siguiera gobernando recaía sobre sus hombros, aunque eso no les hizo cambiar de opinión. Perdimos aquella votación, pero nuestros argumentos políticos ganaron, como se vio dos años después.

LA NEGOCIACIÓN A TRES

Quizá mucha gente se haya preguntado cuándo fuimos del todo conscientes de que era imposible un Gobierno socialista. Con toda honestidad, tras la investidura fallida aún conservaba alguna esperanza, aunque escasa, pues teníamos tiempo, si Podemos hubiera cambiado de opinión, para celebrar otra investidura. A principios de abril de 2016 comenzó la que se llamó «negociación a tres». Nosotros partíamos de la base de nuestro acuerdo, que tanto Rivera como yo habíamos ratificado al día siguiente de su rechazo en el Congreso.

Recuerdo que mantuve algunas conversaciones privadas con Iglesias para intentar convencerle, pero él estaba muy seguro de que Ciudadanos y Podemos eran incompatibles. «Si estáis con Cs, esto es imposible», me decía. Teníamos que romper una suerte de muro de desconfianza del uno con el otro y de sus respectivas organizaciones.

Además, les costaba ubicarse con claridad entre las distintas exigencias que habían mantenido desde el principio. Apenas constituido el Congreso en enero, primero nos pidieron que las confluencias tuvieran grupo parlamentario propio. Consulté con el grupo parlamentario para ver si eso era posible y estudiamos el Reglamento, que reflejaba inequívocamente que no. Como el PSC en tiempos había tenido su propio grupo parlamentario, quisimos saber cómo se había hecho entonces. Pero resultó que precisamente se cambió el Reglamento en los 80 para evitar esa situación e impedir que una cámara de representación nacional se convirtiera en cámara de representación territorial. Esa función corresponde al Senado, cuyas disfunciones sin duda hay que arreglar, pero sin desvirtuar el Congreso.

En enero era fundamental que las confluencias tuvieran grupo propio, pero la noche del 20-D lo crucial había sido el derecho a decidir. Y todos los planteamientos sonaban a ultimátum.

—Entiendo que es importante para tus confluencias— le dije a Iglesias —, pero no deja de ser algo instrumental. Como vamos a plantear la reforma del Reglamento, puedes suscitar ese debate después, pero no me puedes poner esa línea roja cuando sabes que es imposible cumplirla porque el Reglamento no lo permite, porque va a ser recurrido y va a perderse en el Tribunal Constitucional. Eso no tiene recorrido. A lo que me puedo comprometer contigo —proseguí— es a que, en la modificación del Reglamento tengamos en cuenta vuestra petición. Pero ahora son estas las reglas que tenemos.

Poco después se quejaron del lugar en que se les había colocado en el hemiciclo: el gallinero, donde yo, por cierto, estuve dos años y medio cuando era diputado raso, y feliz de ser representante de la patria. Admito que me desconcertaban, porque vivían la política con tal intensidad que todo parecía jugarse a vida o muerte, ya fuera un tema de enorme calado, como el derecho de autodeterminación, o uno menor, como el grupo propio de las confluencias.

Inicialmente a Rivera no le importaba que Podemos nos apoyara, aunque sí pidió que se respetara el acuerdo en el que tanto habíamos trabajado, como tratamos de hacer en la negociación a tres. En ese momento percibí que había un antagonismo físico, no ya político sino físico, entre ellos. Entonces me di cuenta de que no había ninguna posibilidad.

En cierto momento, Pablo Iglesias relevó a Íñigo Errejón al frente de su equipo negociador para situarse él mismo, lo que interpreté como un deseo por seguir de cerca la negociación. Salió de la primera reunión asegurando que todo había ido muy bien. También fue lo que le dijo a mi equipo, allí sentados a la mesa: que todo había ido muy bien, que la reunión había sido muy positiva, y que iba a dar una rueda de prensa diciendo que «adelante con los faroles». Aseguró también que íbamos a mantener otra reunión al día siguiente. Sin embargo, poco después canceló la rueda de prensa de ese día. Entretanto mi equipo se pone a estudiar las propuestas que él les ha formulado en esa reunión. Cuando al día siguiente sale a los medios diciendo que no hay nada que hacer y dando un portazo, a nosotros nos pilla trabajando en su documento. Parece mentira que todo haya cambiado tanto en dos años. Mi relación con Iglesias ahora es mucho más que normal, es fluida y cordial, con complicidad. Hemos tenido tiempo de conocernos y de ajustar nuestra sintonía. En cambio, con Rivera, con quien entonces fue fluida, ahora

es complicada.

En todo caso, no era necesario el asentimiento a aquel acuerdo, sino que dejaran pasar, simplemente. La abstención tiene valor propio en el Congreso y ellos podrían, desde el día siguiente, empezar a hacer la oposición de izquierdas más dura que se les ocurriera. Pero no quisieron y no hubo fisuras entre ellos, pese a lo que se ha dicho. Carolina Bescansa fue muy severa con nosotros. Errejón votó en contra y defendió que era imposible abstenerse porque el acuerdo con Cs era de derechas, cosa que obviamente no se compadecía con la verdad. En la consulta que hicieron a sus bases, la forma de plantear la cuestión indicaba el resultado que querían obtener. Primero preguntaban: «¿Quieres un Gobierno basado en el pacto Rivera-Sánchez?». Y a continuación: «¿Estás de acuerdo con la propuesta de un Gobierno de cambio que defienden Podemos, En Comú Podem y En Marea?».

En esos días gente muy cercana a mí mantuvo contactos con personas de confianza de Pablo Iglesias. Las conversaciones no dieron ningún resultado y el cambio fue imposible. Pienso que uno de los elementos que pesó en la decisión de Iglesias fue la estrategia del *sorpasso*, la idea de sobrepasarnos uniendo Podemos sus fuerzas con IU. Una suerte de todo o nada. Al final fue nada. Hubo que esperar más de dos años para que el cambio se hiciera realidad.

26-J, LA CAMPAÑA MÁS DIFÍCIL

Con enorme frustración, pusimos rumbo hacia un nuevo escenario inédito: la repetición de elecciones con la presión que de nuevo caía sobre nosotros. Esta vez sí, todo el mundo aseguraba, todos lo veían claro, gracias a la fusión de Izquierda Unida con Podemos, el *sorpasso* se iba a dar. Fueron meses durísimos para mí, me costaba conciliar el sueño por las noches. Sin duda, la campaña para las elecciones generales del 26 de junio de 2016 fue la más difícil. La gente encontraba todos los días en los medios encuestas en las que el PSOE quedaba como tercera fuerza política.

El 20-D yo tenía claro que Podemos no iba a superarnos. Y el 26-J tampoco lo palpaba en la calle; al contrario, todos los comentarios que recibía me indicaban que no iba a ser así, aunque, claro, esto era hacer sociología de cuñado. Podemos había decepcionado por el voto en contra de mi investidura.

Pero todo resultaba complicado e inédito, la incertidumbre era enorme y lo que se estaba jugando la izquierda era ser alternativa real al Gobierno. Yo me pasé la campaña del 26-J respondiendo a la pregunta de si iba a hacer presidente del Gobierno a Iglesias, que se derivaba de lo que indicaban las encuestas. Esa pregunta, por sí sola, ya me situaba en una posición de subordinación que no era real. Finalmente, todas esas encuestas se mostraron falsas, pero condicionaron enormemente la campaña y contribuyeron a esa imagen de debilidad nuestra. Nadie ha asumido responsabilidades por eso.

Lo único bueno que tuvo aquella presión de las encuestas fue que los resultados del 26-J resultaron un alivio. Se vio con claridad que Podemos entraba en un momento de declive y el temido *sorpasso* no se daba. A pesar de haber sumado a IU había perdido un millón de votos respecto a los resultados que obtuvieron por separado. Su bloqueo les pasó factura. No habían sido útiles para el cambio y los ciudadanos lo percibieron con claridad. Podemos cayó en el error histórico de dividir a la izquierda, por un lado, y por otro, de creer que puedes hacer descansar la gobernabilidad del país en partidos que quieren romper ese país.

Lo paradójico de aquel resultado es que, aunque mejoramos ligeramente, pues subimos un 0,6 % en voto popular, este se tradujo en un menor número de escaños, cinco menos que los noventa del 20-D de 2015. Esta circunstancia se aprovechó por parte de algunas personas para debilitarme internamente. La situación orgánica cada vez se complicaba más.

LOS TRES ESCENARIOS DEL 26-J

Con el resultado en la mano, y como es mi obligación, me planteo todas las posibilidades. De nuevo, todo pasaba por el acuerdo de tres partidos, pues, aunque el reparto de escaños había cambiado ligeramente, lo sustancial se mantenía intacto. Los tres escenarios posibles tras las elecciones del 26-J de 2016 son: uno, negociar las condiciones de una abstención con Rajoy para tratar de obtener el máximo posible a cambio; dos, intentar de nuevo el acuerdo a tres, con Podemos y Ciudadanos; y tres, repetir las elecciones. Ninguno de ellos era bueno o sencillo, pero había que elegir el menos malo. Porque la cuarta opción, concitar el acuerdo de toda la Cámara salvo PP y Cs, parecía imposible para una parte del PSOE.

La decisión resultaba difícil, pero algo había cambiado: la lucha por la hegemonía de la izquierda se había resuelto. Por tanto, dentro de lo complicado que resultaba todo, como partido nos habíamos fortalecido, aunque algunos no quisieran verlo.

En los días siguientes mantengo numerosas conversaciones con gente del partido y sondeo su opinión. A todos les digo lo mismo: estoy madurando la decisión y, como es habitual en política, todos los escenarios posibles hay que ponerlos en la mesa y sopesar las consecuencias y el significado de cada uno de ellos. Pero lo primero era reunirme con Rajoy.

Esa reunión tuvo lugar en el Congreso. En ella me plantea abiertamente un Gobierno de Gran Coalición, a la alemana. Él quiere ser presidente del Gobierno y, lógicamente, para ello necesita la investidura. Pero al día siguiente de la investidura tiene que gobernar, sacar adelante los presupuestos, ejercicio tras ejercicio, y me dice:

—La única opción que veo es hacerlo con el Partido Socialista.

Por supuesto, yo rechacé la gran coalición. Y añadí:

—No es así, hay otras aritméticas parlamentarias posibles.

Las había, como enseguida demostrarían los hechos.

En esos momentos estaba bastante avanzada la negociación para constituir la mesa del Congreso, que se formó el 18 de julio, con Ana Pastor como presidenta. Para lograrlo, el PP alcanzó un acuerdo no solo con Cs, sino también con los nacionalistas vascos, y contó con la abstención de los catalanes. Esa era la ruta que él debía explorar, según mi opinión, y así se lo transmití. Por un lado, tenía una lógica política: se trataba de un pacto de las derechas, las distintas derechas representadas en el Congreso. Por otro lado, se nos avecinaba el referéndum independentista. Entonces aún no se sabía la fecha, pero sí que Carles Puigdemont y la mitad del Parlamento catalán estaban decididos a convocarlo, y así lo habían anunciado, aunque quedaba tiempo por delante.

Con esa perspectiva, resultaba muy positivo que él tejiera alianzas con el nacionalismo catalán. Debía esforzarse por llegar a un acuerdo de legislatura con el hoy llamado PDeCAT. A decir verdad, si lo hubiera hecho, probablemente muchas de las situaciones dramáticas que hemos vivido después no se hubieran dado. Eso contribuiría a encaminar mejor la cuestión catalana, a distender la situación. Y desde el punto de vista ideológico resultaba coherente. Si lo había logrado para la presidencia del Congreso, ¿por qué no intentarlo para la investidura? Era un hecho que en el Congreso había una mayoría conservadora, y resultaba lógico que el partido conservador mayoritario la liderara. Además, entrenarse en los acuerdos políticos también le venía bien si pensaba afrontar una legislatura gobernando con el Parlamento que tenía, pues el de su investidura sería el primero, no el último.

A la vista está que no le convencí. Para Rajoy resultaba mucho más fácil trasladar la presión sobre nosotros. En primer lugar, porque no estaba entrenado para el diálogo, y hacía falta alguien con mucha cintura para iniciar una conversación imprescindible con los partidos nacionalistas e independentistas en Cataluña. En segundo lugar, él era consciente —a esas alturas constituía ya un secreto a voces— de que desplazar la presión al Partido Socialista nos debilitaba internamente, y eso, desde el punto de vista electoral le venía bien: somos la única alternativa al PP, como después demostraron los hechos.

Por ese motivo, la gran coalición —con lo que significa, incluyendo ministros socialistas en un Gobierno popular— resultaba impensable. Pero

incluso un acuerdo de legislatura implicaba, *de facto*, gobernar juntos, y yo tenía muy claro que no podíamos entrar en esa negociación, por varios motivos.

En primer lugar, cuando se hacen paralelismos con Alemania, se suele obviar que el mayor lastre del PP no es que sea de derechas, sino que es un partido corrupto. ¿Debíamos apuntalar a un partido que patrimonializaba las instituciones, está acusado de graves delitos y cuya financiación está en cuestión? Resultaba imposible.

Eso nos abocaría, en segundo lugar, a dejar a la izquierda española sin referencias de Gobierno, porque eso es lo que ha sido el PSOE en los últimos cuarenta años de la historia de España: el principal referente de una izquierda de Gobierno, pragmática pero valiente, transformadora y reformista. ¿Debíamos perder esa posición conseguida tras décadas de trabajo solo para que Rajoy no tuviera que esforzarse en negociar con las derechas? No teníamos por qué.

Además, habíamos adoptado, yo en particular como candidato de mi partido, un compromiso con la ciudadanía. Repetimos en campaña hasta la saciedad que no investiríamos a Rajoy, que íbamos o bien a gobernar o bien a liderar la oposición a Rajoy. ¿Debíamos romper nuestro compromiso con los votantes?

Para Rajoy, sin duda, era un negocio redondo. Él en el Gobierno, nosotros apoyándole, y Podemos en la oposición que más fácil le resulta al PP, porque en esa confrontación de extremos sale muy airoso. Y mientras tanto el PSOE atrapado, no en una tarde de investidura, sino en cuatro años de legislatura.

Este planteamiento se lo trasladé a los dirigentes autonómicos del partido. Nos estábamos jugando no solo nuestro compromiso electoral, sino también la credibilidad. Nos estábamos jugando la razón de ser del partido. No se trataba de desbloquear una investidura, había que mirar más allá: estaba en juego nuestro papel en la política española como alternativa de Gobierno al PP. Además, les decía, debemos obligar a la derecha española a sentarse con la derecha catalana para que empiecen a tender esos puentes que son imprescindibles.

Claro que manejé los distintos escenarios. Era una decisión difícilísima, de las más difíciles a las que se ha enfrentado el partido desde 1978. Sería un irresponsable si dijera que nunca tuve dudas. En realidad, tuve muchas. Pero

lo contrasté con dirigentes del partido, con gente de mi equipo, con los negociadores, y en su mayoría manifestaron su rechazo a la abstención.

En aquellos días hubo muchas dudas sobre si Rajoy se presentaría o daría otra espantada como la de enero. Finalmente, tras unas vacaciones muy difíciles —en las que a todos nos resultó imposible desconectar—, Rajoy se presentó y no obtuvo los votos necesarios, como es sabido. Estábamos a principios de septiembre de 2016; pronto se cumpliría un año desde la disolución de las Cortes y la sensación política imperante era de bloqueo. Toda la ilusión del cambio que había dominado los primeros meses del año se había diluido, y yo percibía el hartazgo en la ciudadanía. Pero la cuestión era: ¿quién tiene que desbloquear esto? Nosotros, no; el PP, que es quien quiere gobernar.

Dentro de mi partido, sin embargo, mi posición no era mayoritaria. Se pretendía, de manera subrepticia, sin que nadie lo dijera abiertamente, que yo adoptara una decisión con la que no estaba de acuerdo y asumiera la responsabilidad de esa abstención, que a mi juicio era un error de magnitud histórica. Nos hallábamos en una encrucijada en la que se entremezclaban varios debates que no contribuyeron a nuestra claridad de ideas como partido. Por un lado, existía esa lucha por el poder interno; por otro, el problema de cómo formar Gobierno en España. Estas dos cuestiones se confundían y nublaron la claridad de algunos, que, sin querer, estaban debilitando al secretario general del PSOE justo cuando más necesitábamos mantenernos fuertes y unidos, porque nos llegaban las embestidas por la izquierda y por la derecha.

Realmente hubo días en que pensé en dejarlo todo. Yo estaba defendiendo lo que honestamente, por coherencia y convicción, creía que debíamos hacer. Pero también me planteaba que, si mi organización no me seguía, igual no tenía sentido continuar batallando. Con el tiempo me he dado cuenta de que sí mereció la pena esa batalla, porque a lo que no estaba dispuesto era a que me imputaran a mí una decisión y la responsabilidad histórica de un pacto de Gobierno con el PP que rechazaba frontalmente.

La investidura fallida de Rajoy me decide a adelantar el Congreso y plantear ese debate abiertamente. Creo que es primordial dirimir la cuestión de la abstención o no en la investidura de Rajoy, ya no solamente en el Comité Federal o entre los secretarios generales. Constituye una decisión tan radical para nuestra historia que ha de ser la propia militancia la que decida

qué orientación le da a la organización. Cuatro años más de un partido y un presidente corroídos por la corrupción, con nuestro apoyo: sí o no. Esta era la cuestión.

Teníamos que tomar una decisión que, a mi juicio, debía garantizar nuestra coherencia y credibilidad ante la ciudadanía, y estábamos divididos. Esta quiebra debía resolverse. Lo he meditado mucho pasado el tiempo y creo que tomé las decisiones correctas. Quienes defendían la abstención debían hacerlo abiertamente y llevar a la organización a esa abstención si creían que era la decisión correcta. Pero yo estaba convencido de que no lo era, de modo que no podían pedirme que lo defendiera por ellos. Se habló de celebrar una consulta preguntando a las bases si debíamos o no abstenernos frente a Rajoy. En aquellos días se publicó una encuesta de MyWord, según la cual no solo los militantes sino también nuestros votantes rechazaban la abstención. Pero el problema tampoco lo hubiéramos resuelto con una consulta: empezaba a convertirse ya en un problema de dirección, a la que una parte de la organización no reconocía. El cuestionamiento era permanente y yo debía resolver ese nudo. No solo se trataba de una consulta, sino de saber quién querían los militantes que fuera su secretario general y de que dejaran de cuestionarlo día sí, día no.

Por otro lado, ya estábamos fuera de plazo, pues llevábamos más de cuatro años sin Congreso ordinario. Yo resulté elegido en un Congreso Extraordinario después de la dimisión de Alfredo Pérez Rubalcaba, pero los estatutos del partido establecen que el ordinario, en cualquier caso, ha de celebrarse cada cuatro años y ya había transcurrido más tiempo. Estábamos obligados a hacerlo.

Otro obstáculo vino a ponerse en el camino de la consecución de un Gobierno para España: la convocatoria adelantada de elecciones autonómicas en Euskadi y Galicia. Eso me obligó a postergar el Congreso de nuevo, pues no podíamos celebrarlo con una campaña electoral transcurriendo al mismo tiempo. Fue un momento muy duro para mí: por un lado, no quería llevar al país a unas terceras elecciones, pero, por otro, que el partido regresara a una situación de normalidad resultaba vital. La socialdemocracia es oposición, pero también es alternativa, es construir. Nos encontrábamos en una situación extremadamente delicada, con toda la responsabilidad sobre los hombros del Partido Socialista. En lugar de tener a la organización, entera, exigiéndole a Rajoy que hablara con la antigua Convergència i Unió (CiU), nosotros solos

nos apretábamos más al cuello la soga de la responsabilidad.

La abstención situaba al PSOE en una posición subalterna respecto del PP, pero además tenía la convicción de que la suerte de España en ese trance estaba vinculada a la del PSOE. Si la referencia de izquierda quedaba en manos de Podemos, la izquierda en España no gobernaría en veinte años. Resultaba inaceptable para mí que, al final, después de todos los ejercicios de responsabilidad de Estado que habíamos hecho, el PSOE desbloqueara la situación sin que Rajoy hubiera hecho ningún intento de reunirse siquiera con nadie.

Por tanto, había que dejar pasar las elecciones gallegas y vascas para afrontar la situación. Mi intención después era construir una alternativa con Podemos y Ciudadanos, si Rajoy seguía sin hacer nada. Yo no me senté con ERC ni con el PDeCAT ni con ninguno para intentar llegar a un acuerdo que contemplara de alguna forma un referéndum. De eso doy mi palabra. Por ese motivo ERC y el PDeCAT no me habían votado en marzo, y por eso se había frustrado la negociación con Podemos: nuestra línea roja era ese referéndum que implicaba reconocer el mal llamado derecho de autodeterminación.

NECESITABA UN PARTIDO UNIDO

La situación se me fue haciendo cada vez más complicada. La perspectiva de intentar de nuevo la negociación a tres, una vez celebradas las elecciones vascas y gallegas, resultaba razonable, pero necesitaba la unidad de mi partido. Nos encontrábamos en la coyuntura más complicada en décadas y teníamos que afrontarla unidos en la decisión, no debilitados por la discrepancia permanente en los medios. Había que resolver eso. Y la forma de resolverlo era celebrar el Congreso ordinario.

Es cierto que íbamos justos de tiempo, pero materialmente era posible celebrar un proceso de primarias donde pudiera revalidar la mayoría y, en consecuencia, con ese mandato de los militantes, dirigirme a esos dos actores políticos, Podemos y Cs, para debatir, aunque fuera la última semana, un acuerdo de investidura que permitiera desbloquear la situación como yo quería, sin entregarle el Gobierno de España al PP corrupto y sin sacrificar nuestra posición de referente de una izquierda de Gobierno.

Sabía que las bases estaban de acuerdo conmigo, pese a las

discrepancias procedentes de algunos territorios. Resultaba curioso porque las dudas eran suscitadas por dirigentes que, a su vez, habían pactado con Podemos o con Ciudadanos en sus autonomías. Era poco comprensible porque allí donde se pudo se lograron mayorías alternativas diferentes a la del PP y estaban saliendo bien en muchos territorios. Por ejemplo, en Valencia, donde se puso en marcha un Gobierno del cambio que la derecha mediática española y valenciana dijeron que iba a ser un desastre. Pero entonces, antes incluso del 1-O, resultó que algunas empresas catalanas se iban a Valencia porque ahí se les garantiza la seguridad jurídica.

Por otro lado, todos los dirigentes socialistas habíamos hecho campaña diciendo que no apoyaríamos a Rajoy y ahora se me empujaba a apoyarlo yo, asumiendo un coste de credibilidad letal para el partido. Era el momento de que los defensores de la abstención lo hicieran públicamente en un Congreso, para que la militancia pudiera decidir. Aquella dicotomía que se planteó, respecto a que debíamos resolver el Gobierno de España y luego los asuntos internos del partido, era engañosa. El Gobierno de España pasaba por nosotros, porque los ciudadanos así lo habían querido, ese era el reto en que nos habían situado. Si no teníamos una posición homogénea sobre el futuro Gobierno de España, la única forma de contribuir al país era aclarando previamente nuestra propia situación. No hacerlo significaba ahondar en el bloqueo cuyo único beneficiario era Rajoy.

Mi planteamiento me daba margen para un acuerdo a tres, pues las circunstancias eran distintas. Unidos Podemos iba a tener mucho más complicado votar en contra de los socialistas por segunda vez, de modo que se podía explorar esa posibilidad. El electorado progresista se había dado cuenta del enorme error, de la incapacidad de no haber logrado una alternativa de cambio. La ciudadanía quería que Podemos ayudara al PSOE a gobernar. Había una segunda oportunidad para corregir el error histórico de marzo. Le planteé a Podemos un Gobierno de coalición en el que hubiera independientes que convencieran a ambos partidos y permitieran la abstención de Cs.

Es verdad que Cs falló al alcanzar un acuerdo con Rajoy, pero lo hizo porque no le interesaban unas terceras elecciones, como tampoco a Podemos: ambos habían sufrido. Los dos tenían más incentivos para negociar y acordar que antes del 26-J, aunque, por otro lado, los vetos mutuos entre ellos se fueron consolidando. El cambio mató al cambio. No sé cómo, de

reprocharnos al PP y al PSOE que no dialogáramos, Albert Rivera pasó a negarse a mirar a la cara a Iglesias. Yo me he sentado más veces a hablar con Rajoy que Rivera con Iglesias. También dialogar marca estos nuevos tiempos. Cs y Podemos lo deben llevar a la práctica, y superar la repulsión mutua.

Pero todo conspiraba contra el cambio, incluidas las marejadas internas. Sabía de antemano que los resultados en las elecciones de Galicia y Euskadi no iban a ser buenos, porque en la primera habíamos cambiado de candidato pocos meses antes y en la segunda el PNV estaba muy fuerte. Una curiosidad que aprendí entonces es que los buenos resultados en una comunidad autónoma son mérito del dirigente autonómico, mientras que si son malos la responsabilidad se atribuye al secretario general. Cosas de la vida, aquellas elecciones volvieron a servir para acusarme de perder desde la misma noche electoral, el 25 de septiembre de 2016. Despuntaba lo que algunos han llamado la «semana trágica» de nuestro partido, que no se entiende sin detenerme sobre los bulos de los que fui víctima.

EL PACTO DE FRANKENSTEIN QUE NUNCA EXISTIÓ

Ahora se llaman *fake news*, pero siempre se llamaron «bulos». Uno de los más dañinos que he sufrido en mi vida política, y ha habido varios, fue el que se difundió aquel verano de 2016 y que aseguraba que yo estaba dispuesto a pactar con los independentistas e incluso a formar Gobierno con ellos. A pesar de que siempre me ceñí a la resolución del Comité Federal del 28 de diciembre de 2015 que excluía a los partidos defensores de la consulta; a pesar de que perdí la votación de investidura aquel mes de marzo de 2016 por no aceptar el apoyo de los nacionalistas ni de los independentistas; a pesar de que en el acuerdo que había firmado con Cs meses antes habíamos incluido expresamente que no aceptaríamos ninguna votación que cuestionara la unidad territorial del país; a pesar de que, en cada comparecencia pública, volvía a ratificarme en mis ideas, el bulo creció hasta hacerme parecer amenazante ante mucha gente. Aquellas tres ideas que repetía hasta la saciedad eran: no nos abstendríamos para que gobernara Rajoy, no haremos concesiones que pongan en peligro la unidad y la igualdad de los españoles, y seguiremos intentando un Gobierno del cambio con Podemos y Ciudadanos.

Bajo esas premisas, y con la prioridad de evitar un Gobierno de Rajoy, comencé a establecer contactos con la mayoría de los partidos políticos del Congreso. Realmente hay una identificación dañina e interesada en la política española, consistente en equiparar el simple hablar con el diálogo; el diálogo con la negociación, y la negociación con la concesión. De manera que cuando dos dirigentes políticos hablan, ya estamos en puertas de una claudicación. Es verdad que mi propio partido contribuyó a este rechazo al diálogo cuando en la resolución, el Comité Federal vetó incluso el «sentarse» con partidos que defendieran el mal llamado «derecho a decidir». Si no te sientas con quienes piensan lo contrario que tú, ¿qué haces? ¿No reconoces su legitimidad parlamentaria? Si solo te sientas con quienes ya estás de acuerdo, mantienes una conversación, no una negociación. Entonces, ¿estamos excluyendo de la política el diálogo y la negociación? ¿Y justo cuando los ciudadanos habían votado un Parlamento fragmentado que obligaba a alcanzar acuerdos?

Me parecía entonces, y me sigue pareciendo, una irresponsabilidad desatender el mandato de cambio dialogado que nos ha dado la ciudadanía. La crisis catalana ha sido un terremoto estos últimos años y ha implicado un enorme retroceso en la política española y en su capacidad para empatizar y dialogar. Pero debemos salir ya de ese paradigma y recuperar la confianza en el diálogo y en la verdadera convicción de que cualquier idea es legítima si se defiende dentro de la ley y, por supuesto, sin recurrir a la violencia. Eso es lo que ha guiado siempre al PSOE, y eso nos ha hecho fuertes. Durante cuarenta años uno de nuestros valores políticos —fundamental para nosotros, pero sobre todo para España— ha sido nuestra capacidad de interlocución con todos, de arriba abajo, de izquierda a derecha. Alfonso Guerra lo explicaba con esta frase: «Los realmente capaces de negociar somos aquellos con los principios más firmes, porque sabemos cuáles son nuestros límites».

Yo había dado muestras evidentes de conocer los míos, pero aquello no pareció importar a los manufactureros de bulos. En el verano de 2016 ya se había empezado a difundir esa expresión del «Gobierno Frankenstein», que se me quería atribuir a mí, como si alguna vez hubiera dado síntomas de buscarlo. En aquellos meses mantuve una reunión muy interesante con Francesc Homs, de Convergència Democràtica de Catalunya (CDC), en la que ellos se mostraron dispuestos a aceptar que se constituyera una comisión en el Congreso para abordar la cuestión catalana. Públicamente seguían defendiendo el referéndum, pero esa era una posible estación de llegada

después de dialogar. Con toda lealtad, se lo comenté a Rajoy. Le dije que se conformaban con eso, que se lo ofreciera, y él incluso aceptó que era una idea «razonable». Sin embargo, no hizo nada porque pensó que le venía mejor electoralmente rechazarlo.

También mantuve una reunión con ERC, de la que Joan Tardà salió diciendo que no me apoyarían porque no había aceptado el mal llamado «derecho a decidir». Ellos mismos negaban el bulo, pero crecía de forma interesada, porque una parte considerable de la derecha mediática, más algunos de mis críticos, querían despertar contra mí todo tipo de sospechas para impedir que un Gobierno del cambio sacara a Rajoy de la Moncloa.

No hubo nada de eso, jamás negocié con los separatistas su apoyo a mi investidura, no hay nada que lo pueda atestiguar, ni mucho menos firmé un pacto con ellos. Ello no obstante, incluso en actos internos del partido, se difundió que yo tenía firmado un pacto con Podemos y los independentistas catalanes. Por suerte, alguien grabó aquella intoxicación, lo que permitió que algunos de los citados la desmintieran categóricamente. Sirvió de poco. Los rumores corrían como la pólvora en los meses de agosto y septiembre por los cenáculos madrileños, a menudo a partir de informaciones falsas de medios de comunicación. Las noticias falsas constituyen una seria amenaza para la democracia, pues multiplican la fuerza de los bulos, como ha quedado demostrado en otras votaciones, como la del *brexit* o las elecciones estadounidenses en que Donald Trump resultó elegido. La situación alcanzó un punto tan absurdo que, para acentuar la desconfianza en mi persona, se llegó a decir que tampoco podía aspirar a que durante la votación de investidura los diputados independentistas fueran al baño para permitir mi elección como presidente. Ausentarse del hemiciclo constituía, al parecer, una prueba irrefutable, no ya de su apoyo, sino de las supuestas concesiones que yo habría hecho.

No me di cuenta en su momento de cuánto daño me hizo aquel bulo. Ya había padecido antes otros intentos de desacreditarme con informaciones falsas o fabricaciones periodísticas. En las redes hubo una época en que se empezó a difundir que mi abuelo materno había sido un general franquista, porque había un general de Franco que se apellidaba Castejón: ese era el trabajo de investigación. Ese hombre no tiene nada que ver conmigo, pero ha habido medios de comunicación que me han invitado a explicar que esa persona no era mi abuelo. Me he negado porque me parece injusto que se

haya invertido la carga de la prueba: ahora se suelta un bulo en redes y el político debe demostrar que es falso en lugar de ser el medio quien pruebe que es cierto. La verdad histórica es que en mi familia materna, por desgracia, hay varios parientes que murieron fusilados en la Guerra Civil. Ese abuelo en concreto fue pescadero, no lo conocí apenas porque murió cuando yo era un niño. Esa es la realidad.

Esta y otras muchas acusaciones que se han vertido sobre mí se han ido demostrando falsas, como también el bulo del Gobierno Frankenstein, pero en aquel momento cobró mayor credibilidad por cuanto gentes de mi propio partido contribuían a difundirlo.

La propaganda de la derecha mediática fue enorme: el bulo del Gobierno Frankenstein me hizo mucho daño. De pronto fui consciente de que me imputaban una serie de hechos y decisiones, todas supuestas, sin ninguna base. Los presuntamente partícipes lo negaban, desde Miquel Iceta hasta Joan Tardà, pasando por portavoces del PNV. Pero los bulos han tenido mucha fuerza a lo largo de la historia, y los damnificados por ellos no podemos más que sentirnos desprotegidos: equivale a luchar contra un fantasma. Nadie sale a decir que tiene algún hecho, alguna prueba, algún documento, que demuestre la afirmación, pero con cada información se van sembrando las insidias, van creciendo las dudas y las sospechas... Usaban argumentos ridículos, como que ayudábamos a ERC a formar grupo en el Senado, y pretendían que eso demostrara algo, cuando era lo que habíamos hecho toda la vida. Además, se usaban dos varas de medir: cuando Rajoy pactó la formación de la mesa del Congreso con CDC nadie le criticó. Sin embargo, si yo defendía que ERC tuviera grupo en el Senado, entonces se me echaban encima para llamarme separatista y no sé cuántas cosas más. No tenía ningún sentido. Si hasta en mis reuniones con Pablo Iglesias trataba de convencerle de que aparcara lo del referéndum. Le decía que cómo iba a llegar a presidente de un país si no reconocía la existencia de ese país. En fin, trataba de hacerle reflexionar, nunca me planteé otra cosa.

Pero sobre todo hay razones de lógica política y de lógica orgánica que lo hacen todo absurdo. En el caso de que hubiera logrado un apoyo de los secesionistas, habría tenido que encargarme el rey que formara Gobierno. ¿Alguien cree que lo hubiera hecho sobre esas bases? Y en cuanto al Partido Socialista, en caso de haber alcanzado ese acuerdo, el Comité Federal lo hubiera tenido que ratificar antes de la votación en el Congreso, ¿no les

hubiera bastado con votar en contra y a continuación presentar una moción de censura contra mí por haberlo alcanzado? ¿No era más lógico dejarme presentar allí ante ellos con el pacto bajo el brazo para que quedaran a la vista mis intenciones? No, no era posible hacer eso, porque nunca hubo pacto, porque nunca me hubiera presentado ante el Comité Federal con esa propuesta, y porque ellos sabían que no existió tal acuerdo nunca.

Lo cierto es que, desde la resolución del Comité Federal del 28 de diciembre de 2015, todos los meses mantuvimos una nueva reunión, donde yo iba contando cómo estaban las cosas. Hice una gestión totalmente transparente de mi negociación. Compartía las decisiones, también con los territorios, en el debate sobre nuestra posición, a pesar de lo cual se aventaban falsedades sobre los pasos que iba dando.

El bulo fue tremendamente injusto por tres razones: uno, nunca hubo nada y quienes daban alas a las mentiras lo sabían; dos, yo no había sido presidente del Gobierno en marzo por negarme a aceptar un referéndum de autodeterminación; y tres, aun después de dimitir como secretario general, lo siguieron utilizando para desprestigiarme.

El verdadero Gobierno Frankenstein era el de Rajoy. Y estaba a punto de conseguir formarlo.

LA CAÍDA

EL PSOE Y ESPAÑA SE ANUDAN

A lo largo del mes de septiembre las filtraciones a los medios contra mí prosiguieron. La imagen de división interna iba aumentando, lo cual nos perjudicó enormemente en las elecciones gallegas y vascas, como si no hubiera suficiente con las dificultades que ya planteaba por sí sola la cambiante escena política.

Viví todo aquello con mucha tristeza, por el daño que le hizo al partido y porque pensaba que una parte de los dirigentes socialistas no estaban entendiendo los cambios que se habían producido en el país. Había una resistencia en ellos a entender que el sistema político había dado un vuelco, y la presión sobre mí era enorme, en los medios y en el partido. En cambio, lo que me encontraba por la calle, la frase que más me repetía la gente era: «Aguanta, Pedro, aguanta».

Al día siguiente de las elecciones gallegas y vascas, el lunes 26 de septiembre de 2016, y después de una profunda reflexión que había ido madurando desde los comicios de junio, propuse a la Ejecutiva la celebración del Congreso ordinario. Estaba claro que la decisión de abstenernos o no, crucial para la formación del Gobierno en nuestro país, dividía al partido y, por tanto, debíamos adoptar un acuerdo que ya en aquel momento se percibía como histórico. La disyuntiva en la que nos encontrábamos obligaba a plantear las posiciones abiertamente. Lo expliqué con estas palabras:

«Hay dirigentes que creen que debemos abstenernos. Piensan que, con 85 diputados, el PSOE no debe siquiera plantearse gobernar». Era evidente que existía una corriente de opinión que planteaba nuestro paso a la oposición, pero para ello debíamos primero abstenernos y dejar gobernar a Rajoy. Yo les pedía claridad: «Creo que necesitamos debatir, necesitamos

votar, y una vez debatido y votado, es muy importante que el PSOE tenga una única voz, no lo que ha ocurrido hasta ahora. Hay que trasladar el debate a la militancia en un Congreso. Por eso, el 1 de octubre en el Comité Federal propondré que el Congreso se celebre en diciembre con la elección por primarias del secretario general el 23 de octubre. Una vez que esto pase, debe haber una sola voz en el PSOE, la de su secretario general».

Era consciente de que la decisión entrañaba riesgos, pero, en cualquier caso, mi propuesta de primarias y congreso debía aprobarse en ese Comité Federal, donde ellos podían no solo votar en contra, sino incluso presentar una moción de censura contra mí, si les parecía que no debía seguir al frente del partido. Eso hubiera equivalido a discutir los asuntos con claridad, de frente, y de manera separada, pues los debates se mezclaban en una forma que hacía imposible dar la respuesta adecuada a cada uno. Sin embargo, optaron por una maniobra: la dimisión de 17 miembros de mi Ejecutiva, con la que pretendían forzar mi dimisión, que algún medio de comunicación dio por hecha en un titular. Probablemente no tuvieron en cuenta que los estatutos prevén que, en caso de dimisión de la mitad más un miembro de la Ejecutiva, hay que convocar un Congreso Extraordinario, y no constituir una gestora, como ellos pretendían. De manera que, aun contando entre las dimisiones algún fallecimiento, la consecuencia no era la que ellos pretendían, sino lo mismo que yo planteaba: un congreso, aunque yo lo quisiera ordinario y los estatutos lo decretaran extraordinario.

Cuando llegó aquel fatídico 1 de octubre, la decisión de que yo saliera de la dirección del partido estaba tomada, lo que consiguieron en un tumultuoso Comité Federal. Todo fue terriblemente duro, traumático. Viví algunas deslealtades minuto a minuto. Fue terrible en lo personal y me permitió saber a quién podía considerar amigo y a quién no.

En la rueda de prensa que di cuando dimité, me sentí liberado. «Lo he intentado, no ha podido ser, lo dejo», pensaba. Estaba calmado, y después de todo el día de angustia, tras una larga semana de maniobras cuestionables de gente muy querida en nuestro partido, ya solo pensé: «Hasta aquí. La organización ha decidido otra cosa, yo decido irme». Para mí había sido un orgullo y un honor haber desempeñado el cargo de secretario general y así se lo dije a mis compañeros al anunciar mi dimisión.

Al salir de Ferraz, tuve la sensación de que existían dos realidades paralelas. Había mucha gente esperando en la calle. El Comité Federal se

había retransmitido en directo por televisión a toda España, lo cual hizo que la maniobra quedara a la vista. Muchos militantes se habían congregado en la puerta, aguardando el momento de mi salida para transmitirme su apoyo y su cariño. Así lo hicieron, coreaban mi nombre. Los saludé desde el coche, y me quedé con el sinsabor del abismo existente entre la sala del Comité Federal y la calle.

Al llegar a casa, Begoña me esperaba con lágrimas en los ojos, porque no entendía bien lo que había sucedido. Empecé a cobrar conciencia de la capacidad de resistencia que yo podía llegar a tener, pues se había puesto a prueba en todos los meses anteriores. Nunca me había encontrado en situaciones tan traumáticas, e ignoraba cómo reaccionaría en esas condiciones de acoso, presión, agitación y, finalmente, de forzada dimisión. En mis años recientes en política me han ocurrido muchas cosas, me he encontrado mucho cariño por la calle y también mucho respeto de la gente. Eso te reconcilia con la política. Pero también han aparecido pintadas en mi casa insultándome. Siempre he asumido que esas cosas van en el sueldo. He llamado a la policía y las han borrado. Ni siquiera lo he denunciado. Mucho menos las he hecho públicas. Pero sin duda aquello fue lo más duro.

DOS REALIDADES

Había, en efecto, dos realidades que no eran fruto de mi percepción, como los hechos demostrarían después, sino muy tangibles: los militantes me apoyaban, pero la dirigencia del partido había logrado que me fuera. Me veían como alguien que no pertenecía a su círculo, como a un *outsider*, alguien ajeno a las élites que tienen todos los partidos, también el mío.

Desde el principio tuve esa incómoda sensación de intruso. Mi victoria en las primarias de 2014 se produjo con el apoyo de la federación andaluza, y ya entonces percibí que algunos me respaldaban solo para ganar tiempo hasta que Susana ocupara mi lugar. Obtuve el cargo de secretario general, pero esa élite no me concedió la legitimidad política para ejercerlo. Durante dos años y dos meses esa interinidad que algunos habían decidido para mi mandato volvía frágiles mis decisiones y mi posición en la dirección política del partido. En el proceso de primarias que tuvo lugar para sustituir a Rubalcaba en 2014 pesaron los aparatos y no la militancia. La dimisión de la mitad de

mi Ejecutiva demuestra la debilidad de mis apoyos internos desde el primer momento, cuando se conforma aquel equipo. De todas formas, siempre he pensado que los verdaderos propietarios del partido son los militantes, como acabó demostrándose en las primarias de 2017, pero no quiero adelantar acontecimientos, sino explicarlos.

Llegamos a aquel episodio terrible por un auténtico conflicto sobre quién ha de dirigir el partido. Ese choque hunde sus raíces muchos años antes, y está ligado a la historia de España y a su propia descentralización. Lo que estaba en juego era cómo se articulaba la distribución del poder en la organización. Durante mucho tiempo hemos tenido direcciones territoriales que han condicionado demasiado al secretario general nacional. Hoy tenemos una dirección federal, que consulta, coordina y coopera con los territorios, por supuesto. Somos un partido federal y somos un país muy descentralizado. Cuando se suscita el debate de la financiación autonómica, el secretario general del PSOE debe hablar con los territorios, desde luego, porque les incumbe. Pero otra cosa muy distinta es tener una ejecutiva federal hecha al dictado de las direcciones territoriales, porque eso dificulta ofrecer un proyecto de país. Esa debilidad del secretario general resulta nociva para España.

Además, tiene que ver con el reparto de poder interno. Los territorios tienen sus intereses legítimos, pero no pueden imponerse a los del conjunto, y esa visión global solo puede partir de una dirección federal autónoma, reconocida en su autonomía para la toma de decisiones. Tiene su lógica que, cuando el PSOE ha estado en la oposición, los líderes territoriales que gobiernan se hayan convertido en una referencia progresista de oposición al Gobierno conservador. Ellos gozan de enorme autonomía en sus territorios. De hecho, tras las elecciones de mayo de 2015, les transmití a todos el mismo mensaje: somos un partido de Gobierno, y vosotros ya sabéis lo que tenéis que hacer. Obtuvieron el apoyo de los comités autonómicos, donde les dijeron que debíamos gobernar. Para eso nos había votado la gente, para revertir las políticas conservadoras del PP. Resultaba pasmoso que, cuando lo que estaba en juego era el Gobierno de la nación, yo no disfrutara de una confianza equivalente. Era una incongruencia difícil de sostener. Esa estructura, con tanto peso territorial, había desdibujado nuestro proyecto nacional y nos había llevado a tener a menudo una visión parcial del proyecto de país. No solo el PSOE necesitaba fortalecer a la dirección federal. España

también necesitaba que lo hiciéramos.

LA PRESIÓN Y EL ALIVIO

En los días posteriores a mi salida de la Secretaría General me resultaba imposible no sentir alivio. La presión sobre mí en los últimos meses había sido de gran magnitud y especialmente destacada la de los medios. Se creó un clima absurdo, invocando un supuesto interés de Estado que pasaba por la continuidad de Rajoy, sin que nadie explicara por qué. Bajo esa coartada se orientaban las informaciones y las opiniones. Al final quien sale perdiendo es el propio Estado y la democracia. De repente, determinados medios decían actuar con sentido de Estado para así dar su apoyo explícito a una parte del partido: los defensores de sustentar a Rajoy.

Algunos medios de comunicación tampoco entendieron el proceso de cambio político en que estamos inmersos. Otros sí. En aquellos meses, me reuní con las cúpulas de varios medios importantes y expuse mi posición: «No voy a apoyar a Rajoy; voy a intentar un Gobierno de las fuerzas del cambio». Eso se tradujo en comentarios editoriales e informaciones que no son propias del periodismo, sino de quien está en la batalla. Y encima, con la vitola del sentido de Estado. ¿Qué Estado? Sería más lógico hablar de intereses. Yo respeto la línea editorial de todos los medios, incluso cuando esta destila un conservadurismo reñido con su propia trayectoria pero, en fin, eso es decisión de quien dirige los medios. En cambio, las informaciones son otra cosa. La información ha de ser veraz. En España hay muy buenos periodistas, pero en determinadas cúpulas hay demasiados intereses.

En aquellos momentos, vi con claridad que su posición formaba parte de una estrategia clara y definida. Jamás como entonces ha habido en nuestro país una escisión tan enorme entre la opinión pública y la opinión publicada. En todos aquellos meses, no me encontré a nadie en la calle que me pidiera hacer lo contrario de lo que estaba defendiendo. Un día un taxista me coge, yo llevaba las gafas de sol puestas; él aparentaba unos cuarenta años. Me doy cuenta de que me mira por el retrovisor, curioso, hasta que me dice: «¿Es usted quien es?». Le contesto: «Soy quien soy». «En los medios de comunicación parece usted Atila —me espetó—, pero no haga caso. Siga, siga usted como ahora, que va bien, que estamos todos muy contentos,

aguante usted.»

La gente veía las presiones como parte de una estrategia política. Hubo un momento en que todos los medios de papel coincidieron en su línea editorial, todos a favor de la abstención y todos contra mí, claro. Me quedé estupefacto, no había ocurrido antes. ¿Dónde está el pluralismo de los periódicos? En la radio y en la televisión es distinto, hay mucha más pluralidad.

Todo aquello me hacía mucho daño. Mi obligación es leer la información de los medios, estar atento a lo que dicen, y la sensación de no poder traspasar un muro para llegar de manera clara a la ciudadanía era frustrante. Muchas veces sentía una impotencia enorme, pero no solo por mí, sino porque es un síntoma claro de que a la democracia le faltan elementos de calidad en nuestro país. Se creó un estado de opinión en el que el PP no era responsable, solo lo era el PSOE, y no teníamos más alternativa que apoyar a Rajoy.

Es evidente que esos resortes político-mediáticos que tenía Rajoy lo defendían de su propia incapacidad y de su desidia en la acción de Gobierno, pero a costa de deteriorar la democracia. En eso los medios tienen una enorme responsabilidad. Los ejemplos son inagotables. ¿Dónde están las declaraciones de los policías de la Unidad de Delincuencia Económica y Fiscal (UDEF) que pasaron por el Congreso de los Diputados señalando indiciariamente a Rajoy? De repente hay un silencio corporativo. Hay noticias gravísimas, que hablan del deterioro institucional de nuestro país, por las que algunos medios pasan de puntillas. Soy muy consciente de que los medios no son neutrales, y entonces había enormes intereses empresariales y mediáticos a favor de que permitiéramos gobernar a Rajoy.

Para mí aquello fue un choque de realidad. Quizá parezca ingenuo, pero creía que las cosas eran más auténticas. Los periodistas de a pie sufren una enorme precariedad laboral, pero los medios pertenecen a unas élites que tampoco querían entender los cambios que se han producido en la política y la sociedad españolas. Cuando se dedican a la defensa de unos intereses que no son los de sus lectores, no están cumpliendo su papel social, crucial en una democracia.

La periodística es una élite temerosa del cambio, que defiende un *statu quo* que ya no existe. La realidad le es ajena, y esto es dramático cuando hablamos del periodismo, que debe estar en contacto directo y cercano con la

realidad existente, porque es la materia prima con la que hacen su trabajo. Ellos, sin embargo, han decidido ignorarla. Dicen estar preocupados por su país, pero les importan muy poco sus ciudadanos. Desconocen el día a día de la gente, no empatizan con sus problemas y sus preocupaciones reales.

Algo parecido sucede con algunos dirigentes empresariales. Me decían siempre que estaban muy preocupados, pero se trata de personas que, pese a ser referentes sociales o empresariales, han perdido la conexión con la gente, y que tratan de analizar con anteojos anticuados una realidad distinta. Mantuve muchas reuniones aquellos meses de 2016, y las sigo manteniendo, y siempre salía con la misma sensación: no sé qué esperaban de mí, de nosotros, de los socialistas. Soy el líder de un partido de izquierdas, defendiendo otros intereses, los de la clase media trabajadora, que ha sufrido mucho estos años de crisis. Mi planteamiento es socialdemócrata, no engañamos a nadie, pero, para mi incredulidad, los grupos empresariales y mediáticos parecían esperar otra cosa de mí.

Por supuesto, podemos tener una coincidencia en temas esenciales para el país, pero nuestra orientación política es socialista, porque es en lo que creemos. No sé por qué esperaban otra cosa de nosotros. Salía de las reuniones con la percepción de que querían un PSOE domesticado. No daba crédito a ciertas posiciones, que cada vez me generaban más rechazo. La llamada presión del Ibex yo la sentí a través de los medios de comunicación. Ha habido un poder económico que ha jugado a la división de la izquierda y verdaderamente ha coqueteado con la idea de que el PSOE dejara de ser una opción, pero no porque creyeran que Podemos era una fuerza regeneradora, sino porque sabían que no es una fuerza de Gobierno. Querían pasar de un sistema pluripartidista a un sistema monopartidista. Fueron los principales aliados de Rajoy.

Me he reunido y me reúno con grandes empresarios; con ellos, siempre tuve muy claro que hay una línea muy fina entre respetar la autonomía de tu proyecto político y no hacerlo. Para mí lo más importante en este trance fue salvaguardar la autonomía del proyecto socialista y seguir construyendo después. Les decía: nuestro objetivo no es hacer a Rajoy presidente, para eso no nos han votado. El sistema es ese. ¿Por qué el PSOE va a tener que asumir toda la responsabilidad cuando los españoles le han encargado ser la alternativa al PP?

En ese sentido algunas veces tenía conversaciones con grupos

mediáticos a los que explicaba esta posición. He de reconocer que eran respetuosos conmigo; a fin de cuentas, era el secretario general del PSOE. La respuesta la encontraba al día siguiente en los editoriales. Esa gente que habla del Estado debe entender que el Estado y el sistema es la voluntad de sus ciudadanos.

Esa es la realidad con la que tenemos que trabajar, soy muy consciente. La realidad de que el conservadurismo gana muchas batallas culturales porque cuenta con el beneplácito de numerosos medios y el apoyo del *establishment* económico. Rajoy puede pactar con el PDeCAT para la Mesa del Congreso pero yo no puedo ni verme con ellos, mientras se fabrican bulos sobre un Gobierno Frankenstein. Los casos de corrupción de Rajoy le han pasado factura a todas las instituciones, pero él seguía sentado en la Moncloa. Eso debía haber tenido un coste en términos de opinión pública que no ha sido mayor por la connivencia de ciertos medios de comunicación.

El deterioro institucional nos perjudica a todos. Pero tengo claro que la desafección hacia la política que ha generado el PP no la ha logrado el PP solo, sino toda una maquinaria mediática, ideológica, económica... Rajoy apenas legisló en sus últimos dos años, lo único que hizo fue aprobar unos presupuestos, y con enormes dificultades. No hizo nada más. Sin embargo, en los medios no se criticó esa parálisis, pese a que el mundo está cambiando por minutos y dejar nuestro país estancado puede significar un retraso para una generación entera.

A nosotros, en cambio, los medios nos pasan todas las facturas. Hay una mayoría social, un 54 % según el CIS, que se sitúa en el centro izquierda, pero la élite no está ahí. Nosotros somos la izquierda de Gobierno, y gobernamos siempre en un contexto mucho más complicado. Hay que cambiar el *statu quo* desde abajo, con el poder del voto y la ciudadanía. Hubo un tiempo en que los ciudadanos interpretaron que el PSOE no estaba con ellos, sino con la élite. Yo rompí eso y ahora está claro que el único partido que realmente cree en el cambio es el PSOE. Lo demostramos con nuestra voluntad de llegar a acuerdos con todos los partidos de la Cámara cada día. Eso es hacer política. Estos supuestos defensores del Estado —que sostuvieron a Rajoy contra toda racionalidad política— deberían reflexionar sobre qué Estado quieren y bajar a la realidad, porque viven muy lejos de ella. La parálisis se produjo también gracias a su contribución. España ha perdido varios años y ellos también son responsables.

EL DESCANSO AMERICANO

Aquella noche hablé largamente con Begoña. Necesitaba retirarme de la escena, poner distancia y asimilar todo lo que nos había ocurrido. Le propuse a mi mujer irnos unos días para descansar. En aquellos días, y a lo largo del difícil mes que aún me quedaba por delante, tanto ella como mi familia me apoyaron incondicionalmente, transmitiéndome que, fuera cual fuera la decisión que tomara, estarían ahí para lo que yo necesitara.

Compré los billetes y nos fuimos a ver a unos amigos que residían en San Francisco. Aquel retiro nos sentó muy bien, me ayudó a ir ordenando toda la vorágine de acontecimientos que había vivido en los últimos meses, gracias a estar cerca de mis hijas y las largas conversaciones con mis amigos y Begoña. Fueron unos días de lentitud que me permitieron asimilar la aceleración de los hechos y así fui también empezando a meditar sobre el futuro. ¿Qué hacer? ¿Volver a la política? ¿Dedicarme a otra cosa?

Al regresar comencé a hablar también con antiguos colaboradores. Entretanto el debate interno socialista se centraba en cuándo se iba a celebrar el Congreso y, sobre todo, en resolver la posición del partido sobre la investidura de Rajoy, y en cómo se resolvería, si se consultaría o no a la militancia, lo que finalmente no se hizo, según la gestora por falta de tiempo. El hecho es que en las agrupaciones locales se empezaron a celebrar, de forma espontánea, asambleas para posicionarse contra la abstención, un movimiento tectónico de gran alcance que no fue escuchado por la gestora.

La fecha de la investidura de Rajoy se fijó para el 29 de octubre de 2016 y eso llevó a muchos diputados cercanos a mí a consultarme sobre cómo debían votar en el Comité Federal que decidiera definitivamente la posición del partido, primero, y después cómo votar en ese Pleno. Muchos se negaban a franquear el paso a Rajoy, y más aún después de mi dimisión. Hablé con mucha gente en privado, no en público. Decidí esperar a ver si la nueva dirección permitía la libertad de voto en el grupo parlamentario.

Solo se necesitaban unos cuantos votos nuestros para que gobernara Rajoy, y esa hubiera sido la decisión inteligente: que un puñado de diputados se pusieran en pie y pronunciaran la fatídica palabra «abstención», dejando clara la nula convicción con que tolerábamos ese Gobierno de Rajoy. Sin

embargo, la gestora decidió que se abstuviera todo el Grupo Socialista para dificultarme la situación. De nuevo, me encontraba en una disyuntiva grave. No podía en modo alguno votar contra la decisión del Comité Federal: había sido secretario general y había exigido ese compromiso a los demás. No obstante, tampoco podía abstenerme frente a Rajoy después de haber dimitido como secretario general por defender lo contrario y por negarme a la abstención. Pedí consejo, hablé con los territorios que me apoyaban, con gente de confianza. Cada uno me decía una cosa, las aguas bajaban muy agitadas. Y en medio de todo aquello, una conversación fue especialmente fructífera: la que mantuve con Cándido Méndez.

Él es un hombre de partido, honesto y con una visión política clara, construida en una trayectoria como secretario general de UGT, un sindicato con clara vocación política y hermano de nuestra organización. Me dijo:

—Tienes que hacer dos cosas. La primera, dejar el escaño; la segunda, volver a presentarte.

Él veía que abstenerme significaba incumplir mi compromiso con los ciudadanos que me habían votado. Pero votar en contra de Rajoy —desobedeciendo las directrices del Comité Federal—, como en su opinión debía hacer, me incapacitaría moral y políticamente para ser de nuevo secretario general. La única forma de sortear el dilema era dimitir y dejar mi escaño.

Me impactaron sus palabras. En aquellos días me llamaba mucha gente, venían diputados del «no» a mi despacho, porque se encontraban en una posición difícilísima, y querían mi consejo. Yo tenía un dolor de cabeza perpetuo, desde que me levantaba hasta que me acostaba.

Tomé la decisión de dejar el Congreso, y creo que ese día me respondí a mí mismo —aun de forma inconsciente— a la pregunta de si volvía a presentarme, aunque no me lo pareciera. Cándido me dijo lo que yo sabía internamente. Es una persona generosa, con cuyo consejo siempre he contado, tanto en temas socioeconómicos como en asuntos políticos. Él me decía:

—No eres consciente de la trascendencia de lo que has logrado en este tiempo, no puedes tirarlo por la borda.

MI DIMISIÓN COMO DIPUTADO

La víspera de la investidura de Rajoy, el 28 de octubre de 2016, anuncié mi dimisión y presenté mi renuncia al acta de diputado. A continuación, realicé una de las comparecencias de prensa más difíciles de mi vida, pues trabajar como diputado, representando al pueblo español, ha sido uno de los mayores honores de mi vida, como lo sería para cualquier ciudadano comprometido con su país que crea en la política.

Después me fui directo al garaje del Congreso, donde tenía el coche aparcado. Me embargaba la emoción y más aún cuando vi allí, en los sótanos, a mi equipo más cercano, la gente que ha trabajado conmigo con absoluta lealtad: Juanma, Maritcha, Patricia..., que había bajado para despedirse. Fue emocionante pero lo más sorprendente fue la reacción de las señoras de la limpieza del Congreso, que también empezaron a aparecer allí en el garaje. Me impresionó mucho su gesto. Ellas, como todo el personal administrativo y de servicios del Congreso, mantienen una exquisita neutralidad, pero aquel día todo se desbordó. Se acercaban a mí, me daban dos besos, me pedían que volviera.

Finalmente pude subir a mi coche y, al asomar por la rampa del garaje, vi las aceras de la Carrera de San Jerónimo repletas de gente, una multitud que me reconoció y comenzó a aplaudirme y a decirme cosas como «¡bien, Pedro!», «¡fuerza!». Reconozco que no era muy consciente de todo lo que estaba ocurriendo: había sido un marasmo de decisiones, emociones y razones, tan acelerado y tan mezclado.

CON MI FAMILIA EN LA OFICINA DE LA SEGURIDAD SOCIAL

Recibí una ovación multitudinaria al salir del Congreso aquel viernes por la noche. El lunes por la mañana estaba en la oficina de empleo. Obama describe muy bien en *La audacia de la esperanza* cómo es la naturaleza del proceso que viven los políticos cuando se presentan a una elección, ya sea interna o general. Entre ganar o perder no hay un pequeño peldaño en una carrera profesional, como le ocurre a la mayoría de la gente en sus trabajos, sino el todo o nada, algo que te afecta incluso físicamente. En mi caso ese abismo consistía en que en marzo me preparaba mentalmente para ser presidente y en octubre estaba en el paro.

Junto a mis hijas, que me acompañaron aquella mañana, seguí

desarrollando mi resiliencia —mi capacidad de crecer en la adversidad— y fortaleciéndome en la incertidumbre. Cogí el ticket del número de orden y los tres nos sentamos a esperar. La gente venía a hacerse fotos conmigo, se formó cierto revuelo y salió la directora de la oficina:

—¿Qué hace usted aquí, señor Sánchez?

—Esperar —le dije.

Me atendieron con gran amabilidad. Me preguntaron por qué me daba tanta prisa y expliqué que no quería dejar de cotizar. Los diputados tenemos un convenio especial con la Seguridad Social. Cuando dejé de ser diputado, me acogí a ese convenio que permite realizar una aportación para seguir cotizando, lo que hice con algunos ahorros que tenía. Ya me advirtieron que el trámite tardaba, y efectivamente el Congreso no es lo más rápido a la hora de darte los papeles. En fin, así transcurrió mi primer día después de dimitir.

En los días siguientes, mis hijas estaban desconcertadas. En los dos años y medio anteriores las había visto poco y ahora estaba todo el día en casa.

—Me encanta que estés prejubilado —me dijo la pequeña.

—Jajajaja, ni estoy prejubilado ni sé dónde has aprendido esa palabra —le contesté—. Pero estoy muy contento de estar con vosotras más tiempo.

Yo les explicaba las cosas para ayudarlas a entender, porque para ellas tampoco resultaba sencillo. Carlota estaba más triste, porque la casualidad quiso que en aquellos días ella se presentara a delegada de clase y no saliera elegida. Algún compañero le dijo: «¡Como tu padre!». Los niños pueden llegar a ser crueles. Lo sorprendente es que ella no me contó nada, fue Begoña quien me alertó. La fortaleza de mi hija me impactó gratamente.

Seguí viendo sectarismo en los días siguientes. Daba la impresión de que querían borrarle de la historia del partido, como si mi etapa no hubiera existido, como si hubiera sido un paréntesis, un desliz de la organización. Aún sentía mucha presión, pues había comenzado el debate sobre qué iba a hacer yo, si me presentaría o no. Había cámaras de televisión apostadas en el portal de mi casa, pero poco a poco fui encontrando la paz en mi familia.

No se sabía cuándo iba a celebrarse el Congreso, lo cual incrementaba la incertidumbre. Tenía algo de dinero ahorrado, más lo que me correspondía como indemnización del Congreso. Alguna gente cree que los diputados salimos de allí con pensión vitalicia y la realidad es que ni siquiera tenemos una prestación por desempleo. Nos corresponde un mes de sueldo por cada año que hemos estado en el Congreso y eso cobré.

Entonces, de repente ocurrió algo que revela la dimensión del cisma existente en el partido en aquel momento y que, por suerte, hemos conseguido cerrar para siempre. La propia militancia, sin yo hacer ni decir nada, se organizó para pedir primarias con carácter inmediato. Sentía que ni siquiera tenía tomada la decisión y la militancia ya se organizaba. Lo veo ahora en perspectiva y todo lo que hice fueron los pasos lógicos que conducían a que me volviera a presentar, porque, si hubiera querido abandonar la política, con votar «no» y marcharme lo habría solucionado. O si hubiera querido seguir en otro plano, como un diputado más, me hubiera abstenido y me habría quedado. Mis decisiones tenían una consecuencia lógica, que era presentarme, pero en aquellos momentos de descompresión no lo tenía claro, a pesar de haber dicho en la rueda de prensa de mi dimisión que comenzaba a trabajar para cambiar el rumbo del PSOE.

Hechos así dan la magnitud de lo que ocurría. Esa forma autónoma de organizarse la militancia de base tras mi dimisión y hasta la investidura, reclamando el «no», primero; una consulta a la militancia, después; y, consumada la abstención, unas primarias inmediatas. Es un movimiento espontáneo, que yo no coordino, no lidero, se monta a través de las redes, las agrupaciones, empiezan a hacer asambleas. Recuerdo que todo aquel mes de octubre de 2016 los militantes piden asambleas, y se celebran muchas cuyas resoluciones son favorables a celebrar una consulta para votar «no» a Rajoy.

Desde la dirección se hace caso omiso de ellas, sin ver que ahí ya está el germen de lo que va a ocurrir después de la investidura a Rajoy: una rebelión espontánea de la militancia. Quien lidera eso son los diputados del «no»: Margarita Robles, Susana Sumelzo, Odón Elorza, Zaida Cantera, María Luz Martínez Seijo, Sofía Hernanz... Honestamente, en aquel momento no sé muy bien si estoy en eso, si quiero seguir mirando hacia mi partido o empezar a pensar en otros horizontes. Me vienen algunos de ellos a hablarme y yo les digo: «Encantado de echar una mano, pero no estoy seguro de querer estar en primera línea o de si voy a dejar esto...».

Durante unos meses me centro en reflexionar sobre qué hacer. Mi núcleo de confianza se había roto y en ese momento hay dos personas cuyas opiniones son cruciales para mí. La primera es Begoña. Siempre me dijo que debía presentarme, y su apoyo fue enorme, porque en esos meses fue ella quien sustentó a la familia. Nunca pierdo de vista mis obligaciones con ella y con mis hijas, pero Begoña me insistía en que no pensara en eso, sino en la

gente que estaba junto a mí, en todos los militantes, simpatizantes y votantes que me apoyaban. En aquellos meses Juanma Serrano, mi jefe de gabinete en la Secretaría General, fue quien más aguantó mis tribulaciones y más me animó a tirar para adelante. En ese final de 2016, él es la persona que me vincula con el mundo exterior y con los militantes que se iban autoorganizando de forma espontánea en el partido. Me pone al tanto de lo que está sucediendo internamente, y sobre todo de un fenómeno significativo, una vez que Rajoy ya estaba en el Gobierno: las plataformas del «no es no», integradas por afiliados, siguen activas. Mucho de lo que he logrado es gracias a Juanma Serrano, que me apoyó en los momentos más difíciles siendo un amigo y colaborador leal, algo que siempre agradeceré.

En aquellos tiempos hay varias personas del partido que van fortaleciendo sus vínculos conmigo: José Luis Ábalos, Adriana Lastra, Santos Cerdán, Sofía Hernanz, Francisco *Quico* Toscano, Susana Sumelzo y Rafa Román son algunos de ellos. Vamos creando una complicidad muy especial que, en algunos casos, no existía. Algunas de ellas, como Adriana o Susana, habían pertenecido a mi Ejecutiva y las conocía bien. A ambas trataron de convencerlas posteriormente de que apoyaran la candidatura de Patxi López. Adriana, una mujer con coraje, les dijo: «El único que puede corregir este proceso y ganar es Pedro». Era una opinión que también compartía gente como Ábalos. En él descubrí a una persona consistente. Sus intervenciones en el Comité Federal eran contundentes, me defendía pese a que hasta entonces apenas nos habíamos tratado. Él me decía: «La posición socialista de negarnos a dejar gobernar a la derecha se identifica contigo. Tú has acumulado un inmenso capital político de coherencia y eso no se lo puedes traspasar a nadie».

Personas con las que hasta ese momento no había tenido una especial relación fueron cobrando peso y acercándose a mí. Uno de ellos es Josep Borrell, con quien mantuve una conversación intensa y sumamente interesante, tanto desde el punto de vista político como desde el personal. Me había llamado el día de mi dimisión y habíamos quedado en hablar con calma. Le puse un mensaje y quedamos para dar un largo paseo en torno al pantano de Valmayor, en las afueras de Madrid. Él había pasado por algo muy parecido veinte años antes: también ganó unas primarias y después el aparato se encargó de hacerle la vida imposible para que se marchara. Parecían trayectorias paralelas. Caminamos largo rato por el campo, eran días

muy fríos ya, y en el intercambio de nuestras experiencias encontramos una afinidad y un acercamiento que significaron el comienzo de una relación importante para mí. En un momento de la conversación, Pepe me preguntó si me iba a presentar. Le dije la verdad, le manifesté mis dudas y mis cavilaciones: no había tomado la decisión. Supe que, si finalmente daba el paso, contaría con su apoyo y eso me reconfortó mucho. Se trataba de una persona a la que yo no había conocido apenas, pero que me defendió, tanto en el Comité Federal como en los medios. Se lo agradecí mucho, y sé que lo hizo por convicción política, no por una cuestión personal. Es una persona ética, con convicciones, transparente. Era plenamente consciente de lo que había sucedido en el partido, del significado histórico de aquella votación, y también de lo que me había ocurrido personalmente. Pero, sobre todo, sabía el desafío que tendría por delante si decidía concurrir a las primarias: «No han hecho todo esto para dejar que vuelvas a presentarte y ganes», me dijo.

LA DECISIÓN

En los dos meses posteriores a mi salida de la política, mientras rumiaba mis dudas sobre si volver o no, se me acercaban algunas personas que confiaban en mí de manera personal. Muchas otras lo hacían porque percibían la cuestión política que estaba en juego. Casi siempre los medios de comunicación abordan las luchas internas de los partidos como meras luchas por el poder. Está claro que tienen ese componente, y deberíamos tomarlo con naturalidad puesto que uno de los aspectos de la política es esa batalla, interna o externa, por alcanzar el poder. No deberíamos escandalizarnos: uno puede tener unos ideales maravillosos, pero si no tiene el poder no podrá transformarlos en realidad. Para desarrollar las políticas en las que uno cree, debe ganar batallas por el poder, nos guste o no.

Sin embargo, hay una enorme diferencia entre una lucha por el poder que lleve aparejada una confrontación de ideas y otra que se base en el mero personalismo, en ese politiquero ramplón que tanto nos disgusta a muchos y especialmente a los ciudadanos, que sienten, con toda razón, que las cuestiones importantes quedan marginadas en esas discusiones. La división en el PSOE que alcanzó su punto álgido con mi dimisión tenía una dimensión política que sobrepasaba con mucho mi decisión personal, algo de lo que fui cobrando conciencia poco a poco.

Al mismo tiempo que la militancia se fue autoorganizando en las plataformas del «No es no», un grupo de personas tiraba de mí porque eran conscientes de que esos militantes necesitaban un liderazgo. La posición política de no permitir gobernar al PP había sido derrotada en el Parlamento, pero no en el partido. Antes al contrario, estaba más viva que nunca. Ábalos me insistía en que hiciéramos un acto en su comunidad, la valenciana. Yo le reiteraba que no había decidido nada, y él me contestaba que, aunque no lo hubiera decidido, debía dirigirme a una militancia que se sentía huérfana y

necesitaba saber de algún modo que yo estaba ahí.

Finalmente, me convenció y a finales de noviembre, apenas un mes después de mi dimisión como diputado, celebramos aquel acto en Xirivella, donde el alcalde es el socialista Michel Montaner, con una parada posterior en Sueca. Aquel mes lo había pasado leyendo, viendo amigos, me había procurado una cierta desconexión del mundo porque mentalmente lo necesitaba.

El acto de Xirivella fue impresionante. No esperaba más de 300 personas. De repente, me encontré con más de 1.000, todas las previsiones se desbordaron, incluso las de quienes sabían, como Ábalos, que había mucha más gente detrás de mí de lo que yo era consciente. Les hablé durante casi 20 minutos, les dije que aquello era un acto de militantes socialistas, que yo estaba allí en calidad de tal, y que sabíamos que debíamos organizarnos para lograr hacer realidad nuestros ideales. La gente intervenía con pasión. Ningún socialista que viera aquello, estuviera o no de acuerdo conmigo, podía negar la energía política y humana allí reunida, el modo en que todos se sentían conectados con los principios socialistas y el compromiso político de trabajar para cambiar la realidad. Al final del acto no paraba de llegar gente a abrazarme. Creo que se debieron de acercar el millar allí congregado a saludarme, a darme su calor. Resultó emocionante, la gente intervenía con fuerza. El movimiento que ya entonces se estaba generando en el partido era evidente; su potencia y su ilusión, imparables. Salí aturdido, entre la sorpresa y la emoción.

—Esto es lo que hay —me dijo Ábalos.

Unos días después, esta vez tirando de mí la mano de Adriana Lastra y los compañeros asturianos, celebramos un acto similar en El Entrego, en plena cuenca minera. Asturias era un lugar particularmente simbólico, ya que Javier Fernández, el presidente del Principado, encabezaba la gestora. Organizaron el acto en la calle, con un estrado muy austero y unos micrófonos, bien entrado diciembre. Hacía un frío glacial, pese a lo cual nos congregamos en la plaza 1.500 personas. Tuve doblemente la sensación de salir de un congelador, por el frío que hacía y por el calor que me transmitieron todos aquellos militantes, simpatizantes y, como a mí me gusta llamar a mi público, «socialistas de corazón». Parecía que el pueblo entero se había volcado para recibirme. Adriana me había dicho que iría mucha gente, pero ella misma también quedó sorprendida. Lo más emocionante fue ver los

rostros de la gente. Aquel segundo acto mío, y a pesar de que no anuncié nada, daba esperanzas a la militancia de que su rebelión se pudiera organizar y contar conmigo. Insistí en las cuestiones que se debatían internamente en aquel momento: el Congreso y las primarias debían celebrarse cuanto antes, pues todo el tiempo que tardáramos era tiempo que le estábamos regalando a Rajoy en el Gobierno. Del acto tan emotivo en Xirivella, Renato, un extraordinario pintor, hizo un cuadro precioso, en el que las cabezas de una multitud de personas, arracimadas en torno a mí, casi fundidas entre ellas, se asemejan a rosas rojas. Entonces no teníamos ni idea, pero aquel cuadro, serigrafiado y reproducido cientos de veces, nos serviría durante la campaña de primarias para recaudar fondos.

En aquellos días hubo muchos militantes generosos y desprendidos que recuperaron su ilusión. Algunos se acercaban a decírmelo: hacía meses o años que no pisaban su agrupación, pero aquello los había espoleado y habían visto la necesidad de incorporarse activamente a la batalla política. Los militantes, que no habían sido escuchados en la decisión más dramática del partido en los últimos cuarenta años, ardían en deseos de participar en política. Aquella energía, aquella movilización, fuera cual fuera mi decisión final, representaba sin duda una gran noticia para el PSOE, pese a que desde la gestora trataran de restarle importancia. Creo que estaban convencidos de que no me presentaría.

Entretanto, Juan Manuel Serrano, mi jefe de gabinete en la Secretaría General, junto a otros militantes de Madrid, organizaron una reunión a finales de año. Juanma y Maritcha, mi jefa de prensa en Ferraz, han sido mis principales pilares emocionales, algo por lo que les estaré eternamente agradecido. En fin, ellos y otros muchos seguían empeñados en persuadirme. Los titulares de prensa lo llamaron «la reunión de los cargos intermedios», pues allí se congregaron más de setenta. El objetivo de aquellos encuentros, lo sé, era hacerme ver la necesidad de que me presentara, pero yo no quería despertar falsas expectativas. Había quien se había entusiasmado cuando yo dije, en mi despedida como diputado, que cogía el coche para ponerme en camino a recorrer las agrupaciones de toda España. Después había venido el parón y alguna gente no comprendía que me tomara tanto tiempo para pensarlo. Sin embargo, lo cierto es que la ruptura de mi círculo de confianza en aquellos meses influyó de forma decisiva en mi ánimo y me hizo dudar.

En menos de dos meses, los militantes ya se habían autoorganizado para

exigir el Congreso inmediato y también se había construido ya, de forma espontánea, un círculo de personas llenas de confianza en mí y de convicción. Ellos eran conscientes de mi estado de ánimo y por eso tiraban de mí y me organizaban aquellos actos, para que pudiera pulsar personalmente el estado de ánimo de las bases. Era su forma de convencerme.

Al mismo tiempo, el esfuerzo de todos ellos me conmovía. Aquellos setenta «cargos intermedios» eran gente que luchaba por hacer del PSOE el partido que representara las ideas en las que creían, ellos y gran parte de la militancia. Celebramos aquella reunión en la que todos intervinieron para persuadirme de que me presentara. Después, dieron la cara ante los medios Adriana, José Luis Ábalos y Quico Toscano, el alcalde de Dos Hermanas. Es probable que muchos pensaran que dónde iban esos locos, y lo cierto era que su compromiso aumentaba a medida que daban la cara por mí y se comprometían en público.

Poco a poco se iba viendo que ni se trataba de una locura ni eran un puñado de amigos ni la cuestión que estaba en juego era una decisión personal mía. Fui cobrando conciencia de ello en los distintos foros de debate político a los que fui invitado en aquellos meses finales de 2016 y los inicios de 2017. Estuve en Grecia, en Sudáfrica, pero el primero de todos fue en México, en la conferencia Movimientos progresistas y ciudadanos en América Latina y Europa, que organizaron conjuntamente la Fundación Ebert, de los socialdemócratas alemanes, y la mexicana Fundación Lázaro Cárdenas. La crisis del PSOE y, en el fondo, la de España, había tenido una enorme repercusión en México. Intervine inaugurando el foro, en un panel sobre Gobiernos progresistas y poder ciudadano con la colaboración de la UNAM, ante unos 300 o 400 estudiantes. A todos les preocupaba el futuro del socialismo en España.

A continuación, mantuve varias reuniones con todos los partidos de la izquierda mexicana. Todos habían conocido lo ocurrido a través de los medios, pero tenían ganas de escuchar mi versión y, naturalmente, de darme su recomendación. Tuve oportunidad de conocer de primera mano el Morena, el Movimiento por la Regeneración Nacional que lidera Andrés Manuel López Obrador, el actual presidente de México. En todas las conversaciones, la pregunta recurrente era si me iba a presentar. Y siempre era lo mismo: que debía hacerlo. No hubo ni uno solo que no me animara a ello. Recuerdo especialmente a un representante de un partido de izquierdas que encarna el

comunismo allí, con sus vínculos cubanos y norcoreanos. No éramos afines ideológicamente, pero él tenía unos vastísimos conocimientos políticos, y me dijo: «A veces la vida te pone en un punto de la historia en el que no tienes más remedio que seguir». Vino a decirme que no tenía elección, pero sobre todo su frase me impactó porque veía cómo se situaban todos los acontecimientos en el curso de la historia, y veía que todo aquello era mucho más grande que yo. A veces poner distancia, y yo puse miles de kilómetros para llegar a México, te acerca más a la realidad.

También coincidí con Bibiana Aído, que trabaja en ONU Mujeres, e igualmente había sido invitada al foro. Igualmente me dijo que me tenía que presentar. Yo aún debía poner mis ideas en orden.

Poco tiempo después viajé a Grecia, al Foro Económico de Delfos, donde se debatía sobre la izquierda en el sur de Europa. Compartí largas y buenas conversaciones con dirigentes del Pasok, que habían vivido con enorme desgarró la crisis del socialismo español. Una conversación fue especialmente interesante. En la mesa estaban sentados conmigo más de 30 dirigentes socialistas griegos, entre ellos algunos que habían sido ministros, comisarios europeos... en fin, líderes socialdemócratas de peso. Tenían un enorme interés en transmitirme su mensaje de alerta: que no les ocurra a los socialistas españoles lo que nos sucedió en Grecia; que no se hunda el PSOE como el Pasok por pactar con la derecha cuando la gente más necesita las políticas sociales.

Su debate era muy interesante, parecido al que nosotros teníamos sobre qué debía hacer la socialdemocracia. Muchos de ellos pensaban que el Pasok ya no daba más de sí y que debían construir algo nuevo. Ahora trabajan en esa reconstrucción del espacio de la izquierda después del fracaso de Syriza. Alexis Tsipras puede perder las elecciones y, en ese caso, dejar la izquierda huérfana de referencias. Estaban angustiados porque ven ese horizonte de las elecciones en 2019 y se enfrentan a un grave dilema respecto a cómo actuar. Cuando estuve con ellos se estaba negociando el paquete con la troika, de nuevos recortes, de más austeridad. Todo eso lo reflejaban en mí: sus ideas sobre lo que debía hacer la socialdemocracia en España y, especialmente, sobre lo que no debía hacer coincidían con las mías, tanto en su relación con los conservadores como con la izquierda de Syriza. Se trata de una izquierda sin discurso, sin un sustento ideológico sólido y que se apoyó en la ultraderecha para formar Gobierno. Al final Tsipras ha acabado como

observador del Partido Socialista Europeo, porque, cuando no tienes raíces claras, tan rápido como has ascendido te hundes.

El problema no es Syriza, claro, sino que al final el sistema político griego se ha convertido en un monopartido. El resultado es la hegemonía total de la derecha. Por eso la izquierda está debatiendo cómo recomponerse, entre dos tendencias: una más izquierdista y otra más socialdemócrata. Interesante lo que está pasando en Grecia.

Si bien la situación griega no era trasplantable a España, como tampoco la mexicana, el debate estaba presente en todo el mundo. También en Sudáfrica, donde me invitaron a participar en la New Global Progressive Construct Convention. La izquierda se está encontrando con que su fragmentación le impide ser competitiva electoralmente frente a la derecha. En el proceso de globalización que está viviendo la política, aunque los Estados sigan teniendo fronteras, las experiencias políticas se asemejan. La izquierda necesita compartir esas experiencias para aprender y enriquecerse mutuamente.

Por desgracia todo este debate de fondo apenas tuvo reflejo en los medios españoles. Plantear los conflictos políticos como luchas personales puede resultar más entretenido, pero presenta un problema: empobrece sobremanera el debate público.

Fuera de nuestro país se veía con toda claridad. Así me lo transmitió Anne Hidalgo, la alcaldesa de París, con un mensaje: la socialdemocracia se juega mucho en todo esto. El socialismo español no es cualquier cosa, sino uno de los pilares de la socialdemocracia europea.

Lo mismo pensaba António Costa, con quien me reuní de nuevo, esta vez en una visita privada. Begoña tenía un viaje de trabajo a Lisboa y aproveché para ir con ella y charlar con António. Habla español a la perfección y lo cierto es que hemos hecho muy buenas migas en los últimos años. Fuimos elegidos secretarios generales de nuestros respectivos partidos casi al mismo tiempo, y en las reuniones previas a los consejos europeos siempre íbamos juntos. Él es uno de los que ha comprendido la situación de la izquierda y ha actuado para unirla. Siempre discreto, además de muy hospitalario, me preguntó qué iba a hacer y me mostró su simpatía hacia la posición que había defendido hasta el final en el Congreso.

LA OPORTUNIDAD DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Detrás de todo ese debate internacional, no solo español ni europeo, se encuentra la dirección que debe tomar la socialdemocracia. No creo, al contrario del tópico, que esté en crisis, lo que sucede es que se trata de la única ideología que ha logrado históricamente contener los aspectos más descarnados del capitalismo y por eso a muchos les gustaría que estuviera en crisis. En realidad, como ha dejado escrito Jordi Sevilla, se trata de la única ideología existente hoy en día. El neoliberalismo no existe como ideología, ha resultado ser un sumatorio de retales que carece de estructura y de una visión de la sociedad.

El reto de la socialdemocracia hoy es saber entenderse con otras fuerzas progresistas. El mejor ejemplo de esto es Portugal. Hay que salir del exclusivismo, y esa es la gran lección que nos han dado nuestros vecinos: las izquierdas se pueden entender, con la socialdemocracia como gran vector. Un punto de vista interesante de António Costa es su convicción de que el socialismo debe recuperar a través de las instituciones mucho del crédito perdido. La nueva política hoy son más hechos que dichos: hacer y no decir. ¿Cómo demuestras que hay diferencias entre que gobierne la socialdemocracia o la derecha? Desde el Gobierno. Con políticas reales es como la gente ve que sus gobernantes apuestan por la sanidad, por la educación... y no diciéndolo. Una de las cosas en que nos hemos equivocado es cuando no hemos cumplido en el Gobierno lo que decíamos en la oposición. De ahí también mi convicción de que debíamos ser firmes en el «no es no». La clave en aquellos tiempos pasaba por cumplir nuestra palabra. Yo había cumplido hasta el final, y pagando un alto precio, la que les di a nuestros votantes durante la campaña. Pero debía hacerlo el partido en su conjunto.

Por otro lado, debíamos demostrar que el Partido Socialista es capaz de entenderse con otras fuerzas progresistas. Se trata de una asignatura pendiente en España a nivel nacional desde 1978. Ha ocurrido ese entendimiento en el plano autonómico y el local en numerosas ocasiones, pero nunca a escala nacional. Para que se dé resulta imprescindible que las gentes de izquierda de cualquier partido no prefieran el Gobierno de la derecha, como ocurrió en 2016. En 2018, en cambio, supimos ponernos de acuerdo. Históricamente y con vistas al futuro, esa colaboración reviste una

importancia profunda.

La socialdemocracia es un movimiento internacionalista pero debe moverse mucho más deprisa para adaptarse a la velocidad de avance de la globalización. Se mueve en la paradoja de que, aun siendo un movimiento internacionalista y cosmopolita —es decir, pese a reconocer las similitudes de los problemas para las clases medias y trabajadoras en todos los países del mundo—, toda su acción política la ha circunscrito a los Estados: el Estado de bienestar, el Estado social democrático y de derecho, nuestra Constitución, la aportación de España al proyecto europeo...

En este momento de la historia el reto de la socialdemocracia no es reinventarse, no es renunciar a sus ideas de redistribución de la riqueza y del poder, de establecer justicia social, de acabar con la desigualdad. Todo eso sigue siendo más legítimo, y más necesario, que nunca. A menudo, cuando se habla de crisis de la socialdemocracia, se pretende revisar y modificar sus principios básicos, pese a que no constituyen el problema. Se trata de cambiar el marco de actuación, que ya no puede ser nacional, por la propia debilidad que la globalización le impone a los Estados, sino que debe ser internacional. Pero como ese cosmopolitismo está en el corazón de la socialdemocracia, no se trata de cambiarla a ella, sino el ámbito de actuación: hemos de encontrar la fórmula para convertir esos principios en realidad en un mundo globalizado.

Si pensamos en las grandes corrientes políticas que en estos momentos están marcando nuestro tiempo, hay un eje crucial, que es el que contrapone un modelo de sociedad abierta con un modelo de sociedad cerrada. La derecha extrema apuesta por el nacionalismo, por recluirse en la comunidad pequeña frente al miedo de la globalización. La democracia se ha debilitado por efecto de la globalización y hay que fortalecerla, pero eso solo se puede hacer desde instancias europeas o internacionales, supranacionales en todo caso. Si los mercados funcionan globalmente y no tenemos una respuesta política también global, la democracia se seguirá debilitando. El problema es que da la impresión de que solo hay una forma de globalizar, la neoliberal, y eso no es cierto. Hay alternativas, hay una globalización justa, y ese ha de ser nuestro objetivo.

Por otro lado, el gran proyecto europeo se basó en un pacto entre la democracia cristiana y la socialdemocracia. Era un pacto de cohesión social, de redistribución de riqueza. Se ha roto con la crisis financiera global, y la

democracia cristiana actual está en otros parámetros. La izquierda radical europea es minoritaria y tiene una estrategia en muchos momentos antieuropeísta y no proeuropea, por eso a menudo su discurso resulta tan conservador: lo vimos en Francia, con las concomitancias entre Le Pen y Melenchon. No se trata de una diferencia semántica, sino política y de primera magnitud. Si tú defines tu política o tu contribución a Europa no por lo que propones sino por aquello a lo que te opones, resulta más difícil entenderse con la socialdemocracia, que precisamente es reformista: nos importa más lo que proponemos que aquello a lo que nos oponemos.

Los retos de la socialdemocracia están muy ligados a la crisis del Estado nación, de ahí que la crisis en el PSOE no se pueda desgajar del debate mundial al que yo asistí a finales de 2016. Nosotros siempre hemos dado respuesta a los problemas de redistribución, de desigualdad, de democracia, de participación, de rendición de cuentas... en el ámbito estatal. En el momento en el que tú creas estructuras supranacionales para responder a desafíos globales es cuando puedes reconducir la globalización, porque es ya un hecho indiscutible y lo que hay que hacer es encauzarla dentro de los parámetros de justicia social. Ese es el desafío, ese el debate.

Tenemos que ver, no obstante, hasta qué punto están entrelazadas en Europa la integración europea y la socialdemocracia. Nosotros somos un movimiento ideológico, internacionalista, pero anclado en nuestros orígenes a una latitud determinada: Europa. Es necesario culminar el proceso de integración europeo, que se ha visto frenado, y es imprescindible hacerlo por la sociedad y por Europa. ¿Cuándo ha sido la época dorada de la socialdemocracia en España? Cuando lo fue en Europa. Cuando Delors presidía la Comisión Europea, o cuando Mitterrand presidía la República Francesa, o con Felipe González de presidente del Gobierno en España, o Guterres en el Gobierno de Portugal. La suerte de la socialdemocracia como ideología está vinculada a la suerte de Europa como proyecto. Al fin y al cabo, los más grandes desafíos, y especialmente el de la desigualdad, que siempre ha estado en el centro de las preocupaciones del socialismo, se tienen que resolver a nivel europeo. En la medida que la socialdemocracia prosiga con la integración europea podrá dar respuesta a esos retos y, al tiempo, se fortalecerá.

La UE es un animal político e institucional único, pero está en condiciones de encauzar la globalización e incorporarle los parámetros de

justicia social que nosotros queremos. En ese contexto cobra sentido la acción de los Estados frente a los mercados, pues por sí mismos los Estados, y más un Estado mediano como España, tienen poco que hacer. En eso radica el error histórico de Reino Unido con el *brexít*. Cuando los países dejan de ser hegemónicos, y Reino Unido dejó de ser un imperio hace tiempo, han de adaptarse a lo que en verdad son, y dejarse de nostalgias respecto a la grandeza pasada. Pero esa reminiscencia de lo que fueron perdura y tiene un impacto enorme en la cultura política, y puede fácilmente empujar al país a decisiones nefastas. Reino Unido fuera de la UE es poca cosa y eso le pasará factura.

El tema de la soberanía, en efecto, es uno de los grandes desafíos que tenemos no solo en España, sino en Europa. La ciudadanía ve que su poder en la toma de decisiones cada vez es más restringido. La democracia sirve, entre otras muchas cosas, para que las preferencias de la ciudadanía se vean materializadas en la acción del Gobierno. Eso cada vez es más difuso en el ámbito estatal, y en el supranacional que es Europa no se vislumbra porque la democracia cristiana hace tiempo que dejó de lado el Estado de bienestar y la socialdemocracia no encuentra en la izquierda radical el compañero de viaje idóneo para seguir construyendo y no destruir.

Faltan ideas e instituciones para desenvolvernó en el territorio ignoto de la globalización. Ahora con enormes desafíos nuevos, como el de la inteligencia artificial, con su impacto sobre el empleo y las pensiones, e incluso la cultura; el surgimiento de la economía colaborativa, más el desarrollo tecnológico, que crece con las *start-ups* y las *apps* que se crean, y que está generando situaciones de auténtica explotación laboral; el cambio climático, y sobre todo, la desigualdad, el principal problema. La Revolución Industrial del siglo XVIII fue una revolución que ayudó a los trabajadores manuales en los procesos de automatización y de sistematización, porque introdujo maquinaria para llevar a cabo los menos cualificados. Los directivos de entonces no tenían IBM, ordenadores, Excel y demás herramientas. En definitiva, se aumentó la productividad de los trabajadores menos capacitados.

En cambio, en la segunda industrialización —de fines del siglo XX—, todos los procesos de informatización, las nuevas tecnologías y las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) ya empiezan a crear una desigualdad mucho más pronunciada, porque esos procesos afectan de

llo a los trabajadores más cualificados. Ahora la inteligencia artificial va a hacer que aquellos trabajadores más capacitados académicamente, los que conozcan más matemáticas, estadística, algoritmos, ciencia y demás, tendrán más oportunidades y la riqueza estará mucho más concentrada. Todo ello nos plantea un problema de largo plazo, pero lo cierto es que ni siquiera sabemos bien el efecto que van a tener la inteligencia artificial y la robotización. Hay informes que calculan un impacto del 6 al 40 %, en lo tocante a sustitución de empleo. Plantear una horquilla del 6 al 40 % es como no decir nada. Estamos ante una revolución cuyo alcance se desconoce. Es más, a menudo llamamos inteligencia artificial a lo que no lo es. En realidad, en este momento, la inteligencia artificial no es más que un proceso por el cual se aplica la lógica a ciertos procedimientos automáticos o de decisión. Con el *big data*, hay numerosos ámbitos —desde el marketing a los seguros, pasando por los coches autónomos— en los que las máquinas pueden llevar a cabo cálculos y tratamiento de datos con una rapidez imposible para la mente humana, pero que no dejan de ser automáticos. Lo que realmente significa la inteligencia humana, la combinación de todas nuestras inteligencias, la capacidad de tomar decisiones que combinen nuestra dimensión moral, social, ética, esa combinación de múltiples inteligencias que los humanos hacemos sin esfuerzo, y no son decisiones automatizadas, eso, en inteligencia artificial, aún no existe.

De hecho, lo que ha sucedido en otros momentos de revolución en el mundo del trabajo es que desaparecen unos puestos, pero se crean otros. Eso ha ocurrido siempre y ahora puede suceder lo mismo o quizá no. Precisamente la socialdemocracia debe garantizar que todo suceda de forma beneficiosa para la sociedad y no para un puñado de empresas tecnológicas. En ese proceso, debe concebirse la inteligencia artificial como un complemento de la humana. Es decir, que se utilice para aumentar la productividad de determinados puestos de trabajo y con un objetivo: que las personas seamos las beneficiadas y no las damnificadas por el desarrollo tecnológico.

Todo esto, en fin, es muy complejo y supera con mucho el objetivo de este relato mío, pero lo que me importa subrayar es que toca de lleno las preocupaciones de la socialdemocracia, porque afecta a elementos como el empleo, la integración social de la persona en la sociedad y la identidad personal. A la humanidad, vaya.

Para muchos hombres blancos en Estados Unidos, por poner un caso, el hecho de quedar ociosos, como les ha ocurrido con el cierre masivo de fábricas de automóviles, no solo es dramático en términos de ingresos. Puede incluso que sus estados o sus municipios les den ayudas para sobrevivir. El problema es que ese tipo de hombre se ha visto siempre a sí mismo como el proveedor de la familia, es un hombre dispuesto a trabajar lo que haga falta para aumentar su riqueza y el bienestar de su familia. Si pierde ese papel, y se ve como mero receptor de subsidios, además de perder calidad de vida pierde su identidad personal. No sabe qué es, no sabe qué hace en la vida. Entonces viene un tipo que le promete devolverle su lugar en el mundo y hacer América grande de nuevo. Y lo vota. Es solo una parte de un fenómeno complejo, pero vamos a ver problemas de adaptación cultural similares en distintos sentidos, y se van a producir situaciones difíciles desde un punto de vista social y político.

A los socialdemócratas ese impacto nos preocupa sobremanera: nosotros somos los del trabajo, el mundo laboral explica nuestro origen y nos marca a fuego; por tanto, tenemos que buscar soluciones. Lo mismo sucede con la economía colaborativa, que a veces reviste de modernidad lo que no es más que el deterioro y devaluación de las condiciones laborales de la gente.

Hay mucho territorio inexplorado e interesante para la socialdemocracia. Además, nos brinda una oportunidad para revisar muchos de nuestros parámetros de acción. Soy optimista respecto a la fuerza de la socialdemocracia y a su representación. Creo que hay épocas históricas en las que recibe más o menos apoyo, pero ahí está siempre, como una fuerza tranquila de cambio seguro. Son ciclos. Hay una dimensión temporal, pero también una geográfica. Hay que pensar en la socialdemocracia en Europa y en España, porque viendo el conjunto se observa que, salvo en la época primera de Felipe González, uno de los obstáculos de la socialdemocracia española respecto a la europea es que siempre, cuando hemos gobernado en España, hemos sido minoritarios en el continente europeo. O sea, cuando José Luis Rodríguez Zapatero fue presidente del Gobierno había muy pocos Gobiernos socialdemócratas. Eso siempre ha sido un obstáculo porque no éramos mayoría en el Consejo Europeo.

Cuando Martin Schulz firma el último acuerdo del Partido Socialdemócrata Alemán con Angela Merkel, muy contestado por las bases, enfatiza una idea: este pacto es para fortalecer el proyecto europeo. Habló

incluso de hacer una convención constitucional, de crear un Gobierno económico europeo y se refiere muy seriamente a profundizar en la integración. Él sabe, porque lo sabemos todos, que Europa se fortalece con la socialdemocracia y se debilita sin ella: la socialdemocracia es más fuerte cuando Europa está fuerte. Nuestra contribución a la integración es inmensa. Todos los Altos Representantes en política exterior de la UE han sido socialdemócratas: Javier Solana, Catherine Ashton, y ahora Federica Mogherini. Todo lo que tiene que ver con políticas de defensa, no proliferación de armas nucleares, el acuerdo con Irán, todo eso lo ha hecho Europa. También nuestro poder normativo es enorme. Pues bien, en Europa en este momento, la única ideología europeísta, plenamente europeísta, es la socialdemocracia.

La derecha ha defendido siempre la idea de Europa como un gran mercado, nada más. La socialdemocracia ha implantado la idea de una democracia social de mercado, la defensa de los valores de igualdad, de justicia social, lo que siempre hemos defendido nacionalmente, pero trasladado al ámbito supranacional. Y es así porque, lo repito, somos la única ideología europeísta.

Eso se ve con claridad en las instituciones. La presidencia de la Comisión Europea, desde hace ya unos años, ha recaído en conservadores. ¿Qué ha ocurrido? Que el Consejo ha aumentado su poder, en detrimento de la Comisión y el Parlamento, lo cual ha provocado la construcción de una Europa sobre bases intergubernamentales y no federales. Lo inverso ha ocurrido en el Parlamento Europeo durante la presidencia de Schulz: le ha dado importancia, ha mejorado su papel, ha logrado más presencia en todos los procesos de decisión de la crisis. Cuando los socialdemócratas estamos en las instituciones europeas, eso se deja sentir, y cuando no estamos, decrece el europeísmo y la integración. Realmente la diferencia entre la antigua generación de socialdemócratas, que ya vieron esto —se adelantaron a su tiempo— y la nuestra es que, sin ningún género de dudas, nuestra nueva patria es Europa. La única forma de contrarrestar el poder del dinero y de los mercados internacionales, y de fortalecer las decisiones democráticas, es esa: la unión en una entidad más grande. La socialdemocracia trata de contrarrestar el poder del capital y dárselo al trabajo, algo que hoy solo se puede hacer a nivel europeo.

Nos encaminamos a un sistema poscapitalista en el que la humanidad

tiene la opción de escoger que la socialdemocracia incorpore los elementos de sostenibilidad al crecimiento. Este sistema económico no da más de sí, debemos hablar tanto de desarrollo como de crecimiento, de cómo conciliar el respeto al medio ambiente con el desarrollo, de incorporar la justicia social como un elemento que explique el desarrollo.

En realidad, la socialdemocracia es la solución. Siempre lo fue. Hay que firmar un nuevo contrato social, renovar el pacto entre generaciones y entre clases que ha definido siempre a la socialdemocracia, y que se ha roto en Europa y en España. Ese es nuestro gran cometido. El año 2008 comenzó la gran recesión, hubo una respuesta equivocada a la crisis por parte no solo de Europa, sino de todas las instituciones. Ahora hay una necesidad perentoria de escribir un nuevo contrato social y reconstruir ese pacto: sobre ese eje debe actuar la socialdemocracia, relacionado con el sistema público de pensiones, la educación.... Por eso resultan imprescindibles los jóvenes, su nueva forma de participar y de ver la política. Es mucho el trabajo por hacer.

El año 2016 acabó con unas breves vacaciones en familia. Por primera vez en varios años podíamos darnos el lujo de pasar los días de Navidad juntos y desconectados, en la montaña. Sin embargo, los ecos de la situación política en el partido se oían por todas partes. El dueño de la casa rural en la que nos alojamos resultó ser militante del partido y en cuanto me vio, me dijo: «Tienes que presentarte». Mantuvimos una conversación animada y desde entonces hemos regresado alguna vez. Fueron unos días de descanso muy agradables, pese a que el dilema parecía perseguirme.

¿POR QUÉ ME HICE SOCIALISTA?

Al regresar del descanso navideño, las cosas se encontraban más o menos en el mismo punto, pero pronto comenzaron a avanzar. A mediados de enero, la gestora anunció por fin que el Congreso se celebraría a mediados de junio. Esa misma tarde se supo que Patxi López anunciaría al día siguiente su candidatura. La interpretación que cundió en la prensa fue que era un movimiento para disuadirme de concurrir a las primarias. Así lo entendió también un grupo relevante de partidarios míos con los que me reuní en aquellos días en el madrileño barrio de Aluche. En una cafetería de barrio, más de 30 dirigentes socialistas me urgían para que tomara ya la decisión y la

hiciera pública.

Recuerdo especialmente las palabras de José Luis Ábalos:

—La credibilidad y la coherencia no se transmiten ni se heredan, Pedro —me dijo—. Eres tú el que lo tiene que hacer, si no esto no se gana. —Sus palabras me decían que no tenía elección.

Otras personas que desde el primer momento me apoyaron fueron Iratxe García, Sofía Hernanz y María Luisa Carcedo. En la primera etapa creyeron en mí, y en esta segunda con más vehemencia si cabe. Asistieron cuadros del partido de todas partes de España, muchos alcaldes, cuya posición siempre es cercana a la calle, a los problemas de la gente, y cuyo resultado electoral también se ve muy afectado por las decisiones que el partido toma a nivel federal. Desde mi punto de vista, los alcaldes son los que mejor toman el pulso a la calle, con frecuencia mucho mejor que las personalidades del aparato. Uno de ellos es el de Calasparra, Pepe Vélez. Él y otros muchos, entre ellos Javier Izquierdo, fueron, en aquel trance, los más interesados en que la crisis de liderazgo del partido no se prolongara en el tiempo.

También Óscar Puente, alcalde de Valladolid, me interpeló:

—Te apoyo por una razón muy sencilla, Pedro, porque quiero seguir siendo alcalde y con esta deriva que lleva el partido pierdo las elecciones. Da igual lo que yo haga como alcalde: si el partido sigue así, perdemos todo.

Óscar representa a todos nuestros alcaldes que pasean por las calles de su pueblo o ciudad y hablan a diario con la gente. En aquellos meses de ebullición, más aún. Recibían la presión directa de sus vecinos, que les decían: «No os voy a volver a votar más». Están cerca de la gente y de la militancia. Ellos iban a las asambleas del partido y los militantes les decían: «Como no se presente este chaval —ese era yo—, me doy de baja».

Después de mi dimisión mucha gente había amenazado con romper el carné de militante socialista y marcharse. Eso era lo que se decía en las plataformas de militantes. Al mismo tiempo, se le pedía a la gente que aguantara, que no se marchara, porque, si yo me volvía a presentar, su voto resultaría necesario para cambiar el rumbo del partido. Aquello también me metía presión, porque si postergaba más la decisión, muchos militantes desistirían y se marcharían. Un mes antes o después era relevante, pero no porque Patxi lo hubiera anunciado, sino porque los afiliados estaban muy desanimados.

Aquella reunión, tan discreta que no fue conocida por la prensa, resultó

políticamente muy relevante por dos razones. En primer lugar, venían de toda España, lo que ya indicaba que mis partidarios habían empezado a engarzar una estructura territorial, algo decisivo para montar una candidatura en poco tiempo. Asistieron también algunos de los diputados del «no», importantes por su representatividad y su peso político en el grupo parlamentario. Que pudiera dar un paso atrás era algo que, a esas alturas, muchos ya no querían ni contemplar.

Salí de aquel encuentro cargado de energía, los apoyos eran múltiples y lo que cada uno me transmitía de su militancia local era un gran soporte. Por supuesto también hubo muchos en los medios que trataban de disuadirme, que me daban por perdedor, en una de esas artimañas informativas que consiste no en describir la realidad, sino en crearla: estaban convencidos de que cuanto más dijeran que iba a perder, más me desanimaban y más erosionaban mi candidatura. La realidad era justamente la contraria: cuanto más se me criticaba en ciertos medios, más me apoyaba la gente de a pie.

Lo más significativo fueron los silencios. Personas que te habían apoyado y de repente dejan de hacerlo, pero no te dicen nada, simplemente dejan de mandarte mensajes o llamarte. Algunos silencios resultaron más elocuentes para mí que muchos discursos.

HABÍA QUE CRUZAR EL RUBICÓN

En momentos así, es cuando recurras a tus referentes, tanto personales como políticos. Para mí la política es construir, transformar, crear. Algo hermoso de la política es lo que tiene de no resignarse. Desde pequeño a mí mis padres me inculcaron ese espíritu; ellos nunca se resignaron. Nos tuvieron muy jóvenes a los dos hermanos, cuando nací yo mi madre tenía 19 años y mi padre 21. Eran personas sin estudios, pero tenían la inquietud de aprender y mejorar a través del aprendizaje. Mi padre se sacó la carrera trabajando, por eso yo aprendí a montar en bici en la facultad de Económicas de la Universidad Complutense de Madrid. Allí en Somosaguas, a base de darme con las farolas, aprendí a pedalear, mientras esperaba a que mi padre saliera de clase por las tardes.

Mi madre, después de haber trabajado durante muchos años como administrativa de la Seguridad Social, a los 40 decidió sacarse el acceso a la

universidad y luego la carrera de Derecho. Yo la he visto estudiar hasta las 2 y las 3 de la mañana para luego levantarse a la mañana siguiente e irse a trabajar. También se ha labrado su camino mi propio hermano, que emprendió su aventura y se fue a Rusia a sacarse su carrera de dirección de música clásica y composición... Me he criado rodeado de ejemplos de no resignación. A mi abuelo paterno, siendo yo niño, lo acompañaba a la escuela de adultos que abrieron los Gobiernos socialistas en el madrileño barrio de Carabanchel, donde iba a aprender a escribir en los primeros años de la democracia.

Ese espíritu de transformación y construcción yo lo tengo, y la política es el mejor lugar donde desarrollarlo, no solo en lo personal, sino también en lo colectivo, al tiempo que vas formándote una visión de la realidad omnicomprendensiva. Pese al desprestigio actual, la política exige mucho, debes emplear mucho tiempo y no dejar de interesarte por un mundo cambiante, en el que nada permanece igual mucho tiempo. Intellectualmente resulta muy estimulante para mí.

Sin embargo, cuando hablamos de cambiar la sociedad —algo que ahora dice mucha gente, parece estar de moda afirmar que hay que cambiar el mundo—, yo pienso «muy bien, pero ¿hacia dónde?». Tengo un sentimiento muy marcado de justicia social, y por eso me identifico con la socialdemocracia. No quiero cambiar por cambiar, sino cambiar para combatir las injusticias. Mis abuelos paternos eran de un pueblecito de Castilla-La Mancha, Anchuras, en Ciudad Real, prácticamente lindando con Toledo. Ellos y mi abuela materna murieron sabiendo apenas leer y escribir. Lo poco que aprendieron fue gracias a los centros de educación para adultos abiertos en su día por los Gobiernos socialistas. Recuerdo que mi abuela materna nos daba por Navidad una tarjeta, de esas que tenían música cuando las abrías, y dentro metía mil pesetas. Era su regalo y escribía algo, su firma y poco más, con su caligrafía apenas legible. Como muchas víctimas del franquismo, a mis abuelos se les negó el acceso a un derecho esencial, aprender a leer y escribir, a disfrutar de un buen libro o escribir una postal de Navidad a sus nietos. Esa herida me hizo afiliarme al Partido Socialista, esa herida de la generación de mis abuelos. Ahora las injusticias son otras, pero existen, y van en aumento. No solo las vemos en la televisión, están en la calle, en los barrios. Mi deseo de transformación va en ese sentido, dirigido a las personas que sufren las injusticias de hoy.

En lo político, Manuel Azaña y Willy Brandt fueron mis referentes. De Azaña me he leído todas sus intervenciones y diarios. Hoy, como presidente del Gobierno, comprendo aún con mayor claridad algunas de sus rotundas frases, como cuando escribió que la política era un continuo tejer y destejer. Otro tanto me pasó con Brandt. Mi padre de joven trabajó en Alemania. Y ya entonces venía maravillado de ese país y de uno de sus principales líderes socialdemócratas. Quizás fuese por eso por lo que años más tarde devoré todos los libros de Willy Brandt. Fue líder comprometido con la causa antifascista, adelantado a su tiempo, cuyo pensamiento ya entonces señalaba los riesgos de un desarrollo económico insostenible medioambientalmente o la necesidad de reivindicar la democracia económica frente a la deriva capitalista del monopolio y el oligopolio que sufrimos los ciudadanos como consumidores y usuarios.

A nadie puede sorprender que, aquel mes de enero, las conversaciones familiares giren en torno a mi decisión. Recuerdo una comida de sábado con mis padres, mi hermano y Begoña. Ya lo hemos hablado en otras ocasiones en los meses anteriores, pero todos somos conscientes de que llega la hora de la verdad. Todos me animan, sin dudar, me dicen que debo hacerlo. Recuerdo que le pregunté a mi padre:

—¿Y si pierdo?

—Hay batallas que hay que darlas, aun a riesgo de perderlas.

Tenía razón. No se trataba de mí, sino de todas las personas que estaban detrás. Los militantes, por supuesto, pero también los votantes; y todos los socialdemócratas griegos, mexicanos, portugueses, franceses... Era mucho lo que estaba en juego, como había podido comprobar en los últimos meses.

Aquel día lo terminé de decidir. Supe que quería anunciar mi candidatura en Sevilla, el corazón del socialismo español. Siempre me he sentido muy arropado por la militancia andaluza, en todo lo que he hecho, y me parecía que tenía mucho significado desde el punto de vista de encarnar al nuevo PSOE, pero al mismo tiempo, en términos históricos, hilándolo con nuestro pasado.

Lo hablé con el alcalde de Dos Hermanas, Quico Toscano, con Paco Salazar y con Alfonso Rodríguez Gómez de Celis, y se pusieron a trabajar con entusiasmo. Inicialmente pensamos hacerlo en un centro público del municipio, pero se quedó pequeño, así que, en el último momento, con aquel sol espléndido que hacía pese a ser enero, lo trasladaron al parque del

exterior, en torno a un estanque que se llama Lago de la Vida.

También aquello se desbordó. Había más de 3.000 personas, venidas de toda España. Nunca pensé que habría tanta gente. Me quedé muy sorprendido al llegar, porque al final era una multiplicación de tantos esfuerzos personales. Acudieron en coche, en AVE o alquilando un autobús que se pagaba a escote y se fletaba para llegar allí. Cada uno se pagó lo suyo, no había federaciones detrás, no había aparato. La gente fue desde Granada, desde Madrid o desde cualquier lugar de España por sus medios. Hasta me encontré a la madre de un chaval que es compañero de mi hija mayor en el colegio: no era ni militante del partido pero me dijo: «Hoy quería estar aquí». Fue emocionante.

Comenzó a hablar Quico e hizo una alegoría del lago, refiriéndose a la vida del partido, de los socialistas. Después, durante mi intervención, el entusiasmo fue creciendo, la gente gritaba: «¡Dilo ya!». Todos esperaban el anuncio y cuando lo hice tuvo lugar un estallido de júbilo. Habíamos dado el pistoletazo de salida y ya empezábamos a ver un fenómeno que se repetiría a lo largo de toda la campaña de primarias. Hubo muchos asistentes en aquel acto que no pertenecían al partido, ciudadanos sin compromiso militante, pero que nos votaban, o votantes de otras formaciones con interés en nuestro proceso de primarias.

Lo acababa de anunciar. Estaba a punto de comenzar una experiencia única, no solo para el PSOE sino para la política española. Como tantas veces en la historia, se volvía a demostrar que el destino de los socialistas es inseparable del destino de España.

LAS PRIMARIAS DE LA MILITANCIA

Congregados en aquel precioso Lago de la Vida de Dos Hermanas, había millares de militantes socialistas. Todas las previsiones se habían desbordado. Lleno de emoción, lo anuncié: «Será un honor liderar la candidatura de la militancia en las primarias. Quiero anunciar que seré vuestro candidato a la Secretaría General». Estaba emocionado porque realmente sentía el honor de liderar aquel movimiento de las bases que se había puesto en marcha de forma espontánea y estaba dotando al Partido Socialista de una vida que no habíamos visto en muchos años. Cada día nos ocurría algo insólito.

Les dije también que era «el momento de comprometerse», porque así lo sentía yo. Era el momento de no esconderse y defender aquello en lo que creíamos, porque lo necesitaba nuestro país, nuestro partido y nuestras ideas, más allá de las fronteras españolas. Les pedí que se movilizaran, que fueran activistas de nuestra candidatura, para lograr un PSOE «coherente, creíble, de izquierdas», abierto y que cumple su palabra.

Además, estaban en juego muchas cosas en España, pues había que combatir a la derecha corrupta del PP, que ahonda cada día la desigualdad y el sufrimiento de la población. Colaborar con ella nos mandaba, como de hecho se está viendo, varios lustros atrás en la historia. Si muchos deseaban un PSOE «subalterno de la derecha», como dije en Dos Hermanas, no era por casualidad, sino porque así podrían seguir con su *business as usual*, sin importarles la deriva de la clase media y trabajadora que tanto ha sufrido con la crisis.

Aquel acto de Dos Hermanas, como los de El Entrego y Xirivella, se sufragaron gracias a muchos compañeros. Comenzábamos una campaña mucho más larga de lo previsto y teníamos por delante cuatro meses en los que recorreríamos toda España, hablando con todas las agrupaciones. Había que organizar actos, disponer un local, en fin, hacer una campaña requería

dinero y no lo teníamos.

LA FINANCIACIÓN DE MI CAMPAÑA

Para afrontar la campaña, lo primero que necesitábamos era dinero. Pero el problema era dar soporte jurídico al dinero que recaudáramos para poder justificarlo fiscalmente. La legislación fiscal es la que es. Nos reunimos con compañeros expertos en derecho fiscal: Fran Martín y Pedro Egea son los ejes angulares, junto a Magdalena Valerio y Encarna Pámpanas, militante de Madrid. Los expertos nos indican que la forma jurídica más adecuada es la figura de la asociación, es decir, una entidad sin ánimo de lucro que nos permita adquirir derechos, como contratar servicios (instalación de escenarios, desplazamientos, etcétera), y también contraer obligaciones.

Constituimos una asociación con el nombre de Bancal de Rosas, integrada por cuatro personas que se presentan voluntariamente. Se acuerdan los estatutos, se redactan, se firman, levantan acta y la registran. Con ese papel del registro van a Hacienda y piden un NIF. A partir de ahí ya pueden operar. Hubo muchas aportaciones iniciales de 300 euros para arrancar, de la gente más cercana a mí, además de los diputados del «no», los propios constituyentes de la asociación.

A continuación, delimitamos los proyectos a llevar a cabo y presupuestamos el coste de cada uno. Así tuvimos una idea inicial del dinero que necesitábamos, unos 30.000 euros. Todo resulta enormemente precario, pero eso lo hace más apasionante. Con esos mimbres, ponemos en marcha la plataforma del *crowdfunding*, pues necesitábamos contratar a una empresa para hacerlo.

Intuíamos que aquello no iba a gustar. Pero bastó que, en cuestión de horas, se viera el éxito abrumador del *crowdfunding* para que los militantes que habían constituido la asociación recibieran las primeras llamadas de la dirección de la gestora. Ellos son personas solventes, conscientes de a qué se exponían al poner la asociación a su nombre, pero no estaban dispuestos a dejarse intimidar. Aguantaron el envite de aquellas llamadas.

Entretanto, el dinero literalmente llovía. Fue asombroso. Habíamos asignado unas cantidades como objetivo, que constaban en la propia web desde la que se podían hacer las donaciones. Y enseguida superamos esos

objetivos. El dinero aumentaba por minutos. Era absolutamente emocionante: sabemos de jubilados que donaron cinco euros. El apoyo económico era una prueba del soporte que teníamos.

Pero no nos podíamos dormir en los laureles. Pusimos en marcha enseguida el primer proyecto: alquilar una oficina desde la que trabajar. Nos habíamos propuesto lograr esa suma para los dos primeros meses y después recaudar más para los dos últimos de campaña. Pues bien, en la primera fase ya teníamos presupuesto para todo el periodo. Así fue como el proyecto logró cierta consistencia financiera. Sin el *crowdfunding* no habiéramos tenido capacidad. Esto forma parte de la magia y los cambios que ha introducido la digitalización en nuestras vidas. De repente, sumar voluntades y financiar un proyecto así se puede conseguir en cuestión de horas. Claro que nada de eso hubiera ocurrido si no habiéramos logrado galvanizar a la militancia en torno a mi candidatura.

El éxito del *crowdfunding* demuestra, en primer lugar, lo auténtico del proceso; en segundo lugar, lo innovador del mismo, tanto en términos tecnológicos como por la pasión y el compromiso de la propia militancia; por último, de qué modo fue un elemento aglutinante. Se habían creado numerosas plataformas de militantes que habían rechazado la abstención a Rajoy en primer lugar y luego habían seguido trabajando por un congreso y primarias inmediatos. En ese momento, todo aquel movimiento espontáneo de los afiliados converge en mi candidatura, de una forma natural, orgánica, como si no hubiera podido ser de otro modo.

Por supuesto, las zancadillas con la financiación de mi campaña no se hacen esperar. El *crowdfunding* constituía el único sustento económico que teníamos, e impedirlo era crucial para restarnos capacidad de acción. Pero justamente por eso nosotros sabíamos que aquella campaña financiada con microdonaciones era también el germen de mi autonomía. No íbamos a deberle nada a nadie —y no solo en el partido sino también cuando llegáramos al Gobierno—, porque nadie nos dio dinero para mi candidatura. Gracias a aquel esfuerzo de miles de personas que aportaron sus pequeñas cantidades me convertiría después en un secretario general del Partido Socialista totalmente independiente. Y lo que es aún más importante: puedo decir que no tengo hipotecas como presidente del Gobierno ni con camarillas de poder mediático o económico, ni de ningún otro tipo. Me debo a los españoles que nos votaron y a la mayoría de la Cámara que apoyó la moción

de censura, por eso tomo las decisiones que considero mejores, pensando en nuestro país, y no en devolver favores.

El *crowdfunding* es un instrumento absolutamente transparente, porque, al haber proyectos concretos, el dinero se recauda de forma finalista, con su registro, sus facturas, etc. Había gente que me decía: «Oye, Pedro, me he encontrado una señora de mi pueblo que me ha dado cinco euros en metálico porque ella no sabía hacer el ingreso por internet». Cuando te cuentan eso sabes que estás en el buen camino. La mayor parte de las donaciones fueron así, de entre cinco y veinte euros, microdonaciones. El *crowdfunding* nos permitía precisamente regularizarlo, porque ya hacía días que la gente se acercaba a compañeros que sabían cercanos a mí, y les entregaba dinero en mano, para ayudar a la candidatura. Sin duda, era la mejor opción.

Aquella fuerza era imparable, pero la intentaron detener. El entonces gerente del partido empezó a hacer llamadas, primero a personas de mi entorno, para decirles que teníamos que abandonar el *crowdfunding*. Presionaron también a mi equipo de primarias. La respuesta de mis colaboradores siempre era la misma: que nos dieran motivado y por escrito las razones por las que no podíamos seguir haciéndolo. Finalmente se dirigieron a mí personalmente y me dijeron que si no cerrábamos el *crowdfunding* tomarían medidas contra mi candidatura. Sabíamos que debíamos ir con pies de plomo, porque si la cosa se ponía muy dura podían expulsarme del proceso de primarias. Hubiera sido un escándalo, pero no queríamos que la situación llegara a ese punto.

Se celebraron varias reuniones para hablar del tema. Ellos pusieron sobre la mesa un informe jurídico que negaba la posibilidad de hacer *crowdfunding*. Nosotros, otro, el de un catedrático de Derecho Administrativo que se prestó voluntariamente a ayudarnos. Su dictamen era concluyente: no había ninguna legislación que pudiera contravenir aquel proceso transparente y abierto.

Entonces fue cuando idearon la jugada de utilizar al Tribunal de Cuentas, probablemente con el beneplácito del Gobierno del PP. Estaban atados de pies y manos porque conocían nuestro informe, muy sólido jurídicamente, y temían que, si lo llevaban a debate al pleno del Tribunal de Cuentas, por los cauces oficiales, podían perderlo. Además, tenían un problema de plazos: iban escasos de tiempo para debatirlo en el tribunal. Por último, sabían que otros consejeros podrían dictaminar en contra. El riesgo de

perderlo era alto para ellos, y lo sabían. Por eso al final salieron con aquella carta del presidente del tribunal, Ramón Álvarez de Miranda, que carece de competencias para hacer lo que hizo. A petición del gerente del partido, nos escribió diciéndonos que suspendiéramos el *crowdfunding*. Lo hizo sin reunirse el tribunal ni respetar las competencias ni los cauces, simplemente a título personal, y tratando de explotar mediáticamente la autoridad que le concedía ser presidente.

En la siguiente reunión de miembros de mi equipo con la gestora, pusieron la carta sobre la mesa, aunque nunca nos la entregaron, y les dijeron: o lo cerráis o quedáis fuera del proceso.

En ese punto, pensamos que lo más inteligente era replegarnos porque, si no, nos hubieran expulsado del proceso de primarias. No había motivos jurídicos, sino políticos, pero ellos eran la gestora y tenían la autoridad para expulsarnos. Para esas alturas, no obstante, ya habíamos recaudado más de cien mil euros, en apenas dos semanas. No queríamos más líos y clausuramos el *crowdfunding*.

En todo caso, y es un dato público y transparente, pero quiero recordarlo una vez más, en toda la campaña nos gastamos 240.000 euros. Le dimos la vuelta al partido y al país con 240.000 euros, lo cual demuestra que, cuando tienes movilizadla la energía de la gente, puedes hacer muchas más cosas con menos dinero.

¿COMO UN CONCIERTO DE ROCK?

Lo primero que hicimos con esa recaudación inicial fue abrir la oficina de primarias. Después de una larga búsqueda y arduas negociaciones —no resultaba fácil lograr un local mediano para tan solo cinco meses y a buen precio—, mi entonces jefe de gabinete en la Secretaría General, Juan Manuel Serrano, que es muy buen gestor, consiguió un local en la calle Marqués de Riscal. Se lo tuvo que pelear mucho porque nos cobraban mil y pico euros de mensualidad por un local de unos ochenta metros cuadrados, pero querían, como es habitual, una fianza de dos o tres meses. No podíamos pagarla porque no nos podíamos permitir el lujo de tener ese dinero inmovilizado justo durante la campaña, cuando más lo necesitábamos. Como Juanma lo hizo a través de una inmobiliaria, nunca hemos llegado a saber quiénes eran

los dueños, pero se portaron muy bien. Les contó que era para nuestra oficina de primarias y al final consiguió que no nos cobraran la fianza; nos hicieron un precio global, ocho mil euros de alquiler para los cinco meses, y nada más.

Aquel día resultó muy emocionante. El mundo de hoy es digital y líquido, pero lo material sigue teniendo un peso importante. Cuando se encontraron allí en la oficina todos los que habían estado en contacto, escribiéndose, hablándose o reuniéndose, a veces conmigo y otras sin mí, de repente vieron que el proyecto cobraba cuerpo. Eso es lo que te da lo físico: tocas la realidad. Abrir el local significó hacer realidad la batalla que, si bien no comenzaba ese día, sí entraba en su fase más intensa.

Que el proyecto fuera realidad significaba que todo un partido, miles de militantes que estaban deseando ser convocados a algún sitio para echar una mano, por fin tenían un lugar al que ir. Por fin teníamos nuestra propia estructura y nuestra propia capacidad de organizar. Hasta ese momento nos habíamos visto en bares, en cafeterías, en las casas de unos y de otros. El local significaba dar un paso de gigante.

El proceso de activación de la militancia se multiplicó. Comenzaron a manifestarme su apoyo personas muy relevantes dentro del partido a las que apenas había tratado. Estaba claro que no era un movimiento de amistades personales, sino que había convicciones en juego. José Félix Tezanos, Cristina Narbona, Pepe Sanroma, Teresa Morán, José María Calviño, Manu Escudero, Carmen Calvo... a algunos los conocía desde hacía años y otros se fueron incorporando de manera generosa. Muchos me llamaron porque querían apoyarme, y eran personas de gran influencia y con una trayectoria política intachable.

En la oficina nos tirábamos horas debatiendo de política en general, de medidas sectoriales, del rumbo que debía tomar el partido, de cómo debía cambiar España, de las tareas que estaban por hacer, y que por desgracia siguen pendientes... Fueron meses muy intensos, en los que comenzaba ya la transformación del partido. La política circulaba por las venas de todos nosotros con fervor, el compromiso no dejaba de aumentar, en cantidad y en calidad. El PSOE estaba muy vivo y la militancia interpretaba la realidad del país con mucho más acierto que sus líderes.

Comprobamos esa vitalidad del partido y la implicación de la sociedad en el proceso de una manera impresionante con el acto que celebramos en el Círculo de Bellas Artes de Madrid el 20 de febrero. Aquel acto sorprendió a

mucha gente, empezando por mí mismo.

Llegué en mi coche, bajaba conduciendo por Gran Vía, y al llegar a la confluencia con Alcalá, vi una cola enorme, que desde la entrada del Círculo llegaba hasta más allá de Sevilla, casi a la Puerta del Sol. Todavía faltaba un buen rato para comenzar y había muchísima gente, mucho follón, el tráfico también se resintió, claro. Y me dije: «¿Qué pasará aquí? ¿Qué habrá, será un concierto?». Miraba aquel río humano y me quedaba perplejo. Era lunes, con lo que cuesta movilizar a la gente entre semana en Madrid. Había un despliegue de policías nacionales de tres dotaciones diferentes para controlar aquella marea.

Es gracioso porque en una crónica periodística del día siguiente se decía que el ambiente era propio de un concierto de rock. Aquello nos desbordó a todos. Llamé a mi equipo desde el coche para comentárselo y me lo dijeron: «Es gente que viene por ti, Pedro. Vienen a verte. El acto se ha desbordado».

No se trataba del concierto de ninguna estrella del rock, sino de la presentación del texto base de lo que constituiría nuestro programa para las primarias. El documento lo denominamos «Somos socialistas», como sugirió Manu Escudero. Fue un gran acierto porque tenía un componente de reivindicación de la identidad socialista y apelación a las raíces de una organización centenaria que en ese momento se encontraba desbordada. Necesitábamos saber quiénes éramos, qué hacíamos, por qué estábamos en política.

El documento transcendía la renovación por el liderazgo, era un proyecto de renovación de la socialdemocracia y del partido. Daba de lleno con una acusación que se me ha formulado con insistencia: el personalismo. Se decía que me presentaba para salvar mi futuro o por un prurito personal. No había nada personal en aquello. Había conciencia de que nos jugábamos el ser, y la militancia lo comprendió así. Por más que se haya dicho lo contrario, no fue un proyecto personal, sino colectivo.

En aquel documento se plantea un proyecto de autocrítica de la socialdemocracia durante estos últimos años y ofrecemos un horizonte de futuro, a partir del cual empezar a construir. Las propias plataformas que habían pedido primarias y congreso se convierten en portavoces y catalizadores de ese documento para llevarlo a todas las agrupaciones. Todo fluye de forma natural. Enseguida ponemos ese documento en la web, a disposición de la militancia, y nos empiezan a llover enmiendas,

aportaciones, ideas... El primer impacto fueron cerca de 40.000 aportaciones, que acabaron llegando finalmente a 60.000. Lo insólito es que la gente había empezado a enmendarlo incluso antes de hacerlo público. Cuando se supo que Tezanos y Escudero estaban trabajando en él, ya nos empezaron a llegar ideas, pero aquel día todo se desbordó. En ese momento, éramos la única candidatura que contaba con un documento de referencia. Nosotros teníamos claro que iba a ser un proyecto de carácter abierto, y la gente estaba deseando participar. Todo convergía en la misma dirección.

El acto se iba a celebrar en el teatro Fernando de Rojas, del Círculo. Tenía aforo para unas 500-600 personas, pero no cabía la gente. Se retrasó el comienzo porque no había manera de meter a todo el mundo. Al final se quedaron fuera unas 200 personas. En un momento del acto me pasaron un papel diciéndome que muchísima gente no había podido entrar. Así que, al concluir el acto, salí a la puerta para dirigirme a ellos. Aquella gente aguantó allí todo el tiempo, pasando frío, movida solo por la ilusión y las ganas de participar en aquel acto político que marca un antes y un después en el partido. Muchos de los periodistas allí presentes —Sol Gallego, Lucía Méndez, Joaquín Estefanía, Pilar Portero, Ana Cañil— se dan cuenta en ese momento de la fuerza imparable de nuestra candidatura.

Aquel día se vio la masa crítica de la candidatura. Echamos el resto en cuanto a financiación, recursos técnicos, todo dentro de los limitados medios que teníamos. Pero la cosa ya había cambiado. En Dos Hermanas retransmitimos desde el móvil de la gente. En el Círculo ya pudimos contratar el *streaming*. En los actos como el de El Entrego, solo hubo una pequeña tarima para el mitin. En el Círculo ya teníamos un frontal que colgamos en la mesa. Rezaba: «Somos socialistas» y el logo de un puño en alto.

Con aquel acto y aquel documento logramos reconciliar al militante y a muchos votantes socialistas con la organización. Al decir «somos socialistas», nosotros volvemos a explicar lo que significa ser socialista: no rendirse, no resignarse, dar la batalla, la que estábamos dando. En el partido siempre hay debate entre el socialismo democrático o la socialdemocracia, como dos conceptos: el de la socialdemocracia más de centro, y el del socialismo democrático más de izquierdas. También dentro del equipo tuvimos ese debate. Era evidente que los adversarios, junto a algunos poderes fácticos y mediáticos querían situarme muy a la izquierda, como un radical. Yo siempre le decía a mi equipo: «Nosotros no queremos que el PSOE gire a

la izquierda, nosotros queremos que el PSOE vuelva a ser el partido de la izquierda». Era el apoyo a Rajoy con la abstención lo que nos hacía virar; por tanto, estaba claro que ahí residía el problema y que quienes «somos socialistas» seguíamos sintiéndonos la izquierda de siempre

Ese documento sigue siendo una referencia para mí y para mi equipo. Unas líneas resumen las ideas que los socialistas defendemos hoy:

Los grandes retos a los que el PSOE debe dar respuesta nos remiten a cuestiones como el agravamiento de las desigualdades, el paro, la precariedad laboral y la marginación de la juventud, con sus consiguientes efectos de polarización en la sociedad, la igualdad de género y la consolidación de las políticas sociales, la revolución tecnológica y la digitalización de la economía, el cambio climático y las migraciones, además de los riesgos de involuciones políticas. Estamos asistiendo a los primeros embates de un naciente populismo neoproteccionista, a la emergencia de una extrema derecha descarnada y xenófoba que ya ha triunfado en Estados Unidos y que avanza posiciones en Europa. La Unión Europea no cuenta con un perfil propio en el concierto internacional, y sus instituciones aparecen exhaustas y carentes de respuestas frente a la extrema derecha populista, ante la necesidad de recuperación económica, la construcción de una Europa social o la asistencia debida a los refugiados. En el plano económico estamos inmersos en un mundo de bajo crecimiento, precarización de los salarios y una deuda que no cesa de crecer.

Vivimos tiempos nuevos, en los que se abren grandes avances y oportunidades de progreso posibilitados por la revolución tecnológica, que nos pueden permitir superar muchas de las carencias que ha padecido la humanidad. Ahora los conocimientos alcanzados, los recursos de los que disponemos, con unas generaciones altamente cualificadas y preparadas y con los niveles de desarrollo alcanzados, nos permiten enfrentarnos con éxito a los problemas de la enfermedad, del dolor, a la fatiga en el trabajo y a las largas jornadas, al hambre y las carencias de tantas personas, a la incultura y el subdesarrollo. Y todo eso lo podemos —lo podríamos— hacer orientando los avances del progreso técnico y económico hacia la gran mayoría de la población. Sin embargo, no se está haciendo así, sino que en nuestras sociedades cunden las desigualdades y la falta de horizontes para muchos, mientras que el poder y la riqueza tienden a concentrarse en pocas manos. Hemos llegado a extremos, según se denuncia en el último Informe de Intermón Oxfam, en los que solo ocho personas (todos varones) acumulan tanta riqueza como la mitad de la humanidad. Por eso, cunde la preocupación y la indignación ante la evolución de las desigualdades y el empeoramiento del trabajo.

Las inmensas posibilidades de progreso contrastan con el clima de regresión social, de malestar y pesimismo que se vive en muchos lugares. Ante este horizonte histórico, se precisa una nueva estrategia socialdemócrata, capaz de impulsar el progreso y recuperar la ilusión política, con un proyecto renovado, fiel a los principios del socialismo, y alternativo —no subsidiario— a las posiciones de la derecha, con un liderazgo coherente, honesto y comprometido con esos objetivos. Y con un modelo de partido autónomo y democrático, que responda a lo que los socialistas de hoy queremos y necesitamos. Es decir, un partido de ciudadanas y ciudadanos maduros y libres con plenos derechos, que piensan, opinan, participan y deciden, y no un partido burocratizado y decaído, cuyos afiliados sean tratados como súbditos a los que se les pide que callen y obedezcan.

LA MILITANCIA Y LA ENCRUCIJADA

Esa participación efervescente, esa entrega de la militancia, la aportación de sus opiniones y criterios, había empezado a brotar ya de forma espontánea. La gente se ofrecía, proponía, enmendaba, se autoorganizaba, decidía. Habían tenido lugar otros procesos de primarias, desde luego, pero en ninguno se había visto tanta energía militante, deseosa no solo de elegir un candidato o a una candidata, sino de influir en una nueva forma de hacer política, que de hecho estaban ya poniendo en práctica. Había entre los afiliados un cierto sentimiento de que se había torcido su voluntad, de que no se había dado oportunidad de que cuajara el liderazgo que ellos mismos habían votado en 2014, pero iba mucho más allá de eso. Habían visto mi dimisión el 1 de octubre e inmediatamente después la abstención frente a la derecha. El cóctel era endemoniado y la militancia no estaba dispuesta a bebérselo.

El planteamiento de nuestra campaña pasaba por atender a toda esa afluencia de gente y encauzar esa energía. Yo me comprometí a ir a todas las provincias, y creo que las pisé casi todas, no puedo decir todas porque no tuvimos tanto tiempo. Los actos resultaban de lo más singular. A menudo no podíamos hacerlos en una pequeña agrupación, ni en un sitio que costara dinero, porque no lo teníamos. Entonces buscábamos formatos de espacios abiertos y a bajo coste, más bajo aún por cuanto los propios militantes que lo organizaban lo pagaban de su bolsillo.

Hubo sitios en los que se nos vino abajo la luz, o el sonido, o de repente no entraba la música o no se oía, y eso, en lugar de interpretarse de otro modo, se convertía en una señal de identidad porque demostraba la autenticidad de las convicciones que se veían allí. No eran actos organizados desde arriba, con dinero y tocando a rebato, sino desde abajo, con el voluntariado y la urgencia de presentar batalla ante lo que estaba ocurriendo.

Aquello formaba parte de la identidad del socialismo, del «Somos socialistas», porque soy muy consciente de que me convertí en catalizador de toda una corriente con deseos de cambiar el partido. Los cambios en mi propia vida me daban idea de la dimensión. Había estado dos años y dos meses en el coche oficial, con facilidades, medios, para hacer actos en hoteles... todo muy estructurado. De repente era todo lo contrario, no teníamos medios porque no había ningún apoyo de ninguna estructura. La gente ponía el altavoz que se traía de casa, yo he dado mítines subido a una

mesa de comedor, actos que han pagado militantes de su bolsillo. Era maravilloso porque nunca sabías lo que te iba a pasar, pero tenía un halo de autenticidad que sabías que dotaba de una enorme fuerza a todo lo que estaba ocurriendo. En todas partes me recibían personas de distintas generaciones, con unas enormes ganas de darme ánimos y de sumarse al proyecto.

Celebramos actos en salones de bodas, como en el municipio de Calasparra, en plazas de ciudades como Pontevedra, en centros de convenciones como el de Valladolid, en parques como el de Berlín en Madrid. La gente venía con lo puesto y muy ilusionada con todo, con el proceso, con la vivencia. Y con la certeza de estar haciendo lo que necesitaba nuestro país: que el PSOE siguiera siendo la alternativa de Gobierno de la izquierda. Los actos eran multitudinarios, y yo veía a los asistentes, a los militantes y a quienes no lo eran, con una sonrisa en la cara por primera vez en años. Me encontraba mucha gente de distintas generaciones, una madre cuyo hijo se había ido a Podemos y ahora se acercaba a contarme que volvía al PSOE, porque estábamos nosotros ahí luchando en las primarias. También me encontré a incrédulos, que no veían clara nuestra victoria. Otros que nos decían lo contrario, y sobre todo recuerdo, cuando paseaba de camino a los actos, o al terminar, por la calle me decían: «Pedro, tienes que ganar o dejas de votar al PSOE».

Hubo momentos realmente conmovedores. Para mí era un *shock* continuo el ir a un sitio en el que había estado unos meses antes, cuando era secretario general, y de repente encontrarme toda esa efervescencia. Me sentía cada día confirmado en el punto de vista que tanto yo como mi equipo teníamos de la situación. Los actos salían bien incluso cuando se caía el sonido.

En Cataluña el apoyo era enorme, en Barcelona celebramos actos a rebosar de asistentes. Recuerdo especialmente uno en Mérida en el que acabé empapado. Les había dicho a los de la plataforma que se movilizó allí que la previsión del tiempo daba lluvia. Ellos insistieron en que no, y que no me preocupara. Al final, cayó una tromba de agua y el técnico de sonido me dijo: «Pedro, no podemos hacer el acto». Había riesgo de que me electrocutara con el micrófono, así que solo me dio tiempo a hacer un discurso rápido, de diez minutos, y aun así acabamos todos calados.

Probablemente el sitio más difícil fue Euskadi, porque Patxi tenía mucha presencia allí. Hicimos un acto solamente, en Basauri, y reunimos a

muchísima gente de toda la comunidad autónoma vasca. Salió muy bien, pero solo hicimos ese porque, efectivamente, era un lugar más difícil. Lo sabíamos, pero yo quería ir a Euskadi porque allí había mucha gente que me reclamaba, muchos militantes que me decían: «Tienes que venir a Euskadi». En Valencia salió un acto muy bonito, también en Jaén, en Córdoba... En Huelva nos congregamos en un barrio tradicional nuestro, con mucha presencia del partido, y resultó emocionante. El de Cádiz fue espectacular. Nos mandó un video Anne Hidalgo, la alcaldesa de París, y, como era una sorpresa, cuando lo pusimos los asistentes estallaron de júbilo. Es una mujer muy querida para los socialistas y, en general, creo que para la izquierda española. En el acto de cierre de campaña vino personalmente. Lo hicimos en Sevilla, en el Puerto de la Sal, junto al río Guadalquivir, y salió magníficamente bien.

Nada de lo que hicimos en la campaña de primarias hubiera sido posible sin la energía, el entusiasmo, la dedicación, el trabajo y el apoyo económico de militantes, votantes y simpatizantes socialistas. ¿Cómo fue posible esa movilización sin precedentes? Creo que la militancia fue muy consciente de que nuestra candidatura era la única que podría unir al PSOE, a pesar de que cierta prensa afirmara lo contrario: la ruptura que produjo la abstención no se dio entre militantes de nuestro partido, ni siquiera entre ellos y los votantes; el cisma tuvo lugar entre la cúpula y las bases. Había algo que los tenía profundamente ofendidos. En 2014 se les había convocado para elegir a un secretario general, que luego había sido forzado a dimitir, ¿por qué? Por cumplir mi palabra, ese era mi crimen. Por tanto, lo que estaba en juego internamente era si nuestro partido iba a seguir siendo un proyecto autónomo, en el que las decisiones las tomaran sus militantes, o no.

La militancia sencillamente no estaba dispuesta a renunciar a las conquistas que se habían logrado en los congresos respecto a los procesos de toma de decisión y elección de liderazgos, en suma, respecto al partido que querían. Se encaraba una encrucijada para el socialismo español en que o bien se tomaba la deriva alemana de la gran coalición, o bien se seguía reivindicando la autonomía de la socialdemocracia en España como alternativa al Partido Popular.

Todo eso confluye en una reivindicación de autonomía y de criterio propio. La militancia decide asumir su responsabilidad: aquí mandamos nosotros. Por supuesto, dotados de un componente político claro. El PSOE ha

sido trascendental en la vida política española, y los militantes no quieren que pierda ese papel. Para seguir siendo primera fuerza, teníamos que resolver bien esa encrucijada política. Eso actuó como un factor enorme de movilización dentro y fuera del partido. Muchos simpatizantes fueron a los actos porque eran conscientes de que el destino del PSOE era crucial para lo que pueda pasar en España en los próximos años. Nuestro gran acierto fue no reducir el proceso de primarias a la mera elección de un secretario general, sino sobre todo dar respuesta a una encrucijada política del socialismo, que es la de España. Y eso hizo que muchos socialistas de corazón, también sin carné, se movilizaran para acudir a nuestros actos, nos ayudaran a difundirlos en redes y contagiaban la ilusión a su alrededor.

Hubo un momento en que me di cuenta de que íbamos a ganar. Era muy evidente que nuestro mensaje crecía como una bola de nieve, una bola enorme que no paraba de sumar adhesiones. Había que unir al partido, pero a esas alturas estaba claro que la ruptura se había dado entre los dirigentes y la militancia, y que, por tanto, quien podían sellar eso de nuevo era nuestra candidatura, puesto que yo era el dirigente que se había marchado por defender lo mismo que los militantes y la mayoría de los votantes. Las estructuras tradicionales del partido, sus dirigentes históricos, estaban tocados, estaban siendo cuestionados, de modo que apoyarse en ellos para hacer campaña no era muy inteligente y demostraba que no se había cobrado conciencia del cisma interno.

No resultaba fácil colegir, a partir de los distintos planteamientos de campaña de cada candidato, qué tipo de partido queríamos e íbamos a diseñar. Nuestra militancia estaba madura hacía tiempo para otro tipo de organización, porosa, participativa, y en cuanto se abrió la espita no dudaron en demostrarlo.

En todas las agrupaciones por las que pasábamos, siempre preguntaba cuántos militantes teníamos. En La Palma me contestaron: «Aquí hay militantes que hacía años que no venían a la agrupación, toda la militancia de la isla está aquí metida». A lo mejor eran 500, pero en términos relativos equivalían a dos mil en otro lugar. Entonces me daba cuenta de que era un movimiento de grandes dimensiones, porque esa respuesta me hablaba de gente que había estado desapegada del partido y se volvía a acercar. Y la encontré en muchos sitios, en toda España. Los militantes y los votantes socialistas querían que siguiéramos siendo la alternativa al PP, y estaban muy

contrariados, incluso enfadados e indignados, con que los estuviéramos apoyando. No puedes hacer algo así a espaldas de los votantes socialistas y pensar que no va a tener consecuencias. Iba a tenerlas, y se veían venir de lejos. Pero había quien no quería verlas.

No era solo yo el que llenaba los actos: en todos los lugares, la movilización era máxima para cualquier acto de nuestra candidatura. Muchas veces, antes de ir a un lugar, iba antes otro equipo de gente que me apoyaba para dar un mitin y escuchar a la militancia: Elorza, Mariluz Martínez Seijo, Zaida, Ábalos, Adriana, Tezanos, Escudero, Carmen Calvo, Margarita Robles, Beatriz Corredor, Cristina Narbona... También llenaban los sitios hasta la bandera. Hubo actos nuestros a los que no fui yo que reunieron a mucha más gente que los de las otras candidaturas yendo el cabeza de lista. Nuestra candidatura era muy coral y todos recibían un apoyo extraordinario. Es otra experiencia que desmiente a los que querían desacreditarnos con acusaciones de personalismo. Si algo no fue nuestra candidatura es personal, pero no solo porque éramos un equipo motivado, cohesionado y con las ideas clarísimas, sino porque todo nacía de una energía emergente desde las bases, desde abajo. El apoyo también era multitudinario y no dejaba de aumentar.

Las redes, con su información y recursos fundamentales para la acción política, nos indicaban lo mismo. José Antonio Rodríguez Salas, el alcalde de la localidad granadina de Jun, es un auténtico experto en redes. Junto con su equipo, desarrolló herramientas de estudio y análisis de los comportamientos electorales de afiliados del partido que estaban en las redes. Realizaron un pronóstico del resultado de las primarias que no solo afirmaba que ganábamos, sino que vaticinaba por qué diferencia. Facilité los datos a los medios de comunicación cinco o seis días antes de la votación. Les dije la diferencia por la que íbamos a ganar, y no me creían. Pero acertamos de pleno gracias al alcalde. Solo hubo una pequeña desviación en cuanto a los resultados que obtendría Patxi; por lo demás se cumplieron sus pronósticos al pie de la letra. Tanto él como su equipo siguen ahora en el partido, dedicados a las redes sociales, porque entender lo que funciona y lo que no en el mundo virtual, analizar la comunicación, las interacciones con los ciudadanos en redes, te da muchas pistas sobre lo que ocurre en el mundo material.

Muchos argumentaron una brecha entre esos dos mundos para negar la importancia de las redes. Aseguraban que los militantes del PSOE no están en redes, pero no es verdad, esa es otra afirmación nacida del desconocimiento.

Todos los socialistas están en Facebook. Yo me encontraba a gente en los actos que se me acercaba y me decía: «Nos conocemos, Pedro, soy Fulanita, de Facebook». Claro, yo tenía más seguidores que la propia cuenta del Partido Socialista y no podía conocer personalmente a toda la gente con la que interactuaba en internet, pero es maravillosa esa sensación de cercanía que te dan las redes. Todos nuestros actos los retransmitíamos por Facebook y tenían incontables impactos. Era brutal. Llegábamos a cientos de miles de personas. Hay programas de televisión que tienen menos audiencia. Mis apariciones en *streaming* a través del Facebook Live las replicaban nuestros seguidores, igual que los artículos publicados en medios digitales que nos eran favorables. Llegábamos a muchísimas personas gracias a ese efecto multiplicador que nos proporcionaba la combinación de los contenidos en medios digitales y su difusión a través de las redes sociales. Les sacábamos varios cuerpos a nuestros rivales; nuestra presencia en redes era abrumadora.

Entretanto, los medios seguían su rumbo. En una fecha tan temprana como marzo se publicaron algunas encuestas que mostraban con claridad la preferencia de los votantes socialistas por nuestra candidatura. Sin embargo, la lectura que hacían los medios era que no ganábamos. ¿Por qué? Había una tendencia a negar la realidad, a pretender que la realidad se adaptara a sus deseos. Sabemos que eso no funciona, que lo mejor que puedes hacer con la realidad es aceptarla, pero se buscaban interpretaciones respecto a las diferencias entre el votante y el militante completamente infundadas. El votante y el militante del Partido Socialista no están tan lejanos; de hecho, conviven en las familias, los grupos de amigos, incluso en el café de media mañana en el bar. Hubo un ejercicio de autonomía propia del militante que a muchos se les escapó, y ese militante, al menos el socialista, está muy en sintonía con las preferencias electorales de nuestros votantes.

Noté la misma incredulidad en mis encuentros con medios de comunicación. Manifestaba nuestra certeza de que íbamos a ganar y lo negaban: «¿Cómo vas a ganar, contra la estructura del partido, los barones?». Nadie nos daba ganadores, incluso cuando lo decían las encuestas, hasta que dejaron de publicarlas. Comprendo su incredulidad: lo que ocurrió sencillamente no suele ocurrir. En cierto modo, tenían razón en sospechar que una victoria nuestra resultaba inédita, pero el buen periodismo sabe anticiparse y no se le puede escapar que aquel magma que había entrado en movimiento era insólito en sí mismo, y lo lógico era que se tradujera en

resultados reales. Su error fue pensar que era imposible. O tal vez nuestro acierto fue hacer posible lo imposible.

Esa visión sesgada, no exenta de intereses, se plasmaba en cómo muchos medios tomaron partido, en lugar de informar. Lejos de desanimarlos, aquello hizo que muchos militantes y simpatizantes tomaran conciencia de la envergadura de la decisión que estaban votando: estaba en juego la autonomía del proyecto socialista y eso es lo que hemos recuperado. Por supuesto, podemos cometer errores, todo el que decide se equivoca. Pero ahora somos un partido autónomo, que toma sus decisiones defendiendo a la clase media y trabajadora y no está a las órdenes de nadie. Eso era lo que estaba en juego y la militancia lo comprendía más cuanto más nos atacaban.

En aquellos días hubo comentarios que me dolieron especialmente, sobre todo los que presentaban a la militancia como gente sectaria y aislada, poco menos que gente que vivía en una caverna. Aquellos supuestos trogloditas, así los presentaban determinados medios de comunicación, tenían el futuro del país y del Partido Socialista en sus manos y nos iban a llevar a la ruina, iban a romper el partido y España. Me dolió, no solo porque no es verdad, sino por la injusticia que supone. Un militante de un partido político, no únicamente socialista, pero especialmente los socialistas, es una persona comprometida, que sigue la actualidad, que está al tanto de lo que sucede y con mucha frecuencia representa la vanguardia del país. En aquellos comentarios latía el «desprecia cuanto ignora» machadiano: no conocían a la militancia, pero la presentaban de forma catastrofista, como a mí. No pasaba un día sin que me presentaran como un radical.

Cuando te das cuenta de que el retrato que intentan dibujar, de la militancia y de mí mismo, no se lo cree nadie, ves hasta qué punto pierden su propia capacidad de influencia, porque lo peor para un medio es perder la credibilidad. No son baladíes estos errores en la interpretación de lo que estaba pasando, sino que muestran cómo ciertos medios están presos de sus sesgos hasta tal punto que han perdido la capacidad de tomarle el pulso al país, es decir, de comprender realmente lo que está sucediendo para poder explicarlo a su audiencia. Eso es trágico para nuestra vida pública, porque el periodismo resulta esencial en una democracia. Un periodismo libre, independiente, que no defienda sus intereses, sino que realmente contribuya al debate nacional con honestidad, resulta indispensable para la democracia. Durante la campaña nos encontramos con mucha incompreensión y con

medios que no podían liberarse ya no digo de sus intereses, sino de sus propios prejuicios.

Todo eso me llevó a una reflexión, que emana de la realidad, de los hechos que yo mismo he vivido. En aquel momento había muy buen periodismo escrito —y muy libre— en los medios digitales: al fin y al cabo, están hechos por profesionales que han padecido ERE traumáticos, o bien periodistas de gran experiencia que han buscado mayor libertad para ejercer su profesión y la han encontrado en esos medios. La diferencia entre el papel y lo digital es enorme y la libertad en la red se respiraba. Por supuesto, me refiero a medios digitales donde se hace periodismo de verdad, no bulos ni *fake news* ni periodismo basura.

Había días que abría una página web o un periódico y me encontraba supuestas declaraciones mías, entrecomilladas incluso, atribuyéndome frases que no había pronunciado. Se inventaban lo que decía, para darle empaque a un titular que era falso. En esos momentos ves la indefensión del político. Resultaba bastante obsceno.

¿Qué puede hacer un cargo público ante invenciones así? No hablamos de interpretaciones sesgadas o erróneas, ni siquiera interesadas, hablamos de falsedades netas, de palabras que te atribuyen y nunca has pronunciado. Me querían caricaturizar como un político radical, que iba a romper el partido, o me endilgaban frases que hacían parecer mi candidatura a primarias como un acto de rencor, en lugar de una decisión política. Trataban de vestir con hechos lo que era su campaña de desprestigio, porque los hechos tienen más fuerza que las opiniones. De repente se publicaba que, si yo perdía, iba a montar otro partido. Una mentira pura y simple.

¿Qué puedes hacer ante eso, denunciarlo? El problema es que, al hacerlo, solo se consigue un efecto perverso y paradójico: al intentar combatir la mentira amplificas el efecto de esa mentira. Se ha publicado recientemente, en marzo de 2018, un estudio en *Science* que ratifica que las noticias falsas se difunden en Twitter mucho más rápido, llegan más lejos y alcanzan mucha mayor amplitud que las verdaderas. Sabemos que la noticia verdadera de una denuncia por calumnias va a llegar a mucha menos gente que la falsedad previa, al tiempo que va a dar oxígeno a la mentira.

La segunda opción para intentar defenderte era hablar con los medios de comunicación para decirles que alguna noticia publicada era falsa. A veces lo hacía y otras no, resulta agotador y tampoco servía de mucho, porque la única

opción que te ofrecen es que envíes una carta de rectificación. Igualmente, eso acaba magnificando la noticia, que es lo que ellos buscan, y es posible que de ella extraigan un titular que te vuelva a poner en la picota.

A lo largo de la campaña mantuve algunas conversaciones con varios medios de comunicación. No buscaba su apoyo. Les decía, simplemente: «Lo único que os pido es que la información que deis sobre mí sea objetiva y veraz. Luego ya si tomáis partido por un candidato o candidata es vuestra decisión, pero me conformo con que no sea mentira lo que publicáis sobre mí». Y en eso he de reconocer que me encontré más periodismo, más autenticidad en el deseo verdadero de informar de lo que ocurre, en lugar de querer decidir sobre ello, en los medios digitales.

Con todo, la conversación más delirante la tuve con el director de un medio. Le dije: «Voy a ganar». Primero se mostró convencido de lo contrario:

—No. ¿Cómo vas a ganar?

—Que sí, hazme caso. No te están dando bien los datos —le repliqué.

Finalmente reveló su indiferencia hacia el resultado:

—Y si ganas, ¿qué vas a hacer? ¿Cómo vas a gobernar un partido en contra de Felipe González, Zapatero, los presidentes autonómicos? ¿No ves que es imposible? No vas a ningún lado. Lo responsable por tu parte sería irte.

Conversaciones como esta, que me sumieron en la perplejidad, tuve más de una en aquellos meses. Pero cuanto más desprecio al resultado sentía en ciertos ámbitos, más fuerza me daba eso para reivindicar a la militancia y los votantes socialistas. Por supuesto estos medios contribuyeron cuanto pudieron a convencerme de que me retirara, o bien con sus comentarios editoriales o bien enviando a sus distinguidos directores a tertulias en las que azuzaban a sus contertulios. En el fondo sabían que neutralizarme a mí, conseguir mi retirada, equivalía a acallar a la militancia y al electorado socialista. Desconocían que eso es sencillamente imposible. En fin, como son gente humilde, el día menos pensado se disculpan, no ante mí, sino ante su audiencia, a la que presionaron tanto como a mí, con escaso éxito.

Partíamos con todas las desventajas, no solo en términos económicos, sino también mediáticos. Pero teníamos la fuerza de las convicciones y el apoyo de la gente. Por más que se intentara infundir miedo respecto a nuestra candidatura, por nuestro lado solo había ilusión y esperanza. En las decenas

de actos de campaña se materializó ese anhelo que había comenzado mucho antes. El día que me entrevistó Jordi Évole en *Salvados*, solo le pedí una cosa: que me permitiera mencionar en un momento de la entrevista que tengo una página web en la que se pueden inscribir quienes quieran ayudarme.

«Por supuesto, Pedro», me dijo. Tengo aprecio por él, y en efecto, di la dirección de la web. Al día siguiente ya teníamos treinta mil inscritos. Lograr una base de datos de 30.000 personas en apenas unas horas te da indicios bastante ciertos del movimiento que hay detrás. Pero no se trataba solo de una cuestión de cantidad, sino también de calidad: el entusiasmo que traslucían aquellos mensajes era conmovedor. La gente nos animaba y nos ofrecía ayuda, cada uno en lo que podía, ya fuera económica o de sus recursos profesionales, materiales o sociales. Muchos eran afiliados, y después formarían parte de las plataformas, pero muchos otros no pertenecían al partido y, aun así, era gente interesada en política que percibía lo que se estaba jugando en el PSOE para nuestro país.

LOS AVALES

En aquellos meses, desde el mismo día de mi dimisión como secretario general, se fue generando una movilización extraordinaria, una bola de nieve que crecía cada día. La intuición de que ganábamos nos llegaba por muchas señales, pero se confirmó de forma fehaciente el día de la presentación de los avales.

De acuerdo con las normas internas, eran necesario tener el aval del 5 % de la militancia para poder presentarnos. Nos hubiera bastado, pues, con algo menos de 10.000 firmas, pero logramos más de 57.000. Los avales los fueron recogiendo militantes que apoyaban mi candidatura en cada pueblo, en cada ciudad, pero muchos nos llegaron espontáneamente. Los fuimos almacenando en la oficina de Marqués de Riscal, no sin cierto temor a que algún incidente de última hora diera al traste con nuestras esperanzas y las de la militancia. El fenómeno fue abrumador, nos llovían los avales. Cuando faltaban cinco días para que acabara el plazo, ya habíamos recogido 40.000, pero aún en esas últimas jornadas nos llegaron otros 17.000.

El día de la entrega era el 4 de mayo. Las dos noches anteriores, Koldo, un miembro de la candidatura, se quedó a dormir en la oficina para

custodiarlos. Como anécdota, valga contar que una vecina del edificio le ofreció su baño para que se duchara porque él no quería dejarlos sin vigilar ni un solo momento.

Por la mañana, temprano, yo hice una entrevista en *Espejo Público*, el programa de Antena 3, y me preguntaron por el tema. Solo tres personas sabíamos el número de avales recogidos: Santos Cerdán, Paco Salazar y yo. Sin embargo, no podía contarlo, lógicamente, ya que había que esperar al momento oficial de la presentación en Ferraz. Por tanto, opté por decir que debíamos esperar y restarle importancia al trámite de los avales. Al fin y al cabo, era lógico que nos ganaran en avales, pero esa no era la cuestión, sino que lo importante era cuántos recogíamos nosotros. Los periodistas allí en el plató estaban todos muy convencidos de que Susana Díaz arrasaría y ese era su objetivo.

La sorpresa fue mayúscula para todos los medios cuando por fin llegó el momento de trasladar los avales desde la oficina de «Somos socialistas» a la sede del partido en Ferraz. Gente de mi equipo organizó la logística a la perfección. Llamaron a cuatro taxis, que aparcaron alineados en la puerta de la oficina. Aquel momento fue emocionante. Comenzaron a salir militantes, con las cajas rojas en la mano y el emblema «Sí es Sí» grabado en cada una de ellas. Cuatro representantes de nuestra candidatura en cada taxi, y cada uno de ellos con una o dos cajas bajo el brazo. Allí en la misma puerta, antes de que marcharan, me dirigí a todos los compañeros que se apostaban a las puertas de la oficina para agradecerles todo el trabajo realizado contrarreloj en las últimas semanas. Se les explicó a los taxistas la importancia de los documentos que estaban trasladando y se pusieron de acuerdo para ir en comitiva hasta Ferraz, sin separarse y sin perderse.

Cuando ya por fin despedimos a los taxis, para nuestro estupor, seguían llegando avales. Nos llovían, caían del cielo. Todavía con los últimos 96 se fue otra persona en un quinto taxi, contándolos por el camino, para llegar a Ferraz a tiempo de incluirlos. El resultado no pudo ser mejor. Y aún después de eso, entraron otros 500 procedentes de los lugares más lejanos, como Ceuta, que no llegaron a tiempo y no los pudimos incluir, pero era brutal, también una medida del apoyo que teníamos. Santos Cerdán, secretario de organización del PSOE de Navarra, lo contó a la prensa con euforia evidente una vez que quedaron registrados. Más de 57.000. Era una cifra, como él dijo, «escandalosa, abrumadora». En efecto, superaba nuestras propias

expectativas en todas las provincias. Viendo la distribución de avales por comunidades, estaba claro lo apabullante de nuestro apoyo. Pero sobre todo sabíamos que aquellos avales, en los que cada militante firmaba con su nombre y apellidos y por tanto se retrataba, con las posibles consecuencias que eso pudiera tener, significaban cosas muy distintas para las diferentes candidaturas. Nosotros sabíamos que los 57.000 constituían nuestro suelo, en cuanto a votos, mientras que, para la candidatura de Susana Díaz, sus 64.000 eran su techo. De hecho, obtuvo finalmente menos votos que avales, mientras que a nosotros nos sucedió lo contrario.

Aquel día supimos que ganábamos.

La reacción oficial inmediata fue de estupor. Quizá pensaron que ese día sentenciarían el resultado con una presentación de avales abrumadora, y en efecto hubo una cifra abrumadora, pero fue la nuestra. Ese día se puso de manifiesto que la organización entera estaba movilizada. Las primarias no acababan ese día; al contrario, aquel día demostraba nuestra fuerza imparable.

LA VICTORIA

Si el penúltimo día de campaña nos había acompañado en el mitin la alcaldesa de París, Anne Hidalgo, en el último contamos con la presencia de Josep Borrell, quien había apoyado nuestra candidatura desde el principio, pero sin participar en actos públicos. En el parque de Berlín de Madrid, a menos de 24 horas de que se abrieran las urnas en las sedes socialistas, cientos de personas disfrutaban de una victoria que ya tocábamos con las manos. Recordé que la abstención había sido «una pésima idea», porque ese era el motivo fundamental por el que estábamos allí: reivindicar nuestro partido, sí, pero al servicio de nuestro país. Es algo que no olvidé ni un solo día de los que duró aquella larga campaña de cuatro meses que tocaba a su fin.

La jornada electoral vio en nuestro partido una movilización histórica, que ya se preveía con la recogida de avales, pero se ratificó el domingo 21 de mayo de 2017. Voté en mi agrupación y a última hora de la tarde me fui a la sede de Ferraz en mi coche.

Como sucede en todos los procesos de primarias, teníamos asignada una zona, en la tercera planta, que constaba de un despacho y un antedespacho.

Allí estaban todos los miembros de mi equipo, ese era el punto neurálgico de aquella jornada que sabíamos histórica de antemano. También acudieron personas de distintos puntos de España, en algunos casos militantes y en otros simplemente simpatizantes que nos habían ayudado durante la campaña. Había otra mucha gente que no quería dejar de estar y se fueron congregando en la oficina de Marqués de Riscal.

Todos estábamos a la espera de los resultados, mientras comentábamos los que íbamos conociendo. Naturalmente había miembros de nuestra candidatura en las distintas mesas, actuando como interventores, cuya información nos hacía presagiar un gran resultado, pero no dejaba de ser información fragmentaria. Quienes la centralizaban toda y tenían la foto de conjunto eran los miembros de la gestora y también la Comisión de Ética y Garantías, a la que pusieron trabas para acceder a la información porque sabían que en ella había algún partidario de mi candidatura. De hecho, Félix Bolaños, secretario de esa comisión, y una de las personalidades más brillantes de la nueva hornada de socialistas, me llamó para darme los datos antes de las nueve de la noche, hora en la que se hicieron públicos, para decirme que, en el recuento oficial, con el 40 % escrutado, mi candidatura aventajaba ya en casi 10 puntos a la de Susana Díaz. Fue precisamente ella quien, poco después, me llama para confirmarme el resultado y felicitarme, mostrando una gran deportividad que le honra. Se lo comuniqué a mi equipo y estallaron de júbilo. Mis padres y Begoña, que también estaban allí, se emocionaron. Fue por fin el reconocimiento que se nos había negado durante el último año de que estábamos en lo cierto.

Sumamos más de 74.805 votos, lo que supone más de un 50 % de respaldo, un triunfo abrumador. Ganamos en todas las comunidades autónomas salvo en las dos respectivas de los otros dos candidatos, Andalucía y Euskadi. Mi comparecencia ante la prensa, conjuntamente con los otros candidatos, tuvo lugar en la sala Ramón Rubial, un lugar cargado de emotividad y dificultades para mí. Allí se produjo el aciago Comité Federal del 1-O que acabó con mi dimisión, allí regresé para despedir el féretro de la compañera Carme Chacón. Ante una militancia fervorosa, satisfecha del deber cumplido y de ver cómo la firmeza en las convicciones a veces gana en política, afirmé algo que desde entonces no he dejado de tener presente en todas y cada una de mis decisiones: «Vamos a construir el nuevo PSOE, el de los afiliados. Ahora vamos a tener un PSOE unido y rumbo a la Moncloa».

Renovar el partido, unirlo y gobernar para la gran mayoría de españoles, esa es mi triple aspiración para nuestro país. Como había ocurrido desde el primer momento de la batalla que tocaba a su fin, los destinos de España y los del PSOE se entrecruzaban de forma inexorable.

Nos pusimos a trabajar en ello al día siguiente. Tenía muy claro lo que debíamos hacer y cómo debíamos hacerlo. Con quién también estaba claro: aproximadamente el 80 % del equipo que había trabajado conmigo volvió. Reencontrarme con todos ellos fue muy emotivo. No había dejado de verlos, porque en aquellos meses nos reunimos en más de una ocasión para cenar o comentar la situación. Les agradecí el trabajo bien hecho, una vez más.

Pronto tomamos conciencia de que no iba a ser fácil. De hecho, no contamos ni con los cien días de cortesía que uno espera de los medios. Hubo alguno que hasta regañó a los militantes por haberme votado. En fin, estaba claro para mí que seguían sin entender lo ocurrido. Eso sí, en la cohabitación con la gestora aquellas tres semanas hasta el 39.º Congreso debo decir que su comportamiento fue impecable. Todo resultaba atípico: yo ya era secretario general de forma automática, y, por no tener, no tenía ni ejecutiva ni portavoz parlamentario.

Lo más importante en ese momento, sin duda, era poner en marcha todo el proceso preparativo del Congreso. Había dos planos: uno era más operativo, el tocante a los delegados, el espacio donde se celebraría, etc. El acto de clausura del domingo 18 de junio de 2017 se había planificado en un sitio pequeño, para unas dos mil o tres mil personas, pero sabíamos que necesitaríamos uno mayor. Finalmente elegimos una nave de Ifema donde cabían ocho mil personas, y lo llenamos hasta arriba con gente venida de todas las partes de España.

La gestora, como es lógico, se había ido ocupando de esos trámites, pero con unos cálculos mucho más reducidos, los habituales para un Congreso con los delegados. Nosotros quisimos que el Congreso mostrara el nuevo PSOE, mucho más abierto, participativo, plural. Queríamos que en la inauguración participaran colectivos de la sociedad civil, como la presidenta de la asociación de *start-ups* de España, la representante de una ONG contra la desigualdad y contra el hambre, los dos secretarios generales de los sindicatos, tanto Pepe Álvarez como Fernández Toxo. Se trataba de la última semana de Toxo como secretario general del CC.OO., e invitarle a nuestro acto fue una manera de reconocer su aportación al país.

Se desbordaron todas las previsiones, fue espectacular. Nos reunimos en el pabellón más grande que tiene Ifema y se nos quedó pequeño. Pero también estaba el plano político. Durante los meses previos se había ido redactando por parte de la gestora una ponencia que no respondía a la orientación de la candidatura ganadora del proceso de primarias. José Félix Tezanos, Manu Escudero, Odón Elorza y Cristina Narbona desempeñaron un papel muy importante en la redefinición de todo el proyecto, incluidas las enmiendas. El documento base fue el de nuestra candidatura «Somos Socialistas. Por una nueva socialdemocracia», pero había que convertirlo en ponencia de unidad y ellos lo hicieron en tiempo récord. Había que hacer enmiendas al texto base, llevarlas a las agrupaciones para que se discutieran y votaran, para finalmente refundirlo todo en las resoluciones del Congreso.

En el texto se abordaron temas de democracia interna, los procesos de primarias, las consultas sobre pactos postelectorales, la elección de los delegados a los congresos... Se plantearon unos cambios bastante profundos en los estatutos federales en lo relativo a la participación de la militancia y se decidió que todo ello se incorporaría a un nuevo reglamento. Nuestro planteamiento era muy ambicioso, no queríamos simplemente aprobar una ponencia marco, como planeaba hacer la gestora, sino realmente aprovechar el impulso para promover cambios trascendentes en nuestro partido, que lo consagraran como un partido abierto y participativo, como había votado la militancia.

Una de las cuestiones que incluimos fue el sistema de primarias a doble vuelta. Después del Congreso se celebrarían los congresos autonómicos y provinciales, pero al haber ya sido convocados, no era posible cambiar las normas. La decisión que tomé fue que aquellas federaciones que quisieran celebrarlos con doble vuelta se podían acoger a la nueva norma, y quien quisiera proseguir con el método antiguo, podría mantenerlo. De hecho, así ocurrió y en algunas federaciones se usó el sistema de doble vuelta.

Desde el primer día trabajamos sin descanso, porque era mucho lo que había que cambiar. Hasta el lema; queríamos que fuera: «Somos la izquierda». Todo eso lo hicimos en apenas tres semanas, en gran medida gracias a que los trabajadores del partido son gente muy experimentada, que sabe mucho y tiene rodaje de congresos. La casa se volcó en el proceso de preparación, trabajando contrarreloj y hasta la hora que hiciera falta. La situación era complicada porque en aquellas tres semanas el único que

formalmente tenía capacidad ejecutiva era yo y, pese a la extrañeza de la situación, todo el mundo cumplió a la perfección su papel.

De hecho, en aquellos días tuvo lugar la moción de censura al Gobierno de Rajoy planteada por Podemos. No les salió bien, porque ellos contaban con que ganaría Susana Díaz y quisieron utilizarlo para mostrar a un PSOE atado a Rajoy desde el mismo día de la renovación. Su sorpresa por el resultado fue enorme. En todo caso, debíamos posicionarnos en esa cuestión política clave, y fui yo quien tomó la decisión de abstenernos, para dejar claro nuestro «no» a Rajoy y nuestro «no» a Pablo Iglesias. Recién llegado de nuevo a la Secretaría General, no pude evitar lamentar la falta de visión política de Iglesias.

Para nosotros aquella moción de censura fue muy importante. Era de alguna forma la prueba decisiva para el nuevo PSOE. Unos medios nos decían en sus editoriales que debíamos apoyarla; otros, que debíamos votar en contra. Desde el primer momento tuve claro que debíamos abstenernos. No nos oponíamos a la idea de que el PP saliera del Gobierno, por supuesto: si Pablo Iglesias lo hubiera priorizado un año antes, Rajoy no estaría en la Moncloa. Pero entonces ya era tarde, por eso tampoco podíamos dar nuestro apoyo a Iglesias como presidente. Hay algo en política que permite medir la madurez y es la capacidad de llegar a acuerdos con otros grupos parlamentarios para conseguir cambios concretos y reales. Aquella moción no se había negociado con nadie, era un fuego de artificio que acabó dando más oxígeno a Rajoy, pues salió victorioso.

Nadie en el partido discutió mi decisión. Estaba claro que, de algún modo, yo mismo era como una gestora a la espera de un Congreso. Pese a que aquellas semanas de cohabitación todo transcurrió como la seda, quedó claro, y lo hemos aprendido para el futuro, que tiene mucho más sentido celebrar las primarias y el Congreso en semanas consecutivas, para acortar la interinidad el máximo posible.

En esas tres semanas yo actué plenamente como secretario general, lo que también marcó la diferencia respecto a las primarias de 2014. La primera vez mi elección constituyó una consulta no vinculante, pues no estaba regulada en los Estatutos, y por ello el congreso lo debía ratificar. En 2017, en cambio, se trataba de una votación vinculante y nuestra victoria por más del 50 % de los votos me convertía de forma efectiva en secretario general, tal como habíamos aprobado en el Congreso Extraordinario de 2014. Desde

el mismo minuto en que se conoció el resultado, todos los líderes socialistas se pusieron a disposición de nuestra candidatura para contribuir a que el partido funcionara como una máquina perfectamente engrasada y eficaz, como en efecto ocurrió. La división y la tensión quedaban aparcadas, lo cual fue posible por el talante democrático reinante en el partido: la militancia había hablado y todos debíamos atender su pronunciamiento sin matices. Sentí que se diluían viejas desconfianzas de antaño y eran sustituidas por un profundo respeto hacia mí, hacia el nuevo secretario general. La lealtad ofrecida por todos emanaba de la legitimidad que me había dado el voto e impregnaba la vida en el seno del partido. Lo mismo sucedió en ciertos círculos empresariales donde habían existido recelos hacia mí en otros momentos. Era un nuevo comienzo no solo para los socialistas sino para muchos sectores sociales muy conscientes de nuestro papel en la política y la sociedad española. Todos se pusieron a disposición del nuevo secretario general del Partido Socialista.

Sin duda, el avance en participación interna que se ha producido en el PSOE en tan solo tres años da idea de cómo hemos cambiado. Para los no muy duchos en política puede parecer una cuestión orgánica menor, pero los partidos determinan por completo la vida política en España, y cambiarlos por dentro es la única forma de que la política para los ciudadanos sea diferente.

Mi campaña de primarias había estado articulada en torno a la recuperación del partido por parte de la militancia, que se había sentido distanciada de los que tomaban decisiones durante demasiado tiempo. Si algo había quedado claro con mi reelección como secretario general era que, por fin, los militantes eran los dueños del partido. Mi voluntad, una vez elegido, era llevar a cabo los cambios estructurales necesarios para que el nuevo PSOE, como ya se nos designaba, fuera un partido abierto y participativo. Por un lado, abierto a la sociedad, poroso, en comunicación con ella, y dispuesto siempre a mantener un diálogo con personas relevantes que nos garantizaran nuestra conexión con la realidad española. Por otro lado, participativo para la militancia, que los afiliados y afiliadas tomaran las decisiones nucleares y que estas nunca pudieran ser revertidas por la cúpula sin contar con ellos. Mi promesa de campaña había sido reformar el partido en esos dos sentidos. Y de nuevo cumplí mi palabra. A los pocos días de resultar elegido llamé a Félix Bolaños, abogado, hombre de mi confianza y buen conocedor del

partido por formar parte de la comisión de garantías. Él me había ayudado en 2014 a redactar los nuevos Estatutos y a actualizar el Código Ético —que procedía de la época de Joaquín Almunia—, y ambos sabíamos que nos habíamos quedado con ganas de ir más allá. Entonces no pude, pero en aquellos días de finales de mayo tenía la legitimidad absoluta para hacer el tipo de partido que necesitábamos ser. Así se lo expliqué a Félix: «Esto va a ser una revolución, no tengo prisa, tómate tu tiempo. Queremos un nuevo modelo de partido a veinte años. No va a ser un parche, sino un legado».

Había mucho trabajo que hacer, pues teníamos un desbarajuste jurídico importante. Había más de diez reglamentos solo a nivel federal. Quise que lo sintetizáramos para, con esa unificación, dar más seguridad jurídica. Pero, sobre todo, introdujimos cambios de carácter político que hicieron del nuestro, en efecto, un nuevo PSOE. El nuevo reglamento respetaba nuestra tradición, que de hecho es de participación y apertura, y al mismo tiempo nos adecuaba a las exigencias de la sociedad hacia los partidos del siglo XXI.

Entre los cambios normativos internos, sin duda uno de los que merece destacarse es la considerable rebaja en los avales necesarios para concurrir a elecciones primarias. Para las locales se pasó de un 20 % de avales a un 5 %; para las provinciales, de un 20 % a un 4 %; para las autonómicas, de un 10 % a un 2 % y, por último, para las federales, de un 5 % a un 1 %. Esto concede muchas más opciones a los militantes que quieren aspirar a una candidatura, consigue que más afiliados se puedan presentar porque rebaja las barreras de acceso, introduce más competencia entre candidatos y da visibilidad, pues los candidatos a una elección interna siempre tienen más proyección en los medios. En cuanto al secretario general, puesto que es elegido por los militantes (desde entonces a doble vuelta), también serán ellos los que, en adelante, lo podrán deponer.

Introducimos asimismo la celebración de primarias abiertas, como se da ya en otros países europeos, para elegir al candidato a la presidencia del Gobierno. Esta posibilidad ya existía en nuestra normativa, pero desde la aprobación del nuevo reglamento las primarias son obligatorias en el caso de elecciones generales y pueden celebrarse —a petición de la ejecutiva autonómica o por decisión de la federal— en las Comunidades Autónomas y en los municipios de más de 50.000 habitantes para elegir a los candidatos a alcaldías. Regulamos la presencia de independientes, que podrán presentarse a primarias para encabezar una lista electoral, y aumentamos la participación

de la militancia en la confección de las listas. Los afiliados también participan ahora en la elección de un tercio del Comité Federal.

Algo que no estaba regulado y necesitábamos clarificar es la celebración de consultas a la militancia. Mi experiencia ha resultado excelente en este sentido e incluimos en el reglamento que se puedan convocar sobre asuntos de especial trascendencia. En el caso de acuerdos de Gobierno de los que el PSOE forme parte o si nuestro voto, en cualquier sentido, resulta decisivo, también habrá de consultarse. Dicho en plata, el caso que se dio con la abstención ante Rajoy no podría volver a repetirse. El nuevo reglamento no hubiera permitido que, mientras las agrupaciones celebraban asambleas para oponerse, la dirección decidiera la abstención. Por último, incluimos un código de buenas prácticas en redes para afiliados, de manera que las discusiones entre nuestros militantes se lleven a cabo siempre con respeto, pese a toda la intensidad política que se les quiera poner.

Dirigentes destacados del partido trabajaron conmigo en el reglamento, con reuniones periódicas en las que íbamos discutiendo los principales asuntos. En diciembre de 2017 lo teníamos ya casi ultimado. Nos sentíamos muy satisfechos de cómo iba avanzando el trabajo y de su carácter de revolución interna, tranquila, pero revolución. Finalmente lo sometimos a votación en el Comité Federal del 17 de febrero de 2018. Ese día cumplí mi palabra de devolver el partido a sus dueños: los militantes. Fue uno de los momentos más emocionantes de mi vida política. Después de los comités federales tensos y terribles que habíamos vivido, allí se aprobó el reglamento por unanimidad. De pronto, sin que nadie lo hubiera organizado, ni siquiera previsto, la gente empezó a aplaudir; el aplauso se convirtió en ovación y la gente se fue poniendo en pie hasta que absolutamente todos los presentes estábamos allí, conmovidos, orgullosos de nuestro partido, del trabajo que habíamos hecho y del impulso político que le dábamos al socialismo español. En aquella imagen nuestra quedaba reflejada la transformación del partido y, sobre todo, la unidad que durante tanto tiempo ansiamos. Se hizo posible en el cambio.

Ese día, concluido el Comité Federal y de regreso a casa, recordé el comentario que me hizo un histórico compañero asturiano, Aladino Cordero. Era de los que venían a todos los actos. Un día lo conocí y me contó que él encabezó la delegación socialista de su federación en el histórico Congreso de Suresnes, Francia, en 1974. Aladino me dijo que aquel 39.º Congreso

suponía, como el de Suresnes, un punto y aparte en la historia del socialismo democrático español. Cerrábamos la etapa en la que habíamos tenido unos líderes y una forma de hacer y entender la política que había sido exitosa durante los últimos cuarenta años, pero que ya no se adaptaba a las exigencias de la sociedad a la que aspiramos a servir. Abríamos una nueva etapa, renovada, en una auténtica reivindicación de lo que significa la socialdemocracia: transformación, reforma. En este caso, nuestra propia transformación.

AHORA, ESPAÑA

Una cuestión crucial estaba ya sobre la mesa con la etiqueta de «pendiente» cuando aún no había comenzado el verano de 2017: la consulta en Cataluña sobre la independencia, que la Generalitat ya tenía en marcha, aún sin fecha concreta, para después del verano. Para afrontar ese desafío que teníamos ya a la vuelta de la esquina resultaba primordial mantener el vínculo con el PSC, el Partit dels Socialistes de Catalunya, que se había desarrollado con mi candidatura y con mi persona desde mi salida de la Secretaría General. No solo mantenerlo, sino reforzarlo, y superar definitivamente las tiranteces que se habían dado con la gestora.

Mi afinidad política con Miquel Iceta es enorme. Desde hace tiempo los dos hemos trabajado nuestra relación, personal y política, hablando y compartiendo reflexiones prácticamente a diario. Hay días en los que hablo con él dos o tres veces, y eso allana el camino para una buena colaboración política. La complicidad política con el PSC es clave en esta cuestión. Una de mis primeras reuniones fue con él para abordar el tema de la consulta. Entonces no imaginábamos ni una declaración de independencia ni un 155.

Acordamos proponer la creación de la comisión parlamentaria para evaluar nuestro modelo autonómico, incluida una reforma de la Constitución. Algunos analistas afirmaban que no se podía hacer nada antes del 1-O; el propio Rajoy decía que los contenciosos políticos había que dejarlos para después de esa fecha, como él por otro lado había venido haciendo los últimos cinco años. Pero no era cierto, antes del verano teníamos margen para actuar y dejarlo para después de la consulta podía significar enormes complicaciones. Por suerte, se presentó finalmente antes del verano, por

iniciativa nuestra y con el apoyo del PP y de Podemos. También antes del verano celebramos una ejecutiva conjunta con el PSC en Barcelona donde formulamos la «Declaración de Barcelona», en la que ofrecíamos una hoja de ruta para resolver el problema catalán.

Asimismo, urgía poner en marcha medidas para combatir la desigualdad, el más grave lastre que la crisis ha dejado en nuestro país, y la pobreza infantil, donde puse toda la atención al llegar al Gobierno con la creación del Alto Comisionado para la Pobreza Infantil. La realidad diaria de la clase media y trabajadora en nuestro país la ha constituido todos estos años la pérdida de salarios, de estabilidad y de seguridad, que se traduce en precariedad y explotación. Ningún presidente del Gobierno puede sentirse satisfecho con eso. Tampoco podemos dejar que el problema de Cataluña lo nuble todo, porque uno de los aspectos paradójicos es que esa precariedad laboral la sufren igual los trabajadores en Cataluña, en Valencia, en Madrid... Los independentistas nos han obligado demasiado tiempo a hablar solo de fronteras. Nosotros queríamos que los problemas reales de la gente estuvieran en la agenda política también, no únicamente por su importancia, sino porque en ellos se ve que no somos tan distintos. Siempre he creído que el litigio catalán no tiene que ver con la independencia sino con la convivencia.

Nada más concluir el 39.º Congreso, y ya con la nueva dirección constituida, celebramos una Ejecutiva federal con UGT y CC.OO., pues otro de los mandatos emanados de las resoluciones del Congreso consistía en abrir el partido a diferentes colectivos. Quisimos mantener con ellos la primera reunión, entre otras cosas para hablar del pacto de rentas, que incluía la subida de sueldos de los trabajadores y la subida del salario mínimo, la igualdad laboral y un nuevo Pacto de Toledo. Manu Escudero estuvo trabajando en ello intensamente, con la idea de rechazar el falso dilema según el cual hemos de elegir entre desempleo o empleo precario, que ha sido durante años la oferta del PP. Hay riqueza suficiente en España para que haya empleo de calidad bien remunerado, pero faltó durante mucho tiempo la voluntad política de tomar medidas para ponerlo en práctica. De ahí que una de las líneas en las que comenzamos a trabajar nada más llegar al Gobierno fuera un plan contra la explotación laboral. Nuestro diálogo con los sindicatos forma parte, asimismo, de un proyecto más ambicioso, que pasa por unir a la izquierda, y que incluye mantener un diálogo fluido con las principales organizaciones ecologistas y las vinculadas a bienestar social.

También con esa idea me reuní con Pablo Iglesias. Lo vi sorprendido por mi victoria, aunque él me asegurara lo contrario, y no ahorró palabras en reconocer el mérito de lo que nuestra candidatura había logrado. En aquella cita, los dos coincidimos en la necesidad de limar asperezas entre ambas organizaciones porque, respetando la autonomía de cada una, puede haber una competición cooperativa. En esa mayor sintonía, y el reconocimiento mutuo de méritos políticos, sin duda se halla el comienzo de una mejora en la relación que abonó el triunfo de la moción de censura en 2018. Nos emplazamos a continuar el trabajo en una mesa de coordinación parlamentaria, con la idea de colaborar en propuestas conjuntas desde el Congreso de los diputados. También me reuní con Alberto Garzón —que quiere su propio espacio como IU—, en quien vi una sincera voluntad de que llegáramos a cooperar.

Lo más maravilloso de la política es cómo los cambios generan cambios alrededor. Iglesias dio un giro claro a su discurso hacia el nuevo PSOE y abrazó por fin las tesis relativas a la necesidad de unir fuerzas desde la izquierda. Desde ese momento se plantea una interlocución fluida que, durante los dos años y dos meses de mi primer mandato como secretario general, no había sido posible. Estábamos imbuidos en un proceso electoral tras otro y no habíamos podido hablar ni conocernos. Frente al nuevo PSOE él se da cuenta de que no puede seguir manteniendo el grado de hostilidad demostrado anteriormente, y que de hecho fue censurado por muchos de sus votantes. Yo lo calificué de socio preferente y él no tuvo más remedio que incorporarse. Desde luego, hay mucho que pulir entre dos organizaciones cuya relación estaba marcada por los tintes competitivos, e incluso de hostilidad abierta, pero para mí es crucial que se haya abierto esa interlocución.

En septiembre, Cataluña ocupaba ya todas nuestras conversaciones. Los riesgos que corría Unidos Podemos respecto al independentismo resultaban obvios para mí, y se lo dije a Iglesias en una nueva reunión: «Tened cuidado, porque esta gente va a declarar la independencia y al final te vas a ver involucrado». El problema del que le advertí es que, al considerar el 1-O simplemente como una movilización, legitimaban la consulta, con todas las consecuencias que eso acarreaba, como se vio después. Si alguien legitima políticamente una consulta que se utiliza como coartada para definirla como el «mandato» popular que obliga a los dirigentes independentistas a declarar

la independencia, es obvio que eso te va a salpicar políticamente. Para esas fechas, nadie podía ya ser ingenuo respecto al camino que había enfilado el independentismo.

Del mismo modo, me reuní con Ciudadanos. Por esas vueltas que da la vida, mi relación empezó, un año antes, mejor con Rivera que con Iglesias, pero, en mi segunda etapa como secretario general, se cambiaron las tornas. Rivera comenzó a atacarme, acusándome de haberme radicalizado, ese discurso que hace la derecha.

En los días inmediatamente posteriores me reuní también con el rey y finalmente con Rajoy, tras aquella polémica menor de si me había mandado un mensaje felicitándome por la reelección o no. Lo cierto es que él no usa WhatsApp, sino SMS. Puede ser que se perdiera el mensaje, quién sabe, lo cierto es que recibí miles aquellos días, pero también es verdad que tiene mi teléfono. Fue un poco absurdo todo aquello, porque al final estuve dos o tres semanas sin saber de Rajoy ni hablar con él. De hecho, fui yo quien le llamó para transmitirle el apoyo socialista frente al independentismo en la crisis en Cataluña. Le aseguré que estaríamos siempre en la defensa del Estado de derecho, la legalidad y la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley. Nos emplazamos para reunirnos poco después.

Había cambiado el PSOE y eso empezaba a generar transformaciones a nuestro alrededor, porque el cambio crea dinámicas contagiosas. Tuve la sensación de que se recuperaba el orden natural de las cosas. Habíamos recobrado nuestra capacidad de iniciativa, además de empezar a ejercer como lo que éramos de forma inequívoca: líderes de la oposición y alternativa de Gobierno al Partido Popular. Una oposición leal y con vocación de Gobierno, pero oposición sin ningún género de dudas. El desafío independentista en Cataluña nos aguardaba a la vuelta de la esquina para tensar todas las costuras del Estado.

LA CRISIS EN CATALUÑA

Mientras me dirigía a la Moncloa, en julio de 2017, para reunirme con Rajoy, me vino a la memoria nuestra primera reunión tres años antes, tras mi primera elección como secretario general del PSOE en 2014. Aquella conversación también versó sobre la crisis catalana. La anomalía resultaba evidente: en tres años numerosos aspectos habían cambiado en la política española y, sin embargo, Cataluña se encontraba casi en el mismo punto. El conflicto independentista nos ha hecho entrar en un bucle de más de cinco años. Los más perjudicados por él serán los ciudadanos catalanes.

Si, tres años antes, el 9-N ya estaba promovido desde la Generalitat por Artur Mas, ahora nos encontrábamos con la amenaza de otra votación. La gran diferencia entre la primera y la segunda estriba en que Rajoy ya no tenía mayoría absoluta. Si en 2014, cuando le planteé que debíamos abrir un debate en la Comisión Constitucional del Congreso, pudo desatender mi propuesta sin muchas consideraciones, en 2017 la situación parlamentaria era completamente diferente: el PSOE, con menos diputados, iba a ser más relevante. Paradojas de la política.

En el reencuentro, mi propuesta seguía siendo la misma. Empecé por trasladarle la necesidad de racionalizar y encauzar el debate en Cataluña, para lo cual había que crear un espacio de discusión política institucional. Puse sobre la mesa la propuesta de crear la comisión parlamentaria, ya fuera legislativa o no legislativa. Se trataba de evaluar el modelo territorial y abrir un foro en el que todas las fuerzas parlamentarias pudiéramos debatir, no solo sobre Cataluña, sino también sobre otras disfunciones del modelo territorial que deben ser resueltas. Lo crucial, a mi juicio, es llevar a cabo una reflexión política plural y duradera, más allá de Gobiernos y plazos de cuatro años marcados por elecciones. Por eso su lugar es el Congreso.

Él no lo veía. Al carecer de la fuerza parlamentaria de su primera

legislatura, no podía despacharme como entonces, contestando que no iban a apoyar la comisión de reforma constitucional y punto. Pero no veía la necesidad de crear ese espacio para un debate político que, de todas formas, estaba teniendo lugar fuera del Parlamento.

El nuevo equilibrio de fuerzas parlamentario cambiaba las dinámicas. En los meses en que yo no había sido diputado había echado a andar la legislatura, y de un modo u otro, con distintos matices, los grupos parlamentarios habían planteado el asunto. Ciudadanos propuso una mesa de expertos para la reforma constitucional. Unidos Podemos, una comisión de estudio para la cuestión catalana. El PDeCAT también formuló una propuesta similar. Cuando lo planteamos nosotros se hizo evidente que existía una mayoría parlamentaria amplia para ponerlo en marcha.

Rajoy vio entonces que no le quedaba más remedio que sumarse. Nuestra conversación giró en torno a si había que hacerlo antes o después de la consulta ilegal, que ya estaba convocada para el 1 de octubre. Él pensaba que después del 1-O el panorama político se calmaría. Sin embargo, no sabíamos si eso iba a ocurrir, e igual podía suceder lo contrario: de hecho, así fue. Le argumenté por qué debíamos poner una comisión parlamentaria a trabajar cuanto antes: «Si las cosas van mejor después del 1-O, ya tienes engrasado el ámbito de discusión; si no mejoran, no conviertes a esa comisión en una reacción, sino que te anticipas». Mi planteamiento era sencillo: si hay un problema, mejor ponerse a trabajar cuanto antes en él. Sin embargo, lo cierto es que, desde 2012, él siempre prefirió reaccionar a los actos del independentismo, en lugar de tomar la iniciativa. ¿Por qué esperar?, le insistí, ¿solo porque el independentismo ha decidido celebrar una consulta ilegal ese día? Eso equivalía a supeditar nuestro calendario al suyo, cuando nuestra obligación —sobre todo la suya, como presidente— era arrancar el vehículo donde abordar los problemas políticos.

A mí me preocupaba sobre todo que hasta entonces, después de casi cinco años de Gobierno de Rajoy, no se hubiera formalizado ningún espacio de diálogo: la comisión bilateral Generalitat-Gobierno no funcionaba. Se había intentado aquella «operación diálogo» con la vicepresidenta Soraya Sáenz de Santamaría a la cabeza, pero había fracasado estrepitosamente y no existía ninguna dinámica formal de intercambio.

Se echaba en falta la interlocución bilateral entre instituciones, tanto como un diálogo dentro del Congreso de los Diputados. Resultaba

fundamental porque dejaría en evidencia la actitud del independentismo y su utilización del Parlamento catalán —una institución de todos— para su propia estrategia. Los días 6 y 7 de septiembre de 2017 culminó ese proceso de imposición de su perspectiva a las fuerzas parlamentarias constitucionalistas. En contraste con eso, le sugerí a Rajoy, el Congreso se mostraría como una institución plural, que cumple con su función de lugar de diálogo inclusivo de todas las partes.

En agosto volvimos a vernos. Le trasladé de nuevo la garantía de que el PSOE se opondría a cualquier tipo de consulta ilegal o referéndum unilateral para quebrar el ordenamiento constitucional. El apoyo del Partido Socialista en la defensa del Estado era inequívoco. Quise hacer especial hincapié en un aspecto: que el 1-O no se cometieran errores ni excesos. Él me aseguró que concedía mucha importancia al hecho de transmitir normalidad —dentro de la anormalidad que representaba aquella consulta— a la opinión pública internacional. Tampoco quería echar gasolina al victimismo independentista, me dijo.

A medida que se acercaba la fecha de la consulta ilegal del 1-O, la aplicación del artículo 155 de la Constitución planeaba sobre nuestras conversaciones, aunque no entramos a fondo en ello en aquella reunión de agosto. Una de las peculiaridades de este artículo constitucional es que carecía entonces de desarrollo en una ley orgánica, lo cual añadía complejidad a su aplicación. Por otro lado, es suficientemente abierto como para atender a crisis territoriales de distinta índole. No era lo mismo el desafío que planteaba la Generalitat con Puigdemont al frente que el que hubo de manejar Josep Borrell siendo ministro, allá por 1989, cuando el Gobierno canario se negó a aplicar una normativa fiscal comunitaria relativa a los aranceles a productos europeos. Bastó con que el Gobierno de Felipe González enviara al Gobierno canario el requerimiento previo a la activación del artículo 155 para que se avinieran a razones y se zanjara el problema.

La crisis en Cataluña es, sin duda, mucho más complicada. Pero en agosto de 2017 Rajoy todavía pensaba en la posibilidad de reconducir el debate político después del 1-O. No sé cómo, pero se aferraba a eso, que a mí me parecía una ilusión. Ni él me planteó entonces aplicar el 155 ni yo le vi con ninguna gana de hacerlo. Acordamos que actuaríamos de forma coordinada y él se comprometió a consultarnos los pasos que diera el Gobierno.

Se estableció una coordinación muy fluida entre el Gobierno y el Partido Socialista. Al mismo tiempo yo sistematicé una interlocución diaria con Miquel Iceta como primer secretario del PSC. Esa conversación mía en las dos direcciones resultó muy útil después: el Gobierno no tenía prácticamente información sobre el terreno porque apenas hay alcaldes del PP en Cataluña y esa escasa representación lo dejaba ciego ante lo que sucedía, como le ocurría a Ciudadanos. El impulso se realizaba a través del grueso de la información, que procedía del PSC, de ahí el extraordinario papel que desempeñó en toda la crisis.

Esa coordinación supuso también un punto de inflexión en mi relación política con Rajoy. Para los socialistas, nuestra posición en este asunto significa ser coherentes con nuestra historia, que no es de un lustro. Somos el único partido que, con las mismas siglas, contribuyó de forma activa a construir la Constitución de 1978. Es parte de nuestro legado político, por eso apostamos por su renovación con el mismo énfasis que ponemos en defenderla. Es más, creo que, a día de hoy, querer actualizarla es querer mantener su vigencia, la que ha demostrado a lo largo de la mayor crisis económica y política de nuestro país desde la Transición. No tenemos ninguna duda sobre lo que significa políticamente.

En aquellos meses, Rajoy por fin comienza a confiar, tanto en el Partido Socialista como en mí, y empezamos a ganar en complicidad. A lo largo de numerosas conversaciones, en agosto y septiembre, no solo hablamos de lo político sino también de lo personal, de lo que significa ser presidente del Gobierno, las dificultades o facilidades con otros Gobiernos, la relación con el líder de la oposición, y un sinfín de cosas más. Su reflexión incide en la necesidad de ir ambos de la mano, ya que estamos ante un asunto muy grave. Poco a poco me doy cuenta de que Rajoy trata de generar empatía en nuestra relación. Hablamos mucho de la UE, la construcción europea, la gobernanza del euro, la soberanía de los Estados miembros. Como les suele suceder a los presidentes de Gobierno, en su segunda legislatura los asuntos europeos y los internacionales le interesan más. A mí me apasionan, así que resultan temas recurrentes entre nosotros.

En ese momento nadie sabía qué iba a pasar después del 1-O. Intuíamos algo grave, como así sucedió en los días 6 y 7 de septiembre en el Parlamento de Cataluña: se impusieron las leyes de ruptura y desconexión aprobadas por el bloque independentista, pasando por encima de la Constitución y los

derechos de los parlamentarios, una grave vulneración de los más elementales principios democráticos. El desprecio sistemático al Parlamento catalán se prolongaría en 2018, al decidir su clausura durante dos meses y medio largos, solo para no evidenciar el desacuerdo dentro del bloque independentista respecto a cómo aplicar la suspensión de sus diputados dictada por el Tribunal Supremo. Aquellos dos días también coordinamos la respuesta del Gobierno ante el Tribunal Constitucional, con los recursos de los tres grupos parlamentarios del Parlamento catalán, por la vulneración del Estatuto y la Constitución. Coincidíamos en la respuesta que tenía que dar el Estado. Los socialistas hablamos en todo momento de defender al Estado y la integridad territorial del país, no al Gobierno. Rajoy es consciente de ello y lo comprende. Cada uno es quien es. Y en aquel momento él es presidente; yo, líder de la oposición. Nos une la defensa del Estado, en su más amplio sentido.

En paralelo mantengo asimismo conversaciones con Iglesias y, de ellas, extraigo la sensación de que el líder de Unidos Podemos no es consciente de lo que nos jugamos como país. Le digo que no entiendo que puedan fallar a España, el país que aspiran a gobernar. Le expreso con claridad mi punto de vista: «Si vosotros legitimáis el 1-O, con vuestra participación y vuestras declaraciones, al final vais a blanquear al movimiento independentista, que se sentirá más justificado para la declaración unilateral de independencia». La crisis catalana me hace perder cierto contacto con él.

En todo momento, Iglesias se muestra convencido de que no va haber una declaración unilateral de independencia. Por su parte, Rajoy afirma que no habrá urnas. Ambos se equivocaron, pero sin duda el error más grave es del Gobierno.

EL 1 DE OCTUBRE DE 2017

Cuando llega el 1-O, la consulta unilateral se celebra, pese a que el Gobierno ha venido asegurando a diario que no iba a ocurrir. Aún el mismo día seguían diciendo que no había existido, pese a que todos habíamos visto a la gente votando en los colegios. Generaron una situación surrealista. Fueron víctimas de una cortedad de miras legalista, que ya conocíamos de otras ocasiones. Para ellos lo que no tenía realidad jurídica no tenía realidad alguna. Como el

referéndum se celebraba fuera de la ley, no existía. Un razonamiento absurdo: obviamente la realidad existe más allá de la realidad jurídica y por no haberla considerado se había dejado pudrir la situación.

En nuestras reuniones sucesivas, Rajoy me había venido asegurando que no habría cargas policiales. Yo le había insistido en la necesidad de evitar el conflicto y no perjudicar nuestra imagen internacional. Pero lo cierto es que salió dañada. Hubo bulos, *fake news* e imágenes falsas, tomadas de otros días y otros acontecimientos. Las cargas no tuvieron la magnitud que pretendieron los independentistas. Pero evidentemente la imagen que se trasladó nos debilitó en Europa y ante los ciudadanos no independentistas que creen en una solución política y dialogada. Aquel representó un momento crítico en nuestra relación con el Gobierno. Yo le advertí personalmente a Rajoy de que íbamos a pedir la reprobación de un miembro del Gobierno. Él me había asegurado que no ocurriría y todo aquello nos hizo sentir muy incómodos: había dado nuestro apoyo al Gobierno, y había cumplido mi palabra, con todas las garantías que le había dado. Por contra, él me había fallado: me había asegurado que no habría cargas y eso nos dejaba en una posición muy complicada.

Sé que hubo gente que no comprendió nuestra posición. En democracias más sanas, la ciudadanía entiende que pedir explicaciones al Gobierno por una actuación policial, exigir aclaraciones y responsabilidades políticas, es normal, y que eso no significa cuestionar el consenso político de fondo. No puede ser que aquel día no se llevara a cabo un examen político sobre qué había fallado. Al final decidimos retirar la reprobación para evitar fricciones y que no aflorara ninguna división. Esos días sufrí la presión de algunos dirigentes de la vieja guardia del partido. Recibí una carta que me instaba a posicionarme con el Partido Popular y el Gobierno sin fisuras. Naturalmente, quienes se dirigían a mí de ese modo no sabían nada de las conversaciones que mantenía con Rajoy, e ignoraban que en ellas estábamos ya diseñando una hoja de ruta para el 155.

Cuando acabó aquel aciago 1-O, era plenamente consciente de que mucha gente en toda España sentía un profundo desasosiego, miedo a las incertidumbres que se nos presentaban en el horizonte como país, a las consecuencias no solo políticas, sino también sociales de aquel desafío del referéndum ilegal que se había celebrado.

Quise dirigirme a la opinión pública, no solo para insistir una vez más

en la lealtad del Partido Socialista a la Constitución y a la legalidad, sino también a los ciudadanos de a pie que vivieron aquellos días pegados a la televisión, preocupados y perplejos por todo lo que sucedió. En mi comparecencia ante los medios, quise trasladar tranquilidad a la población, al tiempo que insistí una vez más en nuestra posición política de fondo: defender de manera inequívoca el Estado de derecho, y lamentar tanto el rupturismo de los independentistas como el inmovilismo de Rajoy.

El relato político que se hizo después del 1-O y la mala gestión del Gobierno de España ha perjudicado a nuestro país. El que Rajoy se pasara meses asegurando que no iba a haber urnas y las hubiera, el que me garantizara que no habría cargas policiales y las hubiera generó mayor incertidumbre entre la población. Creo que aquellos graves errores transmitieron sensación de improvisación y de no disponer de buena información ni de una estrategia, por parte del Gobierno, más allá del recurso a la ley.

Por otro lado, ni el pueblo de Cataluña participó mayoritariamente ni de aquella jornada emanó mandato alguno, como repiten con tanta frecuencia. Según sus propias cifras, participó un 30 % del censo. Desde el momento en que salieron por la mañana con aquel invento del censo universal, aquella votación sin garantías perdió toda legitimidad. Obtuvo oxígeno de las cargas policiales y de las imágenes que se difundieron a todo el mundo. *Le Monde* publicó un artículo unos días después deconstruyendo una a una todas las noticias falseadas, todo el *fake*, las fotografías falsas que se difundieron en redes...

EL DISCURSO DEL REY

El discurso televisado del rey el 3 de octubre también revistió una enorme importancia institucional. Un par de días antes me llamaron de su gabinete, me explicaron cómo lo iba a abordar y me preguntaron mi opinión al respecto; lo normal en estos casos. Fue una actitud prudente y respetuosa por su parte compartir una intervención cargada política y emocionalmente. Hay que recordar aquellos días, cómo vivimos todos aquella tensión hasta en lo más cotidiano de nuestras vidas.

Siempre le he dado al rey mi opinión sobre cómo abordar esta crisis.

Hemos de ser conscientes de que no vamos a resolver en un mes lo que lleva diez años larvándose. Urge normalizar el debate, ante todo entre los propios catalanes, para volver a encontrar lo común, dentro de la sociedad catalana y con el resto de España. Los independentistas conocen el marco legal, son conscientes de que hablar de cualquier idea es absolutamente legítimo en nuestro sistema. Pero no pueden cometer delitos, como no lo puede hacer ningún ciudadano en un sistema en el que nadie está por encima de la ley. Siempre he visto al rey muy empático con Cataluña. El independentismo le está tratando injustamente, porque se ha expresado con frecuencia en catalán cuando ha ido allí. Él aprecia la lengua y la cultura catalanas. Ha estado allí en momentos difíciles, como los atentados de Barcelona.

Es más, la supuesta defensa que hace el independentismo del sistema republicano no deja de ser nada más que eso, una supuesta, por falsa, defensa de tal régimen. En realidad, el independentismo catalán ya en la Segunda República cuestionó la integridad territorial y el orden constitucional republicano de igual forma que lo hace ahora con la monarquía parlamentaria. No es un cuestionamiento al tipo de sistema que nos gobierna, sino al ser de España lo que subyace en sus ataques hoy a la Corona como lo fue ayer a la Segunda República.

Su discurso fue el propio de un jefe del Estado, por eso defendió la integridad del Estado. Ha habido críticas desde el mundo independentista pero la pregunta es: ¿qué pensaban ustedes que iba a hacer el rey? ¿Santificar la ruptura del país? Es absurdo. Con el rey mantenemos una magnífica relación y eso ayuda a la fluidez institucional, qué duda cabe.

NO HAY RECETAS PARA LAS CRISIS, PERO DEJARLAS PUDRIRSE NO ES BUENA IDEA

Siempre he pensado que, ante cualquier problema grave, los políticos tienen dos opciones. Una es anticiparse a los problemas y resolverlos antes de que se produzca la crisis. La otra es dejar estar las cosas hasta que estalle la crisis. Kissinger plantea muy bien ese dilema, porque él ve que anticiparse es siempre lo más complicado. Un gobernante dispone de mucha información, pero los ciudadanos no van a entender ciertas decisiones —quizá drásticas— cuando no ha ocurrido nada. La crisis catalana es un caso práctico de cómo

Rajoy ha optado siempre por la segunda opción y nunca por la primera, con consecuencias graves. Es un error, en este como en muchos otros temas, dilatar la acción hasta que todo se pudre. Un gobernante debe siempre anticiparse a los problemas, porque en política llevar la iniciativa es crucial para solucionar las cosas. Muchos españoles echamos de menos esa anticipación por parte de Rajoy, y así lo dije públicamente.

Gobernar significa muy a menudo elegir la opción menos mala. Y en octubre de 2017 cualquier iniciativa era ya tardía. Pero la obligación de un presidente es estar dispuesto a asumir un coste, tanto al elegir entre esos distintos males como al anticiparse. Soy consciente de que yo mismo me he enfrentado a tales disyuntivas: el independentismo es una, pero apoyar a Rajoy y a un PP asediado por los escándalos de corrupción también podría ser mal interpretado. Creo que los ciudadanos comprendieron que nuestro apoyo era al Estado y al país, no al Gobierno. El presidente era quien podía y debía vehicular la respuesta, tanto la política como la legal.

Una de las consecuencias de la crisis catalana ha sido un cierto despertar de la extrema derecha y creo que eso influyó en la respuesta del Gobierno. Me refiero a las manifestaciones minoritarias que hubo en Valencia o en Madrid, algunas con estallidos violentos, y a las que asistieron miembros del Partido Popular. Creo que en Rajoy operó un cierto miedo a que creciera esa extrema derecha que los dividiera o les arrebatará el monopolio del voto de derechas. Nunca imaginaron que Ciudadanos, con su discurso duro, iba a ser el gran beneficiado de la crisis catalana, tanto entre votantes de centro-derecha como de derecha.

El dilema de Rajoy en ese lance pasaba por elegir qué quería ser: presidente del Gobierno o del Partido Popular. Es evidente que la crisis catalana exigirá diálogo y reformas, y eso puede no convenirte si piensas en términos de partido, porque la derecha ha demonizado el diálogo durante mucho tiempo. Pero si piensas como presidente, no hay duda de que lo debes hacer. A quien no le convenza en tus filas, tendrás que persuadirle, porque eso también forma parte del liderazgo. La reforma constitucional es el camino para recomponer el consenso perdido, y se debe hacer con las mayorías que marca la propia Constitución, en unos casos dos tercios, en otros tres quintos... A veces el argumento de lograr un consenso equiparable al de 1978 se vuelve absurdo y opera en contra de cualquier acuerdo. No dejemos que el no lograr lo mejor nos impida lograr lo bueno. A no ser que en el

fondo esa renuencia a la reforma esté denotando una actitud defensiva de la derecha ante las reformas. Sin duda, la de la Constitución es una de las grandes reformas que tiene pendientes la política española. También es necesario que Ciudadanos aclare su posición: hace dos años era un partido reformista, abierto al cambio, que empezó planteando una reforma constitucional de corte federal. Sin embargo, cada vez se vuelve más conservador, no solo en términos ideológicos, sino incluso de carácter. Ahora se ubica en tesis muy duras que bloquean aún más la solución.

Posiblemente toda esa complejidad pasaba por la cabeza de Rajoy cuando se negó durante tanto tiempo a hablar de la reforma constitucional. Si lo hubiera hecho cuando disfrutaba de mayoría absoluta, probablemente nos habríamos ahorrado muchos quebraderos de cabeza. Ya entonces estaba claro que había que hacerlo, no para contentar a los independentistas, sino para poner orden. A quien quiere un nuevo país no se le contenta con un cambio constitucional, pero el inmovilismo de Rajoy llevó a mucha gente a abrazar la causa independentista, como única propuesta de cambio. Finalmente conseguí que Rajoy se comprometiera a abrir la comisión parlamentaria no legislativa para evaluar el modelo de Estado autonómico y luego la subcomisión constitucional.

Durante cinco años resultó evidente que debíamos afrontar la situación desde la política. Si la política no resuelve los problemas se corre un riesgo de desafección que beneficia al independentismo. No era difícil prever, ya en aquel verano de 2017, que la situación se endurecería, que habría imputaciones, inhabilitaciones. Cuando la vía judicial comienza tiene su propia lógica, que no es política. No me cabe duda de que al independentismo se le vence con un proyecto alternativo en España, que debe mostrar esa capacidad de renovar y avanzar.

Pero no solo eso. Rajoy era presidente de todos los españoles, y los ciudadanos no merecían que todo se paralizara por Puigdemont. La única justificación en términos políticos de la segunda legislatura de Rajoy hubiera consistido en abordar reformas de calado. Tenemos el fondo de reserva de las pensiones endeudado con el Estado. Nuestros índices de desigualdad son terribles. Hay que abordar la financiación autonómica, que en realidad es sobre todo la financiación de nuestro sistema de sanidad y educación públicas. También hay una subcomisión para el pacto educativo en el Congreso que debería alumbrar un gran acuerdo durante esta legislatura. Esa

gran reforma que necesita el país, la agenda social, económica y ambiental que precisamos, debe abordarse en el Congreso, entre todos los grupos, y todos somos responsables de que salga adelante. Si no lo logramos, la desafección con la política va a ser enorme.

LA REUNIÓN MÁS IMPORTANTE

Sin duda, la reunión más importante que mantuve con Rajoy en todo aquel trance fue la celebrada el 26 de octubre de 2017, la víspera de la activación por parte del Gobierno del artículo 155 de la Constitución. Yo salí de Ferraz, le llamé y le dije que iba para allí, como habíamos quedado, para vernos y cerrar todos los detalles.

Fue una conversación muy sincera, en la que hablamos largamente. El referéndum se había celebrado, las cargas policiales habían dañado la imagen exterior de España, el rey había llevado a cabo una intervención televisiva que también reflejó la gravedad del momento. Estábamos a las puertas de la Declaración Unilateral de Independencia de la mayoría parlamentaria secesionista. La conversación dio para mucho, ambos terminamos de superar ese día las dificultades de la primera legislatura y establecimos una relación de verdadera confianza mutua. Es algo que tanto él como yo reconocimos. En ese encuentro de más de tres horas diseñamos la hoja de ruta del artículo 155 y la duración de la comisión parlamentaria de seis meses. Los dos cumplimos, las cosas como son. Al final de nuestra larga conversación, ya con el trabajo hecho, me invitó a cenar en su residencia, lo que en tiempos había sido el edificio del Consejo de Ministros y posteriormente se convirtió en la residencia del presidente.

En los días siguientes se fueron poniendo en marcha las medidas acordadas. Se formó un equipo negociador por parte del Gobierno y otro nuestro, integrado por cuatro personas: Carmen Calvo, José Enrique Serrano, Meritxell Batet y Patxi López. Carmen tuvo un papel muy destacado. Como profesora titular de Derecho Constitucional, además de conocer bien la materia, es muy buena negociadora y tiene mi máxima confianza. Su diálogo con Soraya Sáenz de Santamaría era totalmente fluido y así llegamos a un diseño común de la aplicación del artículo 155, que recogía todos los pasos que luego se fueron dando. Una vez diseñado se le planteó a Ciudadanos, en

quien creo que Rajoy no vio la capacidad técnica para integrarlos en la negociación.

Se trataba de una cuestión compleja con varios elementos de controversia e incertidumbres, ya que el terreno resultaba totalmente ignoto. Llevamos a cabo una reflexión conjunta, un debate que también tuvo lugar en la opinión pública sobre si había que aplicar un 155 duro o blando. Pero al final la pregunta era: ¿qué es un 155? En sí mismo ya es un mecanismo excepcional, como prueba el que no se hubiera utilizado en casi cuarenta años de vigencia de la Constitución. La realidad era que las medidas debían ser proporcionales al desafío que teníamos delante y al que había que dar respuesta. No estábamos ante un desafío blando, por tanto, para establecer las medidas a tomar, nosotros planteamos distintos escenarios temporales.

Las dos partes coincidíamos en que el 155 debía servir para desbloquear la situación y recuperar el autogobierno de Cataluña, suspendido por el bloque independentista. Desde el punto de vista parlamentario nuestro apoyo no era imprescindible puesto que el PP tenía mayoría absoluta en el Senado y hubiera podido sacar adelante en solitario el 155. Pero desde el punto de vista político, el apoyo del Partido Socialista tenía un significado de trascendencia tanto dentro como fuera de España. Que el PSOE dijera que estaba en juego la soberanía nacional, la integridad territorial, y que apoyáramos la aplicación de este mecanismo constitucional mandaba un mensaje a Europa: decíamos que esto no era algo de una supuesta derecha franquista ni un conflicto entre dos nacionalismos, sino un desafío a la Constitución y a la legalidad. No era una cuestión de partido sino de Estado. Con ese objetivo, acordamos tentativamente que las elecciones se celebraran a finales de enero y que, antes de ellas, tuviera lugar la rendición de cuentas correspondiente ante el Senado, la institución en que la Constitución deposita la tarea y atribuye el papel político en lo tocante a este artículo. En efecto, dos días antes Soraya Sáenz de Santamaría compareció en la Cámara Alta.

EL ARTÍCULO 155 Y SU OPERATIVA

A lo largo del proceso de negociación del 155 hubo muchas opciones de que se convocaran elecciones autonómicas por el propio Gobierno de la Generalitat, pero finalmente las tensiones internas de los socios de

Puigdemont le llevaron a no convocarlas. Nosotros tratamos de convencerles de que lo hicieran, sobre todo Iceta, para que se abriera un tiempo diferente en Cataluña. Si no ocurrió fue porque ellos no vieron garantías de que no se aplicara el 155. En la negociación que habíamos mantenido Rajoy y yo, el plan no pasaba por una intervención prolongada, sino breve, y con un objetivo claro: recuperar el autogobierno, la legalidad estatutaria y que los catalanes hablaran. Nuestro objetivo eran las elecciones.

Después de la fecha, comenzamos a negociar la operativa. Los elementos clave eran varios. En primer lugar, la destitución de todo el Gobierno catalán. Durante toda la crisis me di cuenta de que Rajoy no quería aplicar el 155; se resistía, pero sufría presiones internas. Yo le decía: «Oye, aquí está el PSOE». Le invitaba a utilizarnos si lo necesitaba.

Durante la tramitación del artículo 155 aquella semana en el Senado fui consciente de que se veía como una suerte de botón nuclear. En realidad, la gente no sabía qué significaba el 155, pues nunca se había utilizado, pero se percibía como grave y excepcional. Había que hacer un esfuerzo de pedagogía porque la aplicación del 155 parecía equivaler a un estado de excepción. No lo era, pero toda la incertidumbre que rodeó el proceso hizo que mucha gente lo pasara mal, tanto en Cataluña como en el resto de España.

El objetivo de la medida estaba claro: recuperar el Gobierno, recuperar la normalidad estatutaria y convocar unas elecciones autonómicas. Esa meta la compartíamos tanto Rajoy como yo. A partir de ahí, era evidente que debían cesar en su cargo los miembros del Gobierno catalán después del 27 de octubre, cuando declararon unilateralmente la independencia. Enseguida se planteó una cuestión delicada: ¿qué hacemos con el Parlamento de Cataluña? ¿Se mantiene abierto, se cierra? Cataluña es una sociedad profundamente identificada con sus instituciones y creímos que el Parlamento debía continuar abierto con independencia de la fecha de las elecciones. Al principio no sabíamos cuánto tiempo transcurriría, dos, tres, cuatro meses. Sabíamos que iba a resultar difícil porque éramos conscientes de que iban a usar el Parlamento para su beneficio, como lo hicieron aquel día de la firma de la declaración simbólica, cuando numerosos alcaldes de toda Cataluña, con sus bastones de mando en alto, los jalearon dentro mismo de la sede parlamentaria. Para evitar eso acordamos limitar los asuntos sobre los que el Parlamento catalán podía legislar, lo que permitiría mantenerlo abierto sin

que se utilizara como el plató de una teatralización espuria.

Para nosotros era fundamental que, además de no cerrarse el Parlamento catalán, tampoco se interviniera la televisión autonómica, una negociación que tuvo lugar en el trámite parlamentario, una vez presentado el 155 ya en el Senado. Desde nuestro punto de vista no tenía sentido remover toda la cúpula de TV3 para tres o cuatro meses, porque realmente no daba tiempo a cambiar las cosas. El objetivo que nos habíamos marcado de convocar elecciones pronto dejaba sin sentido intervenir la televisión pública. Además, numerosos medios se manifestaron en contra de que se hiciera. No sé si fue por corporativismo, pero el hecho es que tenía un significado simbólico importante y no nos hubiera permitido sacar nada en claro. No valía la pena. Mantuvimos viva esa enmienda en el Senado, donde el PP estuvo luchando toda aquella semana. Al final lo cerré con Rajoy en el día previo a la aprobación del 155.

Los socialistas planteamos a través de otra enmienda que el 155 dejara de aplicarse si se convocaban elecciones autonómicas. Era una forma de mantener la puerta abierta para los independentistas, de modo que en realidad quedó en sus manos la suspensión de la institución de la Generalitat. Me siento orgulloso de que la mantuviéramos hasta el final, porque nunca podrán decir ni los historiadores no podrán escribir que no les dimos oportunidades. Al final el independentismo apretó el botón del 155 y ellos mismos fueron responsables de la suspensión de la Generalitat. Aquella enmienda, por cierto, me costó mis tensiones con el Gobierno, pero la mantuvimos viva hasta el último momento. Fue el propio Gobierno catalán el que no quiso hacer uso de su potestad de convocar elecciones. Una lástima, porque hubieran ahorrado mucho sufrimiento a la sociedad catalana. Puigdemont viró por las críticas en redes de algunos de sus compañeros de viaje. Nosotros nunca perdimos la esperanza y mantuvimos esa enmienda justo hasta el momento en que conocimos que la declaración unilateral de independencia se iba a aprobar en el Parlamento, el viernes 27 de octubre por la tarde, poco antes de la votación en el Senado.

Iceta habló mucho con Puigdemont y con Oriol Junqueras; el lendakari Urkullu se involucró también a fondo, como lo hizo Pablo Iglesias en toda aquella interlocución. Cs no hizo absolutamente nada. Ellos como partido han nacido marcados por el conflicto y se desenvuelven bien en ese enfrentamiento, pero en el aspecto dialogante de la política están perdidos,

sencillamente no saben. El diálogo, en este asunto, los deja fuera de juego porque el conflicto está en su ADN. El Gobierno se involucró, además, a través de intermediarios, que salieron de todas partes: la Iglesia, el Colegio de Abogados de Cataluña... La ciudadanía también se movilizó, muchísimos catalanes y catalanas vivieron todo aquello como un desgarró y salieron a la calle, convocados por Societat Civil Catalana, para reivindicar la unión de Cataluña y España. Fueron días de enorme tensión política, pero aquellas manifestaciones masivas de quienes querían seguir ligados a España tuvieron también un poderoso significado, ante el resto de España y ante el mundo. Mucha gente ansiaba que se evitara la ruptura.

Si algo recuerdo especialmente de aquellas semanas de tensión son las muchas personas que, cuando iba por Cataluña, me paraban y me decían: «No nos dejéis solos, por favor, que ellos hablan de una parte, pero la otra parte es al menos igual o más importante». Me pedían, ni más ni menos, el amparo del Estado. Yo les garantizaba que no estaban solos y me comprometí con ellos a reconstruir lo que se había dañado. La gente estaba realmente asustada.

Hay una fractura social que el independentismo nunca ha querido reconocer, pero que existe. En aquellos momentos a los concejales y alcaldes del PSC no solamente les atacaban las sedes, sino que les pinchaban las ruedas, los insultaban por la calle, a ellos e incluso a sus hijos. Recuerdo, por ejemplo, una alcaldesa que me habló de cómo a su hijo en el instituto le recriminaban algunos de sus compañeros la posición de su madre. Para nuestros alcaldes, concejales y militantes del PSC, teniendo en cuenta que la sociedad catalana es abierta, o lo había sido, aquellos fueron meses muy duros. El conflicto político se trasladó a la calle e hizo saltar por los aires la convivencia. Para un político —al menos, para un político responsable— no hay sensación de fracaso mayor. Los alcaldes del PSC desempeñaron un papel fundamental porque mantuvieron esa línea de apertura y porque fueron una fuente de información imprescindible, una información que nosotros suministrábamos al Gobierno. Además, fueron nuestros alcaldes los que obligaron a cumplir la legalidad el 1-O. La posición del PSC fue difícil y no se merece el haber sido una organización maltratada desde el punto de vista político, sobre todo en la prensa de Madrid. Pero lo cierto es que quienes lograron que no se abrieran todos los colegios públicos y no se pudiera celebrar el referéndum ilegal en muchos sitios fueron los alcaldes del PSC, en

los municipios donde gobernaba, porque Cs no tenía ni un alcalde y el PP tenía uno.

Los socialistas no tuvimos la menor duda en ningún momento sobre cuál era nuestro lugar. Dentro del partido recibí todo el apoyo. Celebramos un Comité Federal en el que discutimos la cuestión. Mantuve a todos informados permanentemente, en medio de una situación que evolucionaba por minutos. De hecho, convoqué y desconvoqué varios comités federales porque todo iba cambiando. Cuando tenía que decirles a algunos de mis secretarios autonómicos que había cosas que no les podía contar, lo aceptaban con normalidad y lealtad. El grado de responsabilidad que yo he visto en el PSOE y en el PSC a todos los niveles es total.

En líneas generales, todo el partido, así como la ciudadanía, comprendió que intervinimos con el 155 porque queríamos recuperar el autogobierno de Cataluña, evitar la fuga de ahorros, que era la demostración más palmaria del miedo de la población, y la fuga de empresas. La gran paradoja es que, una vez celebradas las elecciones, el propio independentismo tenía en su mano la capacidad de levantar el 155, les bastaba con formar Gobierno. Pues aún tardaron meses, con sus pugnas sobre unos u otros candidatos, y debido a la división interna que sufren. No parecía preocuparles realmente el autogobierno.

Hubo gente que quedó retratada a la perfección, como la alcaldesa de Barcelona, Ada Colau, que expulsó al PSC del Ayuntamiento. Suele acusársela de jugar a la ambigüedad, pero la verdad es que, siempre que ha tenido dudas, al final ha acabado poniéndose de parte del independentismo. En fin, a mí me preocupaba sobremanera aquella fractura social y la gente que me pedía el amparo del Estado. En esos momentos ves cómo la política puede causar mucho sufrimiento real, angustia, incertidumbre. Hemos despilfarrado una inmensa energía como sociedad, los catalanes y el resto de los españoles. Creo que el Estado actuó de manera inteligente y así se lo reconocí a Rajoy públicamente, del mismo modo que él me reconoció a mí la lealtad con la que el Partido Socialista defendió el Estado de derecho, con aquella coletilla de «no sé si le ayudo diciendo esto...».

Aquel mismo viernes 27 de octubre por la tarde, cuando estaba ya casi aprobado el 155 en el Senado, hablé con Rajoy. Me adelantó el contenido de su rueda de prensa del día siguiente, tras el Consejo de Ministros extraordinario que tendría lugar el sábado. Me contó que convocaría

finalmente las elecciones el 21 de diciembre, precisamente la fecha que había barajado Puigdemont, y le manifesté mi acuerdo. Hoy sigo pensando que fue la decisión correcta: aplicar el 155 para convocar unas elecciones cuanto antes. Yo le había insistido a Rajoy en esa opción porque, si no ponía una fecha a los comicios, le daba al independentismo la ocasión de hacer más victimismo con la falta de democracia y esos cuentos. Creo que fue un gesto de audacia: cambió el paso al independentismo.

CONSECUENCIAS DEL 155

El 155 fue como un bálsamo para la sociedad catalana. La intervención y la reconstrucción del Gobierno sentaron bien a la sociedad catalana en su conjunto, a la economía, a las empresas y a la política. La sociedad catalana vio que no sobrevenía ninguna hecatombe, como le habían dicho de forma interesada. La particularidad de este conflicto es que quienes estaban al frente de las instituciones fueron los que quebraron las instituciones. Generalmente, la amenaza para las instituciones suele venir de fuera, pero esto venía desde dentro, por eso resultó especialmente grave. A la ciudadanía le resultó tranquilizador tener ante sí un horizonte electoral que, en el fondo, marcaba el retorno a la normalidad que había quedado interrumpida desde el 1-O. También permitió a todos los actores políticos ubicarse. Fue una decisión que encauzó los acontecimientos. Se trató de la primera vez que se activaba el artículo 155 de la Constitución y se hizo de manera inteligente. Es un artículo homologable a los que tienen otros países europeos, cuya pertinencia queda acreditada para el futuro porque ha demostrado ser proporcional a la envergadura del desafío. Ante algo así el Gobierno y el Estado deben disponer de herramientas para garantizar el autogobierno y el respeto a la ley. Todos los ciudadanos somos iguales ante la ley, y nadie se la puede saltar por muy presidente autonómico que sea.

Sin embargo, también hemos de ser conscientes de que hay una dinámica de bloques y una profunda división política de la sociedad catalana que nos revela que, al menos durante algún tiempo y pase lo que pase, las cartas van a estar echadas. En 2015 y en 2017, la mitad de la población de Cataluña apoya la separación y la otra mitad apoya la unión. Los dos bloques, por el momento, no se van a disolver. Esto va a llevar tiempo: hay una

quiebra grave de la convivencia, que tardará en resolverse; debemos estar preparados para eso, por desgracia.

ELECCIONES DEL 21-D

Las elecciones catalanas del 21 de diciembre de 2017 dejaron claras dos cosas. En primer lugar, hubo una altísima participación, del 82 %, lo cual reveló por un lado que la ciudadanía estaba preocupada y movilizada, y, por otro lado, pulverizó las teorías existentes sobre la desmovilización del voto constitucionalista. De hecho, ya se intuía con la masiva afluencia de manifestantes en defensa del orden constitucional en Barcelona, convocados por Societat Civil Catalana el domingo 8 de octubre, en los días más aciagos de la crisis catalana.

El segundo fenómeno relevante que quedó de manifiesto es que Cataluña vive en un empate perpetuo: el 47 % sigue votando independentismo, desde hace bastante tiempo. No hay una mayoría, hay una división en dos, una sociedad partida por la mitad, por tanto, y esta es la tercera conclusión de aquellas elecciones, no queda otra que dialogar.

Sin embargo, los independentistas cometieron el error de seguir en el unilateralismo. Comenzaron la campaña electoral hablando de la necesidad de lograr el 51 % de los votos, pero no los consiguieron. Uno de sus grandes errores políticos es que se comportan como si tuvieran una mayoría social, cuando las urnas les dicen una y otra vez que no es así. Desde diciembre continuaron planteando la situación en términos semejantes y agravando el problema en lugar de contribuir a su solución.

Tras la victoria de Inés Arrimadas, lo que me sorprende de forma inmediata es que Cs no haga nada. De nuevo Cataluña se convierte en argumento electoral para España. Lo mismo que le ha ocurrido al PP durante años, ahora lo practica también Cs: nadie escarmienta en cabeza ajena. En Rajoy solo veo inacción tras el 21-D: él quiere que nos entendamos todos los representados en el Parlamento catalán, salvo Puigdemont, y así dejarle aislado; pero eso no es posible, obviamente. Solo había que hacer sumas para darse cuenta. Entonces él decide no hacer nada, de nuevo.

La falta de liderazgo fue absoluta: cuando eres presidente del Gobierno tienes que implicarte, ver de qué manera puedes crear mayorías alternativas.

Pero Rajoy decidió esperar a que se constituyera el Gobierno catalán para, si no se lograba, tratar de manejar la repetición de elecciones. Para él ese era un escenario indeseado pero, si ocurría, ya pensaría en cómo gestionarlo. Esa fue su única previsión, a pesar de que no le convenían elecciones teniendo en cuenta que el resultado del 21-D los dejó reducidos a una representación escuálida.

Rajoy fue a remolque de las decisiones judiciales, lo que no resulta sorprendente. Si el liderazgo político había estado ausente en los cinco años anteriores, de repente no iba a crecer de la nada. En cuanto a Cs, solo buscó protagonismo de forma demagógica, rompiendo con Rajoy y diciéndole que siguiera aplicando el 155, cuando en la iniciativa aprobada figuraba explícitamente que el 155 se levantaría de forma automática en el momento que se constituyera un Gobierno. Se retrasó a causa del independentismo y su empeño en incorporar algunos políticos presos como consejeros, pero finalmente se constituyó el Gobierno catalán. Rivera jugó mucho con esto, pero se echó de menos la consistencia en su posición. En aquel lance Rajoy le pidió lealtad hacia el Gobierno, como la que estaba teniendo el Partido Socialista: a los líderes y a los partidos que no han gobernado se les nota enseguida, su comportamiento roza la inmadurez constantemente. Al final el hecho es que el PP y Cs se comportaron igual: no hicieron nada.

Cs debía haber liderado la iniciativa política, porque fue el partido más votado en Cataluña, pero se quedaron inmóviles con la excusa de que la aritmética parlamentaria daba el poder al independentismo. ¿No distinguen entre el poder y la política? Uno puede no tener el poder, obviamente en Cataluña lo tiene el independentismo a día de hoy, pero no te pueden arrebatar la iniciativa política, en el caso de que decidas ejercerla. Ellos no quisieron liderar esa misión política que mucha gente estaba necesitando y la inacción los consumió. El Gobierno de Rajoy estaba muy tocado. Solo hacía seguimiento de las decisiones judiciales y con el resultado que el PP obtuvo en Cataluña el 21-D no era para que estuvieran dando saltos.

En cuanto a los socialistas, los resultados electorales determinaban nuestras posibilidades de plantear iniciativas. Al día siguiente de los comicios, me fui con José Luis Ábalos y Adriana Lastra a la reunión que celebraba el Consell Nacional del PSC para analizarlos. No solo quería estar con ellos, sino agradecerles su trabajo y el haber mantenido su posición en los difíciles momentos por los que habían pasado, como parte de la sociedad

catalana y como partido político. El fortalecimiento del PSC pasa necesariamente por situarnos en la izquierda no nacionalista, y así se lo transmití, aunque lo cierto es que ellos son conscientes y comparten ese análisis. Pero en ese momento, la realidad era muy compleja para los socialistas en Cataluña. Algunos plantearon un Gobierno de concentración, pero eso solo tenía sentido si lo proponía Cs, pues era quien lo podía liderar.

De nuevo se repetía el bloqueo, en parte por una cortedad de miras. Recordé mucho aquellos días la película *El candidato*, que protagonizó Robert Redford. Si tú llevas a cabo una extraordinaria campaña, como hizo Arrimadas, te puede ocurrir lo mismo que a Bill McKay (Robert Redford), un profesor universitario que se presenta a unas primarias para ser candidato a senador por el estado de California. Se trata de un tipo muy carismático, pero cuando empieza a hacer campaña en un mitin, un estratega le alerta de que va mal y se ofrece a echarle una mano. Le asegura: yo soy muy bueno y conmigo ganas. El candidato no quiere, pero transige y además va haciendo durante la campaña todo aquello que le indica el estratega. Finalmente gana, pero le han construido una personalidad artificial. Cuando se proclama ganador, pronuncia la última frase de la película: «¿Y ahora qué?». A Arrimadas le ocurrió igual e hizo la misma pregunta a Rivera. Cualquiera diría, a la vista de los hechos, que este le dijo: no hagas nada.

Así fue el día después. La primera fuerza se instala en la inacción; el Gobierno de España, en la preocupación por el ascenso de Cs; y los independentistas, en el tira y afloja con sus propias negociaciones internas. No resultó sorprendente que se tardara casi cinco meses en desatascar el bloqueo, algo imprescindible para empezar a plantear un diálogo político. Al fin y al cabo, durante esos meses ni siquiera se sabía quién era el interlocutor.

DEFENDER LA IMAGEN DE ESPAÑA

Mientras el debate político giraba en torno a si se repetían o no elecciones, o si podían o no ser elegidos presidentes quienes estaban presos, los socialistas nos dimos cuenta de que la posición de Estado de España debía ser explicada a nuestros socios europeos. Se trata de un trabajo que, sin duda, debería haber hecho el Gobierno, pero como no lo hacía, decidimos que, en la medida que nos fuera posible, lo haríamos nosotros. Para un partido como el nuestro, con

numerosas conexiones internacionales y estrecha vinculación con los partidos socialdemócratas de toda Europa, las ocasiones existen. Se trataba de aprovecharlas. En la primavera de 2018 pude explicar la posición del constitucionalismo español en distintos foros, como la London School of Economics, donde había unas 500 personas, entre ellos estudiantes de ideas independentistas que se rebullían en sus asientos con incomodidad cuando me escuchaban. Fue una conversación importante, en primer lugar porque esa universidad es un foro influyente, y en segundo lugar porque casi nadie de nuestro país estaba por ahí contando la versión de los constitucionalistas, mientras el independentismo dedicaba mucho esfuerzo y dinero a minar la imagen de España. También estuve en Oxford, así como en Alemania, donde se celebraba el Congreso del SPD.

«El reto secesionista en Cataluña no es solo una amenaza para la integridad de España, también lo es para el proyecto europeo en su conjunto», dije allí. Pronuncié esa frase y fui automáticamente interrumpido por aplausos, lo cual da cuenta de cómo los socialdemócratas alemanes comprendían y compartían el recelo ante el auge del nacionalismo de diverso signo en Europa. Si algo deben saber los españoles es que la socialdemocracia europea está con nosotros y con la defensa de la ley y la Constitución española. Pero, además, aquello tuvo un gran valor político porque para la izquierda europea el hecho de que el Partido Socialista estuviera frente a los independentistas y en contra de sus prácticas ilegales también resultó crucial para interpretar lo que ocurría en nuestro país. Sabían que si hubiera algo mínimamente cierto en las acusaciones de represión y persecución política que hacen los independentistas, el PSOE lo estaría denunciando. En medio de su huida de la justicia, Puigdemont, además, había revelado su verdadera cara y su corto europeísmo cuando afirmó que los catalanes «deberían decidir si quieren pertenecer a esta Unión Europea y en qué condiciones». Por eso yo insistí en Alemania:

Son los valores europeos los que están en juego, valores basados en una unión más estrecha, no en la división ni la falta de solidaridad; valores basados en derribar los muros de la incomprensión mutua; valores necesarios para enfrentarnos a retos comunes. Y sobre todo los valores del Estado de derecho, porque nadie está por encima de la ley en una democracia. En nuestro país, defender la independencia es legítimo, pero nadie puede saltarse la ley, y nadie en el siglo XXI puede pasar por encima de una Constitución para conseguir objetivos políticos. El movimiento proindependentista decidió quebrantar la ley precisamente porque sabían que no tenían una mayoría social para cambiarla de forma democrática. No la tienen ni siquiera en

Cataluña.

Estuve en distintos países explicando la posición de los socialistas españoles y percibí que no se ha visto igual esta crisis en los países centroeuropeos que en los anglosajones. Los centroeuropeos toman como referencia el derecho europeo y comunitario. Estamos en un proceso de integración desde hace décadas y por tanto, los Estados soberanos ceden soberanía hacia arriba. No somos el único país que ha sufrido embates del nacionalismo y lo entienden. En Italia, por ejemplo, la región del Véneto ha dado problemas similares, con la propuesta de un referéndum de autodeterminación por parte de la Liga Norte. En Alemania, en Baviera, hubo un movimiento que detuvo el Tribunal Constitucional de Karlsruhe. En Francia, con su tradición republicana de igualdad de todos los ciudadanos, nos entienden perfectamente. En Estados Unidos, por su parte, ha habido dos intentos de celebrar sendos referéndums de autodeterminación —en Alaska y en Texas— y ambos fueron frenados por el Tribunal Supremo, durante la Administración Obama. En Reino Unido, en cambio, lo ven de forma diferente porque ellos celebraron el referéndum pactado en Escocia. Tuve que explicar que aquí no se había pactado y que los propios nacionalistas escoceses aconsejaron a los catalanes en todo momento que no celebraran un referéndum unilateral. Bien es cierto que en Reino Unido los independentistas han logrado mayor penetración. Hay mucho trabajo por hacer allí, para contar la realidad. Cuando yo explicaba la descentralización de España y las competencias que tenía Cataluña, en el mundo anglosajón te decían: «Ah, esto no me lo había contado nadie». Expliqué que la autonomía de Cataluña es mayor a la que tienen los *Länder* alemanes y, por supuesto, mucho mayor que la de Escocia. Cuando ofrecía datos como que en el referéndum del que supuestamente emana un mandato de independencia había participado un 30 % de la ciudadanía catalana, según los propios independentistas, se desmoronaba su relato; incluso alguna gente se sentía engañada y, desde luego, se le empezaba a resquebrajar la imagen de mártires que tenían de los independentistas. La tenían porque el Gobierno no trabajó un relato internacional de España acorde con la realidad.

El hecho es que, al contar el Gobierno de Rajoy con el apoyo socialista, quedó desmontada la falsa coartada de que España era un país franquista. En primer lugar, porque todos los índices de calidad democrática afirman que

estamos por encima de la media, a la altura de democracias consolidadas como la de Reino Unido o Estados Unidos. Por supuesto, con imperfecciones y reformas que son necesarias, pero homologables a cualquier otra democracia. Por eso para España fue crucial que el PSOE apoyara el 155 y que yo, como secretario general del partido, hiciera esa ronda internacional.

La imagen de España ha salido dañada, quizá no tanto como se podía prever. España no es un país al que le guste explicarse, y estamos ausentes en muchos foros internacionales donde deberíamos tener presencia. El independentismo ha quedado muy tocado en el plano internacional, no solo porque políticamente cualquier nueva frontera es antieuropea, sino porque la gente ha visto, y nosotros nos encargamos de difundirlo también, que no hay ningún pueblo oprimido, sino una sociedad rota. Son ellos quienes la han partido en dos. Puigdemont tenía la mala costumbre, heredada por Joaquim Torra, de dirigirse solo a la mitad de la sociedad, la que los apoya, fingiendo que la otra mitad no existe. Por ese espíritu que ya se dejaba traslucir en los escritos y tuits de Torra, previos a su elección como presidente de la Generalitat, yo fui duro en mis declaraciones contra él. Para una persona de izquierdas, ciertas afirmaciones son imposibles de aceptar, aunque ahora, claro está, lo que más me importa es que mantengamos un correcto nivel de interlocución institucional. Más allá de filias y fobias, él es presidente de la Generalitat y yo del Gobierno de España, y hemos de preservar nuestras obligaciones institucionales.

La suya es hacer de la Generalitat una institución inclusiva, y para ello resulta imprescindible que vea a esa mitad de la sociedad que no comulga con él. En el debate sobre los espacios públicos ocurre lo mismo. Naturalmente hay un aspecto de libertad de expresión, pero las instituciones han de ser inclusivas, insisto. Nuestros alcaldes, en aquellos municipios donde gobernamos, lo garantizan, pero muchos otros no. Esos alcaldes, además, sufrieron numerosas presiones en aquellos meses aciagos —algunas de nuestras sedes fueron atacadas— y resistieron la presión. No es aceptable que en aquellos ayuntamientos donde gobiernan los independentistas, los espacios públicos estén cuajados de lazos amarillos y se tolere desde la Generalitat, porque eso la convierte en una institución excluyente.

Deben aceptar esa realidad social. Están pidiendo un referéndum de autodeterminación cuando no cuentan siquiera con los dos tercios que son necesarios para modificar el Estatuto de Autonomía. Ni dos tercios del

Parlamento catalán ni dos tercios de la sociedad. No representan ni a la mitad de los catalanes y catalanas. El desafío real que tiene el Gobierno catalán es el construir un acuerdo que aglutine en torno al 70 u 80 % de la población y que pueda someterse a votación. Hay que votar, sí, pero algo que una a la sociedad, no algo que la divida.

CÓMO PODÍA HABER SIDO DISTINTO

Mi acuerdo firme con Rajoy para afrontar un problema de Estado y un desafío al Estado, incluso la complicidad que generamos, no me impide ver sus errores. Probablemente nunca ha tenido un proyecto de país; su segunda legislatura fue como un Gobierno en funciones y esa debilidad la hemos pagado todos. Si tuviera que hacer balance de su segundo mandato, ¿cuál sería? El artículo 155, una crisis de Estado en Cataluña y la aprobación de unos presupuestos con retraso de medio año. En fin, en la primera legislatura no me sorprendió que estuviera más pendiente de la crisis económica, pero en la segunda se echó en falta una visión de Estado. Resulta asombrosa su escasa capacidad para la iniciativa política. En su primera legislatura, todas las reformas económicas de austeridad vinieron impuestas en el memorándum de rescate al sistema financiero, consecuencia de su pésima gestión de Bankia; en la segunda, es el independentismo el que le fuerza a actuar. Pero a estas alturas seguimos sin saber qué idea de España tiene el PP.

También creo que su conservadurismo exagerado ha estado arrastrando a Ciudadanos. Los de Rivera entraron en la política diciendo que querían cambiarla, pero han estado apoyando al Gobierno de Rajoy, sobre todo en las principales leyes, sin que se diera ningún cambio. ¿Cuál fue su aportación cualitativa al cambio político de este país? ¿Garantizar la estabilidad? ¿De verdad el país era más estable con Rajoy? La moción de censura mostró que no, que era un tigre de papel. Y lo era porque Cs se lo permitió hasta el último momento, votando incluso en contra de la moción, algo inexplicable.

En fin, volviendo a Cataluña, las cosas hubieran podido ser diferentes. Se lo dije a Rajoy con frecuencia en las intensas reuniones de aquellos días: había tres cosas que podían haberse hecho. En primer lugar, tenía que haberse visto con Puigdemont. Yo lo hubiera hecho: el independentismo se nutre sobre todo del victimismo y han estado haciendo una apelación constante al

diálogo que no es sincera porque en realidad están en el unilateralismo, pero eso solo lo puedes desmontar mostrando una clara voluntad de dialogar. Rajoy no solo no la ha mostrado, sino que en algunos momentos ha pecado de despreciar el diálogo como herramienta política, y eso constituye un grave error. Hablar con Puigdemont resultaba imprescindible; antes de su huida, claro. ¿Hubiera sido para discrepar, como objetan algunos? De acuerdo, pero había que hacerlo. En Europa no entienden que con un conflicto tan agudo no haya diálogo político, y la comunicación entre instituciones es imprescindible.

Lo segundo que yo hubiera hecho, aunque para entonces ya era tarde, es atender aquel listado de 23 puntos que planteó Artur Mas siendo aún presidente de la Generalitat. Entre ellos figuraba la independencia, algo por supuesto inadmisibile, como tantas otras cuestiones que se incluían allí. Pero también había muchas otras medidas que apuntaban hacia problemas de Cataluña comunes al resto de Comunidades. Aquel era el momento de buscar soluciones para todos y demostrar que muchas de las situaciones que en Cataluña consideran maltrato del Gobierno de Madrid, y describen como agravios en su discurso victimista, en realidad son problemas extendidos por toda España. Hay cosas que no están funcionando. Pues bien, revisemos la situación. Ahora es tarde para esto, desde luego, pero Rajoy tuvo la oportunidad y la perdió, como tantas otras.

En aquel documento figuraba la financiación de la sanidad pública y la dependencia, infraestructuras para el arco Mediterráneo... No es una cuestión catalana, sino que realmente hay un problema de financiación en capítulos fundamentales como la dependencia y la sanidad, y en la financiación de las infraestructuras. Si se recupera esa hoja de peticiones de Mas, no es difícil ver que se podría haber convertido en una palanca para solucionar problemas comunes.

Obviamente el independentismo no formuló aquellos planteamientos porque quisiera resolver esos problemas, sino porque intuía la respuesta de Rajoy y sabía que esa maniobra le permitía ocultar su agenda unilateral bajo el disfraz de una falsa voluntad negociadora. Con un poco de perspicacia política se podrían haber utilizado esas peticiones para entablar un diálogo. Por parte del Gobierno, se hubiera podido aprovechar esa fuerza del contrario, como en el yudo, para darle la vuelta y proporcionar una respuesta con la que no se atendía solo a Cataluña, sino al conjunto de Comunidades

Autónomas, que, en muchos casos, como Andalucía, están respondiendo por sí solas a los recortes en sanidad para no fallar a sus ciudadanos. Eso es lo segundo que yo habría hecho. En tercer lugar, se debía haber abierto antes una vía de diálogo parlamentario en el Congreso, como finalmente se hizo, accediendo a nuestra petición.

Por último, estaba el plano simbólico. En política lo simbólico resulta extremadamente importante y las situaciones críticas te brindan la ocasión de atenderlo con especial esmero. Viví durante los terribles atentados de Barcelona en agosto de 2017 una situación que, siendo anécdota, casi llega a categoría. Aquel mes de agosto yo cambié todas mis vacaciones y me fui con mi familia a Cataluña. No sabíamos bien qué sucedería, si se produciría alguna acción ilegal, porque Puigdemont no había convocado oficialmente la consulta. Estaba anunciada pero no se había publicado en el DOGC, el boletín oficial de la Comunidad autónoma catalana, y no sabíamos cómo lo haría.

Por pura previsión le dije mi mujer y a mis hijas que lo mejor era irnos a Cataluña y así lo hicimos. Alquilamos una casa rural en Lleida, donde estuvimos muy bien. Entonces, el 17 de agosto se produjeron los terribles atentados, en la Rambla de Barcelona y en la localidad tarraconense de Cambrils. Yo di por hecho que iríamos a la Generalitat; de hecho, a mí me invitó Puigdemont, a todos nos invitaron. Llamé a todos los presidentes autonómicos y convoqué a los alcaldes socialistas para que fueran a la manifestación. De manera natural nos invitaron al Palau de la Generalitat.

El presidente del Gobierno de España, en cambio, fue a la delegación del Gobierno y no al Palau de la Generalitat. Se equivocó, porque la máxima representación del Estado en Cataluña es la Generalitat, así lo reconoce el Estatuto de autonomía y la propia Constitución. Se equivocó porque eso equivale a asumir el lenguaje y la división mental que plantea el independentismo. Se lo dije entonces a miembros del Gobierno, que aquello me parecía un error y que el presidente debía estar en la Generalitat porque esa es su sede. Ese día no hablé con él, pero todos los miembros del Gobierno llegaron a la manifestación desde la delegación del Gobierno, como si fuera la embajada de un país amigo.

A veces se dice que hay un déficit de representación del Estado en Cataluña, pero es un juicio erróneo: el Estado está presente en todos los ayuntamientos y en la Generalitat: la Generalitat es Estado, no lo olvidemos.

Esto es algo que no reconocieron los independentistas cuando obligaron antes del 1-O a todos los ayuntamientos a ceder espacios para la consulta. Las instituciones públicas son de todos y la única manera de defender las instituciones públicas en beneficio de todos, tanto los que votaron al PSOE como quienes lo hicieron por los independentistas, es cumplir con la ley. Los alcaldes socialistas cumplieron con su deber, porque estaban defendiendo al Estado, al que ellos representan también en Cataluña.

Frente a ese argumento de la infrarrepresentación del Estado en Cataluña, que beneficia a los independentistas, ¿qué se puede hacer? Yo sería partidario de trasladar ciertas instituciones a distintos puntos de España. No todo tiene que estar en Madrid. ¿Por qué no hacer un planteamiento de descentralizar instituciones que representan al Estado? Eso sería interesante, rompería muchos tópicos que hay sobre la mesa, y sobre todo tendría un valor simbólico respecto a la unión entre españoles.

Además, el Estado tiene facultades de armonización legal que no ha utilizado. Tampoco hay que inventar la rueda, sino utilizar los mecanismos que ya existen. La España autonómica exige sobre todo lealtad y es evidente que el independentismo no ha sido leal. Pero resulta fundamental ganar la batalla política, que ni siquiera se ha planteado.

Nosotros quisimos apoyar el 155 pero también queríamos ser partícipes de las decisiones, como ocurrió, porque tenemos una forma de ver el Estado autonómico distinta del PP. En este momento el problema es que el PP debe tener una posición sobre Cataluña, porque ahora mismo no la tiene. En su Congreso del verano de 2018, por un lado, estaba la posición de José Manuel García-Margallo, que defendía una reforma constitucional; por otro, la de Sáenz de Santamaría, que fue la responsable de la «operación diálogo», y por último, la de quienes apoyaban el 155. Después Casado, que en su momento apoyó lo que hacía Rajoy, ha comenzado a decir que el 155 se tenía que haber aplicado antes y con más dureza. Para el PP, el problema catalán es eso, un problema catalán, pero yo creo que es un problema de España. Es un problema de nuestro modelo territorial que no ha sido culminado. El desarrollo autonómico debe terminarse, hay que hablar de mecanismos autonómicos reforzados de cooperación y de lealtad, entre otras cosas. Y desde el ámbito político no se ha hecho nada en los seis años de Rajoy. Esta crisis por el momento dura diez años y probablemente se prolongue mucho más. Por eso resulta indispensable que, como con la inmigración, el PP se dé

cuenta de que son temas de Estado. Rajoy nos reconoció a los socialistas el apoyo que le habíamos prestado; yo solo le pediría al PP que apoyara no al Gobierno, no a mi Gobierno, sino al Estado. Sería su mejor contribución a España.

Por poner el ejemplo de ETA, la banda se ha disuelto en 2018, abandonó las armas en el 2011 con Zapatero y el anterior Gobierno tenía previsto el acercamiento de presos. Por lo tanto, hay veces en que hay que hacer oposición de Estado. Yo creo que el PSOE la hizo y el PP tiene que aprender de esa oposición. Porque si nosotros no hubiéramos estado con el 155 la crisis habría sido de otra forma. Con esa perspectiva los socialistas nos hemos mojado, hemos aguantado, hemos retirado iniciativas que teníamos ganas de plantear. El 1-O podíamos haber hecho que cayera un Gobierno y no lo hicimos. Por tanto, pensemos todos en el largo plazo. Si un líder del PP piensa que va a llegar al Gobierno en algún momento, debe ver que le va a pedir apoyo a la oposición en ciertos asuntos, y la oposición va a mirar lo que hizo el PP en aquellos momentos. La lealtad institucional es eso, entre otras cosas: comprender que hay asuntos en los que hay que hacer oposición de Estado. Otra cosa es Cs, que vive del conflicto. Yo creo que el primer fracaso del independentismo es haber hecho a Cs la primera fuerza política de Cataluña. Esto ha hecho reflexionar a todos, también a Unidos Podemos. Su planteamiento y su apoyo al derecho de autodeterminación no eran vistos por la gente como una solución en Cataluña. Ellos mismos han dejado de hablar de ello. Por algo será. De hecho, el votante de izquierdas entendió perfectamente la posición del PSOE. En una coyuntura muy complicada, el PSOE defendió la España de izquierdas, la España progresista. Explicamos por qué el nacionalismo no es de izquierdas, y el independentismo mucho menos. Explicamos por qué es antieuropeo y antisocial, por qué es insolidario. Nosotros entendemos España de forma distinta al PP o a Cs, desde luego. Pero las diversas formas de entender España asumen España. No se puede, desde la izquierda, negar España, porque la alternativa, ya lo estamos viendo, es el nacionalismo. Para Europa, y también para España, esa historia es devastadora.

Nosotros entendemos el conjunto del país con su diversidad territorial. Cada región tiene sus peculiaridades y eso es un activo del país. Pero en un momento de crisis como aquel, la gente miró al Gobierno y no vio liderazgo alguno. En los debates de banderas, el conservadurismo se mueve mejor, y lo

estamos viendo en todo el mundo. Sin embargo, nosotros tuvimos claro que esto no era una cuestión de banderas, sino de derechos y de igualdad: resolvimos con el 155, porque por encima de todo había que dejar claro que en democracia nadie está por encima de la ley. Si no lo hubiéramos hecho así, el país no hubiera tenido una alternativa de Gobierno de izquierda. No podemos negar España desde la izquierda porque es nuestro país, pero una cierta izquierda pone en cuestión la existencia de España. Inevitablemente la gente le dirá: «Tú quieres gobernar otra cosa, no quieres gobernar España».

No es incompatible defender España y reconocer que tiene distintas realidades políticas. Hemos vivido varios terremotos políticos en estos años. Primero, con la irrupción de Unidos Podemos; después con la de Cs, de otra naturaleza, pues ellos se auparon en un único problema, el de Cataluña. El caso es que los socialistas supimos ganar ambas batallas y resistir el embate que significa pasar de un sistema de dos partidos a uno más plural. Todo ello ha sido enormemente positivo para la izquierda en España y para la izquierda en Europa: es la demostración de que la socialdemocracia sigue siendo una alternativa de Gobierno. La última réplica del terremoto, la más poderosa, afectaba nada menos que al ser mismo de nuestra nación: la crisis en Cataluña. El PSOE se la jugó de nuevo y demostró que tenemos un proyecto político de país, que por supuesto pasa por nuestra implicación profunda en Europa.

La moción de censura puso punto y final a una legislatura y dio comienzo a otra, aunque algunos han tardado en enterarse.

MÁS ALLÁ DEL MOMENTO

No es casual en absoluto que el auge del independentismo se haya dado en estos años. Esos terremotos sucesivos en la política española están estrechamente relacionados con la crisis financiera y económica que comienza en 2008.

La Asamblea Nacional Catalana (ANC) se constituye en 2012, en plena época de ajustes y malestar social, en el momento de la ruptura de un contrato social que tiene consecuencias en toda España. Lo que sucede en Cataluña es un movimiento reaccionario que estamos viendo en las democracias occidentales. Es un fenómeno global que, por nuestra propia historia e

idiosincrasia, aquí se materializa en el secesionismo, pero tiene unas raíces comunes a otros fenómenos autoritarios, alimentados por el malestar social. Tiene que ver con la desigualdad, con una clase media preocupada por su futuro y a la que no se le dan seguridades básicas.

Si alguna peculiaridad reviste el proceso catalán, y hay que tenerlo en cuenta para los análisis políticos, es que CiU ha pasado de ser el partido líder del nacionalismo catalán a ser una plataforma. Lo habitual es lo contrario, que plataformas como fue Podemos en su momento se constituyan andando el tiempo en partidos políticos. Haber hecho el camino opuesto en el fondo nos habla de un proceso de desintegración del nacionalismo catalán moderado, que ha quedado totalmente perdido y desdibujado en sus propias contradicciones.

El nacionalismo conservador está condicionado por sus casos de corrupción: le influyen, aunque no dan la clave para entender ese proceso. Su deriva no se debe exclusivamente a esta cuestión, sino a que estiman que los partidos políticos están muertos. En las elecciones europeas de 2014 llevan a cabo un análisis equivocado de lo ocurrido y consideran que la era de los partidos políticos ha tocado a su fin y que debemos convertirnos en otra cosa, en plataformas más horizontales. De repente empieza la deconstrucción de ese nacionalismo, porque en realidad es un espacio partidario. ERC, en cambio, no lo ha perdido, es el único partido político que existe dentro de ese mundo. Creo que hacen un análisis erróneo de cómo encauzar la pulsión nacionalista y las consecuencias políticas de la crisis, para al final dejar en manos de entidades sociales la toma de decisiones. Esto modifica totalmente la lógica política, porque esas asociaciones, sobre todo la ANC —Ómnium no es fruto de la crisis, ya existía antes—, no se presentan a las elecciones, y por tanto están liberadas de hacer el *reality check* que imponen los procesos electorales y de someterse a la horma de las instituciones, algo que nos condiciona para bien y nos modela a los partidos políticos. Si tú no tienes un partido político, sino una plataforma, a su vez rodeada de otra plataforma aún mayor, tu estrategia política la marcan personas ajenas, no ya al partido, sino incluso a la dinámica de las elecciones, básica en democracia. A la larga los partidos políticos son instrumentos de la participación política; había que adaptarlos a las nuevas formas de la política, pero no triturarlos. Hoy nos encontramos con un hecho insólito: un partido que ha sido el eje vertebrador de la política catalana y del nacionalismo conservador inexplicablemente se

diluye a sí mismo en un movimiento, por un mal análisis del tiempo político. Por supuesto que hay gente dentro del PDeCAT que ya se ha dado cuenta de esto, pero esas personas no han logrado convencer a todos, ni mucho menos a Carles Puigdemont, que persiste con su idea de un movimiento y no un partido. Al final detrás de todas estas plataformas se esconde una especie de caudillismo y están siempre aquejadas, de una u otra forma, antes o después, de problemas de hiperliderazgo. Esa personalidad se convierte en tu principal activo electoral, pero también en tu principal desestabilizador interno. En ERC, que sigue siendo un partido, están dotados de sus mecanismos internos, sus garantías, en fin, los procedimientos establecidos dentro de los partidos para repartir el poder, y eso los hace más estables y más previsibles.

Es crucial realizar un buen diagnóstico de lo que está ocurriendo en Cataluña, por las concomitancias con lo que ocurre en otras partes de Europa y del mundo. Mucha gente considera que la política no cambia nada y no resuelve sus problemas, y por eso empiezan a confiar en movimientos políticos de ruptura. Lo es el independentismo como lo es el *brexít* o el auge del nacionalismo en Francia, en Polonia, en Hungría. Casi siempre acaban erosionando la democracia, no hay más que verlo.

Si hacemos ese planteamiento de regeneración para el conjunto de la sociedad, si desde la política ponemos en el centro la regeneración democrática y la justicia social, podríamos empezar a ganar mucho del espacio perdido ante el independentismo en Cataluña y, en general, de la desafección con la política. Por poner un solo ejemplo: Cataluña es la comunidad autónoma donde más se ha recortado desde el año 2005 en sanidad pública. Se está privatizando la sanidad pública en la atención primaria, cada vez hay más enfermedades crónicas o mortales. ¿Qué soluciones ofrece la política a esto? El independentismo no está gobernando para los catalanes. Al contrario, están ocultando toda su ineficacia y su abandono tras la bandera, para afirmar que es culpa de Madrid. Pero ellos han gobernado y han administrado la sanidad pública. Si no funciona, tendrán que asumir su cuota de responsabilidad.

CONTINUAR LA HISTORIA

Siempre he pensado que necesitamos una renovación del pacto constitucional, por muchas razones y no por el auge del independentismo. El PSOE es el único partido que puede hacerlo, porque tenemos la capacitación técnica, las raíces históricas y políticas en nuestro país, además del peso institucional, el arraigo territorial en toda España y la potencia para desencadenar ese cambio. Actualizar ese marco de convivencia realmente operaría como un catalizador de regeneración política y democrática de nuestro país.

¿Cómo hacerlo? Mirando a la ciudadanía y a Europa. Le doy más importancia al contenido que a la forma de llevarlo a cabo. En primer lugar, debe hacerse con participación, de abajo arriba. El Congreso de los Diputados ha de abrirse. En la Comisión Constitucional debe escucharse a colectivos, ONG, personalidades... En definitiva, hemos de regenerar el sistema actualizando nuestro marco de convivencia. Las tres brechas abiertas en España —la social, la territorial y la generacional— solo se empezarán a cerrar con ese gran acuerdo.

Tomémonos el tiempo que haga falta, planteemos los debates y abordémoslos en serio, con profundidad y sin prisa. No hay que cerrar una reforma en cuatro años. Abramos un proceso que se inicie ahora y acabe en seis, ocho o diez años, pero que vaya dando pasos. Ese proceso positivo ha de comenzar recogiendo lo que ocurrió en 1978: aquella cultura de diálogo y consenso nos ha de inspirar para echar a andar. Hay que instaurar una cultura de diálogo entre españoles y proyectarla hacia el largo plazo, por encima de citas electorales y Gobiernos. Cuatro años no es suficiente para proyectar un país hacia su futuro.

No me planteo la renovación de la Constitución como un hito, sino como un proceso. Debemos comenzar a hablar francamente todos para, en

primer lugar, cambiar esta cultura política actual y sustituirla por una de diálogo y transacción. En esa conversación hay que ir incluyendo todos los asuntos cruciales, hay que hablar de derechos, de libertades.

Los españoles nos han dicho en las urnas que quieren incorporar a la gobernabilidad a fuerzas políticas nuevas junto a los partidos tradicionales. Nuestra obligación es, por tanto, buscar esa entente, que no puede ser un entendimiento PPPSOE porque eso equivaldría a no haber entendido el mensaje de la ciudadanía. Un Gobierno apoyado por tres fuerzas políticas, como el que era factible hacer con los resultados electorales de 2016, hubiera sido un Gobierno parlamentario, algo insólito en nuestra democracia, pero absolutamente apto para el momento de cambios que vivimos. Solo eso ya hubiera cambiado por completo el tono de la vida pública. Habría instaurado la cooperación permanente, habría significado dar un paso decisivo hacia una cultura democrática como la de los países nórdicos, donde la negociación es constante entre unos y otros. Aquí nos está ocurriendo lo contrario: hemos convertido el diálogo y la transversalidad en anatema y eso provoca un bloqueo constante de la política, con la consiguiente insatisfacción ciudadana.

Los padres de la Constitución de 1978 tenían muy presente la idea de que el Congreso fuera realmente el corazón de la vida política y de los debates públicos esenciales. A día de hoy ese diálogo no es una opción, sino una necesidad. Se trata del requisito básico para que podamos abrir ese proceso de regeneración de la vida pública e impulso del país.

En la Transición se crearon unas instituciones democráticas que no existían y la Constitución las fortalece. Hoy están consolidadas y lo que hay que hacer es abrirlas a la ciudadanía. Necesitamos que la gente sienta como suyas la Constitución y las instituciones, hay que dar acceso a la aportación ciudadana y muy especialmente a los más jóvenes. Se trata de pasar de una Constitución institucional —que fue imprescindible para consolidar nuestra estabilidad democrática— a una Constitución más ciudadana. El camino para hacerlo es el propio debate en sí, en el que hemos de recomponer los consensos rotos, los que establece la Constitución. En unos capítulos será mayor y en otros será menor, pero serán, en todo caso, los que mande la Constitución.

Sentarnos a debatir sobre la Constitución significa decir que queremos convivir. Tenemos que partir de esa premisa. La idea de que no tiene sentido empezar un diálogo porque no hay acuerdo es absurda. ¿Hay acuerdo en que

queremos seguir viviendo juntos? Sin duda, ese acuerdo es mayoritario. Entonces busquemos la forma de plasmar eso en un texto legal. Pero pensar que solamente llegas a pactos con quien previamente está de acuerdo contigo es absurdo, equivale a negar la política. La mejor forma de reivindicar la política y la Constitución es abriendo el debate para su reforma.

Ni la España de 1978 es la de 2018 ni el mundo es el mismo. Cuando se redactó la Constitución ni siquiera formábamos parte de la Unión Europea, entonces Comunidad Económica Europea. Nosotros, en toda la elaboración de la negociación que hicimos con Ciudadanos sobre cómo abordar la reforma constitucional, planteamos un enfoque europeísta. Lo que más justifica una reforma es anticipar en nuestro ordenamiento jurídico político y en nuestra forma de convivir la Europa hacia la que vamos. A veces, pese a que somos un Estado miembro vivimos demasiado ajenos al proceso de integración europea, no solo los políticos, también los periodistas. En Europa se juega nuestro destino y no le prestamos suficiente atención, cuando en realidad la política europea y la nacional son absolutamente interdependientes hoy. Tenemos que adecuar lo que somos a lo que seremos. Hemos de dirigir esa visión de lo que queremos ser a lo que va a ocurrir en Europa: los procesos de integración, los procesos de distribución de competencias y por tanto de poderes. Esta es la razón fundamental para actualizar nuestras normas de convivencia.

Pero es mucho lo que ha cambiado en nuestro país. ¿Por qué falla el título VIII, el referente al Estado autonómico? En 1978 se diseñó, pero había que construirlo y se ha ido haciendo bilateralmente. Los padres de la Constitución abrieron esa puerta, pero no sabían exactamente a dónde íbamos a llegar. Ahora ya sabemos dónde estamos: estamos en una Europa federal donde las regiones tienen un papel determinante que desempeñar; las ciudades, un peso específico, en tanto que el Estado nación ha empezado a transferir a entes supranacionales algunas competencias, como la política económica; y pronto se van a empezar a incorporar parámetros de política social en el semestre europeo, como se aprobó en la Cumbre de Gotemburgo.

¿Cómo adaptamos todo esto a nuestra convivencia? Tenemos una enorme oportunidad de modernizar el país y prepararlo para el tiempo que viene. Todo esto va más allá del consenso territorial, que está roto por el tema independentista; más allá de derechos y libertades que nosotros queremos incorporar a la Constitución; más allá de la regeneración institucional. Es un

salto cualitativo de nuestras instituciones y nuestro marco político, que vendrá de la mano de un enfoque europeísta a nuestra forma de convivir en el siglo XXI.

Creo que perdimos una gran oportunidad con el proceso constituyente de la UE. La Constitución Europea podría haber sido un elemento catalizador. Lo expuse en una reunión en Bruselas a finales de 2017: en las elecciones de 2019 el socialismo, la socialdemocracia europea, tiene que apostar por un proceso constituyente en Europa, que sería muy positivo para España. En la integración europea se están redefiniendo el Estado nación y los procesos de decisión.

Hay procesos de toma de decisión en el Consejo Europeo en los que nosotros queremos aportar. Eso tiene que ver con la Europa a la que vamos y a la que no podemos ir con una Constitución del siglo XX, tenemos que ir con una del siglo XXI. Estamos en un mundo completamente distinto, donde la separación de poderes, la transferencia de competencias, el concepto de soberanía y la movilidad de la ciudadanía han cambiado por completo. Hemos de incorporar esos cambios. La movilidad de la ciudadanía, por poner un caso, dentro de Europa, obliga a repensar los nuevos derechos de los que vienen a nuestro país y los de los españoles que se van. Se trata de cambios que benefician a los ciudadanos y refuerzan el proyecto europeo.

A menudo he hablado con gente que estuvo en las Cortes Constituyentes en que se elaboró la Constitución del 78. Por supuesto tenían un ojo puesto en la UE y eran conscientes de que la Constitución debía mirar a Europa porque era la prueba de fuego para integrar a España en el proyecto europeo. Sabíamos que nos iban a examinar según el modelo institucional que ahí se definiera y, por tanto, se hizo un ejercicio de anticipación. Ahora la situación es diferente, pero hay que volver a hacer ese esfuerzo de anticipación. Desgraciadamente, parte de la derecha española no lo entiende, aunque otra parte sí. No considero casual que alguien que ha sido eurodiputado y ministro de Exteriores como García-Margallo sea una de las voces en el PP que con más claridad han abogado por la reforma constitucional. Quienes tienen un espíritu europeísta ven con claridad que debemos hacerlo.

En países como Alemania lo están haciendo. La Constitución alemana plantea la contribución de la propia Alemania al proceso de construcción europea, delimitando cuáles son las competencias y soberanías. Eso en nuestro caso no existe. Solamente tenemos incorporado a nuestro acervo

constitucional el polémico artículo 135, en relación con la prioridad del pago de la deuda y el asunto de permitir a los europeos participar en las elecciones municipales. Hemos hecho esos pequeños cambios, forzados por la situación, pero el enfoque ha de ser completamente distinto: meter de lleno la UE en la Constitución y la Constitución en la UE. Eso reforzará a España y reforzará la integración europea. Estoy convencido de que ese es el principal aspecto de la reforma.

Para ello hace falta un debate en profundidad, y de calidad, sin prisas, honesto y ambicioso. Cuando hablamos de la España autonómica y planteamos el federalismo, aquí mucha gente, por nuestra historia, lo asocia a disgregación. Sin embargo, cuando se habla de federalismo europeo resulta ser todo lo contrario: es integrador. Hemos de hacer mucha pedagogía para que se entiendan las reformas, los conceptos, y fluya ese proceso político.

Debemos salir del ensimismamiento en que nos enclaustra el debate territorial, debemos ampliar nuestro horizonte político, por dos motivos: porque nuestra ambición nacional como país está en Europa y porque nos están esperando. Algo que me comentan con frecuencia los líderes europeos es que España está actuando en Europa por debajo de sus posibilidades, su PIB, su población, pero también su historia y su peso en la historia europea. Desde mi llegada al Gobierno hemos hecho un esfuerzo enorme por corregir esto y multiplicar nuestra presencia en todos los foros y reuniones internacionales.

Será también la forma de volver a conectar generaciones: mucha gente joven considera que este sistema está hecho para otros, no para ellos, porque son los que más han sufrido la crisis y la siguen sufriendo. Resulta paradójico porque los jóvenes han crecido ya como plenamente europeos, han estudiado fuera, han participado en el programa Erasmus, se sienten más cosmopolitas que otras generaciones más mayores. Por eso resulta tan paradójico que partidos políticos que han crecido con apoyo de la gente joven se nieguen a la reforma constitucional. De nuevo el PSOE lidera esa renovación de nuestro sistema, orientado a Europa y a dar voz a la gente joven. Es una oportunidad que tenemos y que ojalá fructifique. No se trata de concluir la reforma, sino de empezarla e ir poco a poco.

La socialdemocracia europea debe enarbolar la bandera de una convención constitucional en Europa. Es verdad que se hizo y fracasó, pero hemos de intentarlo de nuevo, es el impulso integrador que necesitamos

cuando superemos el *brex*it. Pero para emprender esa reforma de los tratados es imprescindible un fuerte impulso político. Ahora en Francia tenemos a un presidente europeísta. En Alemania Merkel también lo es. Con todos los desacuerdos que se quiera, pero sintonizan en eso; tienen una idea de Europa, aunque sean distintas entre ellas. Hay una gran oportunidad y los líderes de partidos europeos tenemos claro que la socialdemocracia y la idea de Europa van unidas.

Si España reformara su Constitución, sería el primer país europeo que lo hiciera en el siglo XXI para adaptarla a Europa y daríamos un ejemplo de impulso y de convicción en los valores europeos. Por otro lado, dentro de España también tendría un efecto muy poderoso. Aquí Europa siempre nos ha hecho dar lo mejor de nosotros mismos, nos ha inspirado ideales de mejora del país, más democrático, más abierto. Nuestras ambiciones nacionales en el siglo XX han estado ligadas a la Unión Europea: primero fue ingresar y después cumplir los criterios de Maastricht para estar en el euro. No se trata de ningún experimento, sino de continuar la historia de España. Encontrándonos con Europa de nuevo, volveremos a encontrarnos con nosotros mismos.



El 12 de junio de 2014 presenté mi candidatura a la Secretaría General del PSOE en Alcorcón (Madrid). Acudieron mi familia y muchos militantes de base esperanzados con la puerta que estábamos abriendo. © Eva Ercolanese



Con Eduardo Madina, la periodista Carmen del Riego y Alfredo Pérez Rubalcaba en la previa del debate que tuvo lugar el 7 de julio de 2014, en el que, junto a Madina y yo mismo, también participó José Antonio Pérez Tapias, el tercer candidato a la Secretaría General. © Inma Mesa



En la clausura del Congreso Extraordinario Federal del PSOE, el 27 de julio de 2014, en el que se ratificó la decisión de la militancia de convertirme en secretario general del partido. © Inma Mesa



El 3 de diciembre del mismo año, y para conmemorar el Día de las Personas con Discapacidad, jugué un partido con el equipo de baloncesto en silla de ruedas de la ONCE, el C.D. Ilunion. © Inma Mesa



Selfies en campaña. Barcelona, mayo de 2015. © Borja Puig de la Bellacasa



Compartiendo pasos de baile con el candidato del PSC en las elecciones catalanas de septiembre de 2015, Miquel Iceta, tras un mitin en Badalona celebrado el 12 de ese mismo mes. © Alberto Estévez / EFE



En Getafe (Madrid), el 3 de diciembre de 2015, durante el primer mitin de la campaña del a las generales del 20 de diciembre. © Juanjo Martin / EFE



En un encuentro con militantes en Pontevedra, en junio de 2016. © Borja Puig de la Bellacasa



El 1 de octubre de 2016 presenté mi dimisión del cargo de secretario general del PSOE tras un triste y tumultuoso Comité Federal. © Borja Puig de la Bellacasa



Semanas después, el 29 de octubre de 2016, presenté mi renuncia al escaño de diputado, para no incumplir el mandato del Comité Federal del PSOE de abstenerme en la definitiva votación de la investidura de Mariano Rajoy. Fue una de las comparecencias de prensa más difíciles de mi vida. EFE



Un mes después de mi dimisión como diputado organizamos un acto en Xirivella (Valencia) que desbordó todas las previsiones. Maduraba por aquel entonces mi decisión de volver a presentarme como candidato a la Secretaría General. EFE



Junto a Adriana Lastra y otros dirigentes socialistas asturianos en El Entrego (Asturias), el 10 de diciembre de 2016. Hubo que realizar el acto en el exterior por problemas de aforo. © Xana Sánchez



El 28 de enero de 2017 anuncié mi candidatura a las primarias del PSOE, en Dos Hermanas (Sevilla). Fue el pistoletazo de salida de la campaña y el inicio de un fenómeno de entusiasmo popular que se repetiría a lo largo de los siguientes meses. EFE



Colocándome la pulsera con el logo de la campaña, «Somos socialistas», en un mitin celebrado en Valladolid el 18 de febrero de 2017. © Nacho Gallego / EFE



En la barriada de El Príncipe, en Ceuta, durante la campaña por las primarias, en marzo de 2017. ©
Quino / *El Faro de Ceuta*



Paella en Los Santos de la Humosa (Madrid), en abril de 2017, tras finalizar un acto de campaña. ©
Borja Puig de la Bellacasa



En Mérida, a finales de abril de 2017, acabé el discurso empapado. Hubo que abreviar el porque la lluvia caía sobre el equipo de sonido. © Borja Puig de la Bellacasa



El 4 de mayo de 2017 pudimos presentar 57.000 avales. En el centro, el secretario de organización del PSOE de Navarra, Santos Cerdán, una de las tres personas que ese día sabían cuántas firmas se habían recogido.© Borja Puig de la Bellacasa



En 19 de mayo de 2017, junto a la alcaldesa de París, Anne Hidalgo, en uno de los actos de la campaña de las primarias, en el Muelle de la Sal de Sevilla. © Raúl Caro / EFE



Saludando a los simpatizantes desde el balcón de Ferraz tras saberse que más del 50 % de la militancia había apoyado mi candidatura en las primarias. © Borja Puig de la Bellacasa



Miembros del equipo celebran la victoria en las primarias del 21 de mayo de 2017. Fue un triunfo abrumador. © Borja Puig de la Bellacasa



El 39 Congreso del PSOE, celebrado tras tres semanas de cohabitación con la gestora. El acto de clausura tuvo lugar el 18 de junio de 2017. Llenamos hasta arriba un pabellón de Ifema, en Madrid. © Eva Ercolanese



Durante mi etapa como líder de la oposición, en mi despacho del Congreso. © Inma Mesa



Junto a Carmen Calvo, Cristina Narbona y otras compañeras de 2017, Día Internacional de la Mujer, en Madrid. © Borja Puig de la Bellacasa



Alemania (SPD) que se celebró en Wiesbaden. © Clemens Bilan / EPA / EFE



Los 84 diputados del PSOE fotografiados el día del triunfo de la moción de censura contra Mariano Rajoy, el 1 de junio de 2018. © Borja Puig de la Bellacasa



Con mi mujer, Begoña, tras la moción de censura que me convirtió en presidente del Gobierno.
Archivo del autor



El acto en el que prometí mi cargo como presidente del Gobierno, el 2 de junio de 2018, visto a través de una pantalla instalada en la Fiesta de la Rosa celebrada en Durango (Vizcaya). © Miguel Toña / EFE



Foto de familia tras el primer Consejo de Ministros, celebrado el 8 de junio de 2018. EFE



Con el presidente de la República Francesa, Emmanuel Macron, y el primer ministro portugués, António Costa, durante la Cumbre para las interconexiones energéticas de julio de 2018. EFE



Junto al primer ministro canadiense, Justin Trudeau, en el Global Progressive Forum de (Canadá), el 23 de septiembre de 2018. EFE



Con Ana Blanco y Sergio Martín, en los momentos previos a la entrevista que se emitió en R el 6 de diciembre de 2018, día de la Constitución. © Andrea Comas / Archivo Ediciones El País, S.L., 2018

Manual de resistencia
Pedro Sánchez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la cubierta, Myriam Maneiro
© de la fotografía del autor, Carlos Spottorno

© Pedro Sánchez Pérez-Castejón, 2019

Iconografía: Grupo Planeta

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2019

ISBN: 978-84-9942-817-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S.L.L.
www.newcomlab.com

Table of Contents

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Prólogo](#)

[1. MI PRIMERA DECISIÓN COMO PRESIDENTE](#)

[2. CAMBIO DE ÉPOCA: LA MOCIÓN DE CENSURA](#)

[3. REGRESO A FERRAZ](#)

[4. CUANDO NO FUE POSIBLE EL CAMBIO](#)

[5. 20-D: LAS ELECCIONES QUE NADIE GANÓ](#)

[6. EL CAMBIO MATÓ AL CAMBIO](#)

[7. LOS TRES ESCENARIOS DEL 26-J](#)

[8. LA CAÍDA](#)

[9. LA DECISIÓN](#)

[10. LAS PRIMARIAS DE LA MILITANCIA](#)

[11. LA CRISIS EN CATALUÑA](#)

[12. CONTINUAR LA HISTORIA](#)

[Láminas](#)

[Créditos](#)